

José Tcherkaski

MIRAR LA MUERTE
CONVERSACIONES CON
MUJERES DE ESCRITORES
DESAPARECIDOS



CATÁLOGOS

Tcherkaski, José

Mirar la muerte: conversaciones con mujeres de escritores
desaparecidos - 1a ed. - Buenos Aires: Catálogos, 2008.
296 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-950-895-256-1

1. Investigación Periodística. I. Título
CDD 070.43

© Catálogos S.R.L.

Av. Independencia 1860

1225 - Buenos Aires - Argentina

Telefax 5411 4381-5708 / 5878 / 4462

E-mail catalogos@ciudad.com.ar

www.catalogosedit.com.ar

Diseño de tapa: Juan Cavallero

Diseño y armado: Cutral Ediciones

cutral@cutralediciones.com.ar

ISBN: 978-950-895-256-1

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro,
a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, foto-
gráficos o de fotocopias, sin la previa autorización
por escrito de los editores.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

A Luciano Foillioux: Luchador por los derechos humanos en Chile. Amigo y cómplice de tantos años.

Para Joaquín, Catalina y Pancho. Mis nietos. Que no olviden y tengan bellas vidas.

Agradecimientos

**Adriana Scalercio
María Emma Barbería
María Moreno
David Candler
Guillermo Álvarez
Ezequiel Riquelme
Bárbara Goldschtein
Marisa Vega
Emiliano Bustos
Ernesto Conti**

“Los males de la política no se deben a un *déficit de memoria*, como se suele decir, sino que la verdadera patología de la memoria es un *exceso de rememoración* que poco sirvió para generar nuevas formas de hacer política. En esta forma de recordar casi sin mediación entre pasado y presente y sin elaboración crítica, se impide la elaboración del duelo, elemento esencial para la construcción futura. *La función de la historia con el auxilio de la memoria no es recuperar el pasado para conservarlo. Sí que ese pasado señale, en las marcas de sus fracasos, las metas que los deseos proyectaron y que la repetición señala.*”

En la fidelidad del olvido. Notas para el psicoanálisis de la Subjetividad militante. (Ed. Manantial)

BLAS DE SANTOS

“Nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre. En un instante, con la intuición casi profética, se nos ha revelado la realidad: Hemos llegando al fondo. Más bajo no puede llegarse, una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse.”

PRIMO LEVI

25- *Volvime yo, y fijé mi corazón para conocer, y para averiguar e investigar la sabiduría y la razón (de las cosas) y para conocer que la maldad es insensatez, y la necesidad, locura.*

ECLECIASÍSTES. Cap. 7

Las frases de Primo Levi y Blas de Santos me ayudaron a enfocar este trabajo desde un lugar distinto: La distancia. En estas mujeres, el dolor no tiene límite. En ellas los duelos son interminables.

Salvo Joan y Lilia, comprometidas y militantes, el resto posee una mirada resignada y generosa frente a las muertes íntimas y queridas que rodean como anillo irrespirable sus vidas.

La primera pregunta que me formulé fue cómo debía comportarme ante estas mujeres: piadoso, comprensivo, solidario. Ninguna de estas posturas resultó interesante.

Me incliné por la distancia. Tratar de suprimir mis emociones. Ser un "preguntador" sin opinión alguna.

En el último trabajo, *Calderón según Lavelli*, entendí que el silencio es el único aliado posible. Agotadora elección por cierto, pero muy rica en posibilidades de observar, pensar, reelaborar mientras transcurre la entrevista.

En este universo lleno de dolor impiadoso, humillante muchas veces, el silencio me resultó agotador. Recordé permanentemente el concepto: **Un entrevistador es un "muerto"**. En este caso creo haberlo llevado al límite de mis posibilidades. Seguramente hay párrafos frágiles, preguntas confusas. En estos errores asumo mis limitaciones ante tanto dolor, locura y muerte.

Hace unos meses, un editor vinculado en los 70 a Montoneros me dio una explicación muy interesante sobre la imprudencia de publicar este libro: **"No es bueno que hablen las mujeres de estos militantes y escritores. Ellos están muertos y hay que dejarlos tranquilos en la memoria de la gente. No es importante la opinión de sus compañeras. Ninguno de ellos podrá responder inexactitudes o acusaciones injustas"**. Este comentario me impulsó a realizar es-

tas entrevistas. La idea de callar, dejar los muertos para la historia, es un pensamiento reaccionario. El silencio no es bueno para la salud de una patria lastimada como la nuestra. Estos seis escritores desaparecidos son muestras de la barbarie que vivimos los argentinos durante los años de plomo. No se encontrará acusación alguna. Por el contrario, son seres castigados, llenos de moretones que viven dignamente no sólo la desaparición de sus esposos. Elsa Sánchez de Oesterheld padece el luto de cuatro hijas muertas; Graciela Murúa de Urondo perdió una hija. Seis meses antes de su muerte, Walsh pierde a su hija Vicky en un enfrentamiento armado. O sea, hay en este paisaje seis hijos muertos o desaparecidos. Mucho dolor para ignorar los relatos de Kris Alba (Bustos), Marta Scavack (Conti), Joan Jara (Jara), Elsa Sánchez (Oesterheld), Graciela Murúa (Urondo), Lilia Ferreira (Walsh).

Para terminar creo interesante reproducir una frase de José Luis Romero: "El lector descubrirá cierta pasión escondida en los trabajos que se relacionan con los duros tiempos que ha sufrido el país. Que no suponga, sin embargo, que la pasión ha contenido el afán de objetividad que me mueve cuando procuro entender algo que ha ocurrido a mí alrededor. Desearía haber logrado un prudente equilibrio entre la pasión y la objetividad".

José Tcherkaski
Marcos Paz, 1º de febrero de 2007

TEXTO 1: IRIS ALBA

"Miguel Ángel Bustos era el surrealismo."

Cuando ocurrieron los hechos yo estaba tapada de trabajo, y quizás eso no me hacía estar consciente de lo que pasaba en el país. Me había enterado del caso de Haroldo Conti, pero pensaba que seguramente era parte de un error fatal y que en unos días lo iban a dejar en libertad. Miguel Ángel tenía una visión totalmente diferente de la mía, aunque no me decía nada, acaso para protegerme, o buscando otra manera de advertirme. A él lo habían echado del trabajo y me inquietaba verlo en una especie de diálogo consigo mismo en el que parecía haber caído. Lo encontraba en penumbras, sentado en su sillón, escuchando música en un rincón de casa desde el cual se veía toda la ciudad.

Ese día, Miguel Ángel había salido con nuestro hijo Emiliano, y yo me sentía intranquila, a pesar de que conocía su impuntualidad, porque ya era un poco tarde. Yo había terminado el trabajo y la casa estaba ordenada. Entonces me puse a modelar al lado de la ventana que daba hacia la calle. Cuando llegaron, al rato, Miguel Ángel me preguntó si la comida estaba caliente. Le dije que no, pero que la iba a poner en el horno... Él me dijo: "Que lástima". Yo en otro momento no hubiera pensado nada, pero cierta intranquilidad que experimentaba hacía unos días provocó que ese "qué lástima" me diera una sensación de angustia.

De pronto suena el timbre, serían más o menos las diez y media. Era muy raro; nuestros amigos no iban a venir a casa a esa hora. Me acerqué a la puerta y pregunté quién era. "Policía -me responden-: abran o procedemos". Miguel Ángel me mira y hace una seña con la cabeza, que sí, que abra. Entran cinco individuos y me muestran una tarjeta amarilla -cuando hice la primera denuncia me confirmaron que pertenecía a la Policía Federal-. Me dicen que me meta en la cocina con mi hijo, que estaba atemorizado. Durante hora y media sentimos unos ruidos feroces en la casa. Cuando nos permitieron salir... ¿Cómo explicar? La casa parecía ser sobreviviente de un bombardeo. Los cuadros destruidos, los libros de Miguel Ángel, sus queridos libros, tirados y destrozados.

"Lo llevamos en averiguación de antecedentes", me dijeron. "No

es por nada, es pura rutina dentro de los momentos que vive el país". La indignación no me dejaba hablar. Cuando se estaban por ir, le dicen a mi esposo: "Llévate una manta que hace frío".

Miguel Ángel fue al cuarto de Emiliano, al "Submarino Amarillo", como nosotros llamábamos a la habitación de nuestro hijo porque estaba arreglada así como un homenaje a los Beatles, en quienes reconocíamos todo el movimiento creativo que habían desencadenado... Miguel Ángel se llevó una manta de ese cuarto y yo me quedé mirando desde su ventanita a pesar de que era tan chiquita que no podía ver nada.

Miguel Ángel fue siempre —como todo poeta surrealista— un personaje difícil; yo lo sabía y me enamoré de sus poesías antes de conocerlo a él. Lo imaginaba como un poeta desesperado; después supe que tenía una conducta lozana y saludable, aparte de sus bellísimos ojos. Conocerlo me atemorizó también, pero tenía que abordarlo, ya que era un mundo que me faltaba conocer, así como hay que conocer tantas cosas, el límite entre la vida y la muerte, por ejemplo. Además tenía que conocerlo porque para mí Miguel Ángel era el surrealismo.

Tuve épocas muy duras desde aquel momento: perdí el trabajo, caí en la pobreza total. Me habían cortado la luz y el gas. Me acostaba a las cinco de la tarde con mi hijo, le leía cuentos hasta que me alcanzaba la vista, porque Emiliano en esa época sólo se dormía con cuentos. Pero, como en todo, el tiempo es importante... Tengo confianza en el tiempo. Por ejemplo, sé que muchos de los pibes que nos gritaban desde los camiones "los argentinos somos derechos y humanos" cuando vino la Comisión de la OEA, hoy son quienes nos acompañan y colaboran con nosotros en todo, en cada marcha, en cada movilización. Es como en los ejercicios con colores y luz; si yo muestro un amarillo y naranja y te pido que cierres los ojos, si no tenés entrenamiento, no vas a ver nada. Pero si estuvieras acostumbrada a ejercicios de paleta y color, al cerrar los ojos, verías el complementario: el violeta. Eso se debe a que hay un fondo de justicia óptica, genético, que se ha despertado en vos y busca necesariamente el complementario.

Racionalmente lo busca tu fondo genético, tu conciencia implícita. Eso se da en todos los órdenes de la vida; hay un fondo de conciencia implícita, un principio de realidad que no se puede trampear.

(...) de modo que, para empezar, le pregunto desde cuándo dibuja, si estudió "Bellas Artes" y qué significan sus pinturas.

—Hace cinco años (comencé a dibujar). No estudié. Estoy haciendo, desde entonces, un diario gráfico, y ya tengo dos volúmenes completos de 500 páginas cada uno. Las imágenes corresponden a los días, en un intento de fusionarlos con lo verbal. Es la palabra dibujada, escribir en imágenes, tratar el verbo como algo manual, visible, como lo hacían los códices aztecas y con la misma adoración por la palabra mística judía, de la Cábala. Además, es la pintura de mis obsesiones. He dibujado casi literalmente lo que veía "filmado" en la pared. Cuando dibujo tengo estados a los que no sé si llamar alucinatorios; en todo caso, las imágenes aparecen ahí, sobre la pared, y yo las veo actuar y sigo su recorrido.

—*¿Las imágenes de su poesía también "se le aparecen" de golpe, ya construidas, dictadas?*

—Sí, el Himalaya lo escribí en un solo tirón, con la misma sensación de certeza. Y también es una poesía con el ambiguo sentido que Rimbaud le daba a la palabra "Iluminación". A la vez iluminación del espíritu y pintura. En mis dibujos, concretamente, recorro el doble camino: ilumino el manuscrito y sigo el dictado de algo que me llega.

—*¿Qué le llega de afuera? ¿Lo siente como una presencia exterior, con la que entabla un diálogo?*

—Viene de la perfecta ausencia de uno mismo, de la despersonalización. Cuando uno está limitado a un yo limitado limita lo que le llega. Pero, si se hace el vacío total, si uno se vuelve cóncavo, entonces cabe la presencia de lo que debe llegar.

—*¿Provoca esos estados, o vienen solos?*

—Me han llegado solos. Pero usted sabe que yo padezco una grave enfermedad (la epilepsia), por la cual estuve internado en el Instituto de Neuropsiquiatría.

—*En la antigüedad se consideraba que la epilepsia era una enfermedad sagrada, y Dostoievsky narra la espera del ataque en términos de iluminación...*

—Sí, los médicos me han dicho que mi caso es similar al de Dostoievsky. El estado previo al ataque es un momento de aura y

advenimiento, una exaltación de la lucidez y la euforia. Es como si se gozara de todo el cosmos a la vez. Imposible transferir ese sentimiento a la gente porque no es que la gente no contemple, sino que usa una mínima parte de sus posibilidades para no quedar anonadada. El horror de mi situación es, precisamente, un continuo, un insoportable estado de lucidez.

—¿Siempre conoce momentos de espanto? ¿Nunca los éxtasis, los arrobamientos, la parte amorosa de la experiencia?

—Casi nunca, sólo por instantes, curiosamente a través de los gatos. Ellos pueden darme un atisbo de lo que es el éxtasis feliz.

—¿Y la naturaleza, los bosques? En su poesía aparecen "bosques de coágulos", nunca bosques verdes.

—La naturaleza no me transmite más que su atrocidad. Un vivero me parece un conjunto de fantasmas, porque puedo alucinar lo que veo, deformar un objeto hasta sus proporciones cósmicas. Un pájaro se convierte en un ángel. Es como un aparato de proyección que me permite leer en los seres mi propia cosmogonía. Y todo lo que percibo es terrible. Tengo la sensación permanente de que algo acecha en el cielo, de que se van a venir abajo los planetas, de que los seres humanos que están conmigo se van a fugar y me van a dejar solo en un desierto helado, mineral, de cuarzo. [...]

Alicia Dujovne Ortiz

(De La Revista del diario *La Nación*, 1970)

DOS POEMAS DE MIGUEL ÁNGEL BUSTOS

*"Si fuera posible
salir del hueso y del alma
y hablar de otras cosas.
Cosas que no golpeen
vuelen
vengan a dormir nada más. Pero
qué es este incendio
esta vuelta y vuelta de ojos tristesísimos
para médula y muerte
que tengo para sabor mío.
Qué es sino*

*el velorio de lo que se me muere
y el bautismo de lo que se me nace.
Señor cuerpo
te visto y te calzo y te caso con mis ojos
aunque en esto se me vaya la vida."*

(1961)

*"...¿No habré acaso de ir a la religión del Misterio?
...sólo venimos a dormir
sólo venimos a soñar:
no es verdad, no es verdad que venimos a vivir
en la Tierra ..."*

(De Monólogo de Marina)

*"Apoyo mi mano en tu hombro
y siento hundido
el grande abismo de tu sangre
volverse amor sobre la tierra.
Lejanamente como la sal
pulsando en el mar,
brota y cae en la arena
sobre el pie desnudo de un niño.
Como cuando la piel de muchos
sobre el ruido de eso pasos
corta y siembra
la espiga de la voz del hombre.
Y miro la palma de mi mano,
la profunda fuerza onda por onda,
el espacio de energía
el aire que abrimos
cuando nuestros cuerpos se rozan."*

*"¿Volveré a la región de la flor y el canto?
¿He de volver a traducir bárbaras cadencias de
águilas y tigres en lucha contra soles de muerte
y desolación?
Vale que sí, que reste así en cuclillas para siempre
en este patio y olvide mi balbuceo de cosas tal
vez imaginarias que errante sueño".*

(De Monólogo de Marina)

DECLARACIONES DE MIGUEL ÁNGEL BUSTOS A LA REVISTA ANÁLISIS

(N° 508, DICIEMBRE DE 1970)

“Traté de que las palabras tuvieran volumen, aristas, cuerpo, rapidez. Que el dibujo juegue con el verbo, el verbo consigo y que todo sea un texto en movimiento. Es un viaje desesperado, o ingenuo, o infantil: tratar de ver lo que vieron los indígenas cuando América Latina aún no estaba violada. Un texto en movimiento, que se lea y siempre se trasmute, cambie, se convierta en flor, en herida, en caballo al galope, en montaña, en sol. Y que tenga ese poder de encantamiento de los tamboriles indígenas. La velocidad de los golpes en el parche modifica el cuerpo, a nivel vibratorio y muy profundo, e ignorado todavía.”

PEQUEÑA BIOGRAFÍA

Fecha de nacimiento: 31 de agosto de 1932

Poeta, pintor y periodista. Se desempeñó como crítico literario en la revista *Panorama* y en el diario *El Cronista Comercial*.

Publicó, entre otros, los libros: *Cuatro murallas* (Edición de autor, 1957), *Corazón de piel afuera* (Ed. Nueva Expresión, 1959), *Fragmentos fantásticos* (Edición de autor, 1965), *Visión de los hijos del mal* (Ed. Sudamericana, 1967), *El Himalaya o la moral de los pájaros* (Ed. Sudamericana, 1970).

“Bustos tiende a que su idioma poético sea un lenguaje de símbolos y exprese además el esplendor antológico de las formas que usa, ciertas aproximaciones a la verdad que tocan en la frontera de lo metafísico: es el idioma de Baudelaire, que vio en la creación divina una forestal de símbolos que podían leerse, y es el idioma de Rimbaud, que vio en la poesía una posible transmutación alquímica de las palabras.”

Así definía Leopoldo Marechal, en 1970, a Miguel Ángel Bustos, poeta y periodista desaparecido el 30 de mayo de 1976. En rigor a la

verdad, más allá de sus colaboraciones como crítico literario en *Panorama* y *El Cronista Comercial*, Bustos fue esencialmente un poeta, y de los mejores de su generación. Nacido en 1932, Bustos cursó estudios de Derecho y de Filosofía y Letras, y tras abandonar esas carreras viajó largo tiempo por países latinoamericanos, sobre todo por Perú y Brasil, en una búsqueda de la identidad continental que se refleja mágicamente en poemas y dibujos suyos vinculados al surrealismo y a la literatura fantástica. "Me acuerdo siempre —decía por 1970— de un indio en Cuzco con una tira de piel o cuero llevando a la espalda un madero cargado como una bestia. Nunca sentí un dolor tan monstruoso: sentir que yo era del color de los conquistadores."

UN COMENTARIO

Miguel Ángel Bustos era de pelo corto y castaño, ni alto ni bajo, de intensos ojos azules y una voz medio ronca con la que hablaba poco. La poesía no era para él un oficio ni una vocación literaria, más bien era una segunda naturaleza, una manera de vivir.

Recordaba siempre una frase de Saint-John Perse después de que los nazis saquearon su casa y destruyeron todos sus poemas inéditos: "Después de todo no importa; yo soy poeta, lo demás es secundario".

Miguel Ángel leía poesía de todo el mundo en tal cantidad que sus amigos tenían la impresión de que no le quedaba poeta por conocer, lo que desde luego era una exageración, pero apenas una exageración. Conocía como pocos la poesía española editada casi clandestinamente durante el franquismo, la poesía regional italiana, las recopilaciones de poesía popular que recitan los campesinos griegos y turcos, la poesía norteamericana del Medio Oeste, que se dice con guitarra, y desde luego la poesía euro-occidental más difundida. Se quejaba por los excelentes poetas soviéticos que la desinformación le impedía leer, e infería que un pueblo de más de mil millones de personas, como el chino, con cinco mil años de historia y de cultura, debía producir poetas como la primavera produce flores.

Miguel Ángel era un excelente poeta, no un erudito. En el período 1970-1976 lo apasionó la política o, mejor dicho, lo que a través

de ella se podía hacer para transformar un sistema injusto y un orden social odioso, pero tampoco era un político. [...]

Norberto Colominas

De una nota publicada por el diario *La Voz de Buenos Aires*, el 29 de septiembre de 1984.

Material entregado por Emiliano Bustos (Hijo de Iris y Miguel Ángel). Son las únicas declaraciones que existen de Iris Alba –su madre–, muerta en 1996. El resto de las notas da un perfil del poeta.

"Periodistas desaparecidos" (Editorial UTBA)

ENTREVISTA 2: MARTA SCAVACK

"Jamás he dejado de hablar con Haroldo."

José Tcherkaski: ¿Cómo conociste a Haroldo Conti?

Marta S. de Conti: Yo era alumna de él.

J T: ¿En qué colegio?

MSC: En el liceo nocturno, en Callao y Corrientes.

J T: ¿Y cómo fue? ¿Él era profesor de...?

MSC: En ese momento le había quedado nada más que Latín, porque estaba dando clase en otros colegios de Educación Democrática y no recuerdo qué otra materia. Se las fueron sacando y cuando regresó de Cuba en 1971 se encontró con que la única materia que podía dar era Latín. Él daba también clases en colegios durante la mañana y durante la tarde, pero le fueron sacando todas las materias y le quedó nada más que Latín; consideraban que era la materia más inofensiva, en todo caso, para un profesor que tenía algunas ideas raras en esa época.

J T: Y ¿vos eras simplemente una alumna más de la división?

MSC: Sí, sí, totalmente, una alumna más.

J T: Y ¿qué pasó? ¿Te atraía, te interesaba?

MSC: No, no, para nada, porque él no estaba en su mejor momento, tenía una gran crisis personal; de hecho había terminado la novela *En vida* y –él siempre lo decía en todos los reportajes– hacía cinco años que se había quedado trabado, no podía escribir y eso lo tenía muy mal... y cuando uno está mal va llevando ese mal a todos lados. Entonces había días en que estaba con un humor insoportable y eso más bien me provocaba rechazo porque es fulero cuando vos tenés que estar estudiando Latín a las doce de la noche, y tenés a un profesor que está de mal humor. Es más, cuando ganó el premio Barral de España con la novela *En vida*, en el colegio se organizó una cena impresionante ya no me acuerdo dónde, y vendían las entradas, todo un acontecimiento, y yo ni siquiera fui. Yo decía: "No, por favor, con ese loco, que me interesa a mí ir a la cena de ese tipo".

J T: ¿Cómo era él desde tu mirada de alumna?

MSC: En ese momento era un profesor que evidentemente iba a dar la clase, que era su medio de ganarse la vida, de no muy buen carácter y nada más. Realmente, su vida no me interesaba, o sea, para mí era un profesor más. Vos tenés simpatía por uno o por otro profesor de acuerdo con la materia que dé, cómo la da, y por su personalidad.

JT: ¿Era un buen profesor?

MSC: Era un buen profesor. Lo que pasaba era que a él no le gustaba dar Latín. Lo que sí era buena persona; se notaba, porque, cuando venían los exámenes –tuve tres años Latín–, él sabía que esa materia le costaba mucho a la mayor parte de la gente, entonces ayudaba muchísimo para que nadie fuera aplazado, tenía mucha consideración por la gente, por el esfuerzo de estudiar de noche, no le gustaba que hubiese aplazos. Teniéndolo como profesor era medio una garantía de que la materia no te la llevabas. Pero, la verdad, nunca me había puesto a analizarlo, ni me interesó tampoco.

JT: ¿Cómo eras vos como alumna de Latín?

MSC: Más o menos; mediocre totalmente, porque tampoco me interesaba mucho la materia. Yo quería terminar cuanto antes para entrar a la Universidad y punto; era como que tenía que hacerlo sí o sí, porque era el paso obligado para llegar a lo mío. Eso fue así hasta que una de mis mejores amigas, una compañera mía, llevó *Alrededor de la jaula...* Y yo veo el libro ahí, me pongo a hojearlo, y le pregunto: "¿Qué tal es?". "Es linda novela", dice, "¿por qué no la lees?", y le digo: "¿De qué trata?". Entonces más o menos me comentó, y le digo: "Bueno dámela", y me llevé la novelita. Un día ella me reclamó que yo no se la devolvía. En realidad no la había leído. Ahí te das cuenta el poco interés que yo tenía en él, porque cuando vos tenés interés en una persona, inmediatamente tratás de ponerte al tanto de su vida, de preocuparte por sus cosas... Y, bueno, cuando me la reclamó, ahí tomé conciencia de que estaba la novela y me puse a leerla. La leí rápidamente, y ahí hizo un clic mi vida en todo sentido, y yo no lo podía creer. Realmente son esas cosas que parecen de novela... Te puedo asegurar, han pasado tantos años, y sin embargo, cuando se lo cuento a mi hijo, él me dice: "Ma, qué chiflada, ma, ¡cómo te vas a enamorar de un tipo en una novela!". Pero fue así. Terminé de leer la novela y me acuerdo que hablé sola y

dije: "Ésta es la parte que me falta a mí en la vida", o sea, éste es el hombre de mi vida. Me acuerdo, nunca me voy a olvidar (yo vivía a unas cuadras de la casa de mis padres, acá frente al Botánico, a una cuadra donde vivo ahora), que me fui caminando a la casa de mis viejos. Estaba mi mamá, sentada (era invierno), tejiendo, y yo no sabía cómo decírselo, estaba dando vueltas, y, madre al fin, dice: "¿Qué te pasa que estás rara?". Y le conté: "Mamá, tengo que decirte algo que no sé cómo decírtelo, mira, mamá, me acabo de enamorar". Mamá me escuchó, no me dijo nada, me miró por arriba de los lentes. Y dijo: "Bueno, hija, ya se te va a pasar". No me dio ni cinco de bola. Es que realmente era para que reaccionara así. Y yo me di cuenta de que realmente era muy fuerte, muy serio, y fui al liceo, devolví la novela, le conté a mi amiga lo que me pasaba... por supuesto que se me reía en la cara. Me guardé el sentimiento, y directamente no asistí más...

JT: ¿A clase?

MSC: Sí, estaba por perder el año (estaba haciendo tercer año). Entonces, como esta chica tanto me insistió: "Ya se te va a pasar, vas a perder el año...", y yo iba bien con las materias, tenía ganas de estudiar realmente... dije: "Ma' sí...está bien, ya se me va a pasar, ¿qué me esta sucediendo? No tengo quince años". Pasaron dos o tres días hasta que él vuelve a dar clases, y cuando lo veo ahí me doy cuenta de que no, que evidentemente me había enamorado, que yo no sabía lo que era estar enamorada, y que me estaba dando cuenta en ese momento, y ahí dije: "Yo no puedo", y me retiré; pedí permiso para ir al baño y me fui. No pude estar en la clase, no podía estar en la clase, una cosa realmente muy loca, ¿no? Y ahí empezó todo el bolonqui infernal, familiar, que no te podés imaginar. Te estoy hablando de hace muchos años...

JT: Y ¿qué sentía Haroldo?

MSC: El tema es que yo tenía necesidad de decírselo. Yo pensaba: "A este hombre tengo que decirle lo que siento". Entonces yo había trazado todo el plan: que alguien me ayudara porque yo sola no podía, porque me moría de vergüenza y de miedo; yo era muy boluda en esa época; imagínate, era la única hija mujer de una familia en que éramos dos hijos, toda una familia muy burguesa, mis hijas iban al colegio de monjas de acá en Cabildo y Zavala, tenía una situación económica buena, toda una cosa muy estructurada...

JT: ¿En ese momento vos estabas casada?

MSC: Sí, estaba casada

JT: ¿Vivías con tu marido?

MSC: Sí, pero no estaban bien las cosas.

JT: Esta bien, pero no estabas sola, ¿no?

MSC: No. No estaba sola; es más: ni se me cruzaba por la cabeza que yo me podía llegar a divorciar; era como que si las cosas no iban bien, tuve mala suerte y chau; no era común en esa época la separación; de hecho divorcio ni había, estaba la separación por mutuo acuerdo por el 67 bis... Entonces había un profesor de Historia, un tipo muy macanudo al que queríamos mucho y era amigo de Haroldo; al mismo tiempo era muy compinche de todas las alumnas; a veces nos encontrábamos antes, tomábamos todos un café, era un tipo muy piola, muy joven... Entonces mi amiga me dice: "¿Por qué no hablamos con él y le contamos a ver que te dice?". Y lo encaré y le dije: "Me pasa esto y esto...", y se me largó a reír...

JT: ¿Te acordás del nombre del profesor?

MSC: Sí, claro: Juan Carlos Merlini. Se me largó a reír y me dijo: "Pero vos estás loca, por favor, ese tipo es un loco de la guerra, se toma un barco en cualquier momento y desaparece, deja a todo el mundo en banda". "Pero yo me enamoré de él", le digo. "Pero vos sos una soñadora, por algo te gusta la poesía...", como diciéndome que no era muy realista en la vida. Y yo le digo: "Yo tengo necesidad de decirle lo que me pasa, y después dejo de venir y termino rindiendo libre". Se negó: "Por favor, vos tenés una situación familiar...". Además yo era totalmente auténtica y sincera en lo que decía, o sea, estaba convencida. Tanto los volví locos a mi amiga y al profesor que me dio un número de teléfono de una oficina de un amigo de él, donde se encerraba a escribir (estaba ahí cerca del Obelisco). Y me dijo: "Tené cuidado porque este tipo es loco, no va a entender qué te pasa". Y a mí me daba un poco de temor pero, como yo sabía lo que me pasaba, no pensé que de pronto él lo iba a tomar de otra manera. Después me vine a enterar que Haroldo tenía una mujer por cada día de la semana; era así la historia. Claro, si yo hubiera sabido eso en ese momento, creo que por más amor que sintiera no me hubiera animado... Me da el número de teléfono. Yo

ya tenía todo organizado, o sea, ya sabía cuándo iba a dejar de asistir a clases, todo, cuándo tenía que rendir libre, porque de ahí me iba, no quería saber más nada, me escapaba. Lo llamo, y me presento por teléfono, porque él no me había identificado, y me dice: "¿Qué necesita?". "Necesito verlo, hablar con usted personalmente...". Claro, lo primero que pensó: "Un levante", porque era lo más común que mujeres de todas las edades lo persiguieran, porque realmente lo perseguían, después yo lo vi. O sea, él primero lo tomó como un levante más y me acuerdo que me dio una cita, nunca me voy a olvidar, en Callao y Corrientes; pasaba con el coche a las siete de la tarde, pero yo estaba con mi amiga. Fijate lo que son las cosas: yo iba a ir con mi amiga a encontrarme con él y delante de mi amiga contarle lo que me pasaba.

JT: ¿Qué edad tenías?

MSC: Sí, ya sé, "qué boluda", estarás pensando... Yo también pienso lo mismo. Y, 26 años tendría en esa época, pero era muy inocente, sin calle, nada de calle. Entonces, arreglamos todo y viene él con el coche, me abre la puerta, yo subo, se abre la puerta de atrás, y ¿qué hace esta desgraciada? Le da un golpe a la puerta de atrás y no sube. Yo me quería bajar y, claro, sobre la avenida, arrancó a toda velocidad. Me quedé muda, pero muda, porque eso sí que no me lo esperaba, y me quería bajar del coche pero, al mismo tiempo, me daba vergüenza, porque ¿para qué había citado a este hombre? Había tanto tránsito, y yo pensé: "¿A dónde me lleva ahora?". Era tal el terror que tenía que no me animaba a abrir la boca porque, cuando tenés todo organizado y sucede algo, te quedás fuera de foco y no sabés dónde estás parado. Yo no sabía dónde estaba sentada directamente. Para colmo era de noche, en invierno, y me dice: "¿Cómo era que se llamaba usted?". Le dije el nombre, y me pregunta: "¿A usted le gusta el río?". "Sí", le digo. "Ah bueno, vamos para el lado del Tigre". De noche, para el lado del Tigre... Yo no dije nada. Él siguió a toda velocidad y entonces me empezó a hablar de política, creo... Yo lo escuchaba, pero al mismo tiempo cuando él empezó a hablar me fui tranquilizando, porque lo fui viendo como más normal, se me fueron pasando el susto y la sorpresa, porque cuando esta chica se fue yo me quedé tan perpleja que eso hizo que me entraran a jugar un montón de miedos. Llegamos al Tigre; fuimos a parar a una confitería; él pidió un *Lemon Pie*, nunca me voy a olvi-

dar, y hablaba, y hablaba... En ese trayecto me contó que quería escribir *Mascaró*, que entonces no sabía el nombre que le iba a poner. Entonces me contó más o menos la trama de la novela, pero dijo que no podía escribir... Yo había tenido una discusión con él antes, en el liceo. Cuando llegé de Cuba; hablaba mucho de lo que era la sociedad cubana, cómo se podía vivir mejor, que plin, que plan, y yo siempre tuve problemas de columna. Entonces me acuerdo que una noche yo no sabía cómo estar sentada por el dolor que tenía en la cervical y no me quedaba quieta. Delante de todo el mundo se paró y me dijo: "¿No le interesa lo que estoy contando? Váyase". Yo era muy correcta en ese momento y me quedé callada, pero cuando terminó la clase, salí a buscarlo por todo el edificio hasta que lo agarré. Digo: "¿Quién se cree que es? ¿Usted es el único que piensa que le pasa algo en la vida? Yo no me quedaba quieta porque me dolía la espalda". Él se quedó mudo y desconcentrado, me pidió disculpas y me dijo: "Discúlpeme, yo también soy de tener muchas jaquecas porque estoy mal, porque no puedo escribir".

JT: O sea, todo el mundo sabía que era escritor ¿no?

MSC: Sí, todos sabíamos; era un poco la niña mimada del colegio, de los profesores, de la directora; de hecho, la directora después un poco se jugó por él también, lo quería mucho, porque era muy buena persona, realmente; independientemente de que en ese momento tuviera un carácter medio jodido, era muy buena persona, era querible. Me acuerdo de que ya, en ese momento, el tipo aflojó y mostró otra personalidad. Pero eso fue anterior a lo de la novela. Llegamos al Tigre sin darme cuenta, porque yo me iba enganando en lo que él estaba hablando, ya en ese momento él no era el profesor; el que estaba hablando era el escritor, y estábamos ahí en la confitería, él comiendo su *Lemmon Pie*, y de repente me dice: "Y ¿para que me quería ver, Marta?". Yo ya me había olvidado, pensé que ya había pasado, y yo ahí me quedé..., no sabía qué decirle, porque además estaba fuera de contexto. Ahí tomé conciencia de que era una boludez, y me quedé muda. Él tenía muchos años más que yo, mucha más calle que yo, lógicamente, y dice: "Pero ¿qué pasa, tiene miedo de hablar?". Después me comentó que él se había dado cuenta de que yo no iba en busca de un levante, que era diferente la cosa, pero él tampoco nunca esperó, pobre, que se iba a encontrar con eso... Entonces le dije, como cuando vos largás

algo así apurado: "Mire, profesor, lo que pasa es que yo me enamoré de usted, y se lo tenía que decir". Así nomás se lo dije, nunca me voy a olvidar. Se quedó mirándome con la cucharita de *Lemmon Pie* en la mano y no me contestó nada, siguió comiendo, y yo lo miraba, y él seguía comiendo y no me decía nada. Fue una cosa impresionante, porque fueron unos minutos eternos, porque apuradísima se lo dije y ya está, ya pasó, y no dije más nada. Entonces él dijo: "Me parece que se está haciendo un poco tarde, son como las doce de la noche, la llevo para su casa ahora, vámonos". Me quedé totalmente aliviada, porque pensé: "Ya está, se lo dije, el tipo ya se enteró, y ya está". Así que, cuando terminamos el café y nos fuimos, siguió hablando todo el trayecto de su novela, de *Mascaró*, del personaje, del león, de esto, de lo otro, del circo, y me dejó en la puerta de mi casa. Cuando me bajé, me dijo: "Hay algo que quiero decirle". Yo pensé: ¿con qué me va a salir? "Ahora que la encontré, no la voy a perder, Marta". Arrancó y se fue; nunca me voy a olvidar, tratándome de usted. Me quedé dura, realmente no esperaba esa reacción y más que veníamos hablando de cualquier cosa, yo ya me había olvidado de que era profesor, que le había dicho que me había enamorado, todo, me había enganchado totalmente en la parte de la novela. Y ahí tomé conciencia de que la cosa se podía complicar y dejé de ir. Me presenté en el liceo diciendo que iba a rendir libre por cuestiones personales y empecé a no comer, me enfermé. Aunque te parezca mentira, me enfermé, no comía, empecé a adelgazar, era como una anorexia fulminante, y no dormía, una cosa terrible... me iba a la casa de mi madre, y lloraba, diciendo que yo me había enamorado de este hombre. Cuando dejó de verme, él empezó a recurrir a mi amiga, la volvió loca de tal manera que la otra le tuvo que dar mi número de teléfono. Entonces un día sonó el teléfono y era él, que me dice: "Marta, estoy en la esquina de su casa, o baja o yo subo y le toco el timbre, y que pase lo que pase". Yo la llamé a mi mamá por teléfono. Y mi mamá dice: "pero, hija, ¿en qué lío te metiste? No le hagas caso a ese tipo, ¿quién es ese tipo?, ¿cómo te va a decir eso?". Imaginate, mi mamá, una mujer súper conservadora, súper católica.

JT: Y tu ex marido, ¿dónde estaba?

MSC: Vivía afuera, estaba en otra, totalmente, nada que ver. Yo estaba muy, muy sola... Su profesión, su trabajo, no teníamos mucho en común. Yo seguía muy apegada a mis padres. Y bajé, y em-

pezó una discusión: "¿Usted quién se cree que es para llamarme por el teléfono a mi casa? Yo soy una mujer casada, que tengo hijos, por algo dejé...". Y entonces... ya me tuteó: "Vos me dijiste que te habías enamorado, ¿ya te pasó el amor?". "No", le dije, "pero es un amor prohibido, de novela, así que basta, por favor, no me moleste más". "Ah, no, de ninguna manera, yo vivía muy tranquilo, hasta que apareciste en mi vida". Entonces yo lo miré y pensé "está loco", y dijo: "Quiero que nos encontremos a tomar un café. Elegí el lugar, el horario, pero esto tiene que aclararse". Me acuerdo que le tiré un "combinamos un horario", para sacármelo de encima, y después hablé con mi amiga, que me dijo: "No, ojo, porque volvió loco a todo el colegio para conseguir el número de teléfono, mirá que te metiste en un lío, este tipo esta loco". Hablé con el profesor de Historia y le dije: "Por favor, parálo". Y el me contestó: "Que lo voy a parar, te dije que este tipo era loco. Ahora se agarró el embale, así que arreglate vos". Me entró pánico porque yo ya sabía que estaba casado y que tenía dos hijos, también, o sea que teníamos situaciones familiares similares. Si bien para él eso no era un obstáculo para hacer otro tipo de vida más libre, no era mi caso.

JT: Pero ¿se estaba separando o algo así?

MSC: Estábamos los dos en una situación así, él por su lado y yo por el mío. Pero, de hecho, él vivía con su mujer y sus hijos, y yo con mi marido y mis hijas, así estaba constituida la familia de cada uno. Y esto es lo que me aconseja el famoso profesor de Historia: "No trates de sacártelo de encima por teléfono porque con este tipo vas a tener problemas. Andá, aclará las cosas, tratá de tranquilizarlo, pero cortá esta relación, explicale personalmente, pero cortalo, cortalo porque ese tipo es muy loco". Para mí era algo prohibido, era algo totalmente inalcanzable, algo de racionalidad tenía todavía; si bien yo me había enamorado, había obligaciones, una familia, había hijos, de una parte y de la otra. Entonces, fui decidida a cortar la situación; así se lo hice ver... Y me dijo: "Está bien, Marta. Yo le propongo -otra vez me trató de usted- lo siguiente: yo necesito escribir y no puedo; ¿por qué no me ayuda buscándome material? Hablando del proyecto que tengo, me siento muy solo, no encuentro fácilmente con quién poder hablar, yo quisiera volver a escribir". Le digo: "Ah, bueno, si es así, sí".

JT: Genio, un genio.

MSC: De hecho, así fue, o sea, yo dejé de asistir, empecé a estudiar por mi cuenta, empecé a buscar material...

JT: ¿Era para Mascaró?

MSC: Era para *Mascaró*. Entonces yo me recorría las librerías buscando material de circo, el libro de cocina... ¿Leíste *Mascaró*?

JT: Sí

MSC: Bueno, todo lo que figura en *Mascaró*. Yo lo tomé como una cosa propia, o sea, ya no era Haroldo el profesor, Haroldo el hombre, era Haroldo el escritor y me fui involucrando y engancharlo con la novela, y ahí siguió su curso hasta que llegó un momento que dije: "No tiene sentido que siga viviendo así...". Está bien, yo me separo, me quedo con mis hijas; entonces, lo más sano, lo correcto, es que me separe, y eso es un poco lo que hice, que no fue tan sencillo, pero lo logré; hasta fui presa por eso, fue increíble.

JT: Pero ¿cómo fuiste presa?

MSC: Lo que pasa es que me fui porque mi marido me negó la separación.

JT: ¿Qué hacía él? ¿Cuál era su tarea?

MSC: Doctor en Ciencias Económicas.

JT: ¿Tenés información de él ahora?

MSC: Sí, nos llevamos bien.

JT: ¿Cuántos días estuviste presa?

MSC: Estuve nada más que unas horas, pero me pudo haber ido muy mal. Cuando yo me doy cuenta de que me niega la separación, hablo con mi abogado, que me dice: "Mire, Marta, váyase a la casa de sus padres, y estando ahí no puede tener ningún problema". Entonces me fui con mis hijas a la casa de mis padres.

JT: ¿Tus hijas eran grandes?

MSC: No. Mis nenas eran chicas. Me fui a la casa de mis padres, me instalé ahí. Entonces él me sacó las llaves, me negó el derecho a retirar ropa, no me pasaba plata, me cerró todas las cuentas que teníamos en común, un desastre. Él me decía: "Volvé conmigo y no te va a faltar nada, no tenés por qué estar en la casa de tus padres".

JT: ¿Qué hacía Conti en ese tiempo?

MSC: Yo me borré de la vida de él; en ese ínterin yo me borré. Le dije que yo tenía que tomar una decisión que era separarme, y me acuerdo de que él se quedó callado, no me dijo nada, y después, claro, se fue enterando de lo que me iba pasando por mi amiga.

JT: ¿Entonces fuiste presa?

MSC: sí, sí. Al negarme yo a volver con mi marido, no podía seguir viviendo de mis padres. Tenía toda la ropa de las chicas en mi casa, empezaban las clases, estaban los uniformes de las nenas, y entonces llamo un día y le digo: "Mirá, por favor, necesito sacar los uniformes de las chicas, todo". Y entonces él dice: "Está bien, andá. Va Lila y te lleva las llaves". Lila era una señora que trabajaba con nosotros hacía muchos años. A todo esto mis padres negaban la situación, ellos no querían saber nada de que yo me separara. Si yo era feliz o no era feliz, era otra historia. Y mi viejo, recontento, porque dice: "Por fin se empiezan a solucionar las cosas, hay dos criaturas de por medio...". Pero mi mamá dice: "A mí esto no me gusta, ¿qué pasa que cambió?" - Estábamos almorzando, me acuerdo, en la casa de mis padres, y viene esta mujer con las llaves para acompañarme y mi mamá dice: "A mí esto no me gusta"; y la encaró a esta mujer; y ella bajó la cabeza; entonces mi viejo también captó que había algo y dice: "Que te acompañe tu hermano". Entonces voy con mi hermano, y con ella caminando, porque estábamos a cinco cuadras; entramos al departamento y yo empiezo a cargar en las valijas la ropa de las nenas, mi hermano me estaba ayudando y de repente empiezan a golpear la puerta. Eran unos golpes impresionantes, y era la policía. Cuando abro la puerta entran un montón de policías, con armas largas. Yo alcanzo a levantar las manos por esa cuestión de instinto y dije la frase mágica: "Soy la dueña de casa, no tiren". Me esposaron a mí y a mi hermano, nos llevaron esposados abajo. ¿Qué había pasado? Mi marido estaba en combinación con esta mujer, que llama a la oficina para decirle que ya estábamos con mi hermano ahí (el departamento era muy grande; ella llama, yo ni me entero), y él llama a la policía diciéndole que había ladrones muy peligrosos en su casa; la policía estaba abajo, porque es la comisaría que está abajo, ahí en Santa Fe frente al Botánico. La policía va inmediatamente. Entonces cuando yo dije eso se ve que vieron mi cara de espanto, se dieron cuenta, y no tiraron por

eso. Y fui a parar a la policía; la saqué barata, pero la pude haber pasado muy mal.

JT: Como algo premonitorio, ¿no?

MSC: ¿Viste?

JT: Es raro, ¿no?

MSC: Vos fijate lo que son las cosas, porque el que estaba en ese momento, yo ni sabía entonces quién era el tipo, era el comisario Rossi, que resultó ser muy famoso porque era un torturador terrible; después no me acuerdo si fueron montoneros o el ERP que lo matan en venganza porque era un tipo siniestro con los detenidos políticos. Políticamente yo tenía las inquietudes de ese momento: el Cordobazo; como estudiante, la educación laica, libre; eso sí, en contra de los milicos por mi viejo. Mi viejo había sido un militante peronista: en 1955 mi papá luchó muchísimo, y yo era muy pegote de mi viejo, siempre estaba al lado de él, y me papá me decía: "Nunca te metas en política" pero, por otro lado, me hacía participar mucho.

La orden era que íbamos al calabozo, así que me acuerdo de que nos bajan en la comisaría, por una escalera chiquitita, todo oscuro. Y a mí me lleva un oficial, un muchacho joven, y él es el que me cuenta, dice: "Usted esta viva de milagro, porque la orden que teníamos nosotros era de tirar directamente. Entonces ahí me entero de que éramos ladrones peligrosos. Este muchacho estaba indignadísimo. Llegamos abajo, a un subsuelo de la comisaría, y en un calabozo había un montón de mujeres, de prostitutas; entonces, las tipas empezaban a pelearse a ver quién se quedaba conmigo. Cuando veo eso, me empiezan a caer las lágrimas, y el oficial me dice: "Yo no puedo encerrarla ahí. ¿Usted se banca un calabozo oscuro que tengo pero por lo menos va a estar sola?". "Sí, por favor, lléveme adonde sea pero no me ponga ahí". Fue una cosa terrible, te digo que es una imagen terrible, que llevo grabada para el resto de mi vida. Y fui a parar a un calabozo que tenía una puerta hermética. Y ahí me quedé, a oscuras, y sin saber qué iba a pasar conmigo. A todo esto, como mi hermano y yo no volvíamos, mi mamá llama por teléfono, el teléfono no responde, y le dice a mi padre: "Acá paso algo con los chicos". Mi papá, como para conformar a mi vieja, se va caminando con mi hija mayor hasta el departamento y ahí se

entera por los porteros que yo había sido llevada presa en el patrullero. Entonces mi padre va con mi hija a la comisaría. Después vuelve a mi casa y le cuenta a mi madre. Creo que en ese momento justo llama mi amiga, de casualidad, y mi madre desesperada le cuenta. Ella le cuenta a Haroldo que yo estaba presa (todo esto fue producto del destino, ¿no?) y Haroldo se comunica con mi madre, que le dijo de todo por teléfono: "La culpa la tiene usted, porque usted le complicó la vida a mi hija. ¿Ahora cómo saco yo a mi hija?". Entonces Haroldo le dice: "Yo conozco a un abogado muy bueno, espere, señora, que yo lo voy a solucionar". Haroldo estaba con un susto terrible. Yo presa, mi madre hecha una loca, y ¿qué hace? Se conecta con el marido de Marta Lynch, que era abogado, y a su vez tenía muchas amistades entre los jueces, y él enseguida, pregunta cuál era el juez, y el juez promete que va a intervenir, o sea, levanta el teléfono y llama a la comisaría. Cuando llama a la comisaría, da la orden de que nos liberen.

JT: Termina esto y... ¿cómo sigue?

MSC: No, no termina... Ahí ya directamente se inician los trámites de separación.

JT: Y ahí te vas a vivir con Haroldo.

MSC: No. Eso nos unió más; de alguna forma yo me liberé de la situación matrimonial y estaba más libre para hacer mi vida, incluso para poder estar más con Haroldo, más libremente, sin tener que ocultarme. Ya me consideraba libre, aunque los trámites eran largos, pero enseguida me vine al departamento acá, cerca del colegio de las chicas. Yo empecé a hacer mi vida con mis hijas y Haroldo terminó separándose; y a él también le costó muchísimo, fue difamado por todos lados, porque la mujer se encargó de ir al colegio, le agarró la agenda, decía: "Me deja por una puta intelectual".

JT: ¿Qué hacía la mujer?

MSC: Ella era peluquera, trabajaba en una peluquería.

JT: ¿Cuántos hijos tenía?

MSC: Dos, una mujer y un varón. Así que termina separándose y se va al Tigre. Yo no tenía teléfono acá en Belgrano en esa época, o sea que estábamos muy incomunicados, y me acuerdo de que un día pasó un amigo en común y me dijo: "Mirá, Haroldo se enferma

si no te ve, si no estás con él". Me mandó una carta diciéndome que quería verme, y un domingo me fui con mis dos nenas para allá, y ahí nos dimos cuenta los dos de que realmente queríamos estar juntos. Así que se separa y se viene a vivir conmigo acá, con mis nenas. Yo hablo con el padre de mis hijas. Era 1971, y lo único que yo quería lograr era que él me firmara la tenencia definitiva de las nenas, era lo que a mí me importaba. Y él me daba la tenencia definitiva de las nenas a cambio de que yo renunciara a todos los bienes que teníamos en común, y lo que me quedaba a mi nombre exclusivamente era una vivienda donde yo viviese con mis hijas. Pero ¿qué me importaba? Lo que yo quería era la tenencia de mis hijas, y un lugar digno donde vivir con ellas, y nada más. Se firmó el acuerdo, y, una vez que le firmé eso, se quedó tranquilo. Así que todo marchaba más o menos bien, y Haroldo se vino a vivir con nosotras.

JT: A partir de tu preocupación por encontrarle material para *Mascaró*, ¿seguiste vinculándote con su obra?

MSC: Totalmente.

JT: Vos sos taquígrafa, ¿no?

MSC: Sí.

JT: ¿Cómo escribía él: a mano, a máquina?

MSC: Él escribía a mano y a máquina, de las dos maneras, porque escribía permanentemente en un colectivo, en el subte... dependía si se le ocurría algo, o veía algo, y escribía mucho a mano también.

JT: Y ¿vos pasabas en limpio?

MSC: Sí. Además trabajábamos a dos máquinas.

JT: ¿Y vos fuiste como una secretaria de él? Lo digo respetuosamente.

MSC: Sí, de alguna manera... O sea, *Mascaró* fue como nuestro primer hijo. Hablábamos de los personajes como si habláramos de un familiar, y qué va a hacer fulano, y qué va a pasar acá, y cuál va a ser el almuerzo...

JT: ¿Vos le modificaste algún personaje?

MSC: Yo lo que le pedí fue que no matara a ningún personaje, porque en la obra de Haroldo siempre alguien moría, y ¿quién era

el candidato? Iba a ser Argimon. Y yo le dije: " No sé cómo, arreglátelas, pero no me matés a nadie".

JT: ¿Qué es lo que te enamora de *Alrededor de la jaula*?

MSC: Que encontré un alma como la mía.

JT: O sea, no separaste la persona del escritor, pensaste que eran lo mismo.

MSC: Claro, te diría que a través del escritor de *Alrededor de la jaula* yo descubro al hombre.

JT: *Mascaró* es de 1975.

MSC: *Mascaró* sale publicada y gana el Premio Casa de Las Américas en ese año.

JT: Después de *Mascaró*, él escribe cuentos.

MSC: Sí, Estuvimos quince días encerrados en el Tigre trabajando en *La balada del álamo Carolina*.

JT: ¿Ahí termina su obra publicada?

MSC: Claro, pero venía la segunda parte de *Mascaró*.

JT: Entonces, tu implicancia y tu complicidad con él está con *Mascaró*.

MSC: Y los cuentos.

JT: Ahí hacen como un cierre dramático.

MSC: Sí. Fue el tiempo que vivimos juntos.

JT: ¿Cuánto tiempo?

MSC: Como cinco años.

JT: Y vos ¿cómo te sentías con él? ¿Como la cómplice, como dirían los americanos, la *partner*?

MSC: Todo, todo. Él era el hombre de mi vida. Yo no podía vivir sin él, y a él le pasaba lo mismo. Estábamos juntos en todo.

JT: ¿Todo el tiempo?

MSC: Sí. Permanentemente para hacer las notas de *Crisis*; hacíamos periodismo juntos, viajábamos juntos, estábamos siempre juntos, siempre.

JT: ¿De qué hablaba? ¿Cuál era el tema: la política, las mujeres, la fantasía? ¿Cuáles eran las obsesiones que vos notabas en él?

MSC: En esa época, la obsesión de él pasó a ser un cambio político en la sociedad. El embale que tenía con Cuba se acentuó cuando viajamos juntos a la isla, en enero de 1974, cuando fue invitado a participar de Cada de las Américas, por segunda vez, y él descubrió una sociedad diferente. Estaba obsesionado. Haroldo no soportaba que la gente estuviese mal, a él le dolía mucho la gente... Cuando fue el golpe en Chile, m casa era un refugio de chilenos, y lo había sido de uruguayos...

JT: Su formación como seminarista, ¿tuvo alguna influencia en Conti?

MSC: Puede ser, era como muy piadoso también.

JT: ¿Era creyente?

MSC: Él tenía una lucha muy grande, porque, claro, de estar tanto tiempo con los curas, vio muchas cosas. No creía ni en la Iglesia ni en los curas, pero, por ejemplo, era fanático de la Virgen de Luján, la imagen que había sido de su bisabuela, era una reliquia... Me acuerdo de que la madre se la había regalado, y rezaba todas las noches en latín antes de acostarse. Cuando nació Ernesto, él le ponía la mano en la frente a su hijo, se quedaba solo y le rezaba en latín, o sea, se comunicaba de esa manera con su hijo: todas las noches, rezándole en latín toda una oración. Era una ceremonia que él realizaba solo con su hijo.

JT: O sea, puedo inferir que tenía partes místicas.

MSC: Sí, claro.

JT: Para vos, ¿era un místico?

MSC: No...

JT: ¿Y cómo veías vos esa escena casi teatral?

MSC: Con ternura

JT: ¿Te sentías afuera?

MSC: No, para nada.

JT: ¿Y él te explicó lo que decía la oración en latín?

MSC: No me lo explicó y nunca se lo pregunté.

JT: ¿Nunca te lo explicó y nunca se lo preguntaste?

MSC: Nunca. Yo sentía que era el mundo del padre y del hijo.

JT: Sin embargo, es como un espacio de silencio.

MSC: Sí, pero no... Estoy segura de que si se lo hubiera preguntado me lo habría dicho, pero yo respetaba mucho esa ceremonia y de alguna manera no me atrevía...No sé, lo estoy analizando ahora...Era como que no me atrevía a interferir en esa relación, esa ceremonia que era de dos. La verdad es que tendría que pensarlo...

JT: ¿Nunca te lo preguntaron?

MSC: No. ¿Sabés que no? Nunca me lo preguntaron.

JT: Y ahora, preguntándotelo, ¿no te llama la atención?

MSC: No, no. Lo asocio... Por ejemplo, cuando íbamos para Chacabuco, pasaba por la Basílica de Luján, y yo lo acompañaba, entraba a la Basílica porque era muy respetuosa de los sentimientos religiosos que él tenía. Yo no los compartía porque, si bien mi vieja era muy religiosa, mi viejo era ateo, pero lo comprendía, y entendía y respetaba muchísimo esa ceremonia que hacía de sentarse. Decía: "Voy a saludar a la Virgen".

JT: ¿Por qué la Virgen de Luján?

MSC: Por una cuestión familiar. O sea, la familia de mi mamá también; todos eran devotos de la Virgen de Luján. Me parece que eso era muy tano, no sé...

JT: ¿Él llega hasta qué nivel en el seminario?

MSC: Alcanzó a vestir los hábitos.

JT: O sea que tenía algunas cosas sacerdotales.

MSC: Sí, claro. Por ejemplo, quería bautizar a Ernesto en la Basílica de Luján, donde bautizó a sus dos hijos mayores –la hermana y el cuñado iban a ser los padrinos– y fue a hacer los trámites y le dijeron que no porque nosotros no estábamos casados legalmente, o sea que ellos no lo bautizaban, y me acuerdo lo mal que se puso Haroldo, fue una cosa terrible.

JT: ¿Él tenía amigos sacerdotes?

MSC: No.

JT: Tendría que ser de la camada de Miguel Hesayne.

MSC: Claro.

JT: ¿Tenía relación con Hesayne?

MSC: No. Fue como que se escapó de la Iglesia, y fue una cosa muy fuerte porque eso le costó un disgusto muy grande con la madre.

JT: Y esa cosa de mujeriego que tenía, ¿la abandonó con vos?

MSC: Sí, totalmente, sí, sí. Estábamos siempre juntos. Realmente era muy fuerte la relación, era amor en serio.

JT: Cuando pensaba un cuento, ¿te lo comentaba?

MSC: Sí.

JT: ¿Cómo era? Cuando no escribía, ¿se ponía de mal humor, de buen humor, estaba taciturno...?

MSC: No, no. Lo único, que yo no me podía despegar.

JT: Él te pedía.

MSC: Ah, sí. Era una cosa que a veces me hinchaba. Yo le decía: "Me das más trabajo que los chicos", porque me pegaba un grito cuando se le ocurría una idea y yo tenía que estar al lado; y a él le encantaba que lo ayudara, que preparara la comida, que le sirviera la ginebra... compartir... Era impresionante.

JT: O sea, tenía una dependencia absoluta hacia vos.

MSC: Sí.

JT: ¿Y vos hacia él?

MSC: Y yo hacia él también. En todo caso, yo era un poco más independiente, era, ¿como te puedo decir? Más práctica.

JT: ¿Haroldo Conti te leía sus originales, te pedía que los pasaras en limpio?

MSC: No. A él se le ocurrían ideas permanentemente. Entonces por ahí se encerraba en el escritorio y me llamaba para que viera lo que había escrito, a ver si me gustaba, si me parecía bien.

JT: Y si no te gustaba, ¿qué pasaba?

MSC: Se lo decía.

JT: Y él ¿cómo lo tomaba, bien, mal?

MSC: Es que muy pocas veces le dije que no me gustaba. Si aparecía algo con lo que yo no estaba de acuerdo buscaba la forma de hacérselo saber.

JT: ¿Él buscaba en vos una aprobación?

MSC: Sí.

JT: ¿Eras como una mamá?

MSC: No, no pasa por ese lado. Creo que fui la primera persona que realmente fue una apasionada de su obra como escritor. Nunca se había sentido valorado; él sentía que su obra no valía mucho, aunque tenía premios y demás. Yo amaba lo que él hacía.

JT: ¿Era cariñoso?

MSC: Ah, sí, sí.

JT: Era un tipo grande físicamente, ¿no?

MSC: Sí, Haroldo medía 1,95.

JT: ¿Era deportista?

MSC: Sí.

JT: ¿Qué deporte practicaba?

MSC: Especialmente natación. Era impresionante: él, con 50 años, se cruzaba el río en el Tigre.

JT: ¿Vos lo acompañabas en sus aventuras en el río?

MSC: Sí. Me encanta el río.

JT: ¿Tenía un barquito?

MSC: Cuando yo lo conocí, ya lo había vendido. Teníamos un bote.

JT: Sentía amor por el río, ¿no?, por el agua...

MSC: Ah, sí, sí. Yo creo que un poco ese amor estaba ligado a un sentimiento de soledad...

JT: ¿Era solitario?

MSC: Muy solitario. Mi padre, por ejemplo, amaba el río, y tam-

bién tenía cosas de solitario. De alguna manera yo también las tengo. Lo acompañaba mucho a mi viejo a pescar a diferentes lugares, a la laguna de Lobos, Junín, y demás, y estábamos horas de pronto ahí, sin hablar, en una comunicación con el río, el agua, la naturaleza, todo ese contexto tan especial. Así que yo entendía que a Haroldo le pasara lo mismo. Era una especie de comunión; por ejemplo, estábamos en el Tigre un día entero y capaz que hablábamos muy poco; cada uno en lo suyo y al mismo tiempo en lo del otro, compartíamos una cantidad de cosas sin hablar.

JT: ¿Era buen lector?

MSC: Vivía leyendo. ¡Para pescar el baño en mi casa!... había una pila de libros dentro del baño.

JT: ¿Qué escritores le gustaban? ¿Qué literatura le atraía más?

MSC: En el último tiempo de su vida era la latinoamericana.

JT: ¿Era amigo de escritores? ¿Tenía amigos?

MSC: Sí, él tenía muchos amigos. Después se supo quiénes eran los amigos verdaderos, pero sí, mi casa era un permanente ir y venir de gente.

JT: ¿Quiénes fueron los amigos de verdad?

MSC: ¿En aquel momento?

JT: En su vida.

MSC: Eduardo Galeano fue uno; Humberto "Cacho" Constantini, él realmente fue un amigo.

JT: ¿Rodolfo Walsh?

MSC: No había relación de amistad. Con Rodolfo estuvimos juntos en Cuba. Él fue con Lilia Ferreira, que era su compañera. No éramos enemigos, pero no se puede comparar, por ejemplo, la relación que había entre Haroldo y Cacho Constantini con Rodolfo. Con Walsh eran colegas...

JT: ¿Conti respetaba la literatura de Walsh?

MSC: El respetaba la literatura de todos, era muy respetuoso.

JT: ¿A quién despreciaba?

MSC: Yo no lo escuché despreciar a nadie. Al que detestaba era a

Jorge Luis Borges. Decía: "Tengo que reconocer que este maldito es un excelente escritor".

JT: ¿Y a Ernesto Sábato?

MSC: No lo escuché criticar la literatura de Sábato, pero no tengo presente que hubiésemos hablado sobre ella. Lo que pasa es que en esa época se hablaba de Sábato por otra cosa, porque era un personaje maldito. Me acuerdo que Haroldo iba siempre a uno de esos bares que se frecuentaba en esa época, creo que era el bar Moderno, donde Haroldo contaba que siempre aparecía Sábato y no le daban bola; estaba siempre muy marginado e intentaba integrarse, pero no podía. ¿Cuál era uno de los motivos? Sábato hacía alarde de que siempre estaba desvirgando pibas de quince años. Y eso les molestaba mucho. Una vez –yo no me puedo acordar quiénes más estaban– Haroldo me contó que entró Sábato diciendo que se había pasado la noche con una piba de quince. No sé si fue Constantini, que era de tener esos arranques, porque por ahí Cacho era medio violento, le quiso partir una silla en la cabeza.

JT: Constantini era alto también, buen mozo.

MSC: Eran muy amigos. Cacho se salvó de chiripa. Venía todos los días con la bicicleta a la casa de Fitz Roy a mostrarle a Haroldo lo que había escrito, Haroldo lo estimulaba muchísimo.

JT: ¿Le gustaba a Haroldo la literatura de Constantini?

MSC: Cacho todavía no había escrito novelas, estaba con la poesía. Haroldo lo quería mucho y lo incentivaba mucho para que escribiera novelas.

JT: De los jóvenes escritores de esa época, ¿veía a alguno con entusiasmo?

MSC: A ver, nombrame los de esa época...

JT: Miguel Briante

MSC: Ah, bueno, sí, a Briante sí. A Briante lo respetaba mucho.

JT: Ricardo Piglia.

MSC: También, incluso lo mencionaba en los reportajes. Después estaba el caso del "Turco" Asís.

JT: ¿Qué decía de Jorge Asís?

MSC: Lo de Asís es todo un capítulo aparte. Realmente yo nunca lo pude ni ver a Asís. Yo no sé cómo llegó hasta Haroldo, porque todo el mundo llegaba hasta Haroldo, y yo trataba de parar la cosa, porque, si no, mi casa era un bolonqui. Me acuerdo que estaba Nicolás Sarquis, que hizo la película *La muerte de Sebastián Arache y su pobre entierro*; el guión lo había hecho Haroldo y hubo que ir a La Rioja... Estuvimos en La Rioja, y Asís había ido para hacer de extra. Fue en 1972. Me acuerdo que en ese momento se muere el primer actor del corazón, y la primera actriz se va. La cuestión es que yo terminé haciendo planos de espalda, de costado, ocupando un poco el lugar de la primera actriz. Nunca me gustó la personalidad de Asís. Yo le decía: "No es tu amigo, no es buena persona". Y él: "Ya salió la bruja", porque me decía la bruja. Asís siempre venía para que Haroldo lograra que lo invitaran a la Casa de las Américas, era el pobrecito que pedía ayuda.

JT: ¿Y con Andrés Rivera tenía relación?

MSC: Sé que tenía relación, pero no recuerdo que fuera muy frecuente en la etapa que vivió conmigo. No te olvides que nosotros, a partir de 1974, cuando volvemos de Cuba, tuvimos que cambiar un poco nuestro tipo de vida porque quedamos muy marcados. A nuestro departamento de Belgrano llegó la policía a hacer averiguaciones.

JT: ¿Ahí es donde empiezan a estar más solos?

MSC: No, más solos no. Se empieza de alguna manera a buscar otro contexto, con gente más afín, más de confianza.

JT: ¿Vicente Zito Lema...?

MSC: Zito Lema estaba en *Crisis*, claro, con Galeano, con Juan Gelman. Gelman, por ejemplo, nunca vino a mi casa.

—¿Quiénes iban mucho a tu casa?

MSC: Especialmente la gente de *Crisis*, y después gente que iba de paso, estaba Borda Leños, el poeta.

—¿Con Osvaldo Lamborghini había amistad?

MSC: Sí, creo que sí. Cuando estábamos en *Crisis*, por ahí bajaban a tomar un café, o ahí mismo en la redacción...

JT: Él lo quería mucho a Federico Vogelius, el dueño de la revista *Crisis*.

MSC: Sí claro, Federico Vogelius se portó muy bien con nosotros, fue muy buena persona.

JT: ¿Por qué creés que se lee tan poco a Conti?

MSC: Yo no creo que se lea mucho a nadie. Vamos a empezar por ahí.

—Está bien. ¿Por qué creés que se habla tan poco de Conti?

MSC: No te olvides que la prensa juega un papel determinante. Y me parece que la gente se deja influir mucho por el estrellato en todo nivel.

JT: ¿No creés que por razones ideológicas?

MSC: Yo no descarto que las haya. Por ejemplo, veo que en *Página/12* se lo menciona a Rodolfo permanentemente y a Haroldo nunca.

JT: ¿Cómo sería Conti hoy?

MSC: Creo que viviría en un permanente asombro y en una perplejidad constante, que es un poco lo que me pasa a mí.

JT: ¿Creés que seguiría mirando a Cuba?

MSC: Puede ser. Yo creo que sí.

JT: ¿Seguiría siendo un hombre de militancia?

MSC: No, ahora no, yo creo que no. Te digo más: uno de nuestros proyectos en la vida era irnos a vivir a la costa uruguaya; nos encantaba, estaba enamorado de La Paloma. Él naufragó ahí, era toda una relación, y lo que queríamos los dos era que nuestro hijo no creciera en la ciudad. Irnos a vivir ahí, a orillas del mar.

JT: A Haroldo lo secuestran en 1976. ¿Qué edad tenía Ernesto?

MSC: Tres meses

JT: O sea que no lo conoció.

MSC: No.

JT: Pensé que ustedes estaban mucho menos comprometidos políticamente. Te lo digo con mucho respeto, no como una crítica, lo que no entiendo es por qué no se cuidaban más. Disculpame.

MSC: No sabés las veces que escuché durante todos estos años esa frase. El compromiso mayor de Haroldo era —no sé si el compro-

miso—... que él reivindicaba permanentemente la sociedad cubana, o sea, el socialismo, y en esa época eso nada más significaba ponerte en el escenario para que los milicos apuntaran. El día de su detención, el militar que me separa a mí y me lleva al escritorio, el que me interroga durante toda la noche, insistía con que Haroldo era agente cubano, que estaba pagado por Cuba, y me inculpaba a mí de lo mismo, porque yo había viajado a Cuba con él, o sea, la bronca y el odio del tipo era contra Cuba. Te digo más: a Haroldo le llega el aviso de que lo buscaban por el cuñado, el marido de su única hermana, que tenía un hijo de otro matrimonio que pertenecía a los servicios de inteligencia de la Marina. Él se fijó en el prontuario de Haroldo, y había tres hojas, y una mía adosada. Allí se lo señalaba como agente cubano.

JT: En alguna correspondencia que tiene Haroldo con Roberto Fernández Retamar, él ya habla en 1973 de que lo persiguen, de que sienten que lo podían hacer boleta en cualquier momento.

MSC: ¿Esa carta es la de 1973 o de 1975?

JT: Son dos cartas, no recuerdo...

MSC: Por eso, tiene que haber sido en la segunda.

JT: Pero en la de 1973 ya habla de que está mal. La podemos mirar si querés.

MSC: La segunda, ¿qué fecha tiene? No había nacido Ernesto todavía, tiene que ser la de 1975.

JT: Porque en 1975 ya habla de que le dan un informe de inteligencia de que va a haber 30 mil muertos.

MSC: Claro, es el cuñado. Soy testigo de eso.

JT: Él habla de su posición frente al peronismo, de la manifestación por el golpe de Chile, las 150 personas. También habla de una operación que tuvo. ¿Lo operaron de algo?

MSC: Le sacaron una bola como un huevo, y nunca supimos qué era eso. Fue cuando mataron a Rucci.

-JT: Ahora, ¿qué información que tenía tu cuñado! Le informa que va a haber 30 mil muertos y hubo 30 mil muertos.

MSC: El hijo le pasaba la información al padre.

JT: Lo que me sorprendió es cómo ustedes estaban despreveni-

dos cuando llegan del cine. ¿Qué película habían ido a ver?

MSC: "El padrino".

JT: ¿Ustedes nunca presintieron lo que les podía pasar?

MSC: No, no. Lo que Haroldo pensaba, lo máximo que él pensaba, es que podían llegar a meterlo preso, y que después se iban a juntar firmas y lo iban a sacar. Como en realidad no estaba con las armas, no integraba ninguna organización guerrillera, nunca en su vida jodió a nadie...

JT: ¿Y vos?

MSC: Yo empecé a preocuparme en 1975. No sé si fue cuando asesinaron a Rodolfo Ortega Peña. Sí me acuerdo que me agarró la desesperación, y yo quería que Haroldo se fuese del país, y tenía incluso posibilidades de vivir y trabajar en Ecuador, donde habíamos estado; hasta le habían conseguido trabajo en la Universidad de Quito. Había un clima espeso acá, y él no dejaba de hablar de Cuba y en contra de los militares. Sí, me agarró miedo, y entonces dije: "Nace el nene y después yo me voy". Para mí no era tan fácil, yo estaba embarazada, tenía además a las dos nenas: Y le digo: "Vas primero vos, después voy yo, organizo las cosas. Y no, no quiso. Lo que sí proyectamos fue irnos de Buenos Aires, ésa es la verdad. A mí sí me agarró mucha angustia y me acuerdo que habré hablado con Galeano para que me ayudaran a convencerlo de que se fuera. Yo estaba preocupado porque él hacía reportajes y notas..."

JT: ¿En qué fecha ocurrió el secuestro?

MSC: El 4 de mayo de 1976.

JT: ¿Qué es lo que te pasa a vos por la cabeza cuando ves toda esa parafernalia loca?

MSC: En ese momento no podés pensar, no se piensa. En medio de esa serie de hechos lo único que me afloró fue el instinto de vida. Creo que más que el instinto de vida fue el instinto de madre.

JT: Tu hijo estaba durmiendo.

MSC: Y la nena de siete años, mi hija. La mayor, de casualidad, como tenía un examen al día siguiente, no me acuerdo si de contabilidad o matemáticas, se había ido a la casa del padre porque él la estaba preparando en esa materia. Fue terrible, esa noche fue terrible.

JT: ¿Sabés cuánto tiempo vivió en cautiverio?

MSC: Por los datos que yo tengo no llegó a fines de junio.

JT: ¿Dónde estuvo hasta entonces?

MSC: En Campo de Mayo primero, y después lo llevaron al Vesubio. Después estuvo en Coordinación Federal. Leonardo Castellani, el sacerdote, un tipo de derecha, a mí me respondió de una manera increíble...Fui a verlo a la casa porque en el número anterior de la revista *Crisis* había salido una nota que Haroldo le hizo a Castellani, y está la foto de Haroldo. Con Borges ni siquiera intentaron. Se mencionó a Castellani, y yo le dije: "Lo voy a ir a ver a él". Me acuerdo de que me fui y estaba en cama, estaba muy mal de salud. Tenían ese famoso almuerzo...

JT: ¿Qué almuerzo?

MSC: El almuerzo de los escritores, ¿te acordás? El que tuvieron con Jorge Videla.

JT: Ah, sí, sí.

MSC: Estuvieron Sábato, Borges, Castellani y Esteban Ratti, que está en la SADE en ese momento; también fui a hablar con él, y los dos respondieron.

JT: ¿Castellani y Ratti?

MSC: Sí, sí, me acuerdo de que lo fui a ver y le conté lo que había pasado. Castellani se quedó perplejo y me dijo que él había desistido de ir a ese almuerzo porque se sentía mal de salud, pero que, con esto que yo le contaba, exclusivamente iba a ir para pedirle a Videla por la vida de Haroldo, que iba a investigar hasta encontrarlo. Y así fue, así fue. Es más, él llamó a la casa de mis padres cuando hacía dos días que yo había entrado a la embajada y habló con mi mamá. De eso me enteré yo después, mucho tiempo después; yo en la embajada estaba incomunicada, no podía ver a nadie. Castellani le dijo a mi madre que quería verme urgente, que lo tenía localizado a Haroldo y que quería hablar conmigo, que tenía algo muy importante que decirme; mi mamá le explicó dónde estaba yo. Y que no sabía cuándo iba a salir yo de ahí, que le dijera a ella, y él insistió: "No, no, yo tengo que hablar con su hija". Después me enteré que Castellani había logrado la autorización de salida para mí, para mi hijo y para Haroldo, para los tres, pero que

cuando llegó ya era demasiado tarde. Le alcanzó a dar la extremaunción a Haroldo.

JT: O sea que Haroldo está enterrado.

MSC: Sí, pero no sé dónde.

JT: Pero ¿cómo es que le da la extremaunción?

MSC: Castellani lo va a ver al campo de detención clandestino, en Coordinación Federal, donde estaba en ese momento. Haroldo no lo reconoce, estaba moribundo.

JT: ¿Sabés como lo mataron?

MSC: Con la tortura. La tortura de Haroldo fue impresionante. Cómo lo torturaron a Haroldo fue algo terrible.

JT: ¿Te animás a contarlo?

MSC: Una persona que lo contó cuando yo estaba en el exilio fue Antonio Di Benedetto. Me acuerdo de que mi mamá y mi hermano quedaron muy mal cuando lo vieron por televisión y me llamaron a mí a Suecia, un poco como para que no tuviera ninguna esperanza de que Haroldo estuviese vivo a través nada más del relato que hizo Antonio en televisión.

JT: ¿Cómo fue?

MSC: ¿Vos la ubicás a Cata Guagnini, que está en Familiares?

JT: Sí. Luis era amigo mío de chico.

MSC: Luis estuvo junto con Haroldo en el Vesubio. Después él sale, va a España, y vuelve a entrar. Cata consigue un juez muy amigo en la familia y dice: "Yo te lo voy a localizar y lo voy a sacar, pero que se olvide de papapapa...". Y él había estado con Haroldo y le cuenta en su testimonio que a Haroldo lo traen de Campo de Mayo; Luis está en la celda de al lado y Haroldo dice en vos alta quién es y le dice que venía de Campo de Mayo, que lo había pasado muy mal y que ya no tenía retención de orina. Venía muy torturado; veinte días estuvo en Campo de Mayo.

JT: Contame qué es lo que vos sabés del castigo, cómo fue.

MSC: En una oportunidad me llamó una mujer, cuando yo estaba viviendo en México. Recién salía de prisión y su obsesión era encontrarme a mí. Tenía que ir a hacerse dos o tres operaciones,

pero ella no se quería internar hasta que pudiera hablar conmigo; ella entendía que había sido una de las pocas personas que lo había visto con vida a Haroldo, y entonces lo que me contó es cómo lo torturaban terriblemente. Haroldo tenía unos ojos celestes hermosísimos, de un celeste azul profundo, más que celeste, azul, unos hermosos ojos, y lo que a ella le impactó fue que lo veía a Haroldo y estaba impresionada porque tenía los ojos fuera de las órbitas por la tortura a la que era sometido, y que él permanentemente nombraba a Marta. Entonces ella suponía que Marta era la mujer, y hablaba con Marta y hablaba de un bebé, y decía: "Compañeros, Marta nos va a salvar". Ella se acordaba perfectamente de eso, y entonces dice que cuando lo torturaban había un tipo que le decía: "A esa judía (por mi apellido pensaban que yo era judía) hija de puta ya la tenemos, a tu hijo también". Dice que la tortura psicológica era terrible. En otro momento le decían: "Ya la vamos a agarrar, olvidate de ella". Otra de las cosas que me contaron que era terrible, eso también creo que lo dijo Di Benedetto, era que le habían cortado los tendones. Entonces, si él quería agua, tenía que atravesar todo el patio arrastrándose para poder llegar a un tacho de agua, por ejemplo.

JT: ¿Qué sentís cuando me contás esto? ¿Odio, soledad...?

MSC: No. Dolor. Ahora siento nada más que dolor.

JT: ¿Y antes?

MSC: No. Antes eran las dos cosas: era odio más que dolor, era un odio feroz. Es el mismo que siento cuando veo en la televisión a determinados personajes, como Videla, Massera...

JT: Aparte de esto, ¿te quedaste sola?

MSC: Y, sí.

JT: ¿Te acompañaron? ¿Tuviste solidaridad?

MSC: Sí, sí. Yo he sido muy apoyada en los países donde estuve.

JT: ¿Y acá en la Argentina?

MSC: Acá era muy difícil ayudar, pero de todas maneras hasta donde pudieron algunos me ayudaron, por empezar mis viejos, que estuvieron incondicionales conmigo. Me acuerdo tanto de la gente de *Crisis*, que se portó muy bien. Uno de los secretarios de prensa de Videla era el capitán Corti, que era un coleccionista, le gustaban

mucho las pinturas; entonces Vogelius, que era famoso por eso, le llevó de regalo una pintura y le pidió información; cuando volvió a *Crisis*, me da la noticia de que Haroldo estaba en la famosa brigada de Güemes. Cuando me dicen eso, me largué a llorar y no me podían parar porque dije: "no lo veo más con vida". Y bueno, en ese momento me apoyó muchísimo Vogelius, y Eduardo Galeano también.

JT: ¿Lo seguís viendo a Galeano?

MSC: No. Nos encontramos circunstancialmente en la Feria del Libro, lo he encontrado también en Suecia.

JT: ¿Extrañas a Haroldo?

MSC: Haroldo siempre está conmigo, es más, yo jamás he dejado de hablar con él.

JT: ¿Cómo hablan?

MSC: Me enoja, lo reto, lo amo, le cuento si hay Sol, si llueve, si están las estrellas, si tengo plata, si no tengo. Permanentemente estoy hablando con Haroldo. Siempre, siempre.

JT: ¿Y tu hijo qué piensa?

MSC: Si mi hijo tiene una imagen tan fuerte del padre es por lo que yo le he transmitido, porque él no lo conoció.

JT: ¿Tus otras hijas lo conocían a Haroldo?

MSC: Sí, claro, ellas lo querían mucho.

JT: ¿A qué se dedican ellas ahora?

MSC: La mayor es arquitecta y está casada. Trabaja en su profesión. Y la más chica se fue hace unos meses a Europa.

JT: ¿Ernesto qué hace?

MSC: Ernesto estudia y trabaja. Se recibió de periodista deportivo y ahora está estudiando Ciencia Política. Es un deportista, un loco por el fútbol, fanático hincha de Boca y juega muy bien al fútbol.

JT: ¿Haroldo era hincha de fútbol?

MSC: No. No le gustaba el fútbol.

JT: ¿Ernesto se parece a Haroldo?

MSC: Es el que más se parece físicamente de sus hijos.

JT: Y a los otros hijos de Haroldo, ¿los ves?

MSC: No, prácticamente no los veo, no hay una relación.

JT: ¿Los otros hijos de Haroldo se interesan por la literatura del papá?

MSC: ¿De que manera?

JT: No hablo de los temas comerciales, sino si han leído su obra, si están interesados en su obra como podría estar Ernesto.

MSC: Sí, están interesados en que la obra se publique.

JT: Me imagino que los derechos están divididos...

MSC: Bueno, hay una administradora.

JT: ¿Hoy hablaste con Haroldo?

MSC: Hoy no.

JT: ¿Cuánto hace que no hablás? ¿Cómo hacés para mantener a Haroldo tan presente en tu vida?

MSC: Ah, no sé precisar, pero tengo todas las fotos de él en mi cuarto, en la biblioteca; por ahí veo alguna noticia, algo que está pasando, y le hablo y le cuento: " Pero vos fijate...". Además siento la presencia de él. Por ejemplo, cuando llega el otoño, le digo: "Llegó el otoño, los árboles están así...". Amábamos el otoño.

JT: ¿Volviste a la casa del Tigre?

MSC: Fui dos veces, pero no me lo banco.

JT: ¿Por qué no la vendés?

MSC: No. Esa casa se la quedó el hijo mayor. Te digo más: yo no volví a Chacabuco, ni creo que vuelva.

JT: ¿Qué fue lo que viste cuando lo viste por última vez?

MSC: No sé. La imagen de la despedida que vi incluso a través de la capucha, ¿no? Las llagas están. A esta altura ya tengo asumido que este dolor es parte de mi vida, y a veces me lo puedo bancar mejor que otras, pero está en cualquier detalle cotidiano. De pronto yo puedo estar con mi maquinita de calcular, haciendo la cuenta a ver si llego, qué boleta pago primero, en la lucha por sobrevivir, estoy en eso, y por ahí me voy a través del balcón y veo una paloma o veo una nube, o siento un olor en la tierra, lo que sea, y me voy inmediatamente, retrocedo en el tiempo y me empiezo a acordar de otras cosas vividas con él. Entro por ahí, me sacudo y me olvido de

todo, de las cuentas, si tengo algo en el fuego se me puede quemar, y me voy.

JT: ¿Qué más extrañas de él?

MSC: Todo.

JT: Pero ¿hay algo en especial: su voz, su enojo, su aroma?

MSC: Su presencia.

JT: ¿Cómo te llamaba él? ¿Cómo te decía?

MSC: Él me había puesto un nombre, me había puesto Diadorín. Era un personaje, no me acuerdo si de una novela o de una película, que es un guerrero que en realidad es una mujer que se viste de guerrero para poder combatir, porque yo siempre estaba en la pelea, si había que pelear con un editor para conseguir que a uno le pagaran, o la tapa que no me gustaba, que era así, o que era asá, o que no había ejemplares suficientes; en la pelea de las cosas cotidianas yo ponía siempre el cuerpo de alguna manera, y él me decía: "Vos no vivís si no peleás, callate Diadorín". Una vez en una editorial le debían la liquidación de una novela, creo que era, o por un libro de cuentos; no sé las veces que lo acompañé a Haroldo y lo bicicleteaban... Y me acuerdo que en un momento yo exploté: "Pero ¿Cómo te vas a dejar basurear por este tipo de esta manera, qué se cree? Vos no estás vendiendo papas...". Me dio mucha bronca. Abrí la puerta de la oficina directamente y me metí adentro con muchísima bronca. Él me decía: "¿Vos estás loca?". Y a partir de ahí, me dijo: "Mirá, yo te voy a hacer un poder, maneja te vos, para esto no sirvo". Lo que pasaba es que me manejaba un poquito mejor que él en las cosas prácticas.

JT: Si Haroldo estuviera en este dialogo, ¿qué diría?

MSC: Me estaría cargando con alguna salida ocurrente, acariándome la cabeza, como lo hacía siempre, con la gran ternura que yo sentía de parte de él, aun en las discusiones, porque discutíamos mucho también, aunque siempre había mucha ternura.

JT: Y ahora está acá. ¿Qué sentiría, estaría enojado?

MSC: No, enojado no.

JT: ¿Te hubiese dicho: "Callate, hablás de más..."?

MSC: No. Haroldo nunca me podría haber dicho eso, porque

sabía que si me lo decía era peor, o sea que...no, yo supongo que me estaría mirando con una sonrisa de plena calidez y con esa adoración que yo veía en su mirada.

JT: Te quiero hacer una pequeña devolución. A lo largo del relato, los cambios de tu rostro han sido tan notables que cuando vos me contaste que hablaste con él fue el momento más luminoso, y yo pensé: "¡Que cinco años que vivieron!".

MSC: Sí, no sé lo que daría a cambio de recuperar a Haroldo; no importa, esté como esté, pero que esté otra vez conmigo.

JT: Lo tenés.

MSC: Lo tengo, pero al mismo tiempo el vacío es muy grande.

JT: ¿Cuál es el trabajo que más te gusta como crítica?

MSC: Mirá, yo creo que *Studeste*, por ejemplo, es una novela muy bien escrita, aunque posiblemente sea más para hombres. No, no, quiero decir, para mí *Mascaró* es algo especial dentro de toda la obra de Haroldo, pero como yo puse muchas cosas ahí, de pronto no soy objetiva; pero *Mascaró*, ¿cómo te puedo explicar? No las mezclo con las otras cosas. *Mascaró* está aparte, no sé, es de los dos, y vos sabés que no la pude volver a leer, no puedo leer nada de Haroldo, nada, es terrible, porque muchas veces necesito leer y no puedo leerlo; ahora ya directamente ni voy a buscar nada, pero las veces que fui a buscar *Mascaró*, *La balada del álamo Carolina*, es terrible, empiezo a llorar y me empiezo a sentir mal físicamente. No lo soporto, no lo soporto... Si intento leer, es como que lo estoy buscando a él y se me hace más presente que él no está y que no lo voy a tener nunca más, y no me lo puedo bancar... Es terrible, es terrible, me da la pauta de qué lo estoy buscando permanentemente, como que no he dejado de buscarlo, y han pasado 25 años.

JT: ¿Tenés algo que reprocharle?

MSC: Sí, que no haya sido más egoísta, que no haya pensado más en él.

JT: ¿Y más en vos?

MSC: No, en mí no, porque en todo caso yo era mayor de edad y nadie me obligó a nada, o sea que él no tenía por qué estar cuidándome.

JT: ¿Vos lo decís por los chicos?

MSC: Por él mismo, él tendría que haberse cuidado más.

JT: Toda muerte produce enojo.

MSC: Sí. Yo me he enojado muchas veces con Haroldo. Creo que sí, que hay enojo, porque yo me daba cuenta, aun en ese momento, de que yo era muy joven y que no había vivido muchas cosas que después tuve no solamente que vivir, sino que padecer por ser mujer sola y andar dando vueltas por el mundo, y no fue fácil, te digo, en ninguna parte... Sí, como que a veces le he reprochado que haya sido idealista, no tenía derecho, siendo un hombre grande, a ser tan idealista, yo creo que, si se hubiera cuidado más y no se hubiera jugado por nadie... porque nadie merece que nadie se juegue. Yo no tengo ningún ídolo, no idealizo a nadie.

JT: ¿A quién idealizó?

MSC: Idealizó mucho la revolución cubana, a Fidel Castro, por ejemplo, y no jodamos, no hay hombres perfectos ni sociedades perfectas; la perfección no existe. Por más que la busqués. No la podés encontrar en nadie ni en nada.

JT: ¿Los cubanos hicieron algo por vos?

MSC: Sí, claro, me salvaron la vida, a mí y a mi hijo, nada menos.

JT: En ese sentido estás agradecida.

MSC: Sí, claro, yo pienso que en todo caso le correspondieron a Haroldo más que nada.

JT: Estás molesta ahora, ¿no?

MSC: Lo que pasa que todo lo que está relacionado con la política me produce mucho rechazo, porque me han matado las ilusiones, la esperanza. No puedo confiar en nadie, es una desilusión tras otras y es muy feo no poder decir "esta persona me inspira confianza, me voy a jugar por tal proyecto...". Cuando vos tenés inquietudes como ser social y no tenés con quién canalizarlas es muy frustrante, yo me siento muy frustrada. Éstos son todos chantas, quien más, quien menos, con guante blanco o marrón o negro, pero no hay mucho. A lo mejor estoy exagerando un poco, pero siento mucho rechazo por todo lo que sea político.

ENTREVISTA 3: GRACIELA MURÚA

"Paco escribió: 'Empuñé las armas porque busco la palabra justa'."

José Tcherkaski: ¿Cómo conoce usted a Paco Urondo y en qué año?

Graciela Murúa: Yo lo conozco en el año 49 ó 50. Santa Fe es una ciudad muy chica, no es muy difícil conocerse. Pero nosotros no éramos del mismo barrio. Ahora quizás no, pero en aquel tiempo había una diferenciación entre lo que era el barrio Sur y el barrio Norte. El barrio Sur era el barrio antiguo, donde estaba el centro cívico, la plaza, la catedral, la casa de gobierno, y nosotros vivíamos en ese barrio. En cambio, Paco y su familia siempre vivieron en la zona Norte, que era la que más se acercaba a la parte de la ciudad que crecía; la parte más nueva. Es decir que donde nosotros vivíamos era la zona más tradicional y la ciudad crecía más para el otro lado. La gente que tenía que ver con la Universidad, por ejemplo, era muy frecuente que viviera en el barrio Norte. Y los Urondo son de Buenos Aires, pero habían ido a Santa Fe cuando mi suegro —que se llamaba Francisco Urondo, igual que Paco— va como profesor, junto con otra serie de profesores de mucho prestigio, cuando se funda en la Universidad del Litoral la primera Facultad de Ingeniería Química. Él era ingeniero civil y, además, profesor de Matemática y de Física. O sea que eran como trasplantados, no eran una familia originaria de Santa Fe. Yo tenía una prima segunda que vivía por el barrio Norte. Antes del 50 yo no lo conocía a Paco, porque no era de la gente que circulaba por el barrio donde nosotros nos movíamos. Entonces, en el mismo edificio de departamentos vivía una prima mía, vivía un muy amigo de Paco y otros que eran todos de ese barrio. Y ahí nos conocimos y nos hicimos amigos. Después en esa época también surgió al tiempo el tema del Retablo de Maese Pedro, que hacía Fernando Birri. Entonces, también estábamos todos relacionados porque íbamos a esa especie de galpón, al final de un pasillo, donde armábamos los títeres y hacíamos las funciones. Es decir, se van haciendo conexiones sucesivas. Paco, probablemente, estudiaba el último año del Colegio Nacional, donde era preceptor Miguel Brascó, que es mayor que nosotros. Así es como se va relacionando con el teatro de títeres. Después Miguel va a trabajar a

Extensión Universitaria, y hay como una serie de conexiones. Un hermano de mi papá era director de Extensión Universitaria. Entonces mi hermana y yo empezamos a meternos en cosas de teatro que auspiciaba la Universidad. Es decir que comenzamos a movernos en un mundo de la cultura, y hacíamos muchas cosas en ese sentido. Nos juntábamos a leer, a escuchar música, íbamos a un teatro que tenía amigos del arte. Después, debe haber sido en el año 50 –soy muy mala para las fechas–, Paco hace el servicio militar, y lo hace en Santo Tomé, que es una localidad bien pegada a Santa Fe, en un regimiento que era un castigo, porque era de zapadores pontoneros –no confundir–, que son los que hacen puentes. Por ejemplo, cuando hay que resolver un cruce, tienen que hacer puentes. Pero era un batallón de castigo, inclusive para los oficiales; era un destino que nadie quería. Por sorteo le tocó ir ahí. En esa época yo estaba en el último año de secundario, porque yo hice una escuela de seis años, un secundario experimental de seis años, que era como si fuera el Colegio Nacional de Buenos Aires, con el agregado de que nosotros aparte estábamos cursando magisterio, o sea que la carga horaria de estudio era infernal. Me acuerdo que hice un examen de ingreso para entrar a 1º año. Cuando terminé el ciclo básico, tuve que hacer otro examen de ingreso para entrar a 4º año. Era muy pesado. Y después teníamos la sobrecarga por el magisterio, o sea que fuera del horario de clases teníamos las prácticas, porque era una Escuela Normal, que tenía lo que se llamaba el Curso de Aplicación, o sea que las prácticas se hacían en la primaria, que funcionaba en el mismo edificio, en el contrahorario. Yo tenía una compañera cuyo novio también estaba haciendo el servicio militar en el mismo lugar que Paco. No sé qué conexión tenía y ella me avisaba cuándo era día de visita. Entonces, allá íbamos. Teníamos que ir a la terminal, tomar un colectivo...

JT: ¿Usted era amiga o ya era noviecita de Paco?

GM: Ahí ya éramos novios. Él padeció mucho el servicio militar. Íbamos con mi suegra y le llevábamos la comida porque no quería comer nada de lo que le daban ahí; entonces le llevábamos comida no perecedera, libros; y además, nos escribíamos cartas.

JT: ¿Paco ya escribía?

GM: Él escribía algo, estaba empezando a escribir. Pero nosotros nos escribíamos cartas. A lo mejor yo le copiaba un poema, o él me

pedía alguna información de algo. Entonces, hacíamos ese intercambio. O, si no, le copiaba cosas en la máquina que tenía mi viejo en el estudio y se las llevaba para que él tuviera mayores horizontes en ese mundo espantoso. Hizo el servicio militar en el tiempo estipulado para hacerlo. Teníamos unas amigas que eran tres hermanas y tenían una especie de casa muy abierta, donde podíamos hacer lo que se nos cantaba que nadie decía nada. Entonces allí leíamos, tomábamos bastante, y en esa época hicimos algunos descubrimientos. Por ejemplo, habíamos descubierto a David Herbert Lawrence, y rápidamente ya lo estábamos leyendo ni bien salía, porque era una literatura novedosa, no era algo que tuviera antecedentes ni que la conociera mi papá ni nada. Nosotros leíamos el teatro y las novelas de Sartre. Otros escritores que nos gustaban mucho eran Simone de Beauvoir, Camus, John Dos Passos, Steinbeck, y rápidamente ya estábamos leyendo a Faulkner. A veces quiero reconstruir y no sé de dónde nos salían las comunicaciones como para llegar a eso, que en ese momento era lo más. No nos poníamos a leer otra literatura de un nivel más bajo. Porque yo tenía un cierto respaldo en mi casa, pero no así. Mi papá era un hombre leído, que de jovencita me hacía leer el teatro griego, clásicos, pero nunca me hubiera dicho que leyera a Sartre porque no tenía la menor idea de quién era.

JT: ¿Y Paco?

GM: Por parte de Paco, su papá era un señor de mentalidad más bien científica. Probablemente leyera, estaba informado, pero era un científico. Es decir que era una persona a la que le gustaba leer ciencia. Inclusive por ahí leía filosofía, pero tenía una mirada científica sobre todo lo que se podía leer.

JT: ¿Paco estudió en la Universidad?

GM: No. Paco se había inscripto en Derecho. Hizo algunas materias, pero no siguió estudiando.

JT: ¿En esa época Paco ya tenía inquietudes por la política? ¿Cómo vivían ustedes el peronismo?

GM: El asunto era partido. Mi suegro, quizás no en ese momento inicial, pero sí después, fue un antiperonista acérrimo, porque la intervención en la Universidad le costó las cátedras. Es decir, perdió su condición de profesor; directamente se fue de Santa Fe porque no tenía qué hacer allí. A él lo expulsaron de la Universidad.

JT: O sea que ustedes tampoco tenían mucha simpatía por el peronismo.

GM: En mi casa era un poco distinto porque mi papá –Carlos Murúa– era radical, inclusive muy militante. Mi papá era procurador; tenía un estudio jurídico muy grande, que trabajaba mucho. Era procurador, pero en resumen trabajaba como un abogado. Por lo que trabajaba tendría que haber sido un hombre riquísimo, pero él gastaba todo en la política porque andaba todo el día arriba del auto, yendo de acá para allá. Era como un operador para todo en la comunidad. Le puedo decir, por ejemplo, que mi papá hizo los estatutos de la Cooperativa Milkault, de los lecheros Hizo los estatutos de la Asociación Cooperadora de nuestra escuela. Hizo el primer estatuto que tuvieron los empleados de la provincia de Santa Fe, porque había sido subsecretario de gobierno. Era yrigoyenista; entonces estaba siempre operando, organizando. La primera Caja de Abogados y Procuradores que tuvo la provincia de Santa Fe la armó mi papá.

JT: Parece que en su casa se hablaba más de política que en la casa de Paco.

GM: Sí, en mi casa se hablaba bastante de política porque mi papá era un tipo político.

JT: ¿Y Paco hablaba de política con su papá? ¿Qué concepción tenía él en ese momento?

GM: Lo que pasa es que en ese momento, hasta que tiene su crisis porque lo echan de la Universidad, el padre de Paco podía ser un hombre bastante neutro, dedicado a su profesión. Yo creo que su antiperonismo se agudiza mucho con el tema de su expulsión de su tarea, a la que había dedicado su vida. Pero en Santa Fe había un peronismo bastante controlador. Quiero decir que en las ciudades chicas se sabe si usted está a favor o en contra... Me acuerdo que Nené, que trabajaba en el Juzgado Electoral como empleada, una vez registró que habíamos ido a una función en el Teatro Municipal y vio que se tocaba primero el Himno, después la marcha, y la jefa le dijo que ella no había cantado la marcha; había ese tipo de control sobre las actitudes que uno tenía de adhesión o no a la causa peronista.

JT: ¿Cómo vivían eso ustedes? ¿Con indiferencia?

GM: No, yo creo que lo vivíamos como un sistema que era bastante controlador.

JT: ¿Y Paco hablaba de eso alguna vez?

GM: Hablaba, pero me parece que no éramos tan participantes. Nos podíamos mostrar interesados, pero no tomando demasiado partido, no éramos personas que estuviéramos activando.

JT: No había una vocación política.

GM: No, en ese momento no. Uno podía tener interés, ser informado, leer el diario, estar al tanto de lo que pasaba. Después que nos casamos –nos casamos en enero del 52– nos fuimos a Mendoza. Después, a Tucumán. Y cuando nos fuimos a Mendoza, el proyecto con otro de esos antiguos amigos de Paco –que también había estado en el antiguo retablo de Birri ya lo teníamos hecho: era un teatro de títeres portable, y viajamos con la idea de hacer títeres. Yo tenía una foto de esa época. La mujer de ese muchacho se llamaba Nidia Ferrari y él era un muchacho muy interesante que había estudiado filosofía. Acá está la foto: Tucumán, 1952. Y en Mendoza no tuvimos demasiada suerte con el tema de los títeres. Mendoza, como toda ciudad de frontera, tenía mucha inmigración. Es decir, no es una sociedad homogénea, y cuesta bastante insertarse. Y nosotros no tuvimos suerte, a pesar de que es un lugar donde hay dinero, donde hay mucha actividad, muchos centros. Nosotros veíamos que era una buena punta para entrar con los títeres, pero no pasaba nada.

JT: ¿Cómo era su relación con Paco en ese momento? ¿Era una relación de pares? ¿Usted lo admiraba?

GM: Mientras éramos así jóvenes, realmente muy jóvenes, era una relación de pares. Nosotros estábamos inventando nuestra vida todo el tiempo y, cuando nos fuimos a Mendoza, enseguida trabajamos. Paco se fue a trabajar al diario *Los Andes*. Había una conexión, no me acuerdo. Hay muchas cosas que se me olvidaron. Me acuerdo que yo fui a trabajar al estudio de Leopoldo Suárez y de Facundo Suárez, el dirigente radical. Ellos tenían un estudio jurídico y necesitaban una secretaria, dactilógrafa, y yo fui a trabajar con ellos, pero no hacían nada en el estudio. Entonces, yo estaba ahí, pero no hacía nada. Lo único que hacía era recibir gente que venía a pagar cada mes, porque ellos tenían muchas fincas con loteos; los Suárez son gente de mucho dinero en Mendoza. Son la familia Suárez-Civit. La

avenida principal de Mendoza se llama Civit. Ellos estaban muy dedicados a la política. Eran radicales muy activos.

JT: ¿Conocían a su padre o no tenían nada que ver?

GM: No, yo llegué ahí por un aviso, no tenía ninguna vinculación. Mi papá estaba alineado con la Intransigencia Radical, y estos eran como los otros, los Radicales del Pueblo. Yo me acuerdo patente que iba ahí con traje de conscripto Salonia, que después fue ministro de Educación; en ese momento era un muchachito, y me acuerdo que me hicieron escribir una carta de recomendación para Salonia para que lo recibiera un radical que estaba acá, Perkins de apellido. En ese momento, Salonia ya estaba estudiando Ciencias de la Educación. Así que lo único que yo hacía allí era cobrarles cosas y escribir cartas que tenían que ver con cuestiones políticas.

JT: ¿En esa época Paco ya escribía?

GM: Sí, Paco empezó a escribir ahí, pero no era muy fuerte todavía el asunto de escribir. Porque, como en ese momento también estábamos en el proyecto de los títeres, también estábamos con el asunto de escribir libretos para las obritas y ese tipo de cosas. Él escribía, pero no era algo tan esencial en su vida como terminó siéndolo después. Con los títeres habíamos imaginado vivir de eso, viajar con eso, y hubiera podido ser, porque después de Mendoza nos fuimos a Tucumán sin ninguna conexión, sin nada.

JT: ¿Cuánto tiempo estuvieron en Mendoza?

GM: En Mendoza habremos estado seis meses.

JT: Y ahí dejan todo y se van a Tucumán.

GM: Sí, nos vamos a Tucumán.

JT: Una cosa muy de nómades.

GM: Totalmente. Y nos fuimos a Tucumán porque veíamos que allí no íbamos a arrancar, que ese ámbito no nos iba a permitir instalarnos ahí. Hicimos muchos amigos en Mendoza; nosotros vivíamos en un residencial y comíamos afuera. Era el anexo de un residencial, así que teníamos una habitación para Paco y para mí, otra habitación para la otra pareja que había ido con nosotros, y en ese residencial aparte vivía también un italiano, que era un tipo fantástico, que era gerente de unas oficinas de Dunlop en Mendoza. En

realidad, había sido una aventura de parte de él, porque se había venido atrás de una mujer que aparentemente era la mujer de Oski. No sé si él le había robado la mujer a Oski o al revés.

JT: ¿Se acuerda en qué sección del diario trabajaba Paco?

GM: No me acuerdo. Me parece que trabajaba como una especie de redactor estándar para cualquier cosa. No era algo de mucha especialidad. Allí en Mendoza, a través del diario y por la persona que había sido el nexo, ya conocimos a varios poetas de Mendoza. Me acuerdo de Ramponi y el otro me parece que se llamaba Vázquez, que era el que lo conectó con el diario y que también trabajaba allí.

JT: ¿Paco fue amigo de Ramponi?

GM: No, nosotros lo conocimos, pero nada más.

JT: Era muy antipático.

GM: Sí, era medio duro. Me acuerdo que tenía esa cosa de la piedra. Cuando uno sube a la Cordillera, entiende esa expresión de la dureza. Cuando nos fuimos a Tucumán, ahí cambió todo el enganche de nuestro proyecto en una sociedad que nos recibió de otra manera. Además, éramos unos caraduras impresionantes. Pienso que, más que caraduras, éramos locos. Entonces llegamos con nada, con lo que nos habrán liquidado del último sueldo; nos fuimos a un hotel y a la Secretaría de Cultura del Municipio de la Ciudad de Tucumán. Esto habrá sido en el 52, como indica esa foto. Entonces, el secretario o subsecretario de Cultura resultó ser un tipo fantástico, que se reenganchó con nosotros. A partir de ahí íbamos todos los días a la Secretaría, tomábamos café y, a menos de quince días de nuestra llegada, estábamos dando funciones en el Teatro Municipal de Tucumán a lleno. Salíamos en la primera plana del diario. Caminábamos por la calle y los chicos decían: "¡Ahí van los titiriteros!". Era una cosa de locos. Pero nosotros no éramos estrellas, estábamos inventando algo.

JT: ¿Y cómo vivían eso ustedes?

GM: Era el éxito total; ya podíamos pensar en cualquier delirio. Aparte, estábamos en un hotel muy céntrico, bastante lindo, donde la dueña del hotel nos cosía la ropa para los títeres, porque teníamos títeres de mano, de cachiporra. Entonces empezamos a hacer otras conexiones. Empezamos a dar funciones en los ingenios, don-

de veíamos cosas de terror. No sé cómo será ahora, pero entonces eran unos feudos terribles. Íbamos a los ingenios donde viven encerrados todos los que laburan con sus familias. Y allí hacíamos funciones dentro de los ingenios. Hicimos funciones en dos ingenios distintos. Y estábamos planificando otras cosas para ir a otras localidades de Tucumán. Por otra parte, Tucumán era una provincia muy peronista, y nos daban manija para que hiciéramos otras cosas y fuéramos a las escuelas, a los pueblitos, esa cosa social.

JT: ¿Y qué contenido tenían las obritas?

GM: Eran inocentes, un poco chistosas, como para chicos, sin ninguna ideología. Entonces, ahí nos sale algo al cruce que nos desbarata todo el plan, y es la enfermedad de Evita. Nosotros teníamos una serie de contratos con la provincia y ya pensábamos en hacer todo eso y después irnos a Salta, y después no sé adónde. Además, tener trabajo continuado nos permitía sobrevivir bien. En ese tiempo, la vida en Tucumán era muy barata, comparada con Mendoza, donde era muy caro comer. Entonces, queríamos redondear eso y nos decían: "No, no se puede, porque la señora, porque esto, porque lo otro", y después ya todo eran misas por Evita, y la desesperación de que Evita se moría. Y Evita se murió. Y ahí para nosotros se cortó absolutamente todo, porque hubo un duelo como de tres meses. Entonces, todo lo que fueran cosas festivas se cancelaron. Y lo nuestro, de alguna manera, era un divertimento. Todos los contratos que estaban marchando se cancelaron. Y nosotros ahí ya pensamos que no podíamos seguir. Era muy impresionante el dolor y el duelo en Tucumán en relación con Evita al margen de que uno tomara partido o no por una ideología. Era toda la plaza con velas y las mujeres rezando...

JT: ¿Cómo veían ustedes esa situación?

GM: Nosotros la veíamos como una cosa dolorosa y muy impresionante a nivel del duelo de un pueblo. Era algo que conmovía porque era un sentimiento genuino y fortísimo. Pero veíamos que por ese lado, que era lo que se había puesto en marcha, no íbamos a poder hacer nada, y que esa situación de duelo iba a estar en Tucumán, en Salta y en todos lados. Evita murió el 26 de julio del 52 y el 30 de julio cumplo años yo. Por supuesto, mi mamá y mi suegra viajaron a Tucumán porque era mi cumpleaños. Empezamos a ha-

blar con las viejas acerca de qué íbamos a hacer, y nosotros veíamos que nos quedábamos ahí; el hotel nos iba a comer vivos y no teníamos chance de armar enseguida una cosa distinta. Entonces nos volvimos a Santa Fe y nos fuimos a vivir transitoriamente a la casa de la hermana de Paco, que vivía allí con su marido, que después falleció; tenían dos chicos en ese momento. Y, cuando vuelvo a Santa Fe, yo ya estaba embarazada.

JT: En ese momento, ¿la relación de ustedes era cordial? ¿Cómo la vivían?

GM: Junto con las otras parejas que estaban con nosotros, éramos como un equipo de buscas que estábamos tratando de zafar, de salir, y éramos muy jóvenes, muy inconscientes probablemente, pero todo lo hacíamos con bastante alegría y con mucha pila. Todo ese periplo de Tucumán reveló que nosotros teníamos pila para rato, como para seguir en ese intento de armar ese teatro de títeres itinerante. Realmente daba para hacerlo. Tanto es así que las otras dos parejas era gente que se habían plegado al asunto y a esa altura ya éramos seis.

JT: En ese momento Paco era buen mozo. ¿Él era consciente de eso?

GM: Yo pienso que sí. Tenía una personalidad muy seductora.

JT: ¿Usted era celosa?

GM: No mayormente porque en ese momento no había motivo como para serlo. No es que uno viviera con la "persecuta" de los celos porque nos movíamos en banda para todos lados; no teníamos demasiada diversificación de actividades. Estábamos todos haciendo lo mismo todo el tiempo, como monotemáticos con el tema de los títeres y de armar las cosas, hacer los contactos...

JT: ¿Por qué los títeres?

GM: Nosotros habíamos hecho esa experiencia de los títeres en ese Retablo de Maese Pedro de Fernando Birri, y tanto Paco como el otro amigo de él, Carlos Ragone, se habían enganchado mucho con eso, y a Paco le había gustado mucho desde el punto de vista creativo. Inclusive, en ese retablo se hacían títeres que eran bastante poco tradicionales, porque él había hecho una cosa bastante tétrica que se llamaba *La muerte de Sigfrido*, con un texto y música de Wagner;

había creado cosas casi abstractas con respecto a la habitual representación de títeres. Y yo creo que él se había enganchado, como que eso podía ser una veta creativa. Nosotros habíamos participado de esas cosas ahí en el Retablo, pero yo creo que el que más había visto algo para orientar una creatividad había sido Paco; era el que más se había enganchado con que podía ser un modo de expresión, al margen de vivir de eso. Después volvemos a Santa Fe y estamos transitoriamente en la casa de mi cuñada. Ella es una mujer excelente. Nosotras nunca interrumpimos nuestra relación; ella vive todavía y es mayor que yo. En el documental que se hizo sobre Paco, ella tiene una participación muy larga, y ahí dice: "Chela es mi hermana" (porque mi nombre es Graciela, pero mi apodo es Chela). Y todos los hijos de ella me dicen tía. Es decir que el vínculo con la familia Urondo nunca se rompió y sigue hasta el día de hoy.

JT: ¿Usted sigue yendo a Santa Fe?

GM: No, los Urondo viven todos acá en Merlo, provincia de Buenos Aires. Porque después de todos esos episodios de mi suegro ellos volvieron a Buenos Aires y ya armaron otra vida distinta. Cuando yo estaba embarazada, y Paco estaba sin trabajo fijo, nos fuimos a vivir a una quinta que tenían mis viejos en las afueras de Santa Fe, en San José del Rincón, y ahí yo ya estaba con un embarazo muy avanzado. Luego, ya cerca de la fecha de parto, estuvimos un tiempo en la casa de mis viejos, en la ciudad de Santa Fe. Claudia nació en Santa Fe en 1953, yo hice mi postparto en la casa de mis padres, y después nos volvimos a la quinta con la bebita. Hay una foto en que está Paco con Claudia bebita, chiquitita, y mi mamá. En realidad, mi mamá está teniendo a la bebita y Paco está parado tomando mate. Vivimos allí un tiempo y después mi cuñada, que en esa época vivía en Santa Fe, se había ido después a otra casa, y después se vino a vivir a Merlo, y nosotros nos quedamos en la casa de mi cuñada solos: Paco, la bebita y yo. En esa época, ya Paco estaba muy activo, tanto en escribir como en actuar en el mundo cultural. Estábamos todavía en esa casa, o sea que ya habían pasado como cuatro años cuando a Paco lo nombran subsecretario de Cultura. Al poco tiempo nace Javier, y ahí ya fue cuando se empezó a quebrar nuestro vínculo, cuando ya se empieza a sentir que cada uno está tomando caminos distintos. Y yo probablemente me había enganchado, por cuestiones de madurez pienso que no, con formar una especie de

mundo cerrado de papá, mamá y los niños, pero yo no me podía enganchar tanto en la vida pública, y eso creo que fue un defecto mío.

JT: Pero, si Paco era subsecretario de Cultura, ya estaba en la política. ¿En qué gobierno era?

GM: Eso era en la época de Frondizi. Y allá había habido un muy buen gobernador que se llamaba Carlos Sylvestre Begnis.

JT: Él fue subsecretario de Sylvestre Begnis.

GM: Claro; y Ramón Alcalde era ministro de Educación y Cultura. Entonces, el subsecretario de Cultura era Paco (en la provincia de Santa Fe). Después se produce una ruptura con Frondizi de toda la gente que había participado, el grupo Contorno y demás, porque entienden que Frondizi había traicionado los postulados por los cuales ellos se habían acercado. Así que empiezan a renunciar. En ese momento, nosotros nos estábamos haciendo una casa, a la que finalmente fui a vivir yo sola, porque para ese entonces ya Paco se vino a Buenos Aires.

JT: ¿Entonces en qué año se separan ustedes?

GM: En el año 58 ya nos separamos. Teníamos como una especie de vínculo; Paco viajaba, iba y venía, porque él estaba preparando nuestra venida a Buenos Aires, no se sabía si juntos o separados, pero ya había como una historia de caminos separados. Ahora, hay algunas cosas de antes que yo creo que son importantes como característica de la primera juventud en la que participábamos. Paco, por ejemplo, era muy deportista. En Santa Fe, el río tiene mucha presencia. Es muy raro que alguien no vaya al río, no vaya a remar o no vaya a nadar. Es como vivir en San Fernando. Y Paco y todos sus amigos eran socios del club de Regatas, o sea que se iba a remar deportivamente, se iba a nadar. Él tenía ese vínculo muy fuerte con el río. Yo iba a otro club, Gimnasia y Esgrima, donde mi papá era presidente y quedaba muy cerca de mi casa, así que yo iba todas las mañanas a nadar a la pileta y a jugar voley. En aquella época en que estábamos en Santa Fe teníamos amigos, gente que después tuvo un desarrollo interesante; por ejemplo estaban Hugo Gola, Juan José Saer, que era muy amigo nuestro.

JT: ¿Paco tenía relación con Juanele?

GM: Sí, teníamos mucha relación con Juanele. Él venía a Santa

Fe y nosotros íbamos mucho a Paraná a visitarlo, porque en esa época en Santa Fe había una balsa lindísima, que salía del puerto de Santa Fe y te dejaba en el puerto de Paraná. Era un viaje precioso, y nosotros lo hacíamos muchas veces. Los sábados o los domingos, a la hora de la siesta, tomábamos la balsa. Inclusive con mis hermanas íbamos a Paraná a tomar el té a la casa de una vieja amiga de mi abuela, por ejemplo.

JT: ¿Paco fue siempre así, coqueto?

GM: Paco fue siempre muy cuidadoso de su presentación, de su aspecto físico.

JT: ¿Y usted?

GM: Yo también, porque era algo de familia. Mi mamá era una mujer muy detallista, que nos hacía la ropa. Éramos tres nenas muy cuidadas. Había una cosa natural, porque una se habituó a ser cuidada, prolija, o a estar con un buen nivel de presentación, pero yo no era especialmente preocupada por la ropa, así como una preocupación central. Paco sí tenía preocupación, pero no en extremo; era un hombre cuidadoso, que elegía buena ropa, buenos zapatos. Siempre fue así; muy prolijo, muy limpio.

JT: ¿Usted lo veía así también en sus últimos tiempos?

GM: En los últimos tiempos ya no tanto, no digo descuidado, pero esas vidas subterráneas llevan a que uno pierda toda la ropa o tenga que irse a vivir precariamente y tener una sola muda de ropa. A lo mejor uno podría decir que si tenía una sola campera era una campera de buen gusto, pero no era un *dandy* ni mucho menos en el último tiempo, para nada.

JT: Cuando ustedes se separan en el 58 ó 59 ya no son más niños. Paco en el 56 publica su primer libro, es decir que usted ya está con un poeta, no sé si conocido, pero por lo menos que publicaba.

GM: Sí, ya tenía alguna trascendencia. El problema es que nosotros vinimos y nos fuimos, porque yo fui a Santa Fe embarazada, nació Claudia, y después nos vinimos a Buenos Aires. Estuvimos un tiempo viviendo con mis suegros por Floresta, y en esa época me acuerdo que Paco trabajaba en la editorial Losada, pero no como editor, sino como vendedor. No sé si se acuerda de esas colecciones

tan hermosas para venta a crédito que tenía Losada... Y yo me acuerdo que Paco viajaba con esas ventas.

JT: ¿En qué año fue eso?

GM: Eso tiene que haber sido en el 53 ó 54, porque Claudia era muy chiquitita. En esa época, Paco consiguió trabajo en Vialidad Nacional, acá en Buenos Aires. Probablemente haya sido un trabajo que consiguió a través del padre, por sus vinculaciones como ingeniero. Todos trabajaban así, porque Raúl Gustavo Aguirre y Edgar Bailey trabajaban los dos en la biblioteca de la Caja Nacional de Ahorro Postal, que era una biblioteca fantástica; y Raúl era el director de esa biblioteca. Acá está un recortecito que era un reportaje sobre "Poesía Buenos Aires", y decía: "¿Dónde nacieron? Con excepción de Urondo, que nació en Santa Fe, todos en Buenos Aires. ¿Dónde pasaron su infancia? Aguirre, en Buenos Aires, Bailey en Buenos Aires, en Perú y en Brasil; Souza, en los barrios de Buenos Aires; Alonso, en la ciudad de Buenos Aires, Urondo, en Santa Fe. ¿En qué trabajan o estudian? Aguirre, empleado nacional, trabaja en una biblioteca; Bailey, empleado nacional; Souza, profesor de la Facultad de Arquitectura". Era un escultor, que además diseñaba las cosas de "Poesía Buenos Aires". Continúa la nota: "Alonso, empleado de comercio; y Urondo, empleado nacional".

Después de esa casa que estaba por Floresta, mis suegros habían alquilado un piso enorme, hermoso, y nosotros fuimos a vivir con ellos en Merlo. Ya cuando teníamos capacidad para vivir solos y pagar un alquiler, nos mudamos a una casa en Ituzaingó. En ese momento Claudia tenía dos años, y Edgar Bailey también vivía en Ituzaingó, así que los fines de semana nos juntábamos en casa o en lo de Bailey a hacer asados, y venían Alonso, Aguirre, Elizabeth Azcona; toda la gente que andaba por "Poesía Buenos Aires" venía siempre. Inclusive hacíamos fiestas de disfraces. Después, desde el punto de vista de su proyecto de ser un escritor, toda esa diversificación del trabajo en Buenos Aires, del viaje de Ituzaingó a Once, de Once a Retiro, para llegar a Vialidad Nacional, lo sacaba mucho del eje de su interés. Entonces, ahí fue que planteó la idea de irnos a Santa Fe, porque lo que él quería hacer era tener tiempo para sentarse a escribir. Ahí fue cuando nosotros hicimos ese cruce: mi cuñada se vino a Buenos Aires y nosotros nos fuimos a su casa.

JT: ¡Qué vocación nómade!

GM: Volvemos a Sante Fe y entonces Paco consigue el traslado de Vialidad Nacional. En las provincias, si trabajás en la administración pública, entrás a las siete, salís a la una, volvés a tu casa, almorzás, te pegás una duchita, dormís la siesta, te levantás y tenés toda la tarde libre. Esa es una época de Paco muy productiva; escribe muchísimo. Eso sería el año 55.

JT: Cuando se produce la caída de Perón.

GM: Cuando cae Perón, nosotros todavía estábamos en Ituzaingó.

JT: ¿Cómo viven ustedes la caída de Perón? ¿A ustedes les interesaba la política? Porque hasta ahora parece como que eran ajenos.

GM: No; nos interesaba como gente conectada, pero no éramos activistas políticos ni participábamos en ninguna actividad política.

JT: ¿Miraban a Perón con simpatía, con antipatía?

GM: Nosotros veíamos claro que se venían tiempos muy duros, que venían tiempos de venganza. Fue una cosa muy impresionante. Además, como Paco trabajaba en Retiro, cuando iba o volvía, fueron los bombardeos en Plaza de Mayo. Es decir que él tuvo esa historia bastante cerca.

JT: Me decía que a ustedes no los afectó la caída de Perón.

GM: No éramos idiotas como para no darnos cuenta de la trascendencia de los cambios que había impuesto Perón en el país al margen de que uno tuviera una visión de que era un sistema bastante represivo.

JT: ¿Lo vivieron ustedes?

GM: No. Uno veía que había ciertas cosas de control social muy grande, pero tampoco se podía dejar de reconocer cuántos cambios habían ocurrido, cómo la estructura de la sociedad era otra; es decir que hay un antes y un después de Perón.

JT: ¿Conoció a Conti, a Walsh?

GM: A Conti no lo conocí; a Walsh lo conocí en casa de Miguel Brascó. Pero, realidad, cuando ya estoy en Buenos Aires, separada de Paco, no me seguí viendo con nadie más de todos ellos; no por elección, sino porque me tuve que armar otro círculo de amigos.

JT: ¿Usted se vuelve a casar? ¿Vuelve a tener pareja?

GM: Yo vuelvo a tener pareja después, más adelante; una pareja con intermitencias, pero que fue una pareja muy importante para mí porque me hizo muchos clics.

JT: ¿Un hombre vinculado a la literatura?

GM: No, más vinculado a la música. Era un hombre muy culto.

JT: ¿Falleció?

GM: No; vive todavía y cada tanto me habla por teléfono. Él tiene mucho cariño por mis chicos.

JT: ¿Es músico?

GM: No; en este momento es como un docente de música. Es una persona que hizo muy lindos trabajos. Después, como a todo el mundo, le vino un corte en el que las cosas no le fueron tan bien. Muy peronista, peronista visceral. Era peronista y marxista, con mucha formación. Íbamos a cursos de Hegel con Raúl Sciarreta, por ejemplo.

JT: Volviendo a su vida con Paco Urondo, ustedes vuelven a Santa Fe, hay elecciones y Paco pasa a ser funcionario.

GM: Vivimos un rato bastante largo en una especie de limbo provinciano, donde Paco trabaja mucho en su escritura. Se hacen algunas actividades en el 56, 57. Hay también algo anterior, que es esa exposición de la poesía ilustrada y todo ese tipo de cosas que movieron bastante el ambiente. Pero Paco, en realidad, tenía un trabajo que no le ocupaba la cabeza; un empleado público cuando sale cierra el cajón y no se lleva nada a la casa.

JT: ¿Qué relación tenía Paco con el dinero?

GM: La relación con el dinero es la misma que tenemos toda nuestra familia: un desastre. No le importaba. Todos somos iguales: mi papá era igual, Javier, igual, yo, igual. Quiero decir que nunca tuvimos planes de nada, de comprar una casa, de invertir, nada de eso, un desastre. Las cosas más sólidas las he hecho yo prácticamente a la vejez.

JT: Entonces, en el 55, están en Santa Fe.

GM: No, en el 55 todavía estábamos en Ituzaingó. Después nos vamos a Santa Fe, pero ya sería entre el 55 y el 56. Todo ese tiempo que estuvimos en Ituzaingó Paco estaba muy activo en su vincula-

ción con "Poesía Buenos Aires", con Bailey, con Aguirre. Y yo en ese tiempo trabajaba de maestra en una escuela primaria. Estaba haciendo una suplencia anual en una escuela del Once, que está al lado del Mariano Acosta.

JT: Cuando él ya se profesionaliza, ¿usted leía sus textos, se los pasaba en limpio?

GM: Sí, nosotros leíamos bastante las cosas juntos. Sobre todo en esa época en que estuvo en Santa Fe.

JT: ¿Y usted trabajaba con él? ¿Le pedía que le pasara algo en limpio?

GM: No, en general no.

JT: ¿Y él escuchaba sus críticas o sus comentarios? ¿Respetaba sus opiniones?

GM: Sí, pero no era su voz, no era yo la que le daba el *okey*. Nosotros compartíamos bastante las cosas. Y esa época en que tuvimos esa vida provinciana me parece que a él le hizo mucho bien. Eran menos luces del centro. Él así se puso a hacer lo suyo. Le dedicaba mucho tiempo a escribir, tiempo bueno; él quería estar haciendo eso y no otra cosa.

JT: ¿Usted sentía que era un poeta respetado en ese momento?

GM: Bastante respetado. Lo que pasa es que en ese momento había muchas capillas. Entonces, todo lo que pululaba alrededor de "Poesía Buenos Aires" era un grupo de pertenencia, en el cual lógicamente casi todos estaban de acuerdo con lo que hacían los que pertenecían. Y después había simultáneamente –sobre todo acá en Buenos Aires– otros grupos, a los que supongo no les gustaría lo que hacían los de "Poesía Buenos Aires". Además, eran épocas de bastante ruptura, por ejemplo, en la plástica. Entonces, entre el 56 y el 57 nos fuimos a Santa Fe. Javier nació en esa casa en Santa Fe a fines del 57. Después, cuando se inicia esa movida de la gente vinculada a Frondizi, ahí Paco empieza a tener una participación política y a conectarse mucho con Ramón Alcalde, Julio Gárgano, que estaban en Rosario.

JT: Saer y Gola seguían viviendo en Santa Fe. ¿Y se trataban?

GM: Sí. Gola era muy amigo nuestro. Era muy buena gente. In-

clusivo la mujer de Gola había sido compañera mía de toda la escuela normal. Creo que Gola está en México. En una época estuvo en Londres. Porque después él se exilió. Además, Gola en ese momento, durante el peronismo y después, no sé si muy explícitamente, pero era un tipo que tenía cierta adhesión al partido comunista. Eran gente de izquierda, como Juanele. Entonces, ahí hay como un cambio en el sentido de que se produce nuevamente un paso a una vida de mucho movimiento, una vida pública, pero no pública entre nosotros, sino por ser un funcionario, que es otra cosa. Eso implica tomar decisiones políticas. Y Paco trabajó bien, o sea que se hicieron cosas muy lindas. Vez pasada, una persona de Rosario me mandó por correo una revista, que era como una historia de las cosas que habían pasado en esa época en Santa Fe. Se había sembrado en cada ciudad importante un coro, un teatro filodramático, que duraron y quedaron porque hubo una política de extensión cultural que prendió muchísimo.

JT: Usted casi nunca me habló de Rosario. Es curioso porque Rosario es una ciudad donde pasaron muchas cosas.

GM: Teníamos muchos amigos rosarinos que venían. Me acuerdo de varios plásticos, los Vila Ortiz, que son de Rosario, Lucrecia Castagnino, que es de la familia de los Castagnino, y era la mujer de Alcalde en ese momento. Pero nosotros estábamos en Santa Fe. Venían muchos rosarinos a Santa Fe, pero nosotros a Rosario no íbamos.

JT: Esta situación pública de Urondo a usted la va distanciando.

GM: Sí, ahí hay como un quiebre.

JT: ¿Por qué?

GM: Me empiezo a sentir aparte, como que no tenía tantas ganas de estar, y eso que en esa época venían invitados, había actos, teatro, comidas en casas, y eso a Paco le gustaba mucho. A mí no es que me disgustaba, pero era como que se quebraba ese pequeño armazón que se había iniciado cuando nos fuimos a Santa Fe. Se interrumpe la intimidad familiar.

JT: ¿Paco era un hombre al que le gustaba figurar? ¿Era narcisista, le gustaba ser figura?

GM: Me parece que lo excitaba mucho la participación muy acti-

va en todo, y si usted mira un poco la historia, yo creo que él siempre estaba donde había que estar en el momento: la mejor revista, el mejor diario, el que tenía en ese momento más predicamento. Puede ser porque lo buscara, o porque lo buscaran a él porque tenía los valores para estar ahí, pero es como que en muchos momentos él estuvo en la cresta de la ola. Si estaba la revista *Panorama* como lo más, él trabajaba ahí. Si estaba *La Opinión*, también...

JT: ¿Qué lectura hace de esa ubicación estratégica?

GM: Yo no sé si es que a él le gustaba o si sus valores intrínsecos hacían que lo buscaran para que estuviera, porque al empresario editorial le interesaba tenerlo.

JT: Pero, desde su conocimiento, ¿cuál es su lectura?

GM: Yo creo que mitad y mitad. Pienso que era una persona buscada, demandada, pero creo que a él también le interesaba estar.

JT: ¿Él veía habitualmente a los chicos?

GM: Sí, los veía. Nosotros nunca nos divorciamos, tuvimos una separación de hecho.

JT: O sea que legalmente usted sigue siendo la mujer de Urondo, la viuda de Urondo.

GM: Exactamente. No teníamos bienes ni nada que justificara pelear nada, así que sacamos dos mangos para cada uno de aquella casa que nos habíamos hecho porque teníamos un crédito hipotecario, y transferimos la hipoteca, porque era una casa que recién empezábamos a pagar. Fue lo único que hicimos

JT: ¿Era un buen papá, se preocupaba por sus hijos?

GM: Sí; era un padre bastante presente, hasta que en algún momento, como viajaba mucho, había una cierta ausencia, no porque se borrara, sino porque sus actividades lo llevaban a estar afuera.

JT: ¿Y ustedes se encontraban habitualmente cuando él veía a los chicos?

GM: Claro. Me acuerdo que en una época los lunes yo iba al cineclub. Habíamos hecho un acuerdo de que los lunes él venía a cenar con los chicos a mi casa. Tenía una empleada en casa que cuidaba a los chicos mientras yo no estaba. Ese día lunes, yo no volvía a casa porque salía de trabajar y me iba directamente al cine; enton-

ces él venía a cenar con los chicos. Yo despedía a los chicos que se iban a la escuela el lunes a la mañana, y hasta la mañana del martes no los veía. Ese agujero lo llenaba Paco.

JT: ¿Dónde vivía usted en esa época?

GM: En Belgrano, en la calle Ciudad de la Paz. Como cuando yo volvía los chicos ya estaban durmiendo, no me habían visto en todo el día. Y Paco ya se había ido porque mis chicos tenían la costumbre de dormirse muy temprano porque madrugaban mucho para ir a la escuela. Pero a veces yo lo veía, porque inclusive en la famosa casa de la calle Venezuela, donde vivió Paco muchos años, cuando estaba con Zulema Katz, en esa misma casa vivían otros amigos nuestros. Vivía la hermana de Miguel Brascó, que era muy amiga mía, y tenía dos chicas que eran amigas de Claudia, así que a esa casa yo iba. Iba a la casa de mi amiga, pero era como una especie de *petit hotel* todo comunicado, así que nos veíamos. Entonces, por ejemplo, si festejaban el cumpleaños de mis chicos en la casa de Paco, yo iba.

JT: La relación de ustedes era cordial.

GM: Siempre fue cordial, de amigos.

JT: Usted me decía que vivía en una casa y después Paco se va a vivir a un departamento...

GM: Cuando yo me fui a vivir a la calle Ciudad de la Paz, ese fue un negocio que había conseguido Miguel Brascó, que era abogado, una sucesión o algo así. Lo mismo que esa famosa casa de la calle Venezuela. Entonces me había transferido a mi nombre ese conglomerado de la casa y dos departamentos. Era como un contrato que yo había pagado, una llave, y por mucho tiempo no pagaba alquiler. Creo que el alquiler de ese conjunto se integraba con el alquiler que me pagaban a mí Miguel Brascó y Ariel Ramírez, y una señora con su hija, que vivían en el otro departamento intermedio.

JT: O sea que usted les alquilaba a Miguel Brascó y a Ariel Ramírez.

GM: Sí, eran inquilinos míos (*Risas*.) Ellos vivían en una casa buenísima. Mi departamento era muy grande, muy lindo, pero mucho más modesto. Esos departamentos de pasillo. Por años yo pagaba cinco pesos de alquiler, porque el alquiler del conjunto se integraba con los alquileres de los otros. Después, en un momento

dado, esa señora con su hija se van de ahí. Eran dos departamentos y la casa. En la casa grande del frente vivía Brascó, y yo vivía en el departamento del fondo, que era muy grande. Ariel y Miguel vivían en la misma casa, compartían la casa.

JT: ¿En qué año fue eso?

GM: Eso fue en la época del plan Conintes. Me acuerdo porque a nosotros nos llevaron en cana una noche que estábamos en una fiesta en la que estaba Salonia.

JT: Pero Brascó ya tenía hijos.

GM: Brascó tiene muchos hijos. Ariel tenía hijos del primer matrimonio. Vivía con Marta Clusellas, que era otra compañera mía de escuela. Con Marta tuvo dos hijos, uno de los cuales es Facundo, pero en realidad, cuando vivían ahí, todavía no habían nacido los hijos o Facundo era chiquito. Ariel tiene una hija más grande. Después Miguel en algún momento se fue de ahí, porque vivía con una mujer que se había traído de Holanda, creo, una peruana, que se llamaba Lola Torne. Un día Lola Torne se fue a Perú, demoró mucho en volver y, cuando vino, Miguel ya tenía otra señora. Cuando vivíamos en Santa Fe, Miguel se había casado con una señora que se llamaba Blanca Casutti y tenía un hijo, Nicolás, que debe tener como 55 años ya, por lo menos. Y yo me acuerdo que nosotros íbamos con Paco y otros a la casa de Miguel a leer poesía, y ella no nos quería dejar entrar. Después Miguel se separó de esa mujer y se vino a Buenos Aires. Después anduvo girando por Europa y enganchó con esta peruana, y en uno de los viajes la peruana queda embarazada. Entonces tuvo una nena, Irene, que tenía la edad de Javier. Cuando nosotros éramos vecinos, estaban Irene y Javier, de la misma edad, y la nena lo único que quería era estar con Javier. En el único lugar donde comía era en mi casa. En ese momento Ariel era un músico que empezaba. Después tuvo una época de mucho éxito, de mucho crecimiento, y se fue de esa casa, con su mujer Marta y sus chicos, a vivir en un *petit hotel* hermoso por Belgrano R.

JT: ¿Y en qué momento Paco va a vivir en esa casa?

GM: Después se va Miguel, y esa casa queda desocupada, pero yo la seguía teniendo. Ellos se iban, pero el paquete lo tenía yo. Entonces, en un momento dado, a esa casa grande donde habían vivido Miguel y Ariel viene a vivir Paco. En ese momento viene a vivir

solo. Nos veíamos, nos cruzábamos a la mañana, cuando yo salía o él salía, pero la casa no estaba muy encimada, era independiente. Después no me acuerdo cómo fueron las peripecias de la casa, pero se desmembró ese bloque de locación. Después a esa casa vino un gallego que puso una gran peluquería. Estamos hablando ya casi de los años 70.

JT: Y Paco ya trabajaba en *Panorama*.

GM: Yo sé seguro que en esa época él trabajaba como periodista. Después hay otro momento en que ese departamento intermedio, donde vivían la señora y su hija, queda desocupado, y también viene a vivir ese señor que había sido mi pareja, el músico. Ya estaba terminada la relación, y él está temporariamente allí. En ese momento, Paco ya no estaba. Viene después, cuando este hombre ya no estaba, pero en épocas más complicadas, cuando ya no era fácil estar en cualquier lado ni ser un anónimo. Calcule que ellos empiezan a tener cierta militancia y todavía estábamos en época de Lanusse. Sería el año 71 ó 72. Y yo me acuerdo que Paco estuvo en esa casa dos veces, porque en algún momento estuvo con Lili Massaferró en esa casa.

JT: ¿Cuándo comienza a militar su hija?

GM: Antes que Paco.

JT: ¿Ella era estudiante?

GM: Sí, era estudiante del secundario.

JT: ¿Qué edad tenía cuando la secuestran?

GM: Ya era en el 76. Cuando empezó a militar, era estudiante del secundario; después lo terminó. No siguió estudiando.

JT: ¿Dónde hizo el secundario su hija?

GM: En el liceo que está en Güemes y Aráoz, que a la mañana era un normal, una linda escuela.

JT: Ella terminó el secundario y vivía con usted.

GM: Sí, vivía conmigo.

JT: ¿Y usted sabía de la militancia de ella?

GM: Yo sabía que estaba empezando, y ella me estaba previniendo que tendríamos que mudarnos...

JT: ¿Cómo vivía usted eso?

GM: Para mí era un desastre.

JT: ¿Y Javier nunca se involucró en eso?

GM: No, Javier en ese momento era bastante más chico y tuvo alguna participación, pero no estaba encuadrado. A lo mejor había una revista, un diario y él fotografiaba, porque era fotógrafo.

JT: O sea que la primera militante en la casa es su hija.

GM: Sí, la primera

JT: ¿Y esto la toma de sorpresa?

GM: No me toma de sorpresa en el sentido de que las chicas, con los amigos de colegio, los chicos Goldemberg (ellos murieron absolutamente todos, no quedó ninguno de esa generación), ya tenían una especie de práctica; se leía mucho, se discutía, se reunían en casa. Todavía era algo muy informal, era una cosa de formación. Había algunos que estaban un poquito más arriba, como Carlos Olmedo, y yo creo que los adoctrinaron bastante a ellos. ¿Se acuerda de la revista *Cristianismo y Revolución*? Entonces, ellos leían mucho. Yo, en toda mi vida adulta, había sido una persona que había estado leyendo cosas afines. Aunque yo no hubiera estado encuadrada en una militancia, sabía de qué hablaban, y uno iba tomando conciencia de qué es un imperialismo, qué es un colonialismo.

JT: Me interesa su punto de vista como madre. ¿Cómo vivió que su hija ingresara en una zona de peligro?

GM: Lo viví con una angustia de aquellas.

JT: ¿Se enoja? ¿Tiene discusiones?

GM: Sí, bastantes.

JT: ¿Discusiones violentas?

GM: No, violentas no.

JT: ¿Ella se casa?

GM: Se casa después con el papá de los chicos, pero, en algún momento, cuando se va de casa, alquilan una casa y se va a vivir con Paco. En ese momento, Paco ya estaba encuadrado en la militancia.

JT: ¿En Montoneros?

GM: O en FAR, porque eran los comienzos. Ellos viven en una casa que estaba por Belgrano, y ahí ella se casa. Yo estoy ese día; hacen como un casamiento y los casa el padre Mujica. Ellos en ese momento no tenían ningún documento civil de matrimonio.

JT: ¿Usted como mamá alguna vez habla con Paco como papá sobre el peligro que está viviendo su hija o ya no valía la pena?

GM: No, a esa altura ya era una elección sin retorno.

JT: La suya es una mirada inteligente, porque de pronto aparece un Urondo guerrillero. Y parece que usted logra tomar distancia.

GM: No es que me gustara, pero lo veía más comprensible en los chicos, es decir, había una cosa que venía mayo del 68, que estaba protagonizada por jóvenes, y no es que yo piense que era la mejor elección, pero lo veía como algo más lógico, como que había algo que los llevaba a eso como elección. Por otra parte, nosotros éramos una especie de clase media laborante, aunque tuviéramos pautas de vida culturales de una especie de burguesía ilustrada, pero no éramos gente rica. Pero todos los otros chicos, los Goldemberg, todos eran gente riquísima, gente de unos niveles de sofisticación.

JT: ¿Cómo se llama el chico que se casa con su hija?

GM: Mario Koncurat.

JT: ¿También era de clase media?

GM: Ellos son una familia muy acomodada, de origen croata; vivían en La Pampa, en General Pico. Mi consuegro era una persona relevante en la comunidad, en el sentido de esos tipos muy vinculados con la Iglesia, un médico de mucho prestigio, cirujano, obstetra. Ahora ya murió, y la señora está muy viejita.

JT: ¿Tuvo trato con ellos?

GM: Sí, yo iba a la casa de ellos. Y él era director y en parte dueño de la principal clínica de General Pico, un hombre de una muy buena posición económica.

JT: ¿Y dónde se educó su nieto?

GM: La escuela primaria y la secundaria las hizo en General Pico con sus abuelos paternos.

JT: ¿Y usted tiene trato con él?

GM: Sí, es el que está con Javier, Sebastián. El nexa con su vida anterior somos Javier y yo. Es decir, la historia para él somos nosotros a pesar de que tuvo un vínculo importantísimo con los abuelos paternos porque son los que criaron a los chicos.

JT: Cuando se inicia la dictadura, a Paco lo matan enseguida.

GM: A los tres meses, porque fue en junio.

JT: No me acuerdo si lo matan o toma cianuro.

GM: Él toma cianuro. Pero, aparte, le pegan un tiro en la cabeza. Paco estaba en Mendoza con su mujer de ese momento, que era la mamá de Angelita. Se llamaba Alicia Raboy.

JT: ¿Y usted la ve a Angelita?

GM: A veces la veo, sí. Por ejemplo, si va al restaurante o si va a la casa de Javier.

JT: ¿Usted le pidió en algún momento a Urondo que se fuera del país?

GM: A él, a mi hija, a mi yerno, a todos, que se rajaran, y no. El nivel de compromiso a muerte que tenían lo impedía. Yo creo que las motivaciones que tiene alguien en las elecciones de vida nunca son sólo una. Entonces, no digo estos casos particulares, pero yo creo que hay gente que se metió en eso porque se quería morir.

JT: ¿Usted cree que Paco se quería morir?

GM: Yo no sé si se quería morir, pero creo que él estaba seguro de que se iba a morir, sobre todo cuando se fue a Mendoza. No creo que él se quisiera morir, porque era una persona muy vital, con mucha capacidad para empezar de nuevo. Mi hija era exactamente igual.

JT: ¿Cómo es eso de que venía una vez por semana a comer a su casa con su mujer?

GM: Sí, venía con la mujer. Esa foto que está con la nenita era de un día que estaba en casa.

JT: ¿Cómo vivía usted eso?

GM: Era muy loco eso. Supongamos que venía un domingo al mediodía...

JT: ¿De qué hablaban?

GM: De todo, de política, porque en ese momento la cosa era monotemática: ¿qué nos pasa, cómo sigue, cómo viene?

JT: ¿Su hija estaba en los almuerzos?

GM: A veces, pero no siempre. Javier estaba siempre, porque Javier vivía conmigo.

JT: ¿La relación de su hija con Urondo era más intensa que con usted?

GM: No; históricamente no. Ella tenía más relación conmigo que con Paco.

JT: ¿Y cómo entiende esta última época, en que ella elige este camino y se va a vivir con Paco?

GM: Lo entiendo. Ella se va a vivir con Paco como una opción de seguridad para mí. Porque había que hacer algo para separar las cosas, o irnos todos a otra casa, borrarlos un poco.

JT: ¿Qué sentido tienen estas visitas de domingo? Hay que tener muchos huevos para vivir una situación así, sabiendo que el abismo de la muerte está al alcance de la mano.

GM: Son cosas complicadas. Yo creo que todos, en alguna medida, por el grado de compromiso afectivo que teníamos con la gente que hacían eso, que eran nuestros hijos, nuestros amigos, estábamos ahí atrás como haciendo de soporte.

JT: Cuando usted me cuenta esta parte, es muy parecido a lo que le pasaba a Elsa Oesterheld.

GM: Claro, porque Elsa era ajena a todo.

JT: Pero tenía una actitud más vital, más discutidora.

GM: Ella se enojaba mucho. Una vez la escuché en una entrevista.

JT: Usted no.

GM: Yo discutidora no, porque es como que en algún momento todos vivimos la fantasía de que Perón volvía... Quiero decir que todos vivimos como que se avecinaba una especie de cambio. Uno tuvo emocionalmente un compromiso con las luchas pro retorno y pro Cámpora, pero en algún momento, cuando las cosas se complican, cualquiera desde afuera empieza a analizar que la relación de

fuerzas era tan absurda como para pensar que Firmenich le iba a cambiar la cabeza a Perón, por ejemplo. Es decir, esas ingenuidades.

JT: ¿Cómo es su mirada? Porque usted es una mujer inteligente. ¿Usted cree que la literatura de Urondo crece a partir de esta actitud de guerrilla, de muerte?

GM: Yo creo que él, separado de la resonancia, hasta el final escribió siempre bien. Él no bastardeó su literatura para ponerla en el panfleto. Creo que escribió bien y tiene épocas de mucha madurez, pero ahora, de parte del público, los editores o no sé quién, hay como una revalorización que no sé si tiene que ver con una revalorización de su literatura o con una revalorización de su literatura por lo que hizo, por su militancia. Yo no sé.

JT: ¿Usted qué cree?

GM: Yo no lo veo claro. Es más, le digo algo que pasó que es muy indicador de la paranoia de la gente. Una vez se hizo una edición de una antología "Poesía Buenos Aires", en los 70 y pico. Cómo sería el susto que tendría Raúl Gustavo Aguirre o quien fuera, que en ese momento no lo incluyeron a Paco en la antología. Lo purgaron totalmente. Me pareció una cosa muy mediocre porque, en última instancia, ¿qué iban a decir por cinco poemas?

JT: ¿Cómo se entera usted de que Paco muere?

GM: Me entero porque leo *La Razón*. En esa época, uno de los diarios mejor informados era *La Razón* 6ta. Yo vivía en barrancas de Belgrano y tomaba el tren todas las noches, cuando volvía de trabajar, y compraba la Sexta. Y de dos cosas importantísimas me enteré por *La Razón*. Una, que los chicos de Claudia estaban bajo un juez de menores y que ese juez hacía un llamamiento.

JT: Cuando muere su hija.

GM: Claro, porque los chicos quedan en un jardín de infantes, en una guardería, a la que habían ido ese día por primera vez. Yo ni sabía dónde quedaba.

JT: ¿Qué edad tenían los chicos?

GM: Nicolás tenía dos años y el otro tenía tres años y medio. Yo sabía que los chicos habían quedado en algún lado. Todo ese tiempo, después de lo de Paco, yo ya estaba esperando. El asunto es así:

Paco se va a Mendoza, donde habíamos vivido cuando recién nos casamos, pero no es que se va a Mendoza, lo mandan a Mendoza.

JT: ¿Ahí ya era montonero o estaba en las FAR?

GM: Él era montonero, pero tenía nivel de oficial alto. Entonces, desde el punto de vista de esas mentalidades, él tiene una inconducta, que es que deja a su mujer orgánica, que era Lili Massaferro, para irse con Alicia Raboy, que era mucho más joven. Esa infidelidad le cuesta una sanción disciplinaria dentro de la estructura de Montoneros. Entonces, a él lo castigan y lo mandan a Mendoza, que es una ciudad así de chica. Al llegar a Mendoza, al otro día todo el mundo sabe que usted antes no vivía en esa casa. Y Paco cayó en una cita de esas envenenadas, es decir, ya estaba mal todo el grupo que operaba en esa zona, o sea que Paco cae en una emboscada. El mecanismo es así: enganchan a una persona, la ponen en un auto. Entonces, usted va en el auto a una cita; y ese que iba a ir a la cita lo señala y dice: "Es ése". Entonces, ahí Paco muere.

El día antes de irse a Mendoza, Paco me invitó a cenar a su casa, donde estaba con Alicia. Hicimos un encuentro medio raro con esquinas, desvíos, a ciegas, yo ni sé dónde era la casa. La cuestión es que yo fui allí, cenamos, y era como una despedida porque se iban a Mendoza. Estaba Claudia también, el marido, los chicos. Fue una cena familiar de despedida. Y cuando yo me tenía que volver a mi casa, Paco me llevó en el auto y me dejó en una esquina, supongamos Acoyte y Rivadavia, para que yo me moviera. Fuimos los dos solos en el auto; ahí nos despedimos, y tanto él como yo –estoy segura– sabíamos que era la última vez que nos veíamos, porque ese viaje a Mendoza era una condena a muerte; porque mimetizarse en Buenos Aires es una cosa... Yo me acuerdo que la caída de chicos jóvenes militantes en la ciudad de Santa Fe fue una masacre; no quedó ni uno. Y yo leo en *La Razón* que hubo un tiroteo con un subversivo, una cosa así como una noticia sin precisiones. Llegué a casa, estaba Javier, y le digo: "¿Qué te parece esto?". Yo estaba segura de que era Paco; no había precisiones, pero yo estaba segura. A los diez minutos vino Claudia, y dijo: "Cayó papá".

JT: ¿Usted qué sintió?

GM: Sentí que era la muerte anunciada, cuando usted tiene la sensación de ¡qué al pedo!

JT: ¿Sintió enojo?

GM: Sí, sentí enojo, tristeza, todo. Enojada porque se liquidaran así.

JT: ¿Sigue enojada?

GM No, enojada no. Con el tiempo uno se tranquiliza y dice: "Pobre...", pero me parecía como una opción no inteligente en el sentido de que suponer que con la relación de fuerzas que había podían resistir ya era una ilusión muy ingenua.

JT: El cuerpo de Paco lo entregaron...

GM: Lo de Paco es una historia alucinante. La hermana de Paco es una mina impresionante. Es una gordita que no dice nada, pero, cuando tiene que tomar una decisión, no le tiembla nada. Ella se fue a Mendoza cuando tuvo la certeza de que Paco había muerto. Y se fue con la madre de Alicia, la mujer de Paco en ese momento, la mamá de Angelita. (Alicia no apareció nunca). Y la hermana de Paco fue y pidió hablar con un juez que había sido amigo del marido; buscó vínculos y la rebotaban de todos lados. La cuestión es que llegó hasta los militares, llegó hasta la morgue y reconoció el cadáver. Tanto quilombo hizo que en un momento un oficial del Ejército la llevó a un lado y le dijo: "Señora, basta. Se lo cargamos en un avión y lléveselo". Y ella lo trajo y lo enterró en la bóveda de los Urondo, pero la partida de defunción fue NN. Al mismo tiempo hizo todo el rastreo con un juez de menores y recuperó a la nena. Se vinieron con la bebita y con el cuerpo de Paco.

JT: O sea que la hermana de Paco educó a la nena.

GM: No, porque la madre de Alicia, o sea, la abuela materna de Angelita, pobrecita, tomó a esa nena. Y la hermana de Paco decía: "Dámela, yo me la llevo, yo tengo tantos chicos en casa que uno más no pasa nada, se crían todos juntos". Y la vieja esta dice: "No, que es lo único que me queda de Alicia, quiero tenerla". Beatriz dijo es la abuela, se hizo a un costado, y en ese momento el juez le otorgó la tutela a esta señora. Ella se la llevó, pero con tanta mala suerte que al poco tiempo esta abuela no se bancaba más la situación de hacerse cargo de un bebé, y Beatriz siempre insistía en verla. Mientras vivieron los padres de Paco, toda esa familia hizo el ritual de llevarle la bebita, de permanecer comunicados y todo. Una vez que

murieron el papá y la mamá de Paco, se borraron. Nunca más se supo de la nena. Finalmente, la dieron en adopción a una prima, o sea que a esa medio hermana Javier la recuperó hace unos pocos años por una pista que nos dieron los de Antropología.

JT: ¿Usted la ve?

GM: Javier sí la ve.

JT: Seis meses después matan a su hija.

GM: Sí, y al marido, a los dos juntos.

JT: ¿Qué edad tenía su hija?

GM: Eso fue en el 76; ella tenía 24 años. El marido era un poquito más grande, tendría 28 o 29 años.

JT: ¿Cómo fue? ¿También tenían un cargo?

GM: Digamos que no eran rasos. Y hacía poquito que habían comprado una casa y se habían instalado con los dos chicos. Estaban contentos porque estaban un poco más tranquilos; habían vivido mudándose. Me llama por teléfono mi hija y me dice que al día siguiente era el cumpleaños de Nicolás, el nene más chico; que pensaba festejarlo y después me llamaba para concretar. En otras oportunidades vivían en casas que yo no conocía, pero lo que yo siempre sabía era en qué guardería ella dejaba a los chicos. Allí ella me presentaba, de forma tal que por cualquier cosa que pasara yo quedaba autorizada para retirar a los chicos. Entonces, ese día se habían conseguido una linda guardería, que era cerca de la casa; me llama por teléfono y me dice: "Conseguimos una guardería muy linda, estamos muy contentos con el lugar y por primera vez vamos a salir juntos". Porque ellos nunca salían juntos; tenían actividades diferentes y también por razones de seguridad no sale una pareja a hacer lo mismo... Me dice que iban a aprovechar para ir al cine, salir un poco. Pero, al mismo tiempo, uno de los dos tenía alguna cita. Pero esa cita estaba cantada. O sea que simultáneamente cayeron los dos. Fueron los dos, pero el que estaba operando algo era uno; el otro fue por esa situación de que habían puesto a los chicos allí... Me imagino que, por el nivel de estrés en el que vivirían, habrán dicho: "Vamos a hacer algo un poco divertido". Entonces me dijo: "Después te llamo a última hora para que arreglemos lo de mañana". Nosotros éramos muy cuidadosos con los llamados, en el sen-

tido de cumplir. Si me decía: "Te llamo a las cinco", me llamaba a las cinco, para que yo no me volviera loca. Y se suponía que ella me iba a llamar antes de que yo saliera del trabajo. Y no me llamó. Y yo llegué a mi casa y no me llamó. Era un viernes. Y el sábado no me llamó. Y yo pensé: perdieron. No se sabe qué pasó. Hay versiones de que llegaron a la ESMA, otros dicen que no. Y ahora el tema era: los chicos dónde estaban. Yo localicé el lugar donde habían estado recorriendo todas las guarderías y jardines de infantes de la zona de Caballito, aledaña a Parque Rivadavia, por ahí. Además, para explicarlo... Los chicos tenían nombres truchos, era complicadísimo.

JT: ¿Cómo llegó?

GM: Llegué así, preguntando, diciendo que yo era alguien ajeno, no como que era la abuela, porque ahí iba a saltar todo el tema del nombre, el apellido y qué sé yo. Entonces, una señora me dice que espere un momento, y viene la encargada o propietaria del jardín, que vivía enfrente, y me dijo: "Mire, señora, yo a los chicos los tuve el viernes, el sábado y el domingo; me los llevé a mi casa. Y el lunes tuve que hacer la denuncia. Yo no puedo quedarme con los chicos". Entonces intervino la policía, el juez de menores, pero la suposición era desaparición de los padres, no se sabía por qué, no había ninguna connotación de nada. Es decir, lo único que yo sabía era que habían estado ahí, pero tenía que saber dónde estaban ahora. Los dos chicos eran tan hermosos, rubios, con unos rulos, que Javier me decía: "¡Sabés cómo te chorean a estos pibes!". Fue el único día que no sé por qué no compré *La Razón*. Un señor en mi oficina que sabía la historia me dice: "¿Por qué no se va hasta mi casa, que mi señora tiene una cosa que creo que le puede interesar?". Me voy a la casa y la señora me había guardado *La Razón*, donde el juez de menores hacía un llamamiento por unos chicos que habían quedado... Era la descripción de la situación que había ocurrido. Todo complicadísimo. Yo todavía estaba medio colgada, porque quedé enganchada en ese proceso que hubo cuando Paco y Claudia cayeron todos presos antes, en la época de Lanusse. Ellos estuvieron en Devoto, porque Paco salió con la amnistía que se decretó cuando subió Cámpora. Habrán sido meses, pero Paco estuvo preso.

JT: ¿Por qué?

GM: Porque saltó la historia de que ellos habían alquilado una

quinta y hacían reuniones. Y yo caí también, yo estuve presa. Unos días, dos semanas, algo así, pero yo no salí de la regional de Martínez. Eso fue en febrero del 73, en la última época de Lanusse. A mí me sacan de mi casa, acostada en el piso de un auto.

JT: Volvamos al 76, cuando usted va a buscar a sus nietos.

GM: Yo tenía esa historia, que era media *grossa*, no tenía nada, pero no estaba totalmente cerrada esa historia. Entonces, mis consuegros, como eran una pareja estable, de prestigio, si se presentaban como el doctor no sé cuánto, era algo más fuerte. Estaba todo complicadísimo porque justo en ese momento se casaba el hijo más chico. Finalmente vino mi consuegra. Yo por suerte tenía unas fotos hermosas de los chicos recién sacadas por Javier. Entonces, la acompañé pero entró ella, habló con el juez, explicó cómo era la historia y que ella lo que quería era recuperar y hacerse cargo de esos chicos. Se empieza a tramitar todo eso, viene la feria de enero, y todo queda *stand by*, y la primera semana de febrero siguió el trámite; viene mi consuegro, tenemos una cita con el juez y les dan la tenencia de los chicos. En ese momento, los chicos estaban en el Hogar Riglos, en Moreno, que es como un asilo, y allá los fuimos a buscar.

JT: ¿Y con qué se encontró?

GM: Sebastián, que era el más grande, estaba todo apichonadito, más o menos bien, pero el chiquito... Mi consuegro, como médico, dijo: "Este chico está redopado". Lloraría y le darían pastillas. Los sacamos de ahí. Todo lo más accidentado que pudo ocurrir para ir a Moreno, nos pasó. Se cortó la luz y no andaba el tren, fue de terror. Finalmente llegamos. Hacía un calor espantoso. Volvimos a mi casa en barrancas de Belgrano con los chicos; los bañamos, les fuimos a comprar ropa, y mi consuegro, que era un tipo muy capanga, me dijo: "Yo quiero que esta noche misma nos vayamos a General Pico". Fue a buscar los pasajes de tren y viajamos esa misma noche. Además, al más chico yo no me lo podía sacar de los brazos. Lo tuve alzado como una semana. No se quería ni sacar los zapatos ni nada. Cuando se tenía que acostar, me tenía que acostar al lado de él. Era terrorífico. El más grande, cuando uno le hablaba un poquito fuerte, se levantaba de la cama y se tendía la cama. Tenía tres años y medio. Tenían de todo: piojos, colitis. Era de terror.

JT: ¿Qué sintió usted cuando se entera de lo de su hija?

GM: Yo ya estaba esperando. Estaba flaca que era una especie de sombra. Usted sabe que yo hice una tuberculosis. Todas las tardes tenía fiebre.

JT: ¿Usted participó con Madres de Plaza de Mayo?

GM: No, nunca.

JT: ¿Y a usted le dieron la famosa indemnización?

GM: Sí.

JT: ¿Por Paco y por su hija?

GM: No, por Paco. Porque lo que era por mi hija lo recibieron sus hijos. Yo no pude resistir desde el lugar de seguir peleándome con la vida. Yo tuve algo que felizmente pude hacer: cuando los chicos se fueron allá, me quedé un tiempo con ellos. Yo trabajaba y todo, así que siempre estaba con licencias, me daban lo que quería, no tuve problemas con eso. Y yo viajaba una vez por mes a General Pico. Son 600 kilómetros, y ese viaje para mí era devastador, porque los chicos me estaban esperando. Cuando me volvía, me volvía desgarrada. Y ellos estaban bien allá, pero el problema era, sobre todo para el mayor, que el anclaje en la vida que él tenía éramos Javier y yo.

JT: Pero ahora está con Javier. ¿Y el menor?

GM: El menor también está acá. Ahora es psicólogo. El mayor estudió mucho, hizo carrera de Turismo en la Universidad del Salvador, es *sommelier* con título internacional; es un chico muy estudioso. Yo digo que estos dos chicos son una especie de milagro.

JT: ¿Alguna vez habló con Javier de esto?

GM: Sí, nosotros hablamos mucho. Lo que siempre he hablado y lo que más me ha interesado, algo así como mi misión, era rescatar a estos chicos, ser el apoyo incondicional para estos dos chicos. Es lo que yo tomé como bandera de ahí en más.

JT: Hoy, después de tantos años, ¿usted sigue enojada?

GM Y, sí. Yo digo: ¿cuán distintas hubieran podido ser nuestras vidas? Por ejemplo, no tiene ninguna importancia que yo estuviera casada y me hubiera divorciado, porque por divorciarse nadie se muere, la vida puede seguir. Uno puede volver a casarse con otro, estar mejor que con el primero, son recambios. Hay gente que a lo

mejor tuvo una mala situación de divorcio porque se casó con un tipo que la fajaba con la toalla mojada, qué se yo. Yo nunca viví situaciones de violencia ni de cosas extremadamente desagradables. Pude resolver los conflictos con cierta tranquilidad, con cierta racionalidad. Entonces, pintaba una vida en la que uno podía planificar cosas razonables, crecer, reproducirse, tener hijos, tener nietos. Nunca precisé mucho más, nunca tuve ambiciones de ser rica ni de tener autos último modelo. Disfrutaba de las pequeñas cosas de la vida y de las cosas más esenciales.

JT: ¿Una vez separada de Paco, usted lo siguió queriendo, lo siguió amando o se deterioró la relación?

GM: Ya en el momento en que nosotros nos separamos el amor de pareja había terminado totalmente, lo cual no implicaba que fuera un tipo que yo odiara, que lo quisiera ver muerto ni nada. Yo siempre pude seguir teniendo con él un vínculo como con cualquier amigo que uno conoce desde la infancia. No sé si es normal que a uno le pase eso.

JT: Usted sería una excepción maravillosa.

GM: A lo mejor lo que pasa es que soy desapasionada y entonces puedo sacarme de encima las cosas.

JT: Si fantaseamos con que usted tiene en este momento a Paco y a Claudia acá, ¿qué les diría?

GM: En realidad, les recriminaría. Yo tenía un vínculo muy especial con mi hija. Nos entendíamos muy mucho. Había días en que, por ejemplo, cuando ya estaba en la clandestinidad, ella elegía dejar los chicos para que los cuidaran Javier y el marido para ir al cine conmigo. Había como una cosa de mucha complicidad.

JT: ¿En las últimas épocas usted la vio como cansada, agotada? ¿No habrá estado arrepentida de algo?

GM No, yo la veía siempre con un nivel de convicción muy grande. Ella tenía una cosa muy parecida en características de personalidad a Paco: esa capacidad de reconstruirse. Porque Paco era de los tipos que se mudaba de casa, se mudaba de mujer, y allí iba y arreglaba y ponía todo como a partir de cero. Y Claudia, con ese tema de las casas, que caían y no se podían usar más y había que mudarse, en cada casa, cuando uno la visitaba, ya había puesto las colchitas,

las cortinitas, era una pinturita, como si fuera una casa para siempre, y le duraba un mes.

JT: ¿Su hija también sabía que iba a morir?

GM: Yo no sé si sabía o tenía demasiada esperanza del éxito de su gestión, pero creo que en algún momento, sobre todo cuando iban perdiendo por afano, yo pienso que se les tendría que pasar por la cabeza que no tenían la vida comprada.

JT: Usted me dijo que después de 30 años todavía carga con ese dolor. ¿Usted le transmitiría esa pena?

GM: Yo no podría ocultarlo, porque a mí me costó mucho seguir viviendo. No le voy a decir: "Mirá lo que me hiciste", pero sí podría decir: "Mirá lo que les pasó a tus hijos". No sé si yo puedo cargarle que tuvo la culpa. Yo pienso que cualquier combatiente de cualquier índole siempre se está jugando la vida, equivocado o no.

JT: ¿Eso es lo único que le diría?

GM: No sé. Ella tuvo libertad de elección; nadie la obligó a hacer lo que hizo. Ella eligió un camino que, si alguien no se lo hubiera marcado, no sé si lo hubiera elegido, pero en algún momento lo eligió. No es una persona, fueron veinte mil pibes que eligieron lo mismo.

JT: ¿Y si lo volviera a ver a Paco qué le diría?

GM: No sé qué le diría: que me parece que no era lo suyo; yo creo que su destino era ser un escritor. Podía ser un escritor comprometido, que acompañara los conflictos sociales circundantes, pero no sé si su rol esencial era haberse ido adonde se fue. Yo no puedo juzgar porque la gente tiene motivaciones que no son las mías. Cada uno tiene sus motivaciones, y alguien de pronto vive como ineludible asumir ese compromiso, y lo hace, y cuando lo hace cree de buena fe que es lo que tiene que hacer.

JT: ¿Para usted Urondo es un buen escritor?

GM: Para mí es un buen escritor. Me parece que es mejor poeta.

JT: ¿Cuál es el libro que más le gusta?

GM: A mí los libros que más me gustan son los primeros, esos poemas breves. Eso me gusta mucho y me pareció una escritura novedosa; mezclar esa cosa tan breve con cosas coloquiales me pa-

reció un hallazgo lindo, que a lo mejor no es absolutamente original, pero me parece que lo hizo bien. Y así, si uno ve una poesía completa, como esos libros que salieron ahora, es una obra interesante. No sé si es "lo más". Yo tampoco soy un buen juez para la poesía porque no soy una asidua lectora de poesía. Yo leí mucha poesía cuando era piba. Leía Neruda, César Vallejo, que me hacía volar la cabeza, era un tipo que me gustaba muchísimo.

JT: ¿Y el teatro de Urondo?

GM: El teatro, sí... Cuando escribió esas obritas breves que se hicieron en un sótano estaban lindas, pero me parece que lo más importante de su producción es la poesía. Pienso que él esencialmente es un poeta.

JT: En realidad, lo que se hizo fue matar a un poeta.

GM: Yo pienso que sí. La elección de él también fue matar a un poeta. En un momento dado, a él no le bastaba ser un poeta. Cuando uno elige, elige por múltiples razones.

ENTREVISTA 4: JOAN JARA

"V́ctor fue un canto truncado por la barbarie."

José Tcherkaski: ¿Cómo conoció a Víctor?

Joan Jara: Él estaba estudiando para ser actor en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile y yo daba clases de Expresión Corporal en la Escuela. Ahí lo conocí como buen alumno. No sabía que cantaba.

JT: ¿En qué año fue?

JJ: Debía ser a fines de los años 50, año 58, en que me tocó dar clase a su curso. En esa época yo estaba casada con Patricio Bunster, un gran coreógrafo chileno ya fallecido, muy metido en las raíces de la identidad cultural latinoamericana. Con él estábamos preparando un ballet que se llamaba "Calaucán", basado en versos de Neruda. Yo estaba haciendo el papel principal y a Víctor le interesaba mucho la coreografía y la búsqueda del lenguaje latinoamericano. Por eso venía a mirar los ensayos. Y nos hicimos más amigos junto con Patricio, hasta que en el año 60 me separo de Patricio y posteriormente Víctor se acerca a mí con florcitas en la mano y empezamos lo que acá en Chile se llama un pololeo. Yo estaba en bastante mal estado y él fue muy reconfortante, porque era una persona con la cual era muy fácil conversar; se interesaba en la persona, era muy sensible. Estaba bastante enamorado de mí desde antes, pero yo también me iba enamorando de él. Nos juntamos a fines del año 60, principios de 1961. Esos fueron nuestros comienzos.

JT: ¿Cómo llega usted a Chile?

JJ: En realidad llego porque me casé con Patricio. Él me trajo. Yo conocí a Patricio en Alemania, donde estábamos bailando los dos en la misma compañía de ballet. Nos conocimos en la Alemania de posguerra, en una compañía bastante cosmopolita; allí había dos chilenos; uno de ellos era Patricio. Nos casamos en el año 1953 en Londres. Él me trajo a Chile y así entré en el Ballet Nacional Chileno.

JT: ¿Y cuál es su formación? ¿Es clásica?

JJ: En general, todos los bailarines toman clases académicas, aunque no quise nunca bailar en un ballet clásico. Estudié danza moderna o contemporánea, y esa fue mi formación y lo que bailé durante toda mi carrera de bailarina.

JT: ¿Dónde estudió?

JJ: Estudié primero en Londres con un maestro alemán, llamado Sigud Leeder, pero bailaba con Patricio en el Ballet Jooss. Teníamos un baile bastante famoso que se llama "La mesa verde", que también estuvo en el repertorio del Ballet Nacional Chileno, dirigido por Ernst Uthoff. Con ese ballet fuimos a bailar al Teatro Colón, en Buenos Aires, en 1959. Viajamos dos veces (con Patricio) con el Ballet Nacional Chileno. Una vez llevamos un programa mixto donde estaban "Calaucán", "La mesa verde" y posteriormente una producción de "Carmina Burana", con coreografía de Ernst Uthoff. No me acuerdo las fechas exactas, pero esa es mi historia.

JT: Sí, yo quiero conocer su historia. ¿Cómo siente usted el cambio de Londres a Santiago?

JJ: Yo nací en Londres; me crié allí y allí pasé mi adolescencia durante la Segunda Guerra Mundial entre los bombardeos. Después pasé por la Alemania de posguerra, que estaba en ruinas. Esa fue una experiencia muy fuerte. Yo regía mi vida profesional, y la danza es un arte internacional, sin lenguaje. Entonces, lo curioso es que yo estaba bailando un repertorio en Alemania y llegué a Chile para bailar el mismo repertorio. Eso es para mí una especie de ancla que me permitió no perderme totalmente en este cambio bastante abrupto entre Europa y América Latina.

No sé qué esperaba cuando vine a Chile. Tenía 26 años. Me imaginaba muchas palmeras, mucho trópico. Esa era la imagen que yo tenía, y me encontré con que hacía un frío horrendo. Llegué en setiembre y era algo muy mezclado entre la impresión casi decepcionante de que el ambiente era bastante europeo en la arquitectura. No era muy exótico como yo me imaginaba, y los chilenos eran obviamente muy diferentes de los ingleses o los alemanes. Pero lo curioso es que cuando fuimos a Buenos Aires me acuerdo que sentí como volver a la gran ciudad. Para mí era casi como volver a Europa. Encontraba Santiago muy chiquito, muy provinciano.

JT: ¿Y volvió después a Buenos Aires?

JJ: Sí, no conozco bien Buenos Aires, pero he estado varias veces de visita.

JT: ¿Usted proviene de una familia burguesa o una familia de clase trabajadora?

JJ: Era una familia excéntrica, contradictoria. Seis hijos, tres hombres, tres mujeres, todos mayores que yo. Yo era la más chica y tenía una diferencia de seis años con el que me seguía. Mi papá era autodidacta. Mi mamá tenía más educación. Era una persona que tenía todas las posibilidades de ser intelectual, pero se había casado y se había dedicado a criar a sus hijos. Era feminista, socialista, en una época en que eso era muy raro. Mi papá era ateo. En ese sentido era una familia poco común. Ellos se casaron alrededor de 1911, imagínese. Yo venía al final de esa familia. Mi papá había sido bastante exitoso en el mundo comercial de las primeras máquinas de escribir. Después se aburrió y se dedicó a ser anticuario. Vivíamos en Londres en una casa enorme, llena de muebles, objetos, cuadros y libros apilados. Una casa gigante, muy elegante. Si yo me hubiera quedado con esa casa, sería multimillonaria. Era muy extraño todo eso.

Cuando yo era chica, creo que había más plata en la familia, pero después me acuerdo que faltaba el dinero. No sé si soy clase obrera o burguesa, no sé lo que soy, pero fui a un colegio burgués, pituco, que estaba lejos de la casa. Salí fuera de mi clase y el ambiente hogareño. Por suerte, decía yo, porque no quería que nadie viera mi casa. Tenía que viajar por Londres más de una hora para llegar al colegio. Y eso era durante la época de los bombardeos, en la época de Churchill. Tenía una contradicción muy grande en mi vida entre el ambiente del colegio y el ambiente de mi casa, lleno de telas de arañas, como de película. Yo era como la última de la familia y entonces pasaba mucho tiempo sola. Recuerdo que jugaba sola por toda esa casa, inventando cuentos, mirando las cosas. Por ejemplo, en una esquina había una armadura de un Samurai, que para mí era un horror.

JT: ¿Le daba miedo la casa?

JJ: Algunas partes sí. Me acuerdo que el baño era una pieza mucho más grande que ésta y tenía una de esas bañeras con patas. En-

tonces, ese baño me daba miedo. Yo traté de explicar un poco esto en el libro que escribí sobre Víctor. Cuento algo de mí, de mi infancia, en un capítulo dedicado a mi historia.

JT: Y en ese ámbito usted decide estudiar danza.

JJ: Claro. En esa época en Londres había muchos refugiados de Europa: alemanes, etc. Entonces llegó la danza de Alemania a través de estos profesores refugiados que huían de Hitler. Yo no perdía mis clases de danzas. Desde los cinco o seis años comencé a tomar clases.

JT: Además de la escuela de danzas, ¿hizo otra carrera? ¿Estudió en la universidad?

JJ: No; terminé mi colegio, que era muy tradicional, conservador, y fui a la Universidad de Londres a estudiar Historia, pero estuve sólo un año y me fui.

JT: ¿Usted trabajó en Londres?

JJ: Estudié danzas en Londres, pero, cuando terminé mi estudio formal de danzas, Kurt Jooss llegó de Alemania para buscar personas para el nuevo grupo que estaba formando en la Alemania de posguerra, en Essen. Entonces no bailé en Londres hasta que el Ballet Jooss llegó a Londres de gira. Cuando terminé en esa compañía de Essen, después de tres años, estaba cesante. Entonces hice una audición para bailar en "El rey y yo", una comedia musical. Estuve un año bailando eso todos los días hasta que me vine a Chile.

JT: O sea que usted trabaja con Patricio, hace la comedia musical y se viene a Chile con él.

JJ: Claro. Estábamos juntos en el Ballet Jooss. Con esa compañía llegamos a Londres, Irlanda y otras ciudades. La compañía termina su labor por falta de subvención de la ciudad de Essen. Ahí me quedo cesante y paso un año bailando en la comedia musical. Durante ese año me casé con Patricio y vinimos a Chile. Entonces entro en el Ballet Nacional Chileno, y estuvimos en el Ballet hasta el año 1964. Me había separado en el año 60, pero yo era solista del Ballet y allí me quedé tres años más, y cuando me quedo embarazada de mi segunda hija, que tuve con Víctor, renuncio al Ballet.

JT: ¿Y cuántos hijos tiene con Víctor?

JJ: Una hija, que se llama Amanda.

JT: Cuando usted ve a Víctor por primera vez, ¿qué le pasa? ¿Le parecía un muchacho simpático?

JJ: La primera vez, nada. Era muy sonriente, con un alto sentido del humor. Su curso era muy entretenido, muy bueno; me invitaban y yo aceptaba. Pero, en principio, era otro alumno más, un buen alumno.

JT: ¿Y él ya era comunista en ese momento?

JJ: En ese momento, no sé. Antes de que nos juntáramos sé que había estado militando en la juventud comunista. Pero cuando empezamos a pololear me parece que no estaba militando.

JT: ¿El Presidente de Chile en ese momento era Alessandri?

JJ: Sí.

JT: Cuando usted empieza a conversar con él, ¿ya era un hombre preocupado por la situación social, por la política, o era más bien un artista con sensibilidad social?

JJ: Yo creo que toda la gente a nuestro alrededor, todos los artistas en nuestra facultad eran políticamente activos. Había un ambiente de compromiso político. Incluso nosotros bailamos el 1° de mayo, hicimos toda una demostración. Y al principio para mí Víctor era parte de ese ambiente. No hablábamos demasiado de política al principio. No así con Patricio.

JT: ¿Patricio también era comunista?

JJ: Sí, y amigo de Neruda. Él me empezó a educar políticamente. Entonces yo ya era más consciente de lo que pasaba en Chile, y con Víctor teníamos un entendimiento en ese sentido.

JT: ¿Usted también militaba o simplemente compartía?

JJ: Yo no militaba. Admiraba bastante a los comunistas por su dedicación y compromiso, pero no militaba. Solamente estaba siempre lista para cooperar.

JT: Entonces usted comienza a vivir con Víctor y sin dudas siente una diferencia entre Patricio y Víctor en lo que hace a la forma de mirar el mundo, ¿o más o menos se encontraba en el mismo universo?

JJ: Yo creo que tenía el mismo universo.

JT: ¿Eran amigos Patricio y Víctor?

JJ: Sí, eran amigos.

JT: Pero supongo que Víctor era más joven.

JJ: Sí, bastante más joven; tenía ocho o nueve años menos.

JT: Cuando usted ve a Víctor por primera vez, ¿qué ve? ¿Era un tipo buen mozo, un tipo atractivo?

JJ: Un tipo muy chileno. No era muy alto, tenía el mismo porte que yo. No era gordo, pelo ondulado. Lo que más llamaba la atención era la sonrisa; era muy simpático.

JT: ¿Era bebedor?

JJ: Cuando peleábamos, iba a lo de sus amigos en la población a curarse, pero en realidad no. Eso habrá pasado dos veces.

JT: ¿Era un hombre estudioso, inquieto?

JJ: Era un hombre muy trabajador, muy empeñoso, muy consciente de sus raíces, y en esa época vivía en la Población Nogales, que era un barrio muy pobre. En realidad, vivía donde podía, no tenía lugar fijo.

JT: Era un bohemio.

JJ: Pero no por gusto, sino porque no tenía plata, no tenía sustento. Incluso a veces dormía en los camarines del teatro. Era una persona que no se abría mucho en cuanto a su vida personal a sus compañeros, escondía un poco la pobreza en la que vivía.

JT: ¿Quiere decir que se avergonzaba de su situación?

JJ: No sé si se avergonzaba, pero yo creo que se sentía distinto.

JT: Cuando usted lo conoce, ¿él vivía así?

JJ: Sí.

JT: Entonces, ¿usted va a vivir con él en esas condiciones?

JJ: Bueno, estamos hablando de cuando lo conocí como alumno. Cuando empezamos nuestra relación realmente, Víctor tenía una situación un poco distinta porque ya tenía la posibilidad de ganar plata. Había dirigido obras. Usted sabe que Víctor era un director de teatro y empezó a dirigir antes de estudiar dirección, pero con gran éxito. Hicieron giras por América Latina con la compañía de la escuela y tuvieron mucho éxito. Estuvieron en El Galpón, en Mon-

tevideo, en Buenos Aires también –no recuerdo exactamente dónde– con una obra que se llama “Parecido a la felicidad”, que había sido escrita por un compañero de curso, Alejandro Sieveking, y con eso habían hecho toda una gira hasta Cuba, con una crítica fantástica. Entonces, él estaba un poco en otra situación. Además, había empezado a trabajar con el Cuncumén, que es un grupo de danzas y bailes folklóricos. Y justo a los poquitos meses de estar juntos tuvo que irse en un viaje largo por Europa como director artístico del Cuncumén. Estuvo en todos los países socialistas, y en Francia, en Bélgica.

JT: ¿Él sentía simpatía por la Unión Soviética?

JJ: Sí, mucha en esa época. Fue a Cuba justo después de la revolución, en el año 60.

JT: ¿Usted fue a Cuba con él?

JJ: No, yo estaba trabajando.

JT: ¿Y después?

JJ: Sí, en el año 72 fuimos juntos.

JT: ¿Quiénes eran sus amigos acá en Chile? ¿Violeta Parra era amiga de él?

JJ: Más que amiga era una persona que lo estimulaba mucho; iba mucho a la casa de la Violeta.

JT: A la carpa.

JJ: A la carpa, pero también a la casa de ella. Era muy amigo de Ángel e Isabel Parra, los hijos de la Violeta.

Otros amigos eran los compañeros de curso de la escuela, especialmente el dramaturgo Alejandro Sieveking, era un amigo de toda la vida. Esos eran los amigos de siempre de Víctor dentro del ámbito artístico. También tenía muchos amigos que eran pobladores.

JT: ¿Con Neruda tenía relación?

JJ: Sí, pero no era amigo como Patricio. Neruda conocía mucho más a Patricio que lo que conocía a Víctor. Víctor estaba como recién empezando. Pero no se puede decir que Víctor fuera amigo de Neruda, era de otra generación.

JT: ¿En qué año se convierte en solista?

JJ: La primera vez que canta solo fue con Cuncumén en esa gira. No me acuerdo exactamente en qué país, pero ahí cantó solo por primera vez en público, en el año 60. Antes había cantado pero en las fiestas de estudiantes. Incluso grabó cosas en radio Moscú, cantando solo.

JT: ¿Y en qué momento se convierte en solista y graba discos?

JJ: Eso es más tarde. Aquí, él sigue su carrera de director teatral con mucho éxito, contratado como uno de los directores residentes del teatro de la Universidad de Chile, que era el único teatro serio, no comercial, que había aquí en esa época. Y empieza a cantar en las radios como folklorista, cantando folklore chileno. Empieza a componer. En esta gira hace una canción para mí, que se llama "Paloma quiero contarte". Y de ahí en adelante empiezan a brotar canciones. La primera grabación cantando solo aparece en un disco de Cuncumén, con dos villancicos que le había entregado Violeta Parra. Ahí es la primera vez que escucho eso y me doy cuenta de que Víctor cantaba; no lo sabía. Eso debe haber sido en el año 59. Es en la peña de los Parra —estamos hablando de la calle Carmen 340—, donde Víctor empieza a mostrar sus canciones solo y empieza a hacerse conocido como solista con sus propias canciones, no sólo con el folklore. Esto es del año 65 en adelante.

JT: Ahí empieza a grabar.

JJ: Sí; el primer disco creo que fue en el año 66.

JT: ¿"Te recuerdo Amanda" de qué año es?

JJ: Eso es del año 68, bastante más tarde.

JT: ¿Y a usted le cantaba las canciones, le preguntaba qué pensaba? ¿Le preocupaba su opinión?

JJ: Sí, claro. Y hacía piezas instrumentales para que yo hiciera coreografías.

JT: ¿Y las hacía?

JJ: Sí; además de estar en el Ballet, teníamos un grupo independiente que bailaba en las poblaciones. Íbamos mucho con Víctor a dar funciones.

JT: Cuando Víctor empieza a ser cantautor, es decir que canta sus canciones, ¿es el año 65, más o menos?

JJ: Yo creo que fue en el año 66 que se edita el disco.

JT: ¿Se acuerda cómo se llamaba?

JJ: Se llamaba "Víctor Jara". En la pieza de al lado están esa tapa y todas las tapas de los discos.

JT: ¿Y qué repercusión tiene en el público?

JJ: Le dan un premio con ese disco. Empieza con un *single* con dos canciones y, después, el LP. Así empieza a tener resonancia, pero también escándalo porque en ese primer disco hay una canción que se llama "La beata"; es una cosa irónica, que se tocó en el día de la radio en cadena nacional. Entonces causó un revuelo muy grande con la Iglesia. Era una canción folklórica, pero su carrera no era ajena a la polémica.

JT: ¿Y en qué momento se convierte en cantante popular?

JJ: Lo que pasaba de raro con los cantores y grupos de la nueva canción chilena es que los que los hicieron famosos fueron los medios de comunicación, porque había un movimiento político-social muy grande entre los estudiantes, sobre todo, pero también entre los trabajadores, a través de los sindicatos, que eran muy poderosos y siempre estaban interesados en todo lo que fuera expresión cultural, gracias a Luis Emilio Recabarren.

Entonces, Víctor, los Parra, los Inti Illimani, los Quilapayún, todos iban cantando y dando conciertos, recitales, en todos estos lugares alternativos: las universidades, los sindicatos, es decir, en lugares que no eran comerciales, pero llegaron a ser conocidos. Y sólo después del Primer Festival de la Nueva Canción Chilena, que fue en el año 69, irrumpe este movimiento musical en la televisión y la radio. Así llega a ser oficialmente famoso, pero ya era conocido porque en ese Festival había de todo, pero lo que ganó era la Nueva Canción Chilena, no los antiguos folkloristas, la gente que había estado manejando los medios de comunicación hasta entonces, sino que fue este movimiento que tenía también una asociación política con la Unidad Popular.

JT: Si no me equivoco, en esa época el Presidente era Frei.

JJ: Claro, fue del año 64 al año 70.

JT: Esa fue una época de explosión de la Nueva Canción Chilena, del crecimiento de Víctor.

JJ: Claro, fue un movimiento socio-político-cultural que iba creciendo.

JT: ¿Quién era el líder?

JJ: El pueblo.

JT: Además del pueblo, ¿quién los inspiraba?

JJ: Para los músicos, Violeta Parra era el ejemplo. Para todos, Neruda era el ejemplo. Para mí esas son las dos figuras referentes. De otra manera, Patricio Bunster en la danza, porque andaban buscando los mismos valores: la identidad, el compromiso. Todos los artistas eran comunistas.

JT: Por lo que usted me cuenta, era como que todo Chile, o Santiago por lo menos, era una explosión ante la novedad.

JJ: Bueno, realmente explotó con la elección de Salvador Allende, porque a partir de ahí todo el mundo empezó a participar. Eso fue en el 70. Toda la campaña política electoral estaba acompañada por los músicos, los bailarines, los poetas. La elección era en setiembre. Y nosotros, que íbamos bailando y cantando por todas partes, sentimos un afán tremendo de todo el pueblo de participar en áreas culturales. Ahí aparecen los murales, las brigadas, que empezaban con *slogans* políticos, electorales, pero después eran puras flores.

JT: Lo que pasa es que coincidía con el movimiento social de América Latina. Ahora Víctor escribe en 1968 "Te recuerdo Amanda". ¿Él era consciente de que iba a ser una canción popular? ¿A usted qué le pasó cuando la escuchó por primera vez?

JJ: Es relativo. Extrañamente, la escribió en Londres, con nostalgia por su continente, pensando en nuestra hija Amanda, Lo veo con la canción y la guitarra, debajo del brazo, no sé cómo lo podría decir. En su vida, era una de sus canciones. Después, mucho más adelante, se hacen muchas versiones en todo el mundo y se hace famosa.

JT: Por lo que usted describe, eran momentos de plenitud...

JJ: Estamos hablando del año 70...; era un momento de esperanza por lo que venía...

JT: ¿Él nunca fantaseó con usted la tragedia que podía suceder?

JJ: En el año 70, no. Pensaba que podía cumplir con la tarea del artista en esta nueva etapa del gobierno popular. Había mucha esperanza...

JT: ¿Víctor era un hombre culto o era un intuitivo?

JJ: Era un intuitivo, pero también era bastante culto.

JT: ¿Era un hombre lector?

JJ: Sí. En los años 60 leía mucho. En los años 70, que le tocaron vivir, había poco tiempo para leer.

JT: ¿Cómo era un día en la vida de Víctor? ¿Trabajaba, participaba de actos políticos, acompañaba a Allende durante el gobierno o simplemente, una vez terminada la campaña, permanece siendo un artista comprometido?

JJ: Si ve la cronología de la vida de Víctor, no se puede creer que un hombre haya hecho tantas cosas en su vida. Durante toda la época en que lo conocí estaba en el teatro, en el canto, componiendo, dirigiendo, en reuniones políticas, siendo papá de familia. Hacía miles de cosas que en un mismo día. Pequeñas actuaciones. Estaba totalmente comprometido con la política cultural del gobierno, estaba en organizaciones, en un grupo coral de mujeres, componiendo y publicando varios LP. Un día empezaba a la mañana y terminaba después de la medianoche. Tuvo que salir de la Peña durante porque había tantas otras cosas que hacer. Viajaba mucho por Chile cantando y también por América Latina como embajador cultural del gobierno de la Unidad Popular.

JT: ¿Era funcionario del gobierno?

JJ: No. En esa época, el gran aporte a la cultura era la Universidad, y cuando Víctor salió del teatro pudo estar más libre para poder cantar. Viajaba con su guitarra.

Después lo recogió el Departamento de Extensión de la Universidad Técnica del Estado, que tenía sedes por todo Chile, y a través de eso tenía un sueldo, modesto, pero también tenía toda una red de lugares de actuación, desde más allá de Punta Arenas hasta Arica, en el Norte. Es decir que no era funcionario del gobierno, pero sí funcionario universitario. Desde que egresó de la Universidad Nacional de Chile como director y actor, primero fue funcionario de la Universidad Nacional de Chile y después pasó a ser funcionario de

la Universidad Técnica del Estado, pero no del gobierno. No era un puesto político, era un puesto cultural. También en el año 73 estaba envuelto en un tremendo proyecto que sólo se pudo hacer gracias a la política cultural de la UP y de la Universidad de Chile, que estaba metida en eso. Allí se juntó el Ballet, música autóctona, los Inti Illimani, Víctor, bajo la dirección de Patricio Bunster, para hacer todo un programa de danza, que se llamaba "Los siete estados", pero no llegó a estrenarse. Era una posibilidad para la gente de trabajar juntos; se unían para hacer proyectos, y cada uno por ahí tenía un sueldo de una universidad o de otra; no era ese afán de llegar a ser un ídolo comercial, era otro ambiente.

JT: Esta pregunta puede parecerle trivial, pero es importante en cuanto a la gente. ¿Fue alguna vez un gran vendedor de discos acá en Chile como artista? No lo pregunto por el dinero.

JJ: No sé cuántos, no tengo estadísticas, pero se creó el sello de discos DICAP, Discoteca del Cantar Popular. Yo no sé cuántos discos se vendían, pero en Chile nunca se vendió mucha cantidad de discos porque la gente no tenía plata para comprarlos. Sus canciones se escuchaban en la radio, en la televisión. Pero no había esa preocupación por la plata.

JT: No lo digo por la plata, sino lo que pregunto es si estaba entre la gente, si era popular.

JJ: Sí, todos estaban entre la gente: los Parra, Víctor, Quilapayún, Inti Illimani. Esa era la música que se escuchaba en la tele. Era la música popular de la época, y todo el mundo cantaba las canciones en todas las grandes demostraciones pro Allende.

JT: ¿Tenía artistas argentinos amigos?

JJ: En el teatro tenía amigos argentinos, pero en este momento se me escapan los nombres. Al final de su vida Víctor conoció a Mercedes Sosa –aunque no sé si llegó a ser amiga–, a César Isella, y también a uruguayos como Daniel Viglietti y a Atahualpa del Cioppo, del Teatro del Galpón. Él vino para acá e incluso Víctor trabajaba como su asistente cuando llegó acá.

JT: O sea que era un hombre que se movía en Chile fundamentalmente. No era un hombre al que le preocupaba el mundo externo.

JJ: Se preocupaba mucho por América Latina y hacía canciones

por Vietnam. Viajó a Helsinki para cantar por Vietnam. Viajó en esta gran gira por México, Cuba y toda América Latina.

JT: Y en Cuba, por ejemplo, ¿era amigo de la gente de la Trova Cubana?

JJ: Sí, era amigo de Pablo Milanés, Silvio, Noel Incola.

JT: ¿Y de los brasileños?

JJ: No; nunca fue a Brasil, es curioso. A Perú sí. En Perú era muy querido.

JT: ¿Y en Venezuela?

JJ: En Venezuela también. Me hablaba de los amigos, pero como yo no viajaba con él no tengo la certidumbre de quiénes eran; no me acuerdo los nombres.

JT: ¿Y cuándo comienzan a sospechar que el gobierno de Salvador Allende tambaleaba o cuándo empezaron a pensar que podían venir épocas oscuras?

JJ: Tuvimos las huelgas de los camioneros, los primeros paros, todo lo que aparecía en las paredes. Quizás para Víctor fue demasiado fuerte el asesinato de Edmundo Pérez Zukovic, por el año 71, que fue motivo de una canción de Víctor llamada "Preguntas por Puerto Montt". Esa muerte fue un *shock* para Víctor. Aparentemente se trató de un grupo de ultraizquierda llamado VOP, que apareció, lo mató y desapareció. Entonces, a mediados del año 72, las cosas empiezan a ponerse cada vez más difíciles y Víctor empieza a recibir amenazas.

JT: ¿Amenazas de quién?

JJ: Gente en autos grandes que le muestran cuchillos o que lo atacan en la calle. Y Víctor siempre muy activo en la campaña electoral parlamentaria en marzo del 73. Después de las elecciones había esperanzas de que la cosa iba a ser mejor, pero el momento culminante fue cuando los americanos decidieron que tenía que haber un golpe.

JT: ¿De qué elección me habla usted?

JJ: Las elecciones parlamentarias de marzo del 73, donde gana la Unión Popular. Y la caída del gobierno es el 11 de setiembre del 73; no es que cae, sino que lo botan. En medio hubo un intento de golpe

militar en julio, cuando Víctor estaba en Perú. Obviamente, la situación era horrenda y había mucho miedo, pero la gente seguía trabajando, tratando de llevar una vida normal y llevar adelante la tarea de la política del gobierno, tratando de mantener la normalidad lo más que se pudo hasta el último momento. Nadie imaginó que iba a haber un golpe militar como el que fue.

JT: ¿Dónde estaban ustedes el día del golpe militar?

JJ: Estoy muy cansada para meterme en esto.

JT: ¿Le angustia mucho hablar de esto?

JJ: Es que ya estoy cansada; ya llevo una hora hablando. No entiendo por qué me pregunta esto porque ya lo he escrito, hay tantas versiones mías de esto, tanto mejor descriptas de como puedo hacerlo ahora.

JT: Yo puedo tomar un fragmento de su trabajo, pedir autorización y agregarlo, pero lo importante es su relato, esto que le pasa a usted. Esto es lo interesante, lo otro yo lo escribí.

JJ: Escribí lo que me pasó a mí también. Bueno, brevemente. Estamos en la casa el 11 de setiembre a la mañana. Escuchamos la radio y nos damos cuenta de que están hablando de movimientos militares, que están pasando cosas raras en Valparaíso. Allende, que vivía bastante cerca de donde vivíamos nosotros, bajó muy temprano en la mañana hacia el Palacio de la Moneda. Nos damos cuenta de que hay una situación extraña. Y justamente creo que la noche anterior Allende había estado hablando por cadena nacional y hubo un apagón en ese momento, obviamente con una mano experta que provocó un apagón en todo el país. Era como una señal de lo que venía. Con este afán de seguir adelante con la normalidad, yo había llevado a las niñas al colegio como un día cualquiera. Víctor se quedó en la casa escuchando la radio, y cuando vuelvo escuchamos juntos el último discurso de Allende desde la Moneda. De ahí voy a buscar a las niñas de vuelta al colegio —no se podía dejarlas ahí—, y Víctor, después de varias llamadas por teléfono, decide que tiene que salir. El sindicato estaba llamando a todo el mundo para ir a su lugar de trabajo. Justamente ese día Víctor iba a cantar en la Universidad, en la apertura de una exposición sobre lo que significa una guerra civil en un país. Allende también iba a hablar en ese acto. Y Víctor decide que tiene que tratar de llegar a la Universidad. Enton-

ces sale, y es la última vez que yo lo veo. Llamó por teléfono después de tres horas, que es lo que se demoró en llegar hasta allá. Tuvo que hacer un desvío muy grande para poder llegar por los movimientos militares, y después me llamó para avisar que había llegado, así que ya sabía que estaba en la Universidad. Mientras tanto, en nuestro barrio había ruido de helicópteros encima de la casa de Allende, metralletas, camiones en la calle, llena de civiles armados que salían de los rincones, toda la gente de Patria y Libertad, que era un movimiento fascista. Y para mí empieza un tiempo angustiante de estar pensando en Víctor... Me sentía impotente porque yo no podía salir, no podía hacer nada. Y ahí tenemos hasta cohetes, explosiones que casi rompen los vidrios. Y como a las cuatro de la tarde Víctor me llama de nuevo diciendo que no va a poder llegar a la casa ese día porque había toque de queda, que al día siguiente en la mañana iba a tratar de llegar lo más temprano posible, cuando se levantara el toque de queda. Espero, espero. Al mediodía del día miércoles 12 escucho en la televisión algunas menciones. Mientras tanto, en la televisión y en la radio había puras marchas militares, pero de repente hay intervenciones y discursos diciendo que la Universidad Técnica había sido "reducida" y un gran número de "terroristas", que eran los estudiantes y profesores, habían sido detenidos. Entonces empiezo a hacer llamados telefónicos para ver si alguien sabía algo; los amigos se movilizaban. Toda la gente que habían sacado de la Universidad Técnica la habían llevado al Estadio de Chile. Yo seguía esperando que Víctor pudiera haber salido de noche de la Universidad, ya que sabía que estaba en peligro si había un golpe.

Ahora sé que los militares entraron con tanques a la Universidad, que dispararon sobre la gente, que lo tenían en el suelo con los brazos detrás de la cabeza; después lo tenían trotando hacia el Estadio, que está como a cuatro cuadras, y que Víctor había sido inmediatamente reconocido por los oficiales, incluso en la puerta, a pesar de que ya había botado su carnet de identidad.

Y yo, mientras tanto, sin saber realmente lo que pasaba con Víctor. Había gente que trataba de intervenir, que ayudaba. Se apela al cardenal Silva Enríquez para que haga algo por Víctor para saber dónde está. El cardenal no actúa; seguramente tendría tantas peticiones... hasta que el jueves recibo un llamado telefónico que dice que Víctor está en el Estadio, que me pide que me quede en la casa con

las niñas, que no salga, que lo cuidan y que no sabe cuándo va a salir. Trato de obedecer estas instrucciones hasta el domingo, cuando voy a la embajada británica a pedir ayuda, ya que yo tenía pasaporte británico. La embajada británica era la única embajada europea que estaba cerrada, porque en las otras la gente pedía asilo y se lo daban, pero los británicos no; ni siquiera a mí, que era británica. Vino un segundo secretario a hablar conmigo a la reja y pedía perdón por tener todo cerrado. Yo pedía ayuda por Víctor, mi marido. Me preguntan si era británico, les digo que no, que es chileno, y entonces me dicen que no podían hacer nada. Ahí queda eso, hasta que el martes 18 a la mañana llega a mi casa un joven que no conozco, después que se levanta el toque de queda, y me pide que lo deje entrar, que tenga confianza, que él es de la Juventud Comunista, que había estado trabajando en la morgue. Yo lo dejo entrar y me dice que él cree que es el cuerpo de Víctor el que ha sido encontrado entre todos los cuerpos en la morgue, y me dice que yo debía ir con él a reconocerlo y retirarlo porque, si no, lo iban a llevar a una fosa común, es decir, iba a desaparecer. Entonces yo voy con este joven que no conozco...

JT: ¿Hoy tampoco sabe quién era?

JJ: Hoy día sí; somos amigos. Yo sabía que se llamaba Héctor. Y voy con él, que era funcionario de identificaciones, no de la morgue misma, pero estaba trabajando en la identificación de los cuerpos. Y, como él tenía un pase, entramos por una puertecita lateral en la morgue, que hoy ya no está, y entro en una sala grande, muy grande, como este espacio —no me voy a olvidar nunca de eso—, llena de cuerpos, montones de cuerpos que llevan por las piernas, algunos desnudos, otros vestidos, jóvenes, viejos, todos con terribles heridas. Y yo empiezo a denostar, y me hace callar porque era peligroso... y Víctor no estaba ahí. Entonces alguien le dice que pruebe arriba. Y entonces me lleva al segundo piso, un largo pasillo lleno de cuerpos, uno detrás de otro, jóvenes, esos sí todos vestidos, y al final de esa fila encuentro el cuerpo de Víctor, con heridas grandes, lleno de hoyos de metrallera, las manos colgadas, la cara ensangrentada, con hematomas. Y ahí empiezan los trámites. Tengo que volver a casa, buscar el certificado de matrimonio para poder retirar el cuerpo, ir de ahí directamente al cementerio, que quedaba al lado. Y así fue. Con este amigo y otro que se juntó, que se enteró, llevamos

el cuerpo de Víctor al final del cementerio, donde está hoy en día. De ahí tengo que volver a casa a contarles a mis hijas lo que pasaba.

JT: ¿Qué edad tenían sus hijas en ese momento?

JJ: Amanda tenía 8 y Manuela, 12. Después de un tiempo logré saber en parte lo que le pasó a Víctor ahí en el Estadio. Lo separaron de los otros, le pegaron, pero en un momento está junto con compañeros de la Universidad, en la cancha del Estadio, y ahí es donde Víctor empieza a componer su último poema. Y estos compañeros iban aprendiendo el poema con Víctor; alguien lo anotó, alguien que, cuando fueron al Estadio Nacional, lo llevaba en su zapato, y fue maltratado a raíz de eso. Pero de alguna forma el poema sobrevivió entre cabeza y cabeza. Después de eso lo llevaron a Víctor y ahí hay otro momento de visiones de Víctor en un baño junto con el doctor de Allende, que estaba con él en un momento. Y después su cuerpo ensangrentado en el pasillo. Pero hasta el día de hoy no hay claridad judicial acerca de quién fue que lo mató. Hay sospechas fuertes.

Posteriormente, entonces, tengo dos citas con alguien que quiere entregarme el texto del poema en la calle, en diferentes esquinas. Lo espero. La persona no llega. Posteriormente, las mujeres de Quilapayún sacan una versión fuera de Chile y la llevan a París cuando llegan. Otra versión un poquito distinta, con partes en blanco, me llega de Estados Unidos. Entonces así iba reconstruyendo el poema. Eso es lo que puedo contar.

JT: ¿Recuerda el poema de memoria?

JJ: Yo no puedo recitarlo.

JT: ¿No puede porque la angustia?

JJ: No, yo no tengo memoria. Si lo leo sé lo que viene después, pero no tengo memoria para recitarlo de principio a fin.

JT: ¿Se anima a leerlo ahora?

JJ: No quiero. Me cuesta mucho pensar en eso.

JT: ¿Se acuerda las primeras líneas del poema?

JJ: Sí, pero esto no es para la radio.

JT: Pero yo quiero terminar la entrevista con esas dos líneas.

JJ: "Somos cinco mil aquí en esta pequeña parte de la ciudad.

Somos cinco mil. ¿Cuántos seremos en todo el país? ¿Cuántas manos....". Ya.

JT: Es evidente que a usted le hace daño hablar de esto a esta altura de la historia. ¿Todavía la angustia hoy?

JJ: Sí.

JT: O sea, es un dolor que no se resuelve.

JJ: No.

JT: ¿Qué edad tenía Víctor cuando lo matan?

JJ: Iba a cumplir 41 años. Durante mucho tiempo no supe con seguridad qué día lo habían matado. Incluso en su tumba dice 14 de setiembre. Después los militares sacaron los cuerpos del Estadio, no sólo el de Víctor, sino otros cuerpos, y los botaban en la calle. A Víctor le tocó ser botado al lado del Cementerio Metropolitano, que queda al sur de Santiago, junto con otros cinco compañeros. Y los pobladores lo encontraron ahí, lo reconocieron. No pudieron hacer nada, pero observaron cómo después del toque de queda llegó una camioneta con civiles que traía todos los cuerpos adentro. Y Víctor llegó a la morgue como NN, sin su nombre, y, como lo habían recogido en otra parte de Santiago, parece que hacían así para despistar. Pero, cuando volví a Chile en el año 81, antes de escribir el libro, logré entrevistar a los pobladores que habían estado ahí cerquita y que habían observado toda esta historia. Y ahora van a hacer un centro cultural en ese lugar.

JT: ¿Hubo otros artistas de la magnitud de Víctor que hayan matado?

JJ: Víctor ha llegado a ser muy emblemático. A Ángel Parra, por ejemplo, lo arrestaron. Llegó a un campo de concentración, pero no lo mataron. Salió publicado en un pequeño diario -de derecha, obviamente- que Víctor Jara se había muerto, como si se hubiera muerto de una enfermedad. Pero la noticia de la muerte de Víctor corrió muy rápido, y llegaron muchos periodistas extranjeros para buscarme, para entrevistarme. Incluso la embajada británica ahora se despertó, se preocupó, y ellos mismos organizaron entrevistas conmigo. Esta noticia salió al mundo y fue muy fuerte internacionalmente. No sé qué pasó en Estados Unidos, pero en Europa la repercusión fue muy fuerte. Yo creo que fue como que se dieron cuenta de que a

los artistas no hay que matarlos, que no es bueno. Me acuerdo que salió un artículo de un periodista muy famoso en *The Guardian* (después se fue a *The Guardian Weekly*, un diario que llega al mundo entero por avión), con fotos. Salió en la televisión. O sea que fue algo que ensució al tiro la imagen del gobierno.

La embajada británica quería al tiro reconocer al gobierno militar porque quería hacer negocios, pero a mí me había entrevistado un periodista de *The Times*, que empezó diciendo: "Mujer británica encuentra cuerpo ametrallado de su marido en la morgue en Santiago". Salió en la primera edición de *The Times* y después lo borraron, lo sacaron, no salió ni en la segunda, ni en la tercera ni en la cuarta edición. Es decir que fue bien extraño lo que pasó ahí.

En ese momento para mí empieza un largo viaje saliendo de Chile, con Amanda y Manuela, dando testimonio de lo que estaba pasando en Chile.

JT: ¿Dónde se radica?

JJ: En ese momento yo vuelvo a Londres. No tengo familia allá. Había perdido contacto con mi familia. Y me quedo en Londres hasta el 83, en realidad, porque vuelvo a Chile en el año 81, pero como turista. Vengo dos meses a entrevistar a personas para poder escribir bien el libro.

JT: ¿Y se va de Chile en el 73?

JJ: En octubre del 73 ya salgo de Chile.

JT: O sea que estuvo 10 años afuera.

JJ: Estaba en Londres, pero viajando por todos los continentes.

JT: ¿Está cansada?

JJ: Sí. Me cuesta hablar tanto.

ENTREVISTA 5: LILIA FERREIRA

"Vivimos entre el amor y la militancia."

José Tcherkaski: A 30 años de distancia de la desaparición de Rodolfo, ¿cómo visualizás ese período?

Lilia Ferreira: Desde una perspectiva individual, personal, en realidad hace pocos años que estoy intentando escribir sobre la vida de Rodolfo, sobre nuestra vida en común, en la etapa histórico-política que vivimos y compartimos. Digo hace pocos años porque uno ha vivido distintas etapas desde aquel 25 de marzo del 77. Durante casi un año lo busqué pensando que estaba vivo, que podía estar desaparecido. Y lo busqué en el sentido de presentar recursos de *habens corpus*, de hablar con distinto tipo de gente, de tratar de averiguar, de buscar indicios, buscando información, incluso a través de su hermana monja, a través de otros, a través de su hermano que era marino, y la respuesta fue siempre que no sabían nada, que no se iba a saber nada. De todas maneras, me aferraba a la incertidumbre, una incertidumbre que al mismo tiempo aterrorizaba porque me despertaba muchas veces a la noche pensando que, si estaba vivo, cómo estaría. Y sabía que para Rodolfo, como para todos nosotros y la mayoría de los compañeros, no había infierno más temido que estar ahí sabiendo los métodos represivos sin límites en el tiempo, como Rodolfo los había descrito en la carta. Y recién a fines del 77, me llega un aviso de un sobreviviente de la Escuela de Mecánica de la Armada, a través de sus familiares, de que Rodolfo había muerto confirmaba lo que ya uno suponía en el momento de la caída, que me estaban buscando a mí, que me fuera del país. Es entonces cuando empiezo a pensar en esa posibilidad, pero sigo acá hasta fines del 78. Es ahí cuando finalmente me voy, con muchas dificultades, y cruzo la frontera. Llego a Brasil y de allí viajo finalmente a México, donde viví cinco años. Entonces, en realidad, los primeros siete años fueron ese tránsito desde la paradoja de una esperanza terrible de que pudiera estar vivo y la confirmación de su muerte. Y este largo paréntesis de cinco años para mí fue muy importante en cuanto a la recuperación desde el punto de vista anímico, físico, y

también de una distancia necesaria para empezar a seguir reflexionando en la línea de los documentos críticos de Rodolfo sobre lo que había sido esa etapa de nuestra militancia o de la militancia en el país. Al regresar no fui muy lúcida —por eso hablé de ese paréntesis— porque pensé que se podía retomar una línea de compromiso y trabajo político, que de algún modo era como retomar un hilo, dejando de lado por supuesto lo que era la propuesta de la organización Montoneros, pero sí con un nivel de militancia y participación política similar a la que había tenido en otros años. Ese fue el período de los años 80, en que volví a ser delegada sindical. Armamos con otros compañeros una agrupación sindical. Estuve en la conducción del gremio de prensa y, de todas maneras, lentamente fui comprendiendo que el país había cambiado demasiado.

Si hago todo este relato es también para decir que en estos 30 años no sé si todavía llego a concebir en su total magnitud la profundidad del proyecto político en el que tuvimos comprometidos. Digo esto porque después de lo que fue esa etapa de los años 80 vino el menemismo. En mi caso, yo, que siempre había estado en la militancia político-sindical, vi el debilitamiento de los sindicatos y del rol histórico de ciertos sindicatos. Entonces, por eso también digo que hace pocos años me he animado a empezar a escribir con la distancia necesaria, incorporando nuestro proceso político, de nuestra época, y el proceso histórico-político de nuestro país, para poder llegar a mirar el pasado desde la perspectiva de este presente en el que estamos. Y ahí es donde también surgen dificultades. Es decir, yo quisiera encontrar una vida tan polifacética en cuanto a la diversidad de oficios de Rodolfo, y diversidad de escenografías, de escenarios geográficos en los que participó. Digo polifacético en ese aspecto, porque todo estaba atravesado por una coherencia absoluta, no porque lo que había sido en los años 40 fuera igual en los 50, en los 60 y 70, en cuanto a sus distintas formas de abordaje del conocimiento del mundo o del compromiso con las realidades políticas de esos momentos. Lo que quiero decir es que Rodolfo se fue modificando junto con el país y junto con su propia práctica. No era un tipo que lo que pensaba en los años 40 lo seguía pensando exactamente igual. Es decir, era un tipo muy abierto, dúctil y reflexivo para entender el momento histórico en que vivía.

JT: Vos decís que él tenía una hermana monja. ¿Rodolfo se trataba con esa hermana monja?

LF: Sí. Ella ya no vive. Se llamaba Kitty, Catalina. Era la hermana menor de cinco hermanos. La última vez que la vi, cuando estábamos averiguando qué había pasado con Rodolfo, ella era directora de una escuela religiosa en Lomas de Zamora.

JT: ¿Cómo era la relación entre ellos?

LF: Rodolfo era muy desarraigado desde el punto de vista familiar. Es decir, no tenía una relación frecuente con sus hermanos. Y con su hermana monja, una vez cada tanto tenían noticias mutuas, pero no había una relación frecuente.

JT: ¿Y con su hermano?

LF: Su hermano Carlos es el único que vive de cinco hermanos; era capitán de navío y llegó a ser comandante en la aviación naval. Rodolfo también quiso ser aviador naval y quiso entrar en el Liceo Naval, pero lo bocharon en dibujo.

JT: Cuando lo conocés en el año 67, ¿vos ya eras una mujer con ideas políticas?

LF: Sí. En realidad, hacía un año que yo había venido de Junín, provincia de Buenos Aires. Allá trabajaba en una fábrica y estudiaba profesorado de Letras. Y entre mis compañeros de fábrica tenía uno que me hablaba de San Martín, Rosas, Perón, porque eran todos peronistas. Tuve un novio marxista-trotskista, que me cantaba las canciones de la guerra civil española, y yo era una gran lectora. Entonces, leía muchísimo. Fue lo que me sostuvo, me salvó de una gran depresión después de la muerte de mi madre, cuando yo tenía trece años. De todas maneras, yo quería venir a estudiar a Buenos Aires, porque en la fábrica, que era de productos químicos, trabajaba en el laboratorio y ahí también me dijeron que tenía que seguir estudiando química, que era una lástima. Entonces vine aquí para estudiar Ciencias Exactas. Entré en el año 66. Justo la Noche de los Bastones Largos yo no tenía clases, pero fue mi primera experiencia en clandestinidad, porque después de la intervención se daban clases en galpones, iglesias, y había que pasarse las citas. Entonces, mi primera experiencia de clandestinidad fue en el 66. Vivía en una pensión mixta. Había otros estudiantes, y ahí conocí a un grupo de

amigos que empezaban a leer a Cook, *Peronismo y Revolución*, algunas lecturas de marxistas, pero no en forma sistemática; mucha literatura de los años 60 y mucha discusión y charla política de lo que estaba pasando en el mundo y en el país.

Entonces, ahí empieza mi politización, aunque allá en Junín me decían: "Tené cuidado porque cuando entres a la Facultad de Ciencias Exactas, esa facultad es una cueva de comunistas, y en cuanto entres te van a querer...". Y yo decía qué suerte, porque yo quería ser revolucionaria. Empecé a cursar en Ciencias Exactas y pasaba al lado del Centro de Estudiantes, veía que hacían volantes y nadie nunca me acercó ningún volante. Entonces, yo fui una despechada por una militancia estudiantil. Es cierto que tampoco me animaba a preguntar, era muy tímida. Esa era mi politización. En realidad, es una ideologización, diría yo, casi muy propia de los años 60, cuando no se daba por estar afiliado a un partido. Tampoco estaba en la "Fede", porque nadie se acercó con un volante, pero a mí me retumbaba en la cabeza el San Martín, Rosas, Perón de mis compañeros peronistas obreros de la fábrica, que era otra realidad. Eso era fuerte. Además, yo soy de Junín; había vivido de muy chica la época del primer gobierno de Perón y el segundo gobierno de Perón. Mi padre había sido delegado de molineros. Los dos únicos veraneos de mi infancia los tuvimos en un hotel del sindicato de mi padre. Mi padre tuvo una aproximación así, pero mi familia eran maestras sarmientinas, maestras rurales.

JT: Una familia trabajadora.

LF: Sí; clase media baja. Vivíamos en calle de tierra. Mi madre era maestra, mi padre, empleado.

JT: Ahora vos ya tenías referencias de Walsh, de su literatura.

LF: Precisamente, cuando estudiaba en Junín, leía sobre todo los clásicos. Pasé por lecturas de *La Ilíada*, los clásicos griegos. Después, Shakespeare. Y también había leído mucho a Sartre, Simone de Beauvoir, Camus, Pär Lagerkvist. Cuando vengo a Buenos Aires, quiero leer literatura argentina, historias argentinas. Entonces, en una de las revistas que se leían, como *Primera Plana*, había leído algún comentario o algo de Walsh. Entonces, cuando cobraba el sueldo, un mes me compraba un libro y al mes siguiente me iba a comer a un restaurante con mantelito. Imaginate vivir en una pensión con cucarachas y estar harta de comer pizza y empanadas parada. En-

tonces, sentarme con mantelito, servilleta, el mozo que trae la comida, era mi pequeña fiesta una vez cada dos meses.

Y un mes que me tocaba un libro, entro en una librería y pido un libro de Walsh: *Un kilo de oro*, y me voy a La Paz. Me encuentro con un amigo, temprano, a las seis de la tarde, y mi amigo me dice: "Mirá, en esa otra mesa está Walsh". Yo miro y veo un hombre sentado, que me parecía alto, porque tenía talle largo y patas cortas, y medio pelado. Entonces, mi amigo, que era la antítesis de mí -yo era muy pueblerina-, agarra el libro, se acerca a Rodolfo y veo que cuchichean; Rodolfo me mira y se sonríe (hace una dedicatoria muy bonita), después pasa, saluda y ni una palabra; nos miramos. Viene el mes siguiente; me tocaba comer con el mantelito. Entonces, voy a un restaurante de Sarmiento y Montevideo. Donde ahora está el complejo La Plaza había un Bachín. Entro y veo una mano que me saluda, me llama y era Rodolfo que estaba comiendo solo en una mesa. Ahí empezamos a charlar y se dieron esos encuentros en que coinciden varias situaciones. Por un lado, algunas raíces comunes, porque la mamá de él había nacido en Junín, y él estaba en ese momento empezando a hacer borradores de un cuento sobre su tío Willy, que había muerto en la Primera Guerra Mundial, que también había nacido en Junín. Ahí el tema de Junín estuvo presente en la mesa, en la seducción. Y también en la charla en general. Él había estado varios años bastante aislado, porque vivía en el Delta, pero en ese año 67 su pareja era Piri Lugones; ella tenía su departamento acá y él había alquilado una casita en el Delta. Entonces alternaba entre el departamento de Piri y la casa en el Delta, escribiendo. Es el momento en que escribe los cuentos, *Los oficios terrestres*, *Un kilo de oro*, las dos obras de teatro y algunas notas periodísticas. Pero en el 67 él ya se había alquilado hacía poco un departamentito de un ambiente en la calle que se llamaba Cangallo -ahora se llama Pte. Perón- 1671 8° C, y también coincidió con un momento político particular en el país y, sobre todo, el gran impacto que tuvo en el mundo intelectual la presencia y la muerte del Che en Bolivia. En esa primera charla que tuvimos me cuenta que estaba con los últimos borradores del cuento "Un puro día..." Después en otros encuentros arteramente me invita; quería que yo fuera a su casa porque me iba a leer el cuento.

JT: Te hizo el cuento.

LF: Me hizo el cuento. Y fui.

JT: ¿Era amigo de Conti? Digo por lo del Tigre.

LF: Sí. En realidad, así como con la familia se veía muy poco, Rodolfo era un solitario. No era un hombre que tuviera una vida social de decir: "Vénganse a comer a casa" o "Vamos a no sé dónde". Como que la casa era un lugar de trabajo, de estar. Los dos siempre estuvimos muy solos. Y con los amigos eran encuentros a comer en restaurantes, o también se iba a comer a las casas, pero no era una relación muy cotidiana. Hubo sí una época en que había más vida social, que giraba en torno a la librería de Jorge Álvarez, en la calle Talcahuano, con presentaciones de libros y ese tipo de cosas. Ahí también trabajaba Piri. Pero en el año 67 ya estaba cansado de esa vida de las presentaciones de libros; había hecho una incursión en eso, le había ido bien, pero de nuevo estaba como en un repliegue, estaba buscando otro rumbo. Los años 67 y 68 coinciden con el regreso a Cuba, después de haber estado en los comienzos de la revolución, y al regreso de Cuba, al pasar por España, es cuando se produce la entrevista con Perón, el encuentro con Raimundo Ongaro y la propuesta de que se encontraran acá en Buenos Aires.

JT: Cuando viaja a Cuba convocado por la Casa de las Américas, ¿va con Paco y con Ricardo?

LF: Sí, ahí va con Paco, con Piglia, con León Rozitchner. Con Haroldo vamos juntos en el 74.

JT: ¿En qué año estuvo Rodolfo por primera vez en Cuba?

LF: Él llegó en el 60 y estuvo hasta el 62. Fue porque lo mandó la agencia Prensa Latina. Y ahí fue con Rogelio García Lupo, "Pajarito".

JT: ¿Eran amigos con García Lupo?

LF: Sí, eran amigos de la adolescencia. Con Rogelio García Lupo participaron juntos en una movilización de la Alianza Libertadora Nacionalista en contra del Tratado de Chapultepec. Tenían 18 años...

JT: La primera mujer, con la que tiene las hijas, es Tejerina. ¿Esta mujer murió?

LF: Sí. Fue su primera mujer.

JT: ¿Vos la conociste?

LF: Sí.

JT: ¿También fue así, comprometida?

LF: No.

JT: ¿Era antropóloga?

LF: No, era maestra de ciegos.

JT: ¿Y él la conoció acá en Buenos Aires?

LF: Supongo que sí, no sé bien, pero vivían en La Plata.

JT: ¿Rodolfo tenía formación universitaria?

LF: Empezó a estudiar Filosofía y Letras en La Plata, pero no terminó.

JT: Ahí se conoció con Piglia.

LF: A Piglia lo conoció a través de Piri. Porque en el 67, cuando yo lo conozco a Rodolfo y vamos un día a comer a casa de Piri, en ese momento, Piglia y su primera mujer se habían venido de La Plata a Buenos Aires y estaban viviendo en el departamento de Piri.

JT: ¿Él era amigo de Piglia?

LF: Sí. Eran los escritores más jóvenes. Piglia y Miguel Briante eran los dos más o menos de la misma edad; eran amigos, pero más jóvenes que Rodolfo. Y amigos con esta distancia, de no verse todo el tiempo. En realidad, en ese sentido, el amigo con quien se divertía mucho era Paco. Y después también en el 68, que es cuando yo lo conozco, Horacio Verbitsky. Rodolfo lo había conocido también por Piri. Horacio era mucho más joven y Rodolfo confiaba muchísimo en el oficio periodístico de Horacio. Por eso lo llama para armar el periódico, junto con García Lupo.

JT: Por lo que vos contás en este relato, era como histriónico.

LF: Pero en la intimidad. Él tenía una cosa medio payasesca. Era absolutamente descoordinado. Tenía una total falta de oído musical y por ahí intentaba bailar, pero pegaba unos saltos absurdos, o escuchaba por la radio una sinfonía y trataba de dirigirla, pero era un desastre. De la misma manera, le costó mucho aprender a nadar porque era muy descoordinado, bastante torpe.

JT: ¿Cómo era su carácter? ¿Era un tipo amable? ¿Era un hombre cordial o era más bien taciturno? ¿Era conversador?

LF: Era más escuchador que conversador, pero con mucho interés. Era ese tipo de persona que escucha como interrogando. Él de-

cía que escribir es escuchar. Por eso andaba siempre con grabador. Pero después con los amigos era un hombre muy inteligente. Ese tipo de gente que no es que acapare la atención de un grupo porque habla y se manda una gran disertación, sino yo notaba que generaba siempre interés lo que él podía decir.

JT: Vos planteás que había una amistad entre Paco Urondo y Rodolfo. ¿La relación de ellos era sólo literaria o también comienza con la discusión política?

LF: No, no era sólo literaria. En realidad, Paco es quien trae a Rodolfo la invitación de la Casa de las Américas como jurado, pero también para participar en el Concurso de Intelectuales que se iba a realizar en La Habana. Y el día que conocí a Paco fue precisamente el día que le trajo la invitación. Después nos fuimos a tomar un café al Politeama, porque estaba en la vereda de enfrente, o sea que era un café permitido. Y allí se dio una larga charla sobre lo que estaba pasando en América Latina, las consecuencias de la derrota y la muerte del Che en Bolivia, la gestación de los movimientos revolucionarios con los cuales Paco creo que ya estaba mucho más decidido. Esto fue en el año 67. Había sido el congreso de la OLA. Estos son los pasos previos de Paco. Viajan juntos a La Habana y participan del Congreso de Intelectuales, vuelven juntos... Y esta relación con Paco se mantuvo así durante todo ese tiempo, hasta la muerte de Paco, buscándose, aunque, por ejemplo, Paco ingresó en las FAP; nosotros no, estábamos en el Peronismo de Base.

JT: ¿Montoneros, no?

LF: Peronismo de Base, que era a las FAP –Fuerzas Armadas Peronistas– como la JP a Montoneros. Pero esta relación con Paco siempre fue de muchísimo afecto.

JT: Pero Paco después pasa a Montoneros.

LF: Claro, pero con FAR. Cuando se produce la unión FAR-Montoneros es en el año 73; ahí es cuando todo confluye en Montoneros. Y Paco estaba en las FAR, y nosotros, ya desde el 73, en Montoneros.

JT: Si no me equivoco, Rodolfo, Paco, Oesterheld y creo que también Horacio estaban en la parte de prensa, ¿no?

LF: No; en la organización había un área de prensa donde estaba

Paco, sí, pero Rodolfo siempre estuvo en lo que era como el área de información.

JT: ¿Y Oesterheld?

LF: Con prensa.

JT: ¿Y Horacio?

LF: Horacio estuvo con Rodolfo.

JT: Lo que aparece es que tanto Paco, por un lado, y Walsh –creo que Gelman fue un poco después– ya comenzaban a tener la idea de la militancia, pero a partir de una admiración por la revolución cubana.

LF: Sí, eran como los faros que iluminaban el escenario político. Por un lado, estaba la revolución cubana, por el otro, los movimientos de liberación del tercer mundo, los procesos en América Latina, no sólo en Cuba. Estaba la guerra en Vietnam. Era un mundo en rebeldía.

JT: ¿Ustedes pensaban que Perón pensaba así?

LF: ¿Qué pensábamos nosotros que pensaba Perón? Nosotros teníamos claramente el proyecto que se sintetizaba en aquella consigna de “la patria socialista”. Ahora, en realidad fueron tan vertiginosos esos años que también es cierto que no hubo una discusión, una elaboración teórica más profunda sobre qué significaba esa consigna de la justicia social, la patria socialista. Era una patria justa, libre y soberana, era poner las banderas históricas del peronismo, que coincidían con un proyecto de Montoneros, como el de la patria socialista, el socialismo (nacional). Esto podía tener puntos de contacto con el pensamiento de Perón, pero, por lo menos para nosotros, estaba claro que Perón no era un líder revolucionario marxista como Mao-Tse-Tung, como Ho-Chi-Minh o como Fidel Castro. Era un líder revolucionario del movimiento nacionalista revolucionario en América Latina, con un componente en lo nacional. Lo que siempre cuestionamos era la visión europea y la visión de ciertos sectores de la izquierda de acá de que Perón era fascista. Eso era no entender cómo se dan los movimientos sociales con un fuerte componente nacional en los países como el nuestro.

JT: En el 73 es cuando Rodolfo publica El caso Satanovsky. En el 72 hace una declaración muy interesante en Primera Plana, cuando

dice que en la Argentina no existe libertad de opinión. No sé si esto es correcto.

LF: Pero eso es en el '72, era durante el gobierno de Onganía.

JT: Indudablemente, Walsh era un hombre totalmente politizado. Al margen de su vocación por la literatura, a partir de El caso Satanovsky o de ¿Quién mató a Rosendo? era un hombre que tenía una necesidad política profunda. ¿Sentía esa contradicción entre su vocación política y su vocación por la escritura?

LF: El conflicto era de tiempo, pero no que entraran en colisión porque fueran oficios distintos, como si él estuviera dividido en Dr. Jekyll y Mr. Hyde, sino que el problema era que quería tiempo para las dos cosas. De todas maneras, era lo suficientemente lúcido como para saber y entender que en épocas en que había una gran demanda de tiempo, por ejemplo, para sacar el periódico CGT, obviamente no iba a poder dedicar el tiempo que él quería al trabajo en un texto de ficción. Sin embargo, siempre escribía; todos los días, él escribía. Había dos cosas que hacía diariamente, aunque fuera media hora: leer y escribir. Y la escritura podía pasar porque había leído algo que lo había enchinchado, y discutía escribiendo. Y, si ocurría algo de esto, al día siguiente lo volvía a leer. Siempre me decía que, cuando uno escribe un exabrupto, hay que leerlo al día siguiente y corregir los errores de alguna pasión, el énfasis equivocado. Hasta ese punto era un hombre que trataba de mantener en armonía sus propios conflictos internos en relación con el mundo exterior. Es decir, no tirar exabruptos, sino buscar siempre la palabra más justa para, en todo caso, si había diferencias, generar o disparar una reflexión del otro lado, no un rechazo.

JT: En eso era muy irlandés; era muy medido.

LF: Era medido. Excepto cuando tomaba mucho whisky; le gustaba, como buen irlandés, y entonces ahí ya había menos controles.

JT: ¿Y vos también tomabas whisky?

LF: No, muy poquito. Pero él tomaba sobre todo vino tinto. Bebía un poco al mediodía y un poco a la noche, y quizás a la tarde una ginebrita. Y era muy fumador.

JT: ¿Cómo era la relación de ustedes? ¿Rápidamente se van a vivir juntos?

LF: Sí, fue fulminante.

JT: Como un teleteatro.

LF: Sí, más o menos.

JT: ¿Desde qué lugar lo veías vos? ¿Desde un lugar de pares? ¿De admiración? Te hablo del inicio.

LF: Yo estaba tan asustada que al segundo encuentro le dije que no quería verlo más, porque intuía que se me venía algo encima que no sabía qué era. Yo tenía un proyecto mucho más acorde con mi edad.

JT: ¿Qué edad tenías vos en ese momento?

LF: Yo tenía 23 y él tenía 40 años. Ahora para mí es un pendejo, pero en ese momento imagínate. Lo que pasa es que, si te ubicás en el momento, Rodolfo no era un tipo tan conocido. No existían los estrellatos ni los *best sellers*, aunque ya habían empezado en América Latina en los 60 con *Cien años de soledad*, pero no era de los escritores de los que se hablaba. Por supuesto que era conocido, pero en un círculo mucho más reducido. Además, te imaginarás que yo no era para que me deslumbraran con el ramo de flores o las joyas; éramos los dos muy despojados. El departamentito era de un ambiente. Él se lavaba siempre sus camisas, sus medias. En ese sentido, era un hombre habituado a vivir solo y arreglárselas por su cuenta. Entonces, cuando en un momento dado nos mudamos a otro departamento, que era un poco más grande, y yo tenía un trabajo más estable –el único período en que hubo algo más estable–, entonces tenía su mesa que usaba como escritorio y salimos un día porque él quería que yo también tuviera mi escritorio. Es decir que él no imaginaba –y yo tampoco– la pareja donde la mujer estuviera al servicio de él.

JT: ¿Cómo era un día en la vida de Walsh?

LF: Depende de qué época. Era de dormir; nos levantábamos tarde. El desayuno en la cama... Íbamos al Tigre el fin de semana, y era llegar ahí, agarrar la cañita de pescar para tratar de sacar una boga, que lo había librado del hambre cuando estaba solo en el Delta. Y todo era siempre muy frugal. Llevábamos un pollo, un salami, un poco de pan, la grasita del salami era para la carnada. Eran el vino, el cigarrillo, el muelle y el transcurrir en esas charlas que fluían como

un río, enganchando una cosa con la otra. Y él era muy imaginativo; entonces por ahí empezaba a imaginar futuros, como comprar un lanchón... y vivir en el Delta.

JT: ¿Tuvieron la fantasía de tener un hijo?

LF: Sí; íbamos a tener un hijo en el 78.

JT: ¿Por qué en el 78?

LF: Porque el 77 iba a ser un año en el que íbamos a ir buscando cada vez más el repliegue sin dejar de pertenecer a la organización. Íbamos a llevar a la práctica lo que él proponía en uno de los documentos, que era romper con las formas de encuentro de la estructura clásica, porque esa estructura era conocida y no servía; establecer otras formas de contacto y apostar al futuro. Por eso ya estaba preparando toda una línea de trabajo que pasaba más por su iniciativa política individual, que eran las cartas polémicas. Además, si no podíamos mantener las buenas condiciones de seguridad que habíamos conseguido en San Vicente, la idea de él era seguir más hacia el sur de la provincia, siempre siguiendo la línea de lagunas, y, en el caso de que no pudiéramos resolver esto aquí, sólo en ese caso pensar en salir del país, en cuyo caso nos íbamos a Cuba. Él decía: "¿Cómo se reiría Vicky si estuviéramos en París!", porque él no creía demasiado en la militancia en Europa. Porque él consideraba que en Cuba, más allá de ciertos problemas, se seguía enfrentando claramente a Estados Unidos.

JT: ¿Cuando escribe Operación masacre vos ya estabas con él?

LF: No; quien lo acompaña es Enriqueta Muñiz, una periodista. Yo lo acompañé en *¿Quién mató a Rosendo?* desde el primer momento, desde el día en que llegó Alicia Eguren, la mujer de "Cuco", al departamentito de la calle Cangallo para plantearle la posibilidad de que hiciera la investigación del tiroteo de La Real.

JT: ¿Cómo trabajaba Rodolfo?

LF: Primero, escuchaba con mucha atención todo el relato del caso que venía a proponer. Después, una de las primeras cosas que pedía era el expediente judicial; después, hablaba con los sobrevivientes, iba a conocer el lugar. Y al mismo tiempo empieza a leer mucho sobre la industria metalúrgica, sobre la creación del sindicato. Es decir, la documentación histórica, la documentación del pro-

ceso judicial en sí, y el grabador y las largas charlas con los sobrevivientes. Era un hombre muy obsesivo. Un domingo estábamos en ese departamentito; Rodolfo había conseguido el expediente, y una de las páginas del expediente era el peritaje balístico que había hecho la policía, donde estaba el croquis de cómo estaban las mesas, quiénes estaban involucrados en el tiroteo, y la trayectoria de las balas en línea recta, que iban de una mesa a otra con distintos ángulos. Entonces Rodolfo me decía: "Vamos a chequear si esto fue así". Y nos pasamos toda una tarde reconstruyendo. Yo hacía de muerto y él me decía: "Vos tirate acá", él agarró un hilo y yo tenía que tener la punta del hilo donde había atravesado la bala, y él, desde el otro extremo del hilo, se ponía en el lugar del tirador. Así, se iba moviendo, siguiendo el croquis, a ver si realmente coincidían los ángulos. Eso durante toda una tarde. Ese departamento tenía una ventana grande. Eran esos domingos de sol; yo estaba tirada en el piso haciendo de muerta, con el hilo acá, y miraba a través de la ventana el sol y me preguntaba: ¿Cómo llegué yo acá? ¿Quién es este tipo?

JT: O sea que te cansaba.

LF: No, me dejaba perpleja.

JT: ¿Era muy lector?

LF: Sí. Además, leía con lápiz en la mano. Tengo –por suerte– algunos ejemplares de lo que era la biblioteca, y están marcados por él en distintos colores; según la birome que tuviera en ese momento, él marcaba y en algunos casos anotaba. Era un lector constante. Además, un rasgo de Rodolfo era que, cuando algo atrapaba su atención, era muy obsesivo. Por ejemplo, si leía algo, iba leyendo en el colectivo, en el tren, en la lancha, pescando, y por ahí picaba algo y no levantaba la vista porque seguía leyendo. Cuando nos mudamos a San Vicente, donde había un terreno grande y un pajonal, él dijo: "En el fondo vamos a hacer la quinta". Él había empezado a recuperar lo que decía que habíamos perdido, que era la cultura de la tierra. Entonces, recordaba mucho la vida de su infancia en el campo, con el padre y la madre, que armaba las tomateras. Y me decía: "Pero vos no sabés nada de estas cosas. Entonces tenés que aprender." Y cuando yo venía a Buenos Aires para alguna cita, me decía: "Trató de conseguir algún librito de jardinería". Vuelvo con uno de esos libros que explican cómo alimentar la tierra, cómo armar el manti-

llo, que era una capa de bosta, otra de hojas secas, otra capa de tierra, y eso se dejaba en un rincón para que se fuera pudriendo y se hiciera *humus*. Así que salíamos con una bolsita de plástico y una palita a juntar bosta, porque en San Vicente eran todas calles de tierra. Estábamos en el año 76, plena dictadura, y nosotros por las calles de San Vicente juntando bosta. Un día vengo a Buenos Aires por todo el día, porque tenía varias reuniones. Vuelvo a la noche, agarro mi librito de jardinería y estaba todo marcado por él, de la misma manera con que marcaba libros de historia argentina, por ejemplo, que leía muchísimo.

JT: ¿Qué historiador le gustaba?

LF: Le gustaba mucho Busaniche, pero discutía mucho con él. Un libro que le gustaba mucho era *Estampas del pasado*. Otro libro que le encantaba, que no es de un historiador de izquierda, era *Vida de muerto*, de Anzoátegui. También había leído mucho a Sarmiento y a todos los historiadores en relación con Rosas, a José María Rosa, a Lisandro de la Torre; el tema de las carnes era algo que había leído y estudiado bien.

JT: ¿Leía en inglés?

LF: Sí; y traducía.

JT: ¿Qué escritores lo atrapaban, lo seducían?

LF: En estos últimos años, fundamentalmente era historia argentina y literatura latinoamericana. La época de la literatura inglesa fue anterior. Por ejemplo, él leyó muy bien a Hemingway, pero no era que tuviera una devoción total. Por supuesto le había fascinado el policial negro de Raymond Chandler, y después también la literatura norteamericana: Faulkner, *Las palmeras salvajes*, y también Conrad. También los franceses, como Camus... Antes me preguntaste por Haroldo Conti. Uno de los libros que envidiaba y decía que tendría que haber escrito él, porque Haroldo le había ganado de mano, era *Sudeste*.

JT: Lo interesante es cómo ustedes compatibilizaban una vida casi bucólica, hablando de San Vicente, las plantas, los tomates, con una vida clandestina. ¿Cómo sentían esa contradicción?

LF: Estaba totalmente integrado. Por lo menos, yo no recuerdo haber sentido como una dicotomía. Había una profunda convicción,

pero sacale cualquier tono épico. Era la manera en que vivíamos. A fines del 76 ya estábamos viviendo en San Vicente— No teníamos luz eléctrica, teníamos lámpara a kerosén. Para tener agua, cien bombazos cada uno hasta llenar el tanque. Si no había citas, el día era ocuparse del pasto, los yuyos, comer algo, dormir la siesta, y después jugábamos al Go o al Scrabel. Salíamos a mirar las estrellas y nos peleábamos un poco si alguno había perdido, cosas del juego...

JT: ¿Era mal perdedor o vos eras mala perdedora?

LF: Yo era mala perdedora. Antes de irnos a acostar, yo montaba las granadas, dos granadas, pero mientras seguíamos hablando. No sé cómo transmitirlo. Nos acostábamos, teníamos dos mesitas de luz, donde estaban las dos lámparas de kerosén, las dos granadas montadas, el vaso de agua, el cenicero con los puchos y la lectura; o por ahí no leíamos y era una noche pasional. Y después a la mañana nos levantábamos, siempre nos peleábamos por quién se levantaba a hacer el café al otro, y Rodolfo desmontaba las granadas; eso se guardaba, y se salía al pasto.

JT: ¿Eso lo tenían por si había algún ataque?

LF: Seguíamos siempre con la intercepción de comunicaciones. Primero fue una radio en onda corta, allá por los años 68-69. Después, en el año 71, teníamos un televisor viejo en blanco y negro que nos había regalado una amiga, y tenía el sintonizador medio suelto. Y por ahí un día, en el 71-72, podíamos estar viendo un documental sobre la Segunda Guerra Mundial o el "Superagente 86" o "El Planeta de los Simios", o algún noticiero. Se suelta el sintonizador, que estaba medio flojo, y aparece una voz por el televisor que dice: "QAP, QAP, comando llama". Rodolfo paró todo, empezó a buscar y vio que era la frecuencia del comando radioeléctrico. Él ya sabía que las transmisiones de organismos de seguridad y demás son de alta frecuencia, que efectivamente estaban en la banda de los canales de televisión. Entonces, ahí se acabó el televisor e íbamos a rezagos de barcos a buscar radios de alta frecuencia. Después, las cosas se fueron tecnificando y ya teníamos un *scanner*, que era como un control de televisión con una lucecita que barría varias frecuencias y se enganchaba cuando se oía una voz. Y eso era lo que usábamos para la intercepción de la comunicación, y así captábamos mensajes cifrados que él me enseñó a descifrar.

JT: Pero eso fue de casualidad, a través del televisor. ¿Y encontraban mensajes importantes? ¿Te acordás de cuál fue el más llamativo?

LF: Uno era de la prohibición de informar sobre el hallazgo de cadáveres. Otro, sobre una orden de detención de todo un grupo de Bahía Blanca, sobre el que conseguimos mandar la información a la ciudad de Bahía Blanca. Después, se dijo que Piri había captado lo de la iglesia de la Santa Cruz. Yo no recuerdo bien eso, pero tengo una carpeta con muchas de las cosas que escuchábamos.

JT: En la última etapa, lo que me impacta desde la emoción es la carta que manda a su hija muerta.

LF: Ese es un ejemplo de su relación con la escritura. Ese día dieron el comunicado alrededor de las dos de la tarde. La noche anterior, nosotros habíamos escuchado el noticiero en inglés de la BBC de las 9 de la noche, que captábamos por onda corta, y Rodolfo me iba traduciendo: "Un gigantesco operativo con helicópteros en plena ciudad de Buenos Aires". Y ahí pensamos: esto es grande y nos preocupamos mucho. Entonces, seguimos buscando otras radios y realmente no pudimos dormir. A la mañana compramos todos los diarios de la mañana, escuchamos nuevamente las radios y no escuchamos ni una palabra. Rodolfo se fue porque tenía una reunión y yo me quedo en el departamentito en que vivíamos. Estaba ahí lavándome una ropa y escucho por la radio el comunicado. A las dos horas, más o menos, entra Rodolfo, pálido. No nos miramos, nos abrazamos, y ahí era un dolor físico. Yo había hablado mucho con Rodolfo de lo que significó para mí la muerte de mi madre cuando yo tenía 13 años. Entonces me abrazaba y me decía: "Vos que sabés de la muerte, ¿qué pasa?" Y yo lo abrazaba para consolarlo... Salimos a caminar. Y cuando volvimos, se sentó en la máquina y escribió eso... *consolándonos por la anticipada pérdida.*

JT: ¿Rodolfo y Vicky se veían?

LF: Sí. Con Vicky vivimos juntos, y cuando tuvo su beba vivíamos los cuatro con la beba. La beba vive en Bariloche y ahora tiene 31 años; nació en el 75. La encontramos a la semana.

JT: ¿Con Patricia tenían la misma relación que con Vicky?

LF: Distinta, pero de eso prefiero no hablar porque no me com-

pete. Era una relación muy conflictiva... Ella era dos años menor, del 56.

JT: Ahora, cuando llega el momento en que escribe esa carta a la junta militar...

LF: Él le pone ese título: "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar".

JT: Entonces, escribe una carta y sabe que después de eso lo van a matar.

LF: Pero él lo sabía no por escribir la carta.

JT: Lo que yo digo es que, cuando a lo toman, lo denuncian, ¿él no presentía un final cercano?

LF: Esta escena que yo te conté de cómo dormíamos con la granada era para tratar de zafar y para tratar de no caer vivos. Nosotros convivíamos con esta posibilidad. Escribir esa carta o no escribirla no modificaba esa situación.

JT: Visto hoy, a la distancia, al margen de ese período lleno de emoción, supongo que entre ustedes había una relación muy amorosa. ¿Vos creés que es una muerte que valió la pena? ¿Valió la pena que muriera un escritor de esa manera?

LF: ¿Hay muertes que valgan la pena?

JT: Hay muertes que se provocan...

LF: Es que, si pensás en la línea de muertes que se provocan, es como decir es una tendencia suicida. Acá fue un período de la historia de nuestro país en que Rodolfo, como muchísimos otros, como todos nosotros, teníamos otra dimensión de la vida y de la muerte, que podía ocurrir en cualquier momento, pero eso no quiere decir que uno la buscara porque quería morir. Tiene que ver con decisiones muy profundas de compromiso con algo que sabés que lleva implícito ese riesgo, y lo asumís. Creo que la respuesta más simple es qué felicidad sería que todos nuestros compañeros estuviéramos ahora todos juntos, tomando café...

JT: Estamos hablando de hombres como Walsh, Conti, Oesterheld, Urondo, Bustos... Son creadores que no son fáciles de repetir. Eso es lo que quiero decir: cuánto perdió la creación, la interpretación, la lectura de la Argentina, a partir de estas muertes.

LF: Te entiendo. Rodolfo escribió en una página de su diario en el año 72: "Si yo muriera ahora, habría quienes podrían reprochár-melo por insensato. Y otros, que hubiera podido llegar a más". Tanto sus amigos como sus enemigos se lo podrían reprochar. ¿Cómo hacer para explicarlo?

ENTREVISTA 6: ELSA SÁNCHEZ

"Héctor fue amigo de Borges y de Armando Bo... Un típico intelectual argentino."

José Tcherkaski: ¿Cómo conoce usted a Oesterheld? ¿Dónde lo conoce?

Elsa Oesterheld: La historia afectiva fue muy graciosa. Yo tenía 17 años.

JT: ¿Él le llevaba muchos años?

EO: No, casi seis años. No era tanto, pero era mayor que yo, y a mi edad se notaba mucho, sobre todo porque él ya era medio canoso; desde muy joven tuvo las sienes así canosas. Parecía mucho mayor que yo y yo parecía mucho menor de lo que era; yo parecía de 15, siempre tuve un aspecto muy aniñado. Siempre daba menos edad. Nos conocimos en un club. Yo me había hecho socia de un club, que no sé ni siquiera si existe, el club Arquitectura, ahí en Núñez. Me había hecho socia porque yo era hija única y mi mundo era un mundo muy en familia, un mundo muy solitario. Había habido muchas tragedias familiares también; la peor de ellas, una hermana que murió a los 15 años. Quedé yo sola, con una familia muy quebrada por ese tema. En un momento dado, unos amigos de mi mamá que tenían hijos socios de ese club le dicen: 'mirá, mejor que se haga socia de un club, que tenga contacto con la juventud'. Y ahí fue cuando nos conocimos; había un grupo y en ese grupo empezó a nacer un vínculo. Fue bastante curioso, porque yo era muy nuevita, hacía muy poquito que estaba en el club, y él formaba parte de un grupo grande de amigos que jugaban mucho al tenis; a él le gustaba, era el deporte que más practicó, porque tenía una vida muy sedentaria. Y empezamos... Yo era muy lectora. Mi vida solitaria hacía que me volcara a la lectura, y a él le llamaba mucho la atención el conocimiento que yo tenía de literatura, lo que leía, lo que me interesaba; él era un tipo intelectual cien por cien. Obviamente un sabio, un sabio entre comillas, porque nadie es sabio del todo. Teníamos muchas cosas en común y era toda una historia. Me acompañaba a casa, y ahí nació el vínculo.

JT: ¿En qué año fue?

EO: En el 43, 44. Fue un poco antes de la revolución de Castillo, cuando vino Perón; en ese entonces estábamos todos con lo que nos había dejado la guerra. Obviamente, él era absolutamente de la línea de los aliados, que en ese entonces se suponía que eran las democracias; entonces había pasado la guerra civil española, que a mí me había afectado muchísimo, porque de padre y madre soy de familia española; había mucha familia allá. Mi padre era republicano obviamente, y Héctor también. Su papá simpatizaba con los alemanes, pero yo creo que era más por esa cuestión de sangre alemana que por fascismo. Yo me llevé muy bien con él; nunca tuve problemas con el papá, al contrario. En esa época, las ideas estaban muy divididas. Héctor estaba en el otro lado. Estudiaba Ciencias Naturales, con opción hacia geología, y tenía la carrera un poco abandonada. Había viajado mucho por el sur, trabajó en YPF en actividades geológicas, pero su pasión era escribir y escribía curiosamente para chicos chiquitos. Él tiene una colección, que yo quisiera que volviera a hacerse, para chicos pequeñitos. Hablaba alemán, inglés y francés, y los leía perfectamente. Había estudiado alemán en el colegio alemán la Goethe Schule, que en aquel entonces era el colegio selecto de la colectividad alemana, más bien nazi, pero él hizo el primario. Era un tipo brillante realmente, una inteligencia brillante; él asimiló totalmente el alemán. Después fue, creo, al Manuel Belgrano en el secundario, y después a la universidad. Cuando yo lo conocí, él tenía la carrera detenida. El papá estaba con gran furia, se llevaban muy mal por todo, porque él tenía ideologías que su padre supongo que las consideraría mal; eran ideas libertarias. Yo nunca vi en la casa de él animosidad contra los judíos, nunca escuché nada de eso, no me dio esa impresión, era un poco por ignorancia, fanatismo alemanófilo. Eso es lo que yo interpreto, era muy buena gente. Obviamente eran de un ambiente muy distinto. La familia de Héctor ha sido gente que estuvo en una posición económica muy fuerte, los típicos ganaderos de mucha fortuna, pero después en el año 30 empezó a perderse todo, un desastre. Entonces también se le presentaron situaciones muy, muy difíciles. Cuando yo lo conocí, no tenían nada, incluso alquilaban una casa en Belgrano; habían perdido todo, campos, todo, todo. Era una situación, que, de alguna manera, se parecía un poco a la que estamos pasando hoy.

Hubo una atracción muy fuerte. En él fue tremendo, como se enamoran los muchachos cuando les agarra así un metejón muy fuerte y quiso enseguidita que fuera a su casa, y a mí me asustaba un poco...

JT: Usted es muy linda mujer y me imagino cuando era joven. No tenía mal ojo don Héctor.

EO: Así decían. Yo nunca me lo creí. Ni de jovencita, nada; al contrario, tenía bastantes complejos. Yo era de una familia muy humilde, desciendo de inmigrantes gallegos, sobre todo la familia de mi mamá; la de papá no. La de papá eran gallegos, pero tenían sus tierras, incluso lo habían mandado a estudiar a una ciudad, porque no querían que fuera al colegio a la aldea, o sea, había ya otra cosa, ¿no?, pero mi padre se volvió porque tenía un hermano mayor que se había venido a Buenos Aires, y se quiso volver porque... la aspiración loca de mi abuela era que fuera cura, y mi padre nada que ver. Papá no cayó. Papá era muy buen mozo, espléndido. Se casó con mamá, que era una chica muy humilde; papá en ese entonces estaba en muy buena posición, porque, como todos los gallegos, empezó en un restaurante; como tenía muy buena pinta, lo pusieron enseguida como maitre. Yo siempre digo que uno nace condicionado de acuerdo con todo lo que Dios o el diablo le da o le niega, no sé. Yo la vida la vi desde otro ángulo y lamentablemente hoy me cuesta mucho, no sé si adaptarme, yo soy yo. Nadie me pudo cambiar, ni mi marido, porque parece mentira, pero el intelectual, muy cerrado, también tiene una visión muy profunda y muy particular de la existencia y de la sociedad, pero a veces se olvida de una cotidianidad que exige una calidez humana y un acercamiento hacia la cosa que tenés alrededor y que la gente olvida. Entonces para mí eso es muy importante; siempre seguí siendo la chica de barrio. Después cambié mi vida, relaciones totalmente diferentes, porque de mi parte había muy poquitita familia: mi mamá era hija única y papá tenía toda su familia en Europa, así que yo no tenía familia y la poquita gente que yo conocía era pobre, un barrio más pobre imposible; nosotros éramos los ricos, porque teníamos una casa donde vivíamos solos, no había inquilinos, no había nada. Entonces no había villas, pero había las casas de inquilinato, donde vivía un montón de gente en una habitación; yo fui a colegio público y todas mis amigas eran de esas casas, de manera que yo conviví mucho con ese mundo interno; en su gran mayoría eran hijos de inmigran-

tes, y por supuesto despreciados por todos lados, porque, lógico, el campesino gallego era el campesino semi analfabeto, el italiano lo mismo, o sea se conocía la clase más pobre de la inmigración. Entonces es como que hice un estudio propio sociológico de la vida que me tocó, que ya son un poquito más de tres cuartos de siglo, y me doy cuenta de que nada cambia desgraciadamente.

JT: Usted lo conoce a Héctor... ¿Y cómo sigue la historia?

EO: A Héctor le agarra tal metejeón... El papá estaba bastante mal con él, pero, cuando me conoce a mí, el padre se agarra el metejeón conmigo porque yo era una chica muy alegre, muy dada, muy abierta, yo soy como soy, fui y seré. Mi idiosincrasia no cambió nunca, yo soy muy abierta y muy afectiva; no soy de las que les van a dar muchas vueltas a las cosas, pero soy absolutamente abierta. Les caí bien. Me acuerdo la frase, que a mí me cayó muy mal cuando me dice mi marido al otro día loco de contento: '¿Sabés el comentario que hizo mamá? Que parecés una chica de misa de 11'. Y yo me quedé dura; dije: ¡eso te dijo!. O sea, era un halago, como que yo había sido insertada en la elite (en casa fueron liberales, católicos que nunca fuimos practicantes). Mi suegra era católica practicante y ella decía que la misa de 11 era de cierta clase de gente. A misas temprano iba la gente humilde, la gente pobre; a la misa de 11 ya iba determinado nivel. Entonces a mí, en lugar de caerme bien, me cayó bastante mal el tema, porque lo interpreté como era, el absurdo que era... Yo fui criada en un ambiente muy sano de cuerpo y alma, porque mis padres tenían una sabiduría totalmente intuitiva, con un sentido del equilibrio, una cosa muy particular; eran absolutamente intelectuales por el gusto que tenían por las cosas; ellos me proporcionaban sobre todo literatura española, que era la que más se conocía en casa, eran fanáticos del teatro de García Lorca por ejemplo; ellos lo fueron a ver a García Lorca cuando estuvo acá... Ese tipo cosas en que evidentemente había algo muy particular. Mamá era una fanática de la música clásica, que no era fácil escuchar en aquella época porque no había elementos para escucharla; era la radio. Entonces todo eso a mí me desarrolló todo un mundo muy particular. Héctor se metió a estudiar como un loco, terminó la carrera para casarnos...

JT: Él, ¿de qué se recibió?

EO: Él era geólogo. Era licenciado en Ciencias Naturales, espe-

cializado en geología, pero nunca presentó la tesis porque se puso a trabajar. Ya nos queríamos casar, y la geología es medio embromada porque divide mucho a las familias. Él estuvo como geólogo en el Banco de Crédito Argentino, donde había un laboratorio que hacía los análisis para los créditos, para minería; él estaba ahí con un grupo de profesionales, y al mismo tiempo escribía para chicos; ese era su hobby.

JT: ¿Publicaba en algún lugar?

EO: Sí, publicaba en Codex, en Sigmar, en Abril; las que eran muy competitivas eran Abril y Codex, les iba muy, muy bien, y después a Codex le fue muy mal; después se lo disputaron. Ya estábamos casados (nos casamos en el 47) y estaban queriendo los dos que trabajara fijo para ellos; al final aflojó con Abril y ahí quedó. Y ahí empezó después un grupo de italianos, contratados, que hacían las revistas de historietas, *Misterix* y todo eso, y el que hacía los guiones estaba harto y quería irse. Héctor hacía una revista que se llamó *Gatito*, que creó él y la dirigió; para mí es la cosa más linda que se hizo para chicos, preciosa. Entonces le propusieron si él no se animaba a hacer historieta. Él ya tenía sus ideas socialistas, pero nunca militó en ningún partido, era el socialismo típico que había en aquella época acá, el de Ghioldi, la Dra. Justo, Palacios... Un socialismo netamente intelectual y con un reflejo de la problemática europea, no naciente de los problemas nuestros. Y eso a nuestra generación la jorobó mucho. A mí no, porque yo venía de un estrato absolutamente real. Me acuerdo siempre de Bioy Casares que dijo: 'Yo fui escritor porque tuve la suerte de ser rico', y era verdad. Él, Borges, la mayoría. Hubo pobres también que demostraron su talento, pero vamos al hecho: el que pudo estar únicamente para desarrollar su intelecto era mucho más cómodo. No fue ese el caso de Héctor, porque a él no le tocó la época de bonanza, pero no cabe duda que tuvo una vida juvenil de un cierto privilegio.

Entonces empezó a intentar hacer historieta en Abril, cosa que, cuando me lo dijo, casi me muero, porque realmente en aquel entonces la historieta era una cosa realmente muy menor, como vuelve a ser ahora. Entonces él me dijo: 'Con la historieta se puede hacer una revolución literaria para el pueblo'. Eso fue como la premonición del *Eternauta*; esa fue la intención de él y me dijo: 'el chico va a leer, el joven, el adolescente, pero hay que hacerla muy bien. Y lo

demostró: hizo algo que cambió totalmente el sentido de la historietita, poniendo personajes creíbles con una anécdota inventada, pero el clima en el cual se va a desarrollar la historietita tiene que ser perfecto, porque ese chico ahí va a aprender historia, va a aprender lo que sea; si es ciencia-ficción, ponerle cosas que tengan que ver con la ciencia. Era un tipo muy especial, porque además era científico, un amante de la ciencia. Si hubiera sido investigador, no sé a lo que podría haber llegado, porque era de estos tipos con una paciencia, una dedicación y una serenidad y una cultura total, porque leía cuatro idiomas; nuestra casa estaba tapada de libros, de revistas de Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia, en Alemán y en Inglés. Entonces tenía acceso permanente a todas las últimas investigaciones de la materia que a él le interesara. Por lo tanto era un tipo informado, al día. Yo me acuerdo cosas de *Bull Rockett*, que era una historietita simpatiquísima, y fue la primera que hizo: *El Sargento Kirk y Bull Rockett*. Ya había hecho dos o tres antes, pero que pasaron sin pena ni gloria, para probar, y esas dos ya se destacaron. Recuerdo que los dibujantes, como Hugo Prat, Breccia, se enloquecieron porque les daba motivación para dibujar, porque si el guión es malo, el dibujante se aburre haciendo todas esas cosas. Entonces vieron que él tenía cosas muy diferentes, y el tema que a él lo fascinaba era la guerra. En Abril no lo dejaban, como no lo dejaban en ninguna editorial; lo que había daba plata y no se querían meter, porque era la posguerra, y eso creó muchas discusiones... Él, cómo buen libre pensador, quería demostrar la barbaridad de la guerra, y lo que por sobre todas las cosas valía era el ser humano; entonces cuando empezó a escribir cosas de guerra, empezaron a sellarlo. Si había un protagonismo donde había un judío bueno, los arios le decían que era judío, y si no al revés, nazi. En este país es así, no hay otra, a mí también me dicen que soy gorila. Yo prefiero reírme, porque si no tendría que agarrar las valijas y mandarme a mudar de un país en el que he dado pruebas de que he podido quedarme en él. Ahora me quedo por mi nieto, porque ya realmente no tengo más ganas, porque a uno lo expulsan, a la gente que piensa bien la expulsan. Para mí lo que más vale es la vida misma y la vida misma es cada individuo; entonces si los que tenemos acceso a un poquito de más conocimiento no somos capaces nosotros mismos de exigirnos y darnos cuenta de que cada uno de nosotros tiene obligación hacia el otro, no sirve; entonces los derechos humanos también se tergiversan, se

hace una cuestión política, y a mí me hartó, basta. Ahí fue donde Héctor empezó a escribir historieta y decididamente se destacó de una manera completamente fuera de lo común.

JT: ¿Usted colaboraba, o sea conversaba con él?

EO: Nosotros fuimos compañerísimos. Yo tardé cuatro años en tener chicos, no queríamos tener chicos, y después yo no quedaba embarazada. Al final, vinieron uno atrás de otro.

JT: ¿Tuvo cuantos hijos?

EO: Cuatro. Las cuatro mujeres desaparecidas. Entonces en esa época vivíamos acá en Luis María Campos, frente a los cuarteles. Yo siempre rodeada de militares, pero en aquella época no existía el problema. Era un ejército, punto. Nadie le llevaba el apunte. Mi marido era antimilitarista, como toda persona que tiene idealismo y se da cuenta de que el militarismo no sirve, pero, de todas maneras, nunca hubo problemas, hemos tenido amigos militares, se ha discutido, se hablaba, se discutía. Héctor, como buen intelectual, les daba con un caño. Vivimos con los golpes de Estado permanentes, pero eran golpes de Estado que al pueblo le resbalaban, lo único que no había quizá era la conciencia de que cada golpe de esos nos hundía de una manera muy particular. Yo creo que en eso no hubo conciencia, no la tuvimos, en lo que me incluyo, a pesar de que yo era jovencita y todo, pero no la tuvo la clase intelectual, no participó creo, aunque hubo quien participó, entre ellos mi marido; siempre tuvo actividad política en la Universidad, pero no en partidos; en partidos, nunca.

JT: Cuando él trabajaba sobre los personajes o estaba elaborando una historieta, ¿él lo conversaba con usted?

EO: No, no. Él me daba por ejemplo a leer las ideas que tenía; él tenía un estilo muy particular, era un hombre muy introvertido, muy concentrado, menos conmigo; si él no charlaba, charlaba yo, porque era exactamente al revés de él, pero a él le divertía muchísimo, porque además hablábamos de todo; le preguntaba, era una curiosa infernal, y yo aprendía también con él. No le combatí la historieta porque era también su medio de trabajo en ese momento y yo nunca me metía en eso, pero me parecía que era como que se iba a anular en las posibilidades que él tenía de escribir y que la historieta lo iba a anular. Él tuvo su ideología, su idea, y era un pésimo comer-

ciente, no servía para nada en ese aspecto, y yo en cambio tenía intuición; creo que si me hubiera hecho un poquito de caso... y no era yo meterme sino que él se hiciera asesorar porque yo me daba cuenta de que él no estaba en condiciones, porque es lógico: un individuo que piensa no puede estar preocupándose de la parte económica del tema. Creo que eso fue lo que lo llevó al desastre siendo un éxito descomunal; es una contradicción que no tiene explicación.

Él para crear era un tipo muy especial. Yo no creo que haya habido nadie en el mundo que haya escrito tantas historias a la vez; ha llegado a tener cien historietas, porque él firmaba con seudónimos; hoy mismo ni sé que seudónimos eran al principio porque, para las revistas, sobre todo cuando trabajó para Abril, para impactar como que había muchos guionistas, le hacían poner otros nombres, y él los ponía. Así que... yo no sé... es imposible, no puedo saberlo. Hay gente que ha hecho estudios muy fuertes y lo sabe, por ejemplo un muchacho que tiene un gran conocimiento de su obra a pesar de que nunca lo conoció fue Juan Sasturain, que es un fanático de Héctor, y es como si se hubiera mimetizado con él aun sin haberlo conocido; es un tipo muy serio, muy preparado, muy buena persona; fue la primera persona que logró hacerme una entrevista, y yo tengo un afecto muy grande por él.

Vuelvo al tema. Yo era para Héctor un elemento crítico insustituible, porque cuando creaba un guión era imposible leerlo de entrada hasta que no lo desarrollaba, porque él tenía un código. Héctor jamás escribió a máquina porque odiaba la máquina. A máquina escribía yo.

JT: ¿Usted le pasaba en limpio la obra?

EO: Claro. Cuando ya estaba el guión listo, yo lo pasaba en limpio. Aprendí dactilografía precisamente cuando me iba a casar con él para empezar a pasarle los guiones, y él tenía un código que ahora ya no se usa. Era un código que se había inventado él. Él iba en un tren, estaba en un café, él siempre escribía, y si tenía una idea, algo que veía, o lo impactaba, o simplemente surgía en un momento imprevisible, lo anotaba todo en códigos, que entendía solo él y después nunca nadie los pudo descifrar porque eran códigos propios.

JT: ¿Esos códigos eran signos?

EO: No, eran letras, y palabras, pero muy cortadas...

JT: ¿Un ayuda memoria?

O: Claro, un ayuda memoria. Con eso después desarrollaba el guión. Entonces, hasta que él no lo desarrollaba, no era fácil conocerlo, pero apenas lo empezaba a desarrollar, yo era la primera en leerlo porque lo pasaba a máquina; esto fue mientras trabajaba en la editorial Abril. Después nació nuestra primera nena. Vivíamos en un departamento muy pequeñito y empezamos a buscar una casa afuera; yo me embaracé nuevamente muy pronto y ahí buscamos una casa y alquilamos en la época en que empezaba la propiedad horizontal, pero en ese entonces no entraba mucho en la cabeza eso de comprar un departamento, y además teníamos ganas de tener una casa con jardín. Conseguimos una casa (era difícilísimo alquilar), que cambiaba un abogado, que tenía que venir a Buenos Aires porque tenía una hijita con una enfermedad terrible, mortal, y le resultaba imposible vivir afuera. Entonces nos mudamos a Beccar, a un chalecito que alquilábamos en la calle Ayacucho y Rivadavia. Es justo la esquina de la barrera, un barrio muy lindo, y la barrera divide la zona comercial de la zona ya más popular, y de ahí para el río ya son todas casas importantes; era un chalecito californiano, era muy lindo, muy simpático, y puedo decir que esa fue la época más feliz de mi vida. Ahí se constituyó, como él decía, la familia conejín; fue la época de mayor creatividad de Héctor. Realmente yo misma entendía que él estaba haciendo mucho más, y siempre para mí lo que él hacía era una maravilla; quiero decir que ya empecé a encontrar la razón por la cual aceptó hacer historietas. Él siempre decía: 'yo voy a terminar siendo un escritor, pero esto es mi antesala para hacer después *El Eternauta*'; él siempre me dijo: 'esto va a ser un libro, y va a ser un libro que no se va a parecer a la historieta, va a ser el mismo pero con un desarrollo completamente diferente'.

JT: ¿En qué año aparece *El Eternauta*?

EO: En el 57, 58.

JT: ¿Y él lo venía trabajando desde hacía mucho?

EO: Siempre me hacen la misma pregunta, y yo siempre digo que era imposible saberlo, porque él elaboraba sus ideas, pero era como que él lo iba trabajando; era una computadora, tenía un registro de todas sus cosas. Ahora la idea de *El Eternauta* él la tuvo siempre: hacer una historieta que se desarrollara acá, porque todo el

mundo creía que era un extranjero; claro, con el apellido que tenía, todos creían que o era inglés o era americano. Él decía: 'voy a hacer la gran historia mía, que va a ser el gran libro mío, va a ser desarrollado en la Argentina, una obra de ciencia-ficción en la Argentina'. Entonces estuvo elaborando durante años los personajes, la gente, cómo se iba a desarrollar, hasta que tuvo una idea concreta. Dejó la editorial Abril y se estableció en una cooperativa, y ahí fue donde empezó el vía crucis, porque económicamente no resultaba. Les robaron los distribuidores de una manera escandalosa; él era un fenómeno, y las revistas las arrebataban de todos lados, pero el dinero no se veía, y ahí es donde él no pudo realmente seguir; ya entonces los dibujantes también empezaron a querer irse a Italia de nuevo porque veían que acá no se podía, y él entonces perdió ese equipo fantástico, es decir, no lo perdió, todos querían trabajar con él, porque todos se hicieron grandes con él. Hugo Prat, me acuerdo, siempre me decía: 'Realmente trabajar con Héctor es sentirse un dibujante, porque el tipo daba toda la motivación'. Cuando yo leí el primer episodio de *El Eternauta* (y a mí la ciencia-ficción no es una cosa que me atraiga demasiado), me quedé así como metida ahí adentro. Yo le decía, por cada episodio: '¿lo terminaste, lo terminaste?' para leerlo. Yo lo leía en manuscrito porque él escribió siempre manuscrito.

JT: ¿Corregía mucho él? ¿Era de tachar?

EO: No, no tanto. Eso era lo que a mí me asombraba de él, por eso yo digo que tenía una enorme capacidad de imaginar el desarrollo de la idea que tenía, porque una vez que se lanzaba a desarrollarla no corregía.

JT: ¿Y él se preocupaba por el lenguaje?

EO: En eso era exigentísimo. Él había sido corrector cuando estábamos de novios. Estaba por recibirse, y quiso dar muchas materias libres para adelantar. Me acuerdo que en el año 45, creo que fue, o en el 43, se publicó un cuento que él había escrito que en realidad no era para chicos, era una prosa poética que se desarrollaba entre gnomos: *Truila y Miltar* se llamaba. Él tenía un compañero que era muy amigo; y el papá de ese amigo era en ese entonces el director de la parte cultural del diario *La Prensa*, que en aquel entonces era el diario más importante del país. Y este muchacho siempre le decía:

'yo te doy siempre a leer mis cosas y vos nunca me das nada'. Entonces él le dio ese cuento a leer y este muchacho se lo dio al padre, y el padre lo hizo publicar esa semana.

JT: ¿Cómo se llamaba el papá?

EO: José Santos Gollán.

EO: Parece que le impactó tanto que lo publicaron en la página cultural con un dibujo de un dibujante que era maravilloso; un dibujo grande, hermoso, en sepia, porque en aquel entonces esa parte se hacía en sepia. Van a comprar el diario el domingo, que ellos reciben el diario y se encuentran con eso. Eran muy pero muy amigos, y fue su gran sorpresa, ahí fue donde él ya empezó a tener más confianza, porque ya empezó a escribir para chicos. Teníamos una casa, muy simpática; era una vida de mucha paz, mucha tranquilidad, a pesar de todos los chicos que teníamos. Él era muy cariñoso, adoraba a sus hijas, y nunca le molestaban los chicos. Tenía una serenidad interna y nadie lo sacaba de allí, era una balsa de aceite, así como yo soy mucho más nerviosa, apasionada; éramos dos temperamentos muy distintos, pero que se complementaban muy bien, porque yo siempre tuve conciencia de que tenía que tener un ámbito muy tranquilo, y lo tuvo, lo tuvo, pero él también era un tipo que aceptó la vida así de hogar y de familia, y es claro, estaba todo el día en casa; eso no se da mucho. Imagínese un hombre que se pasa con sus hijos todo el día: era una cosa muy particular. Toda la gente venía a casa, él no se movía; para ir al centro, una vez al mes, se plantaba una corbata, porque en aquel entonces había que vestirse con saco y corbata, y salía, pero trataba de estar en casa; tuvo un ámbito muy bueno para trabajar, un clima de familia muy lindo. Después, cuando las chicas crecen, ya en los últimos años del secundario, ya empezaba el cambio sociopolítico. Héctor había sido antiperonista, como lo fue la mayor parte de la clase media argentina; el sentido popular él lo veía a través del socialismo; no se afilió jamás a ningún partido, pero era un hombre de izquierda, centro izquierda diría yo, pero después las chicas empezaron ya a hacerse grandes, y la juventud empieza a ser peronista, la juventud universitaria, la juventud estudiantil empieza a entender el problema de la identidad nacional. Claro, se necesitó toda esa etapa de la diferencia que hubo: dejó de venir la inmigración europea con ese reflejo del socialismo europeo para empezar la problemática nuestra con

Perón, del cabecita negra, la gente del Interior y todo eso que sustituyó al inmigrante pobre, y ahí es donde aparece la identidad nacional. Sintéticamente y muy infantilmente quizá, yo puedo elaborarla así toda esa etapa; obviamente tiene que haber razones mucho más profundas, que yo no estoy en condiciones de explicar, pero me doy cuenta por mi experiencia que ahí es donde la juventud empezó a entender que realmente era un país con divisiones que no podían ser: la injusticia social, la falta de identidad nacional, el menosprecio por nuestro pueblo pobre.

JT: ¿Tenía amigos escritores?

EO: Escritores, no. Él vivió una vida muy solitaria. Con quien se vio mucho fue con Borges. En una época fue medio lazarillo de Borges, que era un fanático de la ciencia-ficción y hablaban muchísimo sobre ese tema.

JT: ¿Dónde? ¿Cómo se conocían?

EO: En la época en que Borges era director de la Biblioteca Nacional.

JT: ¿Y Héctor qué tenía que ver?

EO: Fue una cuestión de simpatía y yo no me acuerdo cómo se inició esa relación; lo que sí sé es que se hablaban permanentemente por teléfono, y que Borges lo esperaba a cada rato y él iba a buscarlo a la biblioteca, o iban a otro lado, donde Héctor lo llevaba, lo acompañaba, porque ya, pobrecito, era ciego, y de eso me acuerdo perfecto.

JT: ¿Borges alguna vez escribió algo sobre él?

EO: No, no; en aquel entonces Héctor empezaba a tener el nombre que tenía. Creo que hablaban mucho de ciencia-ficción más que nada cuando él hizo el *Sherlock Time*, y Héctor era un conocedor de la ciencia-ficción, y charlaban mucho sobre eso, eso era lo que más los apasionaba.

JT: A mí lo que me llamó la atención es esta relación tan intensa con Borges...

EO: No. Usted sabe que me quedaron cosas muy poco claras sobre como fue esa relación, porque no fue una relación intensa. Héctor tenía un sobrino, de Rosario; este muchacho en aquel entonces era

jovencito, adolescente, y era un admirador fanático de Borges; este chico era excepcionalmente capaz, y él venía casi todos los fines de semana, se escapaba y se quedaba en casa porque tenía fanatismo por venir acá, así que los fines de semana vivía en casa, y las vacaciones, ni hablar, estaba en casa, y le decía a Héctor si no le podía hablar a Borges. Y él le decía que cualquier día lo llevaba. Y efectivamente un día se llevó a todos los chicos; el otro se apareció con un amigo que era fanático de Rosario, y fue también, y las chicas más grandes nuestras. Los llevó a la Biblioteca Nacional a charlar con Borges, y estuvo horas charlando con los chicos. Borges no tenía facilidad de palabra ninguna, era pesado como él sólo, insostenible, pero entre él y Borges, me imagino que habría una... porque Héctor también era un tipo muy pasivo, muy tranquilo, así que se debían de entender a las maravillas. Yo le decía: '¿No te aburrís?' Y él me contestaba: 'No, qué te vas a aburrir de hablar con Borges'. Una cosa es leerlo, aunque a mí hay cosas que no las llegaba a entender, porque para mí hay cosas que realmente me cuestan, pero hay cosas que me maravillan. Borges es un escritorazo de esos increíbles, pero como persona era un tipo, incluso desagradable. Yo creo que era un hombre que vivía en una burbuja entre la madre y ese mundo de él. Pero él vivía en su mundo, pobrecito; también el tema de la vista, obviamente, lo encerró mucho más, porque se vio obligado a estar permanentemente dependiendo de alguien.

JT: Fíjese que hay algo interesante que es que en esta relación que se origina entre Borges y Oesterheld, Borges, a pesar de la burbuja y de ser ciego, sabía mirar.

EO: Por eso yo lo que digo es que las charlas de ellos partieron de eso, de que ellos desarrollaban todo ese intimismo genial que tenían, que lo percibían solo ellos. Borges evidentemente vio en Héctor un tipo con quien él podía compatibilizar y entender todo lo que le hablaba.

JT: Y así como se establece esta relación entre Oesterheld y Borges, ¿hay otro escritor, otro personaje curioso?

EO: Con Jauretche tuvo un episodio. Él estaba en un café, escribiendo y vio a un señor que lo miraba, y de repente le dijo: '¿Me permite?' y se puso a charlar con él, y después de ahí charlaron algunas veces que se encontraban, pero no en forma sistemática como

fue con Borges. Se conocía con mucha gente, a él lo conocían todos después del *Eternauta*.

JT: Héctor viene a ser contemporáneo de Julio Portas.

EO: Julio Portas trabajó en Abril. ¿Qué pasó con Julio Portas? Yo nunca supe.

JT: Se suicidó.

EO: ¡Se suicidó!. Un hombre muy especial. Era ya muy raro en aquella época. Muy conflictuado.

JT: Era muy culto.

EO: Sí. Héctor lo apreciaba mucho. Y él era administrativo en la Editorial Abril, creo que estaba en la parte contable.

JT: No, era corrector. Y después empezó a escribir historietas.

EO: ¿Era corrector y escribió historietas también? Ahhhh. Yo la última vez que lo vi fue en Beccar, que creo que le llevó el último sueldo de Abril, porque Héctor ya se había ido de la editorial, y Héctor no estaba... Esa fue la última vez que lo vi. Yo me acuerdo que Héctor tenía mucho aprecio por él. Se ve que conversaban mucho, y él tenía una gran admiración por Héctor. Lo que pasaba era que Héctor era admirado por todos, aun los que no concordaban con él. También me acuerdo de Spivacof, de la editorial EUDEBA, Gino Germani... Me acuerdo que Héctor le tenía un gran respeto a Spivacof, fue un precursor de los libros...

JT: Yo le decía lo de Portas, porque Portas fue como un padre para mí. Es un hombre muy importante en mi vida. Volviendo a Héctor, ¿era un hombre de recibir...?

EO: No, no. Así, escritores, gente de la literatura, no... Su mundo más bien era con gente de televisión, de cine, que andaban todos de atrás de él, todos con ganas de hacer *El Eternauta*. Yo creo que Héctor estaba llamado a ser uno de los guionistas más importantes, quizá, en EEUU. Yo pienso que era un guionista de cine excepcional, porque los guiones de él son guiones de cine.

JT: Y en la época ¿qué directores de cine se interesaban por él?

EO: El que primero se interesó, antes de Isabel Sarli, fue Armando Bo. Ellos eran muy amigos; la familia de Héctor era muy amiga de la familia de la mujer de Armando Bo, que en aquel entonces

eran los Machinandiarena, gente muy rica; él estaba casado con una de las Machinandiarena, y eran de una amistad familiar muy intensa. Era gente muy buena, gente realmente sorprendente, y, ahí era al revés: él era un muchacho de barrio y la chica era una chica de familia así, y tenían una casa fabulosa en Belgrano. Con ese motivo íbamos mucho allá, y ahí intervine yo también cuando me casé. Armando, en la época en que produjo, había hecho "Pelota de Trapo", que era muy linda, y había producido "Días de odio", con la cual le fue pésimo. Decía: 'cada vez que me meto con el intelecto me matan, yo tengo que hacer barrio'. Era un tipo de barrio, el tipo más simpático y más encantador que se pudiera imaginar, porque era auténtico, no era que se hacía, él era así.

JT: ¿Y a Oesterheld le simpatizaba?

EO: Sí, porque Armando era un tipo cariñoso, muy afectivo, bien el muchacho de acá, porteño, y sin disimulos de ninguna especie. La cuestión es que Armando leyó dos o tres de esas cosas que empezaba a hacer Héctor y un día le dijo: 'pero vos estás haciendo guiones de cine, yo te hago una película con todo lo tuyo'. Y estaba loco para que lo hicieran, pero él quería darle la idea él, porque él tenía siempre unas ideas muy particulares... Era antes de Isabel, y después ya se empezó a meter con Isabel... Pero le insistía: 'yo te quería como guionista mío, vos sos un guionista nato.

JT: ¿Iba al cine Oesterheld, le gustaba el cine?

EO: Veía permanentemente, había veces que íbamos una vez por semana; él me esperaba en el centro. Cuando él tenía que ir al centro, me decía te espero y veíamos dos secciones; en aquel entonces era la matinée, vermouh y noche. Nosotros íbamos a las dos últimas de la noche. Le gustaba el cine francés; en aquel entonces estaba mucho el cine de posguerra, que fue el cine italiano...

JT: ¿A quién admiraba mucho en el cine?

EO: Él no admiraba a nadie en especial. Me acuerdo que tenía fascinación (yo creo que fue la mujer de su enamoramiento platónico) por Jeanne Moreau; para él era el *summum*, no había nadie en el mundo como Jeanne Moreau.

JT: ¿A Oesterheld le gustaban las películas del cine argentino, por ejemplo?

EO: Sí, muchísimo. Cuando eran buenas le gustaban; siempre decía que él quería hacer cine argentino; la historia nuestra tiene tantas maravillas que no han sido explotadas de ninguna manera y que dan para hacer un cine maravilloso. Mirá los yanquis lo que han hecho con su guerra de la secesión... Han hecho muchos bodrios, pero muchas cosas maravillosas, como *La hora señalada*, ese tipo de western. A los dos nos encantaban esas películas. Teníamos en ese sentido una coincidencia muy grande en los gustos. Era un tipo que aceptaba todo lo bueno. Miraba mucho los guiones, porque estaba dentro de lo suyo, por eso yo digo que, cuando todo el mundo le decía, esto es cine puro, tenían razón. En este momento hay un muchacho Gustavo Mosquera, que hizo la película "Moebius", un tipo muy serio... Y el sueño de hacer *El Eternauta* lo tienen todos. Adolfo Aristarain fue el primero en interesarse, y tuve problemas, pero eso es otro tema. Los que ven los guiones como él los realizaba dicen: 'Esto es cine'. Tenía una concepción de la imagen y de la palabra totalmente cinematográfica.

JT: ¿Le gustaba el tango?

EO: No era muy tanguero. Yo le enseñé a escuchar la música popular, porque él no la escuchaba.

JT: ¿Fútbol?

EO: Fútbol sí, no era un fanático, pero le gustaba...

JT: ¿De qué cuadro era?

EO: Creo que era de Boca, me parece, sin ser fanático...

Estos intelectuales, siempre equivocados...

EO: Ja, ja, ja. Creo que sí, pero ojo, era una simpatía, no era fanático para nada.

JT: ¿El box?

EO: El box le gustaba hasta que se casó conmigo, y yo le tengo tanta fobia que no... Yo creo que si veía una película de box la tenía que ver solo porque yo... Me acuerdo que una vez fuimos a ver una que era excelente, creo que tuvo un Oscar, precisamente porque demostraba la criminalidad del box y yo realmente casi me sentí enferma en el cine, tanto que me dijo: 'vamos, vamos', y yo digo, no, ahora la vamos a ver hasta el final. Yo no soporto eso, no lo concibo en un deporte, y a él le gustaba, le gustaba.

JT: ¿Teatro?

EO: Teatro, sí. Íbamos todo lo que podíamos. Fuimos a ver a Gasman; no me voy a olvidar en mi vida lo que fue ese hombre y esa función (el italiano lo entiendo bien, pero con todo es muy distinto, o sea hay que dominarlo bien) era un espectáculo que nunca me hubiera imaginado. Ver a Gasman, que habíamos conocido como actor de comedia y todo a través del cine italiano, pero ahí vimos el actor dramático, y yo en mi vida me imaginé que un tipo podía hacer una representación teatral así. Él tenía una compañía que era trashumante, creo que iban por toda Italia, y vino acá con esa misma compañía, que serían ocho, diez personas.

JT: ¿Fue por el sesenta y pico...?

EO: Exacto. Sesenta y algo. Y no me voy a olvidar. No íbamos demasiado al teatro porque no tenía mucho tiempo; al cine sí, era más fácil, pero en el teatro había que tener las entradas con tiempo, había que tener buenas localidades, y no había tanto para ver como en el cine, obviamente. Había muchas cosas que aunque no le interesaran demasiado en cine, iba y las veía porque le sugerían cosas y se informaba fundamentalmente.

JT: ¿Vivías muy pendiente de él?

EO: No, no. Él tenía en casa una vida propia, porque lo que ocurría, era que venían todos los dibujantes a casa, o sea, yo lo soportaba todo; yo le decía que Hugo,¹ por ejemplo, era mi segundo marido. Yo siempre decía que tenía dos maridos. Hugo durante tres años vino a cenar a casa todos los días, pobrecito, hasta que murió.

JT: ¿Y con Solano López hizo el final, la última etapa?

EO: No siempre. Solano López fue el primero. Eso fue curioso. Yo recuerdo que hubo unas peleas por quién iba a dibujar con Hugo. Ahhhhh, ¡qué peleas!, porque los grandes dibujantes, Breccia, Hugo, los que ya tenían un nombre decían que Solano era muy convencional, y Héctor ya tenía todo *El Eternauta*, le faltaban los guiones, guión por guión, para publicarlo, pero había que pensar en el dibujante, y todos decían Breccia, que para ellos era una maravilla. A mí en ese entonces no me gustaba. Hoy veo los dibujos que Breccia hizo después y me parecen obras de arte, sobre todo cuando ya empezó a usar el color, y todos tienen una cosa, un clima... Realmente fue impresionante la evolución que hizo este hombre, pero en aquel en-

tonces a mí en lo personal, que era una persona neófito en arte, no me gustaba. Y yo recuerdo que Hugo decía: ¡cómo le vas a dar a Solano! Solano nunca tuvo una relación en casa, era una relación absolutamente laboral, venía alguna vez; si no, Héctor le mandaba los guiones y él los interpretaba, los dibujaba.

JT: ¿Y por qué lo elige?

EO: Porque a Solano le gustaba la ciencia-ficción y le había pedido que si hacía algo de ciencia-ficción le gustaría hacer eso. Héctor, en general, les preguntaba a los dibujantes qué era lo que querían hacer. Por ejemplo, guerra, todo lo que era aventura, Hugo; no había quién lo superara; cosas con animales, Roume, el tipo de la cosa criolla, todos tipos así, y después, entre los dibujantes artistas eran Hugo y Breccia. Hugo no soportaba la idea de que lo dibujara Solano López. Entonces un día Héctor estaba con ese intrínquis y había que decidirlo, tenía que salir, y me acuerdo que me dice: 'Yo no sé, realmente no sé'. Mirábamos los dos dibujos, y yo, que ya el dibujo de Breccia realmente no me gustaba y siempre se lo había criticado, le dije: 'Mirá, esto es para exquisitos como ustedes, pero lo ve cualquiera por ahí y ni lo mira'... Una cosa negra, lineal, muy dura. Y entonces le dije: 'Mirá, hay una cosa que creo: si esta revista va a ser para el pueblo y se va a vender en el kiosco, tenés que hacer algo que le entre por los ojos a cualquiera, al chico, al grande, a la gente popular, de lo contrario con el dibujo de Breccia no te lo va a comprar nadie de pueblo'. Me acuerdo que me miró y me dijo: me convenciste. Era un dos más dos. Ahí estaba el sentido común de la persona corriente, nada más. Simplemente yo dije: si veo una revista con ese dibujo no la compro, si veo el de Solano López, a lo mejor me atrae y la compro, y así fue que quedó Solano, .

JT: ¿Lo elegiste vos a Solano entonces?

EO: Sí. Yo lo elegí, y hoy me pide la coautoría. Tuvimos una cosa muy fea por la coautoría. Yo le dije: yo te voy a dar todos los derechos que tenés, pero coautoría... Habiendo vivido yo cómo nació cada obra de Héctor, vi el genio de mi marido y si hoy Solano tiene un nombre es por *El Eternauta*, nada más. Lo otro que ha hecho en su vida es intrascendente. Hoy, ¿por qué es famoso *El Eternauta*? Cuando estaba Sbarra Mitre en la Biblioteca Nacional, me dijo: 'Elsa, queremos hacer el libro en la Biblioteca Nacional, pero sin dibujos'.

Yo me sorprendí, y le dije: Vamos a tener que hablarlo porque el dibujante tiene su derecho también. Entonces me dijo: 'Pero no quiero los dibujos porque se pierde la profundidad de todo lo que está escrito, de todo el diálogo'. Así que *El Eternauta* es Héctor, no es Solano López. Solano siguió dibujando y es el dibujante de *El Eternauta*. Entonces, no lo disminuyo para nada, porque hoy en día es un dibujante más elaborado; en aquel entonces, su dibujo era convencional, pero era el dibujo para *El Eternauta*, eran personas creíbles; no le saco ese mérito: era un intérprete. Una vez no sé quién me preguntó: pero entonces el dibujante, ¿qué es? El intérprete, le dije yo. El dibujante es el intérprete; obviamente, el dibujo es lo que entra por los ojos, pero la idea está en el guionista; si el guión falla y es una porquería, la historieta es nada. Desapareció Héctor y desapareció todo. No hay uno solo que haya podido hacer una historieta con el criterio educativo y el criterio imaginativo con que lo hizo Héctor. Yo me acuerdo que Hugo me decía siempre: 'Yo no creo que haya cien tipos en el mundo que sepan lo que sabe este'. Y se peleaban, entre comillas, porque Hugo era un apasionado, un tipo que por todo gritaba, y Héctor era el tipo que no lo sacaban de su hermetismo. Por ejemplo, venía Hugo enloquecido con algo que había hecho, porque Hugo se entusiasmaba a lo loco, cuando leía los guiones se volvía loco. Me acuerdo que venía y le decía: 'Mirá, mirá esto'. Los dibujos eran divinos, porque eran grandes, era para guardarlos todos. Y el otro lo miraba y decía: 'Sí, realmente te salió bien'. Eso era todo. O por ahí le decía: 'pero acá hay algo que no va...' El tano se ponía hecho una furia y Héctor le decía: 'En esta arma, en aquella época, la curva de la cacha no iba para el lado derecho, sino para el izquierdo... '¿Pero qué tiene que ver?, decía Hugo. Y Héctor: 'No, el chico está leyendo historia'. Y entonces Hugo le decía:

'No, ¿qué me estás diciendo? Yo me informé, y era así'. Entonces, en el desorden que tenía que era su orden, Héctor sacaba un librito chiquitito, donde estaban las armas que usaban en aquella época... y efectivamente era a la izquierda. A ese extremo llegaban. Los volvía locos a los dibujantes, y ellos sabían que él no les pasaba una porque además tenía una información descomunal histórica, era un tipo que históricamente sabía. Tenía que haber sido un historiador porque era impresionante lo que sabía.

JT: En la vida cotidiana, ¿de qué hablaban ustedes?

EO: Ah, de todo. En casa se hablaba de los problemas diarios, de los colegios de las chicas... A la noche, generalmente, cuando él ya se ponía a trabajar, hacíamos sobremesa. Charlábamos de todo: de cine, de literatura; yo era muy buena crítica de acuerdo con lo que él me decía. Como tenía que leer tanto, compraba libros por alguna obra que estaba haciendo, por ahí alguno que le decían que valía la pena leerlo, pero como no tenía tiempo, entonces me decía: 'Leélo, y después me decís si vale la pena que pierda el tiempo o no en esto'. Eso lo hacíamos siempre. Me acuerdo que yo critiqué cosas de Cortázar, y que hoy he leído que muchos creían lo mismo.

JT: ¿Cortázar lo conocía a Héctor?

EO: No, no llegaron a conocerse. El primer libro que leí fue *Rayuela* y después leí *Los premios*, *El libro de Manuel*. Héctor también hizo cosas que no tuvieron ni ton ni son, o sea lo que sí se ve es el talento del individuo cuando tiene una idea realmente para lograr una obra maestra. Eso no quiere decir que no se equivoque en muchas cosas, y en todos los órdenes de la vida es lo mismo. Hablábamos de todo, sobre todo cuando yo era muy jovencita, cuando éramos recién casados. Él decía: 'Nunca me imaginé que a tu edad vos hubieras leído por ejemplo autores rusos'. Me acuerdo de la revista *Leoplán*. Era una revista así de gorda, que traía una novela completa en rústica y en casa se compraba y yo todo lo que leía era por ahí, porque en casa no había plata para ir a la librería. En el medio en el que yo me había desarrollado parecía muy raro, pero yo tenía una familia que, teniendo un origen muy, muy humilde, tenía un intelecto que les pedía algo y de ahí era de donde salía todo eso, que era auténtico.

JT: O sea que usted era su lectora.

EO: Yo era la primera que leía sus cosas porque él estaba en casa. Había muchas que no porque había temas que no me interesaban.

JT: ¿Y cuando usted le criticaba algo que a él le importaba, de *Kirk*, o *El Eternauta*, se enojaba o lo aceptaba?

EO: No, no. Jamás se enojaba. Me explicaba en todo caso por qué algo iba así o asau...

JT: ¿Cómo era él, leía en voz alta...?

EO: No, no. Él era absolutamente hermético para su trabajo, se encerraba en su escritorio, escribía, escribía, hasta que tenía algo, y

entonces me lo daba a leer cuando ya lo tenía armado, porque su manera de crear la entendía él solo. Él solo podía desarrollar el tema.

JT: ¿Él era consciente de lo que era, o no?

EO: No, nunca fueron conscientes porque ellos nunca le dieron importancia. Eso lo hablamos muchas veces con Solano. No tenían ni idea de lo que estaban haciendo, pero ni idea, nadie le había dado nunca importancia a la historieta, al contrario, era más bien defenestrada y veíamos que tenía éxito, un éxito popular que iba a quedar en eso...

JT: ¿A él no le molestaba no ser reconocido, no ser visto?

EO: No, no, porque él llegó a conocer su reconocimiento, ya con *El Eternauta* fue el colmo, y además el ya tenía, *Bull Rockett* y *Sherlock Time*, *El sargento Kirk*, las obras argentinas también que se desarrollaban acá, pero me acuerdo que a él y a Breccia, por ejemplo, les hicieron reportajes por radio.

JT: ¿Qué intelectual o quién lo saca del lugar de historietista y lo coloca como un hombre de la literatura a Oesterheld?, desde su mirada.

EO: Mirá, yo creo que fueron muchos... Yo me acuerdo que cuando Héctor ya empezaba a tener un nombre entre comillas me llamó la atención que una vez había un instituto de cultura de arte en la calle Florida, ahí al 700, donde estaba mucho Breccia. Se había organizado un grupo y tenían un piso, donde se hacían exposiciones de historietas, y en una oportunidad se hizo una exposición del *Sherlok Time*, creo; los dibujos de Breccia eran extraordinarios y eran cuadros, cada cuadrito era un cuadro. Se hizo una exposición abierta, y una reunión con debate. Fuimos, y recuerdo que estaba lleno de gente, era un salón chico, pero de todas maneras estaba atestado, había mucho interés, gente adulta, jovencitos, gente adulta.

JT: Es curioso el paisaje que usted me da. Por un lado está Borges y por otro lado, Armando Bo. Es una explicación muy argentina.

EO: Sí, sí... Y eso lo vi yo...

JT: Oesterheld era un intelectual, un tipo muy lúcido, pero que de golpe hace un corte a partir de la incorporación de las hijas de ustedes al colegio o a la universidad, no sé exactamente...

EO: A la universidad más que nada, aunque ya empezaban en el colegio, porque en los últimos años del colegio secundario las chicas habían ido a un colegio privado, inglés, habían estado en una vida bastante ajena al mundo corriente, del pueblo. Razones económicas obligan a sacarlas del colegio, entonces también dejamos de ir al club, porque las cosas fueron muy mal económicamente, y por esa razón las chicas fueron al Colegio Nacional de San Isidro; después ya pronto Estela, la mayor, ya terminaba.

Y entonces me dijo: 'no tiene sentido que yo vaya a un colegio privado, voy al Nacional porque ya de ahí voy a la facultad'. Pensaba estudiar filosofía y su debilidad era la pintura, y eso había sido desde chiquita así que su futuro estaba siempre dentro de la filosofía y la pintura; de manera que ella tenía muy claro su panorama. Así que ella ingresó en tercer año; hizo tercero cuarto y quinto en el Colegio Nacional y Diana, la segunda, también. Ahí es donde las chicas empiezan a reconocerse realmente como chicas del país... En ese tiempo se estaba produciendo un cambio social tremendo.

JT: ¿En qué año fue esto?

EO: Tiene que haber sido en el año en el 67, 68. Estela era del 52. Así que cuando estaba en el colegio era mucho antes, a los 17 años, a los 16. Ella estaba ingresando a la facultad; a la otra todavía le faltaba un año. Estela, sobre todo, se incorporó a un colegio más de varones, siempre había ido a un colegio de niñas, toda su relación con los chicos era más bien en la zona, en el barrio y los del colegio eran chicos que venían de todos lados, y a ella le encantó ese mundo. Las dos se adaptaron maravillosamente bien. Yo pensé que iban a sufrir, pero no, para nada, sino al contrario; es como que se encontraron por fin siendo unas más; habían vivido una vida muy linda pero encontraron toda una cosa mucho más vital de la cual ellas no

habían participado; realmente se entusiasmaron con todo eso. Ella era una alumna excelente, muy querida, y en el momento en que ella ingresa al colegio hacía un año nomás que habían incorporado chicas, por lo tanto eran muy poquititas las chicas porque los padres en aquel entonces tenían mucho miedo a eso del colegio mixto. A mí en cambio me encantó, me pareció que era mejor, entonces con ese tema eran cuatro chicas y 20 varones; la proporción creo que era esa; yo sé que eran cuatro las chicas, que obviamente se hicieron muy amigas. Las chicas tuvieron entonces relaciones así, muy variadas y muy lindas, y me acuerdo que nos pidieron a nosotros, sobre todo a mí, porque Héctor poco tiempo tenía, ser de la comisión de cultura del colegio. Los chicos tenían una compañía de teatro armada ya hacía años. Eso me fascinaba, yo me metía y participé mucho en todas las cosas de los chicos. Con la excusa del teatro, de preparar una obra de teatro, los chicos venían todos los días. Mi casa era realmente un lugar más adonde se iba, y encima, sabiendo quién era Héctor, lo que hacía, todo se conjugaba para que la cosa fuera así muy simpática. Las profesoras me contaban que se asombraban ya ese año porque ningún chico quería seguir carreras de ciencias exactas, todos buscaban carreras como sociología... Todas humanísticas... Ya venía de Europa, de todos lados, el cambio estaba manifestándose ya hacía dos o tres años. Mis chicas tenían una vida muy libre, no estaban criadas con el estilo de vida muy cerrado del católico argentino o muy puritano, no, en casa las criábamos en total libertad; así que ellas en ese sentido en casa no habían tenido jamás problemas; eligieron lo que quisieron, hicieron lo que quisieron, tenían otra vida, y realmente yo en ese momento me daba cuenta de cuántos cambios estaba viendo y qué bien les había venido a las chicas estar en un medio donde participaban de la vida realmente argentina porque ellas vivían mucho entre extranjeros y Héctor también había tenido eso sin darse cuenta; no porque no quisiera sino porque todos sus amigos eran de un nivel muy alto... De alguna manera, mirándolo desde lo social o de su formación, toda su preocupación por lo social provenía más de un socialismo que no tenía que ver con lo nuestro, no tenía identidad nacional, y yo no entendía nada tampoco. No me voy a hacer la sabia porque tardé mucho en comprender muchas cosas, pero yo tenía parámetros diferentes; entonces me posibilitaban entender mejor por qué se lo seguía tanto a Perón y todo eso. Yo no hacía un análisis político porque de nin-

guna manera estaba en condiciones para eso, era ridículo, pero por intuición yo me daba cuenta por qué tenía esa repercusión en la gente. Yo me acuerdo que siempre le preguntaba, cuando Héctor me hablaba del socialismo, pero decime una cosa: si el socialismo es algo que realmente ha luchado durante tantos años por la clase trabajadora ¿qué pasó que acá nunca pasó nada con el socialismo? No tenía fuerza de ninguna especie; eran cuatro gatos locos que los votaban, intelectuales, y de ahí no salían; había trabajadores, no digo que no, pero era una mínima parte y él nunca me dio una respuesta clara sobre eso. Después, con los años, yo me di cuenta de que era realmente una imagen de un socialismo que había venido de todas las culturas europeas y el que había plantado Perón era el criollo, sencillamente, para el pueblo de acá, con las connotaciones que pudiera tener. Era un tipo que realmente políticamente era un genio; ¡cómo supo manejar y cómo supo entender a las masas que hizo lo que hizo, el desbarajuste que hizo desde la situación política!... Eso yo lo analizaba así.

JT: ¿Vos lo percibías...?

EO: Claro, yo lo percibía, no sabía explicar las razones ni qué era lo que sucedía, pero me daba cuenta y él se negaba un poco a eso y siguió con: 'No, es una barbaridad, esto nos lleva a la ruina, no hay que abusarse de la ignorancia de un pueblo que no se da cuenta a futuro...' Todo ese tipo de cosas que yo no se las podía discutir porque no era quien; estaba mucho más preparado él que yo... Entonces yo seguí un poco en ese medio donde vivíamos bien, contentos, felices, con mil problemas económicos siempre porque nunca cobraba un peso, todo le iba mal; intelectualmente le iba muy bien, pero económicamente nada, las cosas iban cada vez peor, y las chicas ya eran cuatro, y ya Estela iba a la facultad... Empezaron a ingresar amigos, sobre todo el muchacho de Fernández Long, el mayor, que era también un tipo muy paralelo a Héctor en cuanto a ideología, inteligencia... un tipo brillante, brillante...

JT: ¿El Fernández Long² que fue rector?

EO: El hijo del que fue rector, el hijo mayor. Ese muchacho fue un poco el hijo que Héctor no tuvo, el varón que no tuvo; era un muchacho grande ya, era un tipo de 24, 25 años; había hecho el seminario, quería ser cura, dejó, y después intentó seguir medicina,

no le gustó, hasta que al final siguió sociología, como en una búsqueda de algo que no encontraba hasta que también tuvo una evolución muy fuerte y de pronto se volcó hacia los montoneros. Y él fue, creo, la persona que más pudo hacerlo cambiar a Héctor, hacerle ver por qué se necesitaba un cambio tan grande.

JT: O sea la idea de revolución.

EO: Supongo que sí. En ese momento no se pensaba nunca en una violencia como la que vino después...

JT: ¿Los montoneros aparecen en el 70, no?

EO: Sí, sí, en el 70, porque ya en esa época yo me acuerdo que Fernández Long, cuando se recibió, se fue (él trabajaba acá para las ligas agrarias) a trabajar a Misiones. Entonces cada tanto venía, venía bastante seguido a Buenos Aires, y los padres vivían enfrente de casa, éramos vecinos y evidentemente fue absorbiendo todo ese cambio también; de alguna manera también se desprendió de todas las cosas que lo habían ligado a la parte religiosa. Fernández Long en casa era un hijo realmente... Cuando no comía en casa corría para casa y eran horas y horas de conversación, y con todo ese mundo Héctor empezó a darse cuenta de que la sociedad estaba cambiando de una manera descomunal con cosas que él no había llegado a interpretar; se equivocó, las interpretó mal y yo en cambio fue al revés, me empecé a dar cuenta de que eso tomaba un giro que podía ser muy peligroso, y a mí lo que me desconcertaba mucho era, en la época de Isabel cuando muere Perón, el tema López Rega, el peronismo dividido... Entonces yo decía: si la fuerza más grande del país está dividida entre izquierda y derecha, ¿qué es esto? Porque era una cosa temeraria, no era una sugestión de una mamá que cuida a sus nenitas...

JT: ¿A Héctor lo prohibieron alguna vez o no?

EO: A Héctor, yo creo, lo prohibieron después que él estuvo en la clandestinidad; antes no, nunca, nunca, porque él tampoco había militado en nada, ni siquiera en el socialismo, el tenía simpatía por el socialismo, pero...

JT: Simpatía romántica, digamos...

EO: Exactamente era eso. Incluso hay un escritor del que siempre me olvido el nombre, que en una oportunidad dijo que Héctor

era comunista. Al contrario, no simpatizaba para nada con los comunistas, los respetaba, pero nunca fue comunista, nunca, y recuerdo cuando hizo el Che Guevara, que en realidad fue la obra que menos era de él porque era simplemente interpretar una cosa para una historia del final del Che, a quien todos admiramos (y esa revolución), yo le dije: ¿esto no te traerá problemas? Era la época de Lanusse, creo, o de Onganía, por esa época, pero en nuestra vida no había cambiado nada.

JT: Fernández Long lo ideologiza a Héctor y vos no creés nada de eso...

EO: Yo empiezo a ver que la cosa se iba bifurcando de una manera que a mí me parecía muy riesgosa, y yo me puse muy mal cuando Perón tenía esos laderos tan realmente despreciables a su alrededor. A mí me siguen diciendo que era que estaba gagá, que ya no daba más... Perón no estuvo nunca gagá. A mí me parece que es subestimarlos; era un tipo demasiado inteligente, demasiado político; yo no creo en eso, no creo para nada que estaba disminuido físicamente; era un hombre que ya estaba delicado de salud... estamos de acuerdo, pero que estuviera enfermo del corazón, o lo que fuera, a que disminuyera su capacidad intelectual hay una distancia sideral. Yo no creo en eso. Lo que no pude entender nunca es cómo metió a esa mujer después de haber tenido un personaje como el que tuvo, con las marcas que dejó Evita, cómo pudo ponerla a ella también políticamente. A mí me dan toda clase de explicaciones, pero sigo diciendo que es una imbecilidad, no me entra en la cabeza; era políticamente un disparate porque ya Evita era un mito, Evita era una Santa para el pueblo, y la otra era la antítesis hasta físicamente... Era imposible pensar entonces cómo un hombre con semejante perceptividad política pudo cometer ese error y encima rodeado de semejante calamidad de personajes que de alguna manera lo iban comiendo vivo. Entonces yo ese tipo de cosas no me las creí nunca y sigo sin creerlas; por eso digo que ahora tengo más indignación que antes con Perón porque yo no creo nada de eso. Creo que él tuvo una falla fundamental porque estimuló a la juventud, los estimuló, fue aglutinando y después de alguna manera los dejó solos y los dejó solos rodeados de semejante elemento y con una derecha que era realmente repugnante, y eso lo veíamos todos.

JT: ¿Cómo se inscribe Héctor en esto?

EO: Yo era un elemento muy perturbador en esas reuniones, claro, porque yo decía todas estas cosas, sobre todo a este muchacho Fernández Long. Claro, porque para mí él estaba iniciándose en un asunto que a mí no me gustaba y yo notaba que Héctor lo miraba con admiración ... entonces yo, por lo menos cuando estábamos juntos, cuando estábamos los tres, le discutía, le decía las cosas que a mí me parecían y generalmente no gustaban nada porque eran producto de una mentalidad completamente intuitiva y nada más; decía las cosas como las pensaba y no podía hacer un análisis político porque no entendía nada, pero sí veía una realidad y me parecía que era una bobada darle tanta vuelta y llegar a cosas que yo no las veía para nada. Héctor, en general, escuchaba, porque él, yo me imagino, tenía una problemática impresionante, que demostró en el *Eternauta* ya de hacía muchísimos años, sobre la presión de las masas del mundo, sobre la libertad del hombre... Lo tenía ya metido adentro. Creo que en lo que se equivocó fue en nuestra posición política argentina, no la vio; él lo analizó todo como un hecho universal.

JT: ¿En qué momento histórico Héctor decide incorporarse a la política?

EO: Yo no te puedo decir en qué momento histórico, pero fue a partir del 70 cuando vuelve Perón, cuando ya se hace todo el trabajo, en el primer viaje, cuando estuvo acá en Gaspar Campos...

JT: No. Fue más³ adelante...

EO: ¿Más del 70?

JT: Sí, porque creo que en 70 lo matan a Aramburu⁴...

EO: Héctor en ese momento no estaba definido, pero el otro muchacho sí, ya estaba definido totalmente y eso a mí me causó mucha repulsión, y me sigue causando, porque para mí era un asesinato, fuera quien fuera.

JT: ¿Y a Héctor le pareció bien cuando matan a Aramburu?

EO: Héctor era como que se sorprendía de los comentarios que oía, se sorprendía de que toda la sociedad, toda no, porque no era toda, pero que todo el movimiento de la juventud lo aceptara como algo que era lógico. Eso fue lo que a mí me dolió muchísimo, porque yo pensé que en una democracia no podés aceptar un hecho

así, porque ya no es el hecho en sí, sino la connotación que tiene.. Si no, entonces ¿en qué estamos? ¿Ojo por ojo y diente por diente? Me parece que no puede ser...

JT: La muerte de Aramburu es la aparición oficial de Montoneros en la Argentina.

EO: Exactamente. Ahí es donde yo me doy cuenta de que incluso la presencia de este muchacho, a quien yo quería muchísimo porque era uno más de la familia, era un peligro por la insensatez que eso arrastraba. Yo tenía una chica de 17 años o 18 que era Estela, la mayor, que recién estaba por ingresar a una facultad muy conflictuada, y entonces era muy peligroso el tema porque ya se estaban yendo a un extremo que a mí me parecía que no, que había que hacerles ver que no, que eso también estaba mal, apartándose de si lo merecía o no lo merecía, y de las causas que provocaron esa situación. Me pareció que el hecho en sí era una barbaridad desde el punto de vista democrático y yo no lo podía aceptar.

JT: Destacamos la importancia que tiene este muchacho Fernández Long en la familia cuando vos empezás a percibir, a partir de la muerte de Aramburu, que la muerte...

EO: Claro, todo eso a mí me hizo muchísimo daño, porque, repito, a mí no me interesaba la razón política que pudieron haber tenido aunque me pareció terrible seguir..., porque la excusa era que habían matado a mucha gente; no me olvido del general Valle,⁵... En ese entonces Héctor no era peronista y dijo: 'esto es una barbaridad lo que se ha hecho; no me olvido del 9 de junio⁶...

JT: ¿Cuándo se hace peronista o montonero Héctor?

EO: A partir de esos momentos, yo me daba cuenta de que él aceptaba todas las razones que se le ponían; este muchacho era un tipo muy pasional, tenía una humanística muy grande, pero después es como que aceptaron que era el momento de ya no andar con tantas bondades y que aceptaban que había que tomar medidas, y empecé a darme cuenta de que la cosa era muy peligrosa, y dije: no, esto es otra cosa.

JT: Cuando vos decís medidas, ¿hablás de armas?

EO: Claro, cuando yo veía que se llegaba a una cosa así, a pensar...

JT: ¿En matar...?

EO: Una noche vino él, y justamente había salido la revista *El Caudillo*, comentando hasta el último detalle, hasta que lo fusilaron a Aramburu, era una cosa realmente muy revulsiva para la Argentina; para mí fue espantoso y no significaba justificar lo que él pudiera haber hecho, sino el hecho de que en la Argentina se viviera una cosa. Que un grupo de personas dijera hay que hacer esto y lo hicieran de esa manera a mí me pareció realmente algo repugnante. Esa fue la palabra, y yo recuerdo que me puse muy mal, muy mal, porque para mí el peligro estaba en que se tomara con mucha naturalidad, como este muchacho lo hacía, casi considerando que ese era un hecho justo o lógico. Yo tenía hijas y no lo podía aceptar y tampoco podía aceptar que Héctor aceptara una cosa así con naturalidad, porque Héctor era el tipo menos agresivo que he visto en mi vida. Yo puedo ser mucho más agresiva que mi marido; era imposible hasta sacarle una actitud agresiva de palabra; yo soy capaz de agredir de palabra si me enoja, él no. Entonces yo me daba cuenta de que era una cosa muy peligrosa precisamente porque convencía; a la única que no convencía era a mí. Entonces, esa noche, cuando justamente había hecho eclosión el asesinato de este hombre, yo me acuerdo que le dije: 'Pablo, yo solo te pido que me contestes una cosa: si a vos te mandan a matar a una persona, sea quien sea, ¿vos lo hacés?' Y seguí: 'No, no, no me contestes con palabras que no me dicen nada; a mí me decís sí o no, es todo lo que me tenés que contestar'. Y entonces se quedó así muy cortado y me dijo: 'Yo no'. Entonces me salió la pasión mía al revés que la de ellos. Me puse furiosa y le dije: 'Entonces sos un cobarde y un ruin'. Mi marido estaba mudo, porque sabía que cuando yo me enojaba no me paraba nadie. Le dije: 'Porque el individuo al que le mandan a hacer eso y lo hace, por lo menos se arriesga, porque le puede salir mal; en cambio vos no tenés ningún escrúpulo en que otros lo hagan y vos no. Eso es mucho más ruin, eso no es jugar limpio.

JT: ¿Qué te dijo?

Nada, no me pudieron contestar nada, y era tal mi indignación que me fui arriba. Entonces, claro, conmigo tenían terror porque sabían que yo planteaba situaciones que eran muy reales.

JT: Una pregunta por ignorancia, ¿a Fernández Long también lo mataron?

EO: No, no. Él está bien. Se fueron a Suecia, y él tuvo una vida muy buena en Suecia porque es una persona muy preparada, muy culta y en Suecia lo recibieron con los brazos abiertos. Así que los únicos que murieron fueron los míos, los míos sí. Ellos tenían otras posibilidades, sobre todo económicas...

JT: ¿Lo ves ahora? ¿Lo volviste a ver?

EO: Hoy no te puedo decir que siento rencor porque no quiero tenerlo tampoco, pero el dolor con que yo vivo... No, no podría, no podría tenerlo delante mío, no. Ahora al que vi muchísimo es al hermano más chico, que era mucho menor y se casó con Beatriz. Se casaron a los 19 años, dos criaturas...

JT: O sea que para vos Pablo Fernández Long fue el responsable...

EO: Para mí fue la persona que más influyó... Pero yo creo que fue todo el ámbito intelectual también, no quiero echarle la culpa a él solo...

Yo recuerdo que Héctor tenía un disco de los Gómez Carrillo, que habían grabado la marcha de la libertad, que musicalmente me parecía muy linda como marcha, muy fuerte, muy intensa, y detrás estaba grabado el discurso de Perón donde decía "morirán cinco por uno". Héctor lo había comprado porque decía: 'Esto va a ser para la historia, para que se acuerden...' Te digo que era antiperonista, muy empecinado. Me acuerdo que yo una noche había salido y volvía, y estaba la marcha a todo lo que daba. Era en mi casa; entonces entro y le digo 'pero Héctor, ¿te has vuelto loco, que es esto? Y estaba él con Pablo y con las chicas, todos estaban escuchando a todo volumen el discurso de Perón. Y le dije: 'Pero vos estás loco, esto resuena no sé hasta donde, hasta diez cuadras a la redonda. ¿Cómo hiciste semejante cosa?' "Es que los quiero convencer de lo que Perón proponía".

JT: ¿Quién te dijo eso?

EO: Mi marido. Se ve que habrían tenido alguna conversación donde trataban de convencerlo y él, para demostrarles lo que también era Perón, puso ese disco y lo puso a todo lo que daba.

JT: O sea que hasta ese momento Héctor todavía no estaba convencido...

EO: No estaba para nada convencido; por eso te digo que fue una cosa paulatina.

JT: ¿Las chicas empezaban a militar?

EO: Se interesaban, y en el colegio y en todos lados ya estaba todo muy... cosa que yo no percibí tanto porque ellas ese tipo de cosas en casa no las hablaban, pero les iba ya trabajando. La que era muy, muy apasionada era la segunda, Diana, que curiosamente tenía el mismo carácter mío, y esa sí, esa revolucionó a todos lados donde iba. Te cuento que a los 12 años quiso ser voluntaria en el hospital de San Isidro; quería cuidar chiquitos y no la dejaron entrar porque había casos muy graves. Me había contado la presidenta de las voluntarias que habían tenido un caso muy terrible de una nena que entró violada a los seis años, y una chica voluntaria, que era muy jovencita y se estaba por casar, fue tal la impresión que rompió con el novio. Entonces se dieron cuenta de que era muy peligroso chicas adolescentes en la sala de niños. Entonces dijeron: tienen que ser ya adultos porque acá se ven cosas terribles. Entonces le propusieron entrar en los consultorios externos (ella tendría 13 años). Revolucionó el hospital, porque los médicos llegaban tarde, a las 10, y empezó a decirles a los médicos de todo: '¡cómo era posible!' Ella se levantaba a las 6 de la mañana, a las 7 estaba en los consultorios, y la pobre gente iba a las 4 de la mañana a buscar número con un frío terrible. En el altillo del garaje teníamos varias estufas arrumbadas de una oficina que Héctor había tenido y que después se deshizo. Entonces vino un día y dijo: 'No puede ser. Nosotros tenemos estufas acá y la gente muriéndose de frío en el hospital'. Y se llevó las estufas al hospital. Mi marido siempre se reía porque decía esta es tu estampa pura, y es cierto era el carácter mío totalmente.

JT: ¿Y en qué momento él comienza a ser un militante, un monotonero?

EO: Yo recuerdo que me sorprendió, me dejó completamente congelada cuando fue lo de Ezeiza, cuando iba a venir Perón en 1973. Cuando vino la primera vez (después se volvió a España), ya las chicas iban a Gaspar Campos. Yo no sé si Héctor fue o no fue, yo no lo sabía porque él trataba de que yo no me enterara. Porque fue muy difícil para Héctor aceptar un cambio semejante en él. Ahora yo lo entiendo, porque él vivió un poco en un mundo que no era el real, y ahí se estaba produciendo un cambio descomunal en la Argentina; a través de la juventud, empezó a darse cuenta, y quiso

participar de eso. Yo creo que más como observador. Yo no creo que Héctor nunca hubiera tenido una participación activa en el sentido de ser...

JT: ¿Vos creés que él alguna vez tuvo un arma?

EO: No creo, no creo. En casa... ¿como no fuera la tijera de mi costurero? No. Eso me juego la cabeza que no.

JT: ¿Y tus hijas?

EO: Yo creo que tampoco, pero no lo puedo asegurar. Esas son cosas que no se pueden saber. Lo que sí se es que yo a las chicas les dije: 'Yo creo que ustedes tuvieron un ejemplo de una casa que era absolutamente la antítesis de todo eso; y me dijeron: 'Mami, quedate tranquila porque nosotras nunca vamos a hacer nada de lo que vos te puedas avergonzar'. Eso siempre me lo dijeron, pero una vez que las cosas se pusieron feas, no puedo saber nada, creo que no...

JT: ¿Qué pasó en el 73 cuando llega Perón?

EO: Cuando llega Perón, pasa lo de Ezeiza. Entonces yo veo que se van todos a Ezeiza a recibirlo.

JT: ¿Vos fuiste también?

EO: No, no. Y lo veo a Héctor que va. Salieron a la madrugada cada una con su grupo.

Las dos mayores ya estaban casadas y las dos más chicas eran muy chiquitas: tenía una 14 años y la otra 16. Y entonces veo que él va con otro grupo; cada uno iba con su grupo, y eso fue lo que a mí me sacó de quicio. Héctor va y entonces yo le dije: '¿Cómo, pero si no se sabe lo que va a pasar?' Fue una cosa muy extraña lo que me pasó porque para mí era una premonición de desgracia. Yo no soy supersticiosa, no soy religiosa, nada de esas cosas, nada. Era mamá; yo tenía miedo de que les pasara algo... Me acuerdo que le dije: 'Andá con ellas, tenés que saber dónde están'. No sé que me dijo y yo me enojé mucho. Le dije: 'Si le llega a pasar algo a alguna de las chicas, ahí sí vamos a tener que enfrentarnos nosotros porque te hago responsable de lo que les pueda pasar'. Hete aquí que yo quedé sola en la casa. Me acuerdo que era un día lindo; me fui a segar el pasto del jardín porque tenía que descargar algo si no me volvía loca y en el momento en que estaba cortando con toda mi furia la cabeza de todos los que estaban organizando eso, siento la radio,

viene la chica que estuvo en casa que era como de la familia y me dice: 'Ayyyy, señora, no sabe lo que está pasando en Ezeiza'. Corro a poner la televisión que estaba arriba y me encuentro con semejante cosa. Te podés imaginar lo que fue para mí, y encima CUATRO y mi marido, y yo no sabía dónde estaba ninguno. El infierno que yo pasé ese día fue premonitorio de todo lo que iba a tener que aguantar después. Maldije a Perón, a la militancia y a todo, porque yo dije: pero esto es realmente imposible y vi con claridad lo que yo intuía, que ese partido era un peligro porque estaba totalmente dividido, y se había perdido el cauce de las medidas... hasta dónde se podía llegar, que no había responsabilidad, y no había miedo a nada; si tenían que matarse se mataban, y fue así. Entonces yo rompí totalmente con el peronismo, con la ideología, porque vi que era una cosa que llevaba al horror y a ese horror llevaban a toda la juventud. Eso es lo que me colocó en un punto donde desde ese momento yo trataba de hablar con las chicas con toda la posibilidad de perder, porque obviamente ellas tenían toda la influencia del medio y la influencia de un papá que era maravilloso, que idolatraban y que obviamente en ese momento era el papá comprensivo, y yo no.

JT: Cuando vuelven de Ezeiza, ¿qué pasa?

EO: Cuando vuelven de Ezeiza, fue terrible. Yo no hablé una palabra; fueron volviendo de a uno, menos Diana. Y Diana llegó, qué sé yo, a las tres, cuatro de la mañana. Héctor, esa noche, estaba desesperado como yo. Lo disimulaba como podía porque sabía que era una responsabilidad terrible. Yo por lo menos tenía mi conciencia clara de que le había planteado la cosa y que no se separara de ellas, pero claro a él le parecía una cosa risible de mi parte, porque era un día de fiesta. Yo creo que él tenía una ingenuidad tal. Realmente creo que él pecó de inmadurez total; un tipo soñador o partícipe de un hecho de los que tantas veces escribí.

JT: Vos diste con la definición perfecta: él fue protagonista de su propia historia.

EO: Exactamente, fue el protagonista. Por fin se sintió protagonista de algo que él había hecho siempre, y yo no...

JT: O sea, ¿vos creés que el pensamiento de Héctor era una historia?, y no lo digo peyorativamente...

EO: Yo creo que él, en el mundo totalmente hermético de su ima-

ginación, había visto y todo lo que había escrito era real, era posible, no era ninguna cosa utópica, sino que era la realidad, la filosofía del ser humano, de lo que sufría en el mundo. *Ernie Pike*, por ejemplo, tenía episodios que eran increíbles. Yo creo que él sintió que en ese momento estaba formando parte de tantas cosas que vivió a través de los relatos y de la historia, y él, en ese momento dijo: 'yo estoy viviendo esta historia'. Eso sí lo tengo clarísimo.

JT: ¿Cuándo entra él en lo que se llama la clandestinidad?

EO: Nuestra situación se había puesto muy difícil porque en aquel entonces ya había que definirse: o militaba o no militaba. En una oportunidad, en la época de López Rega e Isabel, agarran presa a una chica que era muy amiga de casa y novia de un chico amigo que después, pobrecito, desapareció. Creo que ella tenía una hermana que estaba trabajando en el departamento de policía; la cuestión es que a esta chica consiguieron mantenerla en una comisaría de Beccar durante 9 o 10 meses, y después le dieron la posibilidad de irse a Francia. Cuando esta chica cae, todos están con el temor de que la hubieran hecho hablar y que estuvieran todos en peligro; entonces, claro, hay que aclarar, la fuerza venía terrible, y ellas lo sabían, o sea, cualquiera podía caer simplemente por pensar diferente, eso estaba clarísimo; por eso yo no puedo perdonar esa época de López Rega e Isabel y toda esa melange extraña que lo rodeaba a Perón. Ahí ellas deciden irse un tiempo de casa. Se vinieron las cuatro a casa de mamá. Y Héctor se fue también.

JT: ¿En la época de López Rega, o sea el 75?

EO: Sí, más o menos el 75... antes del golpe. Entonces todo eso pasa, todo vuelve a la normalidad, las chicas vuelven a casa, no pasa nada, todo sigue bien, pero Héctor decide seguir fuera de casa, no quedarse más en casa. Venía. Venía cuando quería... Incluso yo le atendía todos los llamados porque tenía su trabajo, pero él vivía en otro lado; yo no sé dónde estaba, ni nunca le pregunté, porque ahí sí hubo casi una ruptura.

JT: ¿Pero él te dio explicaciones?

EO: No; las explicaciones estaban de más...

JT: ¿Y Fernández Long qué hacía en ese momento?

EO: Fernández Long militaba, me imagino. Yo no te puedo decir

porque nunca más lo vi, pero supongo que tenía una militancia muy activa y muy importante en Montoneros.

JT: ¿Vos creés que Héctor estaba con él?

EO: No creo que estuvieran juntos.

¿JT: Tenés idea de en qué grupo de pertenencia estaba, con quién estaba?

EO: No sé, no sé. Hasta el gobierno militar, hasta el golpe, yo vivía mal, pero decía 'esto va a pasar, y todo va a volver a la normalidad'. Cuando vino el golpe, las chicas dicen 'mamá nos tenemos que ir'. Ya estaban las dos más chicas, porque las dos mayores estaban casadas, y entonces una noche llega a casa y Beatriz me dice: 'Mami, vos también andate a lo de abuelita'. Yo le dije: 'Yo, ¿por qué me voy a ir yo, qué hice yo, por qué razón me tengo que ir de mi casa? Y Beatriz se puso como loca: 'Tenés que irte, mami, porque acá se está matando, se está secuestrando...' Entonces, dije, si a mí me pasa algo ustedes sabrán por qué, y yo de acá no me muevo'. Y ellas se fueron.

JT: ¿Y las volviste a ver?

Y después ya no. Beatriz, justamente porque las dos más chicas estaban permanentemente en contacto conmigo, sé que estaba viviendo con el padre; dónde no sé, porque creo que estuvo por el Tigre en un lugar... ella estaba siempre con el padre.

En realidad, las dos más chicas vivían con él.

JT: ¿O sea que tus hijas estuvieron con Héctor?

EO: Sí, estuvieron con él. En realidad, lo protegían más ellas...

JT: ¿Vos nunca supiste cuál era su rol en Montoneros? ¿Qué hacía? ¿Escribía?

EO: Parece que era jefe de prensa, que se ocupaba de todo lo que era prensa.

JT: ¿Y nunca le preguntaste a Verbitsky nada?

EO: Yo con Verbitsky no hablé nunca. Cuando quedé sola y no sabía para donde agarrar con mi vida, al poco tiempo me dijeron que fuera al CELS⁷; fui al CELS y Mignone⁸ me dijo: 'Tu caso lo tengo que tomar yo personalmente', pero después no se ocupó de

nada. Me hicieron firmar un poder para los abogados del CELS, y yo vi los nombres de unos abogados. Pasó el tiempo y nunca pasó nada, nunca nada; en aquel entonces nadie descubría nada, era todo un misterio. Héctor estaba prohibido; de cuando en cuando Sasturain⁹ escribía algún artículo, pero todo con miedo; durante años fue eso, y yo no sabía realmente qué hacer, yo ya tenía al nene conmigo, tenía que trabajar para vivir. Scutti¹⁰ me robó todo... Esa es otra historia, y yo no tenía con qué vivir.

JT: Yo te pregunto lo de Verbitsky porque tengo entendido que Verbitsky estaba también vinculado a la comunicación de los montoneros.

EO: Yo no sé si estuvo con él. En una oportunidad sale un artículo de Verbitsky a doble página en *Página 12* donde mencionaba el Vesubio, los que habían estado, y entre ellos estaba Héctor Oesterheld, y esa fue la primera noticia que tuve. Entonces mencionaba que los abogados tales y tales habían denunciado eso, que se había averiguado esto y aquello. Yo me asusté mucho porque no eran los abogados por los cuales yo había firmado el poder, y ahí no especificaba si eran del CELS o de dónde. Entonces recibo un llamado de Verbitsky, y yo le pregunté a un abogado amigo mío, que había sido militante también, que zafó de casualidad, porque yo tenía terror de que le pasara algo al nene, yo estaba aterrada...

JT: ¿En qué año era eso?

EO: Y esto habrá sido en el ochenta y algo. Incluso no sé si fue cuando ya estaba Alfonsín... No me acuerdo.

JT: Antes de contarme esto de Verbitsky, ¿vos sabés cuándo desaparece tu marido?

EO: Unos dicen que fue alrededor del 21 de abril del 77.

JT: ¿Y tus hijas?

EO: Beatriz, el 19 de junio del 76; hizo ahora 25 años. Al mes, o sea a fin de julio, primeros días de agosto, desaparece Diana; la secuestran en Tucumán. Con un mes de diferencia desaparecen Beatriz y Diana. A todo esto, en abril del 77, aparentemente a finales de abril, lo secuestran a mi marido en La Plata; hace poco leí un informe donde está toda la historia; parece que fue en Villa Urquiza, yen-

do por la avda. Directorio o algo de eso. Estoy completamente desconcertada.

Lo meten preso, se lo llevan, y las chicas creían que lo habían matado porque Marina, la más chica, me llama y me dice: 'A papi lo mataron, mami, a papi lo mataron'.

Entonces yo no sabía dónde estaba Marina, porque cuando matan a Beatriz, yo les pedí por favor que no nos encontráramos más porque, como Beatriz desaparece cuando sale de una reunión conmigo, me di cuenta de que yo era el señuelo, y después me dijeron: 'te van a seguir a todos lados porque es lógico', entonces les dije: 'prefiero no verlas hasta que esto pase, háblenme por teléfono cuando puedan, para estar yo más o menos informada de lo que pasa'. Hablarte del terror que yo he pasado esos dos años no hay explicación, porque era vivir en un infierno. Cuando terminó todo, yo dije se acabó, descansan en paz, porque yo sabía que estaban condenadas. El individuo que hizo el operativo en mi casa al mes de morir Beatriz (ya estaba Diana desaparecida y yo no lo sabía) me dijo: 'A sus hijas se las vamos a matar a las cuatro', y con rigor militar lo establecieron.

JT: ¿Y la más chiquita?

EO: La más chica fue en noviembre del 77. El 14 de diciembre del 77, un militar me entrega a Martín, que era hijo de Estela, que estaba viviendo con su marido; después supe que era en Longchamps. Yo tenía noticias de ella, sabía que estaban bien, que el marido trabajaba, que estaban más o menos retirados de toda actividad.

JT: ¿Y por qué la matan?

EO: Yo no sé... Hay dos versiones: una que lo matan al marido, lo esperan y lo matan, y entonces alguien me dijo que ella se había tomado la pastilla; otros me dijeron que no, que la habían matado.

JT: Y ellos te traen a tu nieto...

EO: Un oficial lo trae. A la mañana habían hecho un operativo y entonces lo agarran al nene y se lo llevan a mi marido para que dijera dónde lo entregaban. Esta es una historia que no se puede creer.

JT: ¿Cómo se lo llevan a tu marido? ¿Dónde estaba tu marido?

EO: Mi marido estaba preso en el Vesubio. Martín estuvo con el

abuelo el 14 de diciembre, tomando la leche con él. Estaba ya en la comisaría que le decían el Sheraton, con 6 intelectuales, y después los mataron a todos.

JT: ¿Sabés quiénes son?

EO: Sí. Un matrimonio de sociólogos, un periodista Esfir, creo que era el apellido; no estoy segura de si digo bien el apellido, pero es una cosa así, y después otro que era un ingeniero creo que electrónico. Este militar que lo entregó al nene les mandaba cartas a los familiares, les hacías saber algo, y a mí nunca me llegó nada. Por intermedio de Fernández Long, que estaba en Suecia, se había sabido que Héctor vivía. Entonces cuando Marina me hablaba yo le decía: 'Papi vive, papi está detenido'. Y ella me decía:

'Pero mamá, ¿cómo podés creer que lo van a tener vivo a papá? Lo han matado, lo han torturado'. 'No, Marina, papá vive'. Y vivía.

JT: ¿Cómo te cuenta Martín el encuentro con su abuelo?

EO: Martín no se acuerda de nada. Es como que borró todo. Tenía tres años y medio, casi cuatro. Yo le pregunté al militar que me trajo a Martín: '¿Quién le dijo a usted que yo vivía acá? Cuando me vine a vivir a lo de mis padres, mis amigas sabían que mis padres vivían en Palermo, pero no sabían ni la calle ni el número. Nadie sabía eso, pero yo me di cuenta de que había algo raro...Un militar que me trae la criatura... Y yo dije: 'Mataron a Estela', y me agarró la locura. Marina ya había muerto, porque tengo una carta de Estela, tres horas antes de morir, o sea esa mañana que a ella le hacen el operativo. El oficial que hace el operativo es el que se lo agarra a Martín Miguel y se lo lleva al abuelo para entregárselo a quien él dijera. También le lleva a la abuela a la nenita de otro matrimonio con los que vivían juntos; la abuela vivía cerca, y al matrimonio se lo llevan preso y después también desaparecieron. Entretanto se quedó una patrulla esperándolos. Mi hija le había dejado el nene al otro matrimonio porque vino a la iglesia de San Isidro; ahí estaba mi sobrino, que era cura, y eran muy amigos. Él estaba en España en ese momento. Entonces, como no lo encontró, se fue a la casa de una íntima amiga mía que vivía ahí cerca y estuvo toda la tarde con ella, o sea mi amiga la vio él último día de su vida. Estela vuelve a casa, aunque mi amiga se desesperó para que no fuera, que no volviera a su casa, pero ella le dijo: ¿Cómo no voy a ir si lo tengo al nene allá? Pero ya pronto esto se va a acabar.

JT: ¿Esto fue en qué año?

EO: En el 77, el 14 de diciembre del 77.

JT: ¿Pero tu hija vivía en la clandestinidad?

EO: No. No estaba en la clandestinidad, estaba en una casa con su marido y otro matrimonio. Yo no sé si alquilaban o alguien les había dado una casita donde vivían los dos matrimonios; cada uno con su hijito. Entonces cuando uno salía, el otro cuidaba al hijo del otro, y a la otra chica, que ahora viene acá, que es un poquito mayor que Martín, una chica también buenisima. y otros militantes que estuvieron y se salvaron.

JT: Y tu hija vuelve a su casa y ahí la matan...

EO: Ella entró a la casa y no se dio cuenta... Claro se dio cuenta de que el nene no estaba y ya se dio cuenta de que les habían hecho un operativo. Desde ya, yo no sé qué habrá pasado ahí adentro. Estaba solita y se ve que el marido vino al rato. En el momento en que el marido venía, lo atacaron, y entonces él tendría un arma. La cuestión es que lo mataron.

JT: Quisiera ordenarme porque es muy fuerte lo que me contaste... Quiero hacerte una pregunta antes de entrar en el final que es el encuentro entre Martín y Héctor. ¿Alguna vez te devolvieron alguna hija que pudiste enterrar?

EO: A Beatriz. A Beatriz la pude enterrar...

JT: Podés llorar todo lo que quieras.

EO: Es que a veces es muy difícil... Sé que la mataron el 2 de julio... Yo la busqué, ni hablar de todo lo que hice, pero el 2 de julio sé que la fusilaron con 5 chicos; eran 3 varones y 2 chicas entre 17 y 19 años, y le dicen al comisario de Virreyes que los vaya a retirar. Ella había ido a La Cava, donde trabajaba, y se ve que era un grupo, pero yo no sé quiénes eran los otros chicos. El día 7 de julio del 76 me llaman al banco donde yo estaba trabajando, no te digo en qué condiciones pero te lo podés imaginar; nadie sabía nada de lo que a mí me pasaba, y entonces una cuñada me avisa que un comisario de la comisaría de Virreyes quería hablar conmigo. Te imaginás que ya me di cuenta para qué. Entonces mi cuñada, la mujer de Jorge, el hermano de mi marido, que era muy amiga mía, me vino a buscar y me llevó a la comisaría de Virreyes un día de frío, de invierno, de horror. Cuando yo aparezco, sale el comisario en un estado de nervios total y me dice: 'Señora, su hija es una chica muy linda, muy bien arregladita...' Era preciosa, no tenés idea lo bonita que era. Era divina, era realmente una belleza. 'Sí, le dije, era mi hija entonces... Con lo que usted me dice ya no tengo más nada que...

Entonces la reconoció mi cuñada porque a mí realmente me faltó fuerzas... Entonces él me dijo: 'Mire señora, yo le tengo que decir una cosa, ¿usted no sabe quién era el grupo con el que ella estaba?'. Le dije: 'No, ni idea, ni idea'. Me dijo: 'Porque tengo cinco cuerpos y me dicen que los tengo que enterrar NN pero yo no tengo coraje para no avisarle a los padres, el único que pude identificar es esta chica y hay otro, que dijo que era del sur o no sé de dónde, que

estaban identificados pero no sabían cómo hacer para comunicarse por eso yo le digo... 'Mire, yo no conozco a nadie, a nadie...? Entonces me dijo: '¿Usted quiere velarla...? Le dije: 'No, no quiero velarla', porque era peligrosísimo en ese momento, no tenía ningún sentido, y le digo: 'No. La vamos a enterrar'. '¿Adónde?', me preguntó. Nosotros teníamos bóveda en el Cementerio de San Martín, de la familia, pero yo odio ese tipo de cosas y dije: 'No. Ella va a estar en el cementerio de los humildes, como ella hubiera querido. Y la enterramos en el cementerio de Virreyes; entonces estaba con su nombre... Yo fui a ponerle flores, le armé un pequeño monumento hasta que cumplió los 5 años y la reduje, y ahora sí está en la bóveda familiar.

JT: ¿Tus otras hijas no...?

EO: Nadie. Mi cuñada estaba muy vinculada con gente de la alta oligarquía de acá, militares, y todo eso, y hubo un militar que, dado el caso tan terrible, para que yo pudiera adoptarlo legalmente a Martín, le dio los certificados de defunción, pero nunca pude averiguar dónde estaban enterrados Estela y el marido.

JT: ¿Cuántos nietos perdiste?

EO: Perdí dos que estaban por nacer.

JT: ¿De la chiquita...?

EO: Uno de la chiquita y otro de Diana, el hermano de Fernando. Fernando está ahora en Europa y tiene un año menos que Martín... A Fernando lo recuperaron los abuelos cuando secuestraron a Diana en Tucumán. Alguien les avisó que el ejército lo había llevado a la Casa Cuna, y, después de un peregrinar desesperado, los abuelos consiguieron encontrarlo. No me quisieron avisar a mí por lo menos hasta recuperar al nene, porque decían: 'hace un mes que le mataron a una hija, ¿quién le dice a esta mujer lo que ha pasado?'

JT: ¿Lo recuperaron al chiquito?

EO: Lo recuperaron, sí.

JT: O sea que vos tenés dos nietos.

EO: Yo tengo dos nietos vivos. Diana estaba esperando el segundo. Fernando tenía un año y dos meses creo, y ella estaba embarazada de 6 meses y medio.

JT: ¿Y Marina también...?

EO: Marina estaba... Se unió a un muchacho en la clandestinidad... Y tenía 17 años.

JT: Ahora, qué cosa extraña que es esto de la clandestinidad, los embarazos, los hijos, o sea, una cosa muy loca... Yo no me animo a decir promiscua porque es una palabra injusta, pero es como una enorme desesperación, ¿no?

EO: Yo responsabilizo a la dirigencia de todo esto, porque fue una matanza infame en primer lugar, aclaro y lo vuelvo a repetir, porque a mí se me ha dicho que soy gorila. ¿Es muy cómico eso, no? Pero eso era lo que yo veía: la irresponsabilidad con que se organizaba a criaturas, a chicas... Se las estimulaba a hacer vida de familia, a tener chicos, y se embarazaban como si tal cosa...

JT: Claro. Por eso digo que había como una contradicción.

EO: Exactamente. Era de una contradicción tan espantosa, era una idealización de la cosa tan absolutamente irresponsable... Yo pienso que no creyeron que la cosa iba a llegar a tanto; nunca nadie pudo imaginar... Yo tampoco podía creer que se iba a llegar a lo que se llegó. Por eso tengo el desprecio más profundo, no hay palabras para decir qué fue lo que hizo la represión del Estado argentino. Fue el horror porque se ensañó hasta con las criaturas... porque hasta entregar los NN, secuestrar a los bebés recién nacidos de su mamá, y entregarlos. No tiene nombre... Eso ni Pinochet lo hizo.

JT: Martín se encuentra con el abuelo, ¿y él te lo cuenta?

EO: Sí.

JT: ¿Y qué te cuenta?

EO: Él me cuenta que había estado con el abuelo. Y le digo: '¿Cómo estaba el abuelo?' Porque el oficial me contó toda la escena y me dijo: 'Usted, por favor, pregúntele a su nieto y él le va a contar todo... Entonces, efectivamente, y no solo yo; le preguntaban mis amigas, le preguntaba mi madre... a ver si el chico en algún momento cambiaba algo. No. Siempre contó lo mismo: que él había estado con el abuelo, que el abuelo estaba triste, tenía un televisor y vieron dibujitos. Me habían contado que al otro que estaba preso, el que era ingeniero electrónico, le habían mandado un televisor viejo y que lo había hecho funcionar y miraban televisión.

JT: ¿En el Vesubio?

EO: Ahora también hay una discusión... A mí me dijeron que él terminó sus días en el Sheraton, con los 6 intelectuales y otra gente que estuvo en el Vesubio.

JT: ¿En la comisaría que le decían el Sheraton?

EO: Exacto. Le decían el Sheraton porque cuando llegaban ahí, ya nadie los torturaba, estaban ahí y nada más. Ahora hubo gente que dice que no, que estaba en el Vesubio hasta último momento.

JT: ¿Y vos qué crees?

EO: Yo creo que estaba en el Sheraton, yo creo que sí...

JT: ¿Y Martín qué te cuenta?

EO: Martín, el nene, me cuenta que había estado con el abuelo, que había tomado la leche, que lo había notado triste, y que después se fue, y fue cuando lo llevaron a casa. El nene estaba shockeado completamente.

JT: Es la última vez que ve a su abuelo y es la última noticia que vos tenés de él, ¿no?

EO: Claro, claro. Es la última noticia. Mucho tiempo después me entero de que este oficial que trajo a Martín le habían dado el traslado al Interior, y vuelve después de dos años, o sea cuando ya estaba el gobierno democrático, y va a la comisaría a ver qué había pasado con ellos y le dijeron que los habían matado en Mercedes.

JT: Ahora esto no cierra, porque esto no se cierra nunca...

EO: No.

JT: La historia termina con la muerte de Héctor...

EO: Los seis intelectuales no sé si fueron fusilados en Mercedes, o dónde... O sea que esto debe haber sido en los primeros meses del 78.

JT: Héctor es un NN, y las otras niñas también.

EO: Y las otras chicas también. Beatriz es la única que figuraba en el cementerio; está la fecha del ingreso con su nombre y todo, y en tribunales está como NN.

JT: Cuando te llama Verbitsky, ¿por qué te llama?

EO: Ahhh, Verbitsky me llama para preguntarme si yo tenía esos abogados, si yo había sido querellante en alguna causa donde estos abogados estaban... Yo le dije: 'Mire, yo no los conozco', porque para mí eran desconocidos. Yo no sabía que eran de los mismos grupos... Entonces yo lo consulto a un abogado que yo conocía, que era un militante, y me dice: 'No te metas, dejalo; vos decile que no sabés nada de esto' (y es que efectivamente yo no sabía nada), y me dio la impresión de que a Verbitsky no le gustó. Porque en ese entonces había antecedentes de que yo no compartía la militancia, pero que no compartía la militancia, no; no compartía la violencia, que es distinto, y yo en realidad era como que era simpaticante. Recién ahora el que quiere entenderlo que lo entienda, el que no, no... Pero recién ahora se está viendo con objetividad el pasado. Pasaron 20 años... entonces se dan cuenta; lo que pasa es que yo fui muy adelantada a eso, yo la vi clara toda la situación.

JT: ¿Qué es lo que no te gustó de ese hombre?

EO: Mirá, me dio la impresión de que él nunca más quiso saber nada conmigo porque yo lo he visto en muchísimos actos donde he estado y es como que el tipo nunca se interesó. Yo lo admiro mucho como periodista, pero no sé... Después supe que también fue militante, pero no conozco nada de él. Me parece un tipo superinteligente, estoy totalmente de acuerdo en todo lo que ha escrito, y me parece que tiene todo el derecho de decir lo que dice, que fue el tipo que se animó, un tipo con una seriedad absoluta como que al final nunca lo pudieron acusar de nada, pero... yo nunca tuve contacto con él.

JT: Vos el otro día me contaste que cuando comienza esta tragedia vas a Derechos Humanos.

EO: Claro.

JT: ¿Y quién te recibe, quién te atiende?

EO: La primera vez fui a verlo a Pérez Esquivel,¹¹ porque yo tampoco sabía que había organismos así. Yo viví tan absorbida en conectarme con toda la gente que yo conocía que no quise hacer público todo porque tenía siempre miedo por la que estaba, o sea yo. Hasta que se supo que ya no tenía más familia, yo no quería... era como que trataba de mantener lo mío en secreto, porque siempre había alguien en peligro. Entonces yo trataba de que no se supiera

nada. Yo seguía actuando pero en forma personal. Entonces cuando ya no tenía nada que perder, recorro a Derechos Humanos... No sé quién me aconsejó ir al SERPAJ,¹² y entonces voy a ver a Pérez Esquivel, que fue la única persona de Derechos Humanos que me recibió realmente. No me puedo olvidar porque yo iba en condiciones anímicas monstruosas, de soledad, no sé... Yo ni sé cómo no me he vuelto loca, no lo sé... Me recibió, estuvimos como 4, 5 horas hablando; tenía llamados a cada rato de todos los países, pero no quiso atender a nadie o sea me atendió a mí, y me contó también su historia. Fue realmente un diálogo entre dos personas con una experiencia como la que estábamos viviendo, y yo salí realmente muy reconfortada con él. Lo voy a decir hasta el último día de mi vida: fue la única persona que me escuchó con atención. Entonces me dijo: 'Ahora lo que tenés que hacer es ir a la Asamblea Permanente porque se está organizando para recibir todas las denuncias ahí, ahí va a estar una señora, que era Fernández Meijide.

JT: ¿Graciela Fernández Meijide?

EO: Sí. Graciela Fernández Meijide. Yo fui con toda la historia de cada uno.

JT: Llevaste cinco historias.

EO: Llevé cinco historias; no, eran siete, porque eran mis yernos también. Yo las puse todas y entonces le dije: 'Esto es lo que me está pasando a mí; dos de las chicas estaban embarazadas'. No sé qué decirte porque miró, me dijo que lo iba a leer... Yo esperaba encontrarme con una persona muy cálida, me resultó muy fría; es la impresión que me dio. Yo dije: esta mujer también está muy destruida, porque ella tiene lo suyo también y está recibiendo todo el día... pero la mía era una historia muy impactante... Ya sé que para cada uno su historia es la más importante, pero... A todo esto, Héctor ya estaba siendo reclamado por Europa...

JT: ¿Pero sentiste que ella se preocupó por vos?

EO: Yo creo que no le importó nada. Se lo transmitió a otra persona, que era un muchacho ayudante de ella, que después se hizo muy amigo mío; ahora lo he dejado de ver..., pero en realidad no movieron un dedo por mí hasta que llegó la CONADEP,¹³ por lo menos hasta ese momento nunca nadie se interesó.

JT: ¿La CONADEP sí?

EO: Y en la CONADEP sí, porque al poco tiempo recibo un llamado de Abuelas,¹⁴ porque les dan aviso de que dos de las chicas mías estaban embarazadas y ahí es donde Abuelas me llaman. Yo entonces pensé que ahí tenía un lugar para mí, porque dije: acá somos madres, somos abuelas, estamos todas en el mismo drama porque yo estaba en el drama de qué pasó con esos chicos. Me fui a Abuelas y ahí quedé ya. No podía participar mucho porque yo trabajaba, yo vivía de mi trabajo, no tenía otro medio, pero cuando podía estaba allá y estuve varios años trabajando con ellas. Fue muy complicado, muy complicado. Lo que sí te puedo decir es que nunca pude aclarar nada a través de los organismos, como mucha gente... No quiero decir que no se hubiera podido hacer...

JT: Estamos hablando de vos Elsa, no estamos hablando del pueblo argentino.

EO: Yo me sentí muy sola siempre.

JT: ¿Y ahora?

EO: Peor que nunca.

JT: ¿Aceptaste la reparación económica?

EO: Sí, sí. Me costó mucho. Fue un poco menos que un colapso espantoso cuando recibí acá el aviso, y la que me convenció fue Alicia Pierini, porque yo en ese entonces estaba trabajando en la cancillería. Le dio trabajo a Fernando, mi nieto, que había venido de Pergamino. Fue muy compañera conmigo... Yo me preocupaba mucho porque ella era muy menemista, eso no me gustaba para nada.

JT: Es buena persona.

EO: En lo personal me parece una bellísima persona. Entonces yo no mezclo las cosas; tengo un recuerdo muy lindo de una persona que realmente tenía sensibilidad, era sensible a lo que a mí me pasaba, como que ella también creo que tiene nueve personas desaparecidas en la familia, pero eso no lo supe, lo supe mucho tiempo después. Ahora no la veo más desde que dejó de estar ahí en Derechos Humanos. Ahora lo que nunca entendí muy bien era el apoyo de ella a Menem, nunca lo entendí, pero no lo juzgo, porque yo todo lo que tuve con ella fue a través de Derechos Humanos y conmigo fue una persona ejemplar.

JT: Ahora... ¿Cómo es estar tan sola?

EO: Es muy difícil y muy largo para poder explicarlo. Yo tuve procesos... Creo que todo ser humano se siente solo, empezamos por ahí. Pero en un principio fue de una manera, después fue de otra y ahora es de otra, porque fue todo también un proceso de cambio mío interno... Primero, enfrentar la soledad de los contactos de mis raíces puras. Eso ya me dejó completamente desestabilizada, pero después tenía la responsabilidad del chiquito, tenía la responsabilidad de mis padres muy viejitos. Cuando pierdo a mis padres, ya era el último lazo que me quedaba de cosas que tenían que ver con mi propia sangre; mi familia política poco a poco también se fue disgregando porque no siempre me llevé muy bien con la familia de mi marido, pero bueno, cada uno en su mundo, su vida, mis sobrinos, la que era más amiga de mis chicas estaba en Europa, y ya perdí mucho contacto con ella, aunque cuando yo iba a España, siempre estaba con ella; es una chica a quien quiero como si fuera mi hija, pero ahora no la veo nunca porque... qué sé yo, cada uno ha tenido su propia vida...

JT: Pero, aparte de la soledad familiar, es como que también te dejaron sola...

EO: Sí. Nunca me sentí bien en los organismos...

JT: ¿Por qué vos creés que pasa eso, o te pasó a vos?

EO: Por empezar, yo nunca pude hablar con nadie profundamente de mi manera de ver las cosas. Siempre era un grupo de personas con las cuales no teníamos nada que ver ni desde la sensibilidad. Todos buscaban lo mismo, todos tenían los mismos sufrimientos, todos sufríamos, pero era un mundo en el cual no había homogeneidad.

JT: Pero ¿vos te sentiste solidaria, vos sentiste solidaridades con vos?

EO: Yo me sentía muy solidaria, pero yo no sentí solidaridad conmigo. Porque pienso que éramos mundos muy diferentes. Yo analizaba las cosas de una manera diferente. Por ejemplo, cuando fui a Abuelas, los chicos eran chiquitos todos, incluso los que habían sido secuestrados con vida, y se sabía dónde estaban. Cuando yo llegué, se estaba empezando a tratar de recuperar a algunos que se sabía quién los tenía, y todo estaba ahí, en esos chicos que obviamente se recuperaron, pero era muy difícil porque era cuando no

había pruebas, fue cuando se luchó por el índice de pruebas genéticas que pudieran realmente dar la prueba definitiva. Yo agarré toda esa época en que era muy caótica toda la organización. Había mucha gente trabajando: psicólogos, médicos, abogados, pero era una cosa tan nueva que realmente yo creo que ellos mismos no sabían muy bien cómo organizarlo todo y lo que se buscaba era la restitución rápida de los chicos, y llevó unos cuantos años ir restituyendo a los que se sabía de quiénes eran. Fueron restituciones, en mi manera de ver, muy peligrosas también, porque ya los chicos eran bastante grandecitos, era como otro secuestro... Yo lo veía que había que hacerlo con mucho más cuidado por el chico, porque uno lo que quería era tenerlos pero había que cuidar, porque, pobrecitos, ¿qué había pasado con esas criaturas en esos años que habían estado con... Por supuesto que no podían quedar pero había que hacerlo con mucho cuidado. Entonces yo veía todo eso y me daba un poco de pánico que iba a pasar a medida que los chicos fueran creciendo, y arrancarlos así en forma drástica del lugar donde de alguna manera ellos sabían que era su núcleo. Yo pensé entonces que era un poco peligroso.

A todo esto yo iba viendo crecer al mío; tuve que decirle toda la verdad de lo que había pasado; cuando tenía 7, 8 años ya empecé a darle la verdad; lo hice con muchísimo cuidado, pero, claro, él estaba restituido a su familia legítima biológica, pero yo no dejaba de pensar qué pasaba con los chicos que estaban en otro lado y que de repente se los iba a sacar para mandarlos con su familia biológica que para ellos eran extraños. Entonces yo decía: Hay que cuidar mucho eso para que no vaya a pasar otra cosa muy peligrosa en la psicología de esa criatura. Ya después, cuando Martín tenía 12 años, 11 años, seguía todo eso con mucho interés... porque vio varias restituciones muy escandalosas, diría yo, como el caso de Juliana; hubo varias que fueron terribles, y yo dije: prefiero no ver más a mis nietos antes que hacerles pasar una cosa semejante, pero es muy delicado. En un seminario que hubo acá, yo me anoté en los preadolescentes, que ya era como había que tratar el futuro de los chicos que buscábamos, como había que empezar a pensar de qué manera no hablar de restitución, sino de identidad. Eso fue el derecho de identidad, porque la restitución implicaba que había que hacerla, pero con mucho cuidado para que fuera muy de a poco, porque podían correr mucho riesgo los chicos. Había que pensar en

ellos, no en nosotras, y yo planteé eso en la mesa en que me anoté y me acuerdo que estaba el doctor Lipzic, creo que era, que había tenido también una historia terrible en la prisión; me apreciaba muchísimo y yo a él. Después tuvo no sé que problema, si se tuvo que ir de abuelas, no sé, y hubo muchas divisiones. Yo era un poco espectadora porque con mis casos no pasaba nada y yo nunca decía nada porque me parecía que había casos que estaban ya en el tapete y yo decía: con el tiempo todo se irá aclarando. Nunca pedí nada pero nunca vi que se movieran muchas cosas, pero, no importa, eso era también las circunstancias, el momento... Yo también tenía un problema muy grande... Era yo la única que había dado mi sangre, porque de mi parte no había nadie más que yo, y por ejemplo la familia de Fernando no quiso hacerse los análisis, no quería saber nada. Recién se los hicieron cuando Fernando tuvo 18 años, porque les pidió, casi les exigió que se los hicieran. Entonces yo sabía que tenía muy poca chance de recuperarlos, porque no había forma de analizar las familias nuestras. Entonces de Marina no sabía absolutamente nada, ni quién era el muchacho. Se supo mucho después: unos me decían que estaba de 8 meses, otros me decían que eran dos, o sea era todo muy oscuro, muy difícil, y los abogados tenían la mejor buena voluntad, pero el secuestro de niños era una figura que en la jurisprudencia no existía. En esa oportunidad había otra señora que yo no conocía, que nunca estuvo en Abuelas, y planteó exactamente lo mismo que yo; éramos dos, el resto era como que solo pensaba en la restitución... Y yo creo que desde ese momento a mí se me vio como que yo no quería, no me interesaba la restitución de mis nietos, o que de alguna manera no lo veía bien. Era exactamente al revés. Yo lo que cuidaba era precisamente a ellos pobrecitos, que no se les fuera a hacer más daño, y yo me daba cuenta de que ya Martín tenía 12, 13 años, y las reacciones iban siendo muy difíciles. Él observaba todo eso y decía: 'Si a mí me hacen eso, si a mí vienen mañana y me dicen que vos no sos mi abuela y me mandan a otra casa, yo los mato, yo mato a alguien antes de ir a vivir a otro lado', y eso que se peleaba conmigo todos los días, pero él me quería decir que su vida era así, estaba estructurada en un medio... pero había sicólogos, y nadie lo veía así. Entonces yo no compartía lo de la restitución porque me parecía peligroso para el chico, no para mí, sino para el chico.

JT: Pero vos recuperaste los dos nietos. ¿Vos tenés la fantasía de que tenés otro nieto vivo?

EO: Yo sí, yo creo que están vivos, porque los hacían nacer; yo creo que están vivos. Yo debiera tener dos nietos más, pero hasta ahora no se sabe nada.

JT: Ahora, fantaseando, si vos tuvieses acá a Firmenich, a Galimberti... toda la cúpula, ¿qué te pasaría?

EO: No quiero pensar, no sé cómo podría reaccionar, no sé, porque es tanto lo que me revuelve... Yo una vez lo vi a Firmenich por televisión y quedé enferma, porque además los razonamientos que puso eran tan imposibles de creer en un tipo que supuestamente tiene la obligación de razonar y de haber desarrollado toda su vida y darse cuenta de los errores que cometieron... Yo les tendría un poquitito de respeto si hubieran hecho una reivindicación de sus propios errores, haber dicho cometimos muchos errores, nos sentimos culpables también de muchas cosas...

JT: ¿Vos creés que ellos son tan responsables como Videla, Massera, Agosti y todo el proceso?

EO: No. No se puede hacer esa comparación. Creo que no, no, no. Para mí no, para mí la dictadura del Estado es el asesinato. Son asesinos absolutamente, porque tienen una mentalidad diabólica. Mirá Astiz, cuando dijo que él sabría cómo matar a...

JT: Vos me contaste algo de Astiz en relación con un libro de Héctor, ¿no?

EO: Claro, *El Eternauta*. Eso lo supe ahora, después de 25 años me entero de esto. Hay una doctora, médica, que vive no sé en que pueblo del sur, que está en la comisión de madres alemanas. Esta muchacha estuvo presa cuando era estudiante por este señor; yo me fui a Alemania el 15 de marzo; una semana antes más o menos, hubo la última reunión de las madres alemanas acá en una iglesia evangélica donde se reúnen siempre, y había una señora que yo no conocía, una señora de mediana edad, 48, 50 años; yo estaba apuradísima porque estaba justamente preparando todo el papeleo, todas las cosas para irme, me tenía que ir a otra reunión. Entonces me iba muy apurada y en el momento en que salía ella me ataja y me dice: ¿Puedo distraerle 5 minutos? Necesito hablar con usted'.

Y entonces le digo: 'Sí, como no, mirá, estoy un poquito apurada pero como no, te escucho', entonces me dijo: 'Le voy a contar algo que a usted le va a impactar. Estuve presa en la ESMA, estaba encapuchada, engrillada, en fin, como se sabe que estaban todos, y uno de nuestros custodios permanentes era el capitán Astiz.

JT: Era teniente en ese momento.

EO: Teniente o yo qué sé que era... Entonces, me dice: 'Un día me dijo: vení, me sacó la venda, me sacó los grillos y me pasó a otra sala donde ya no estaba ni con la venda ni con los grillos, y entonces me dijo: yo te voy a dar algo para que pases el tiempo más entretenida, léelo porque vale la pena, es el mejor escritor que tuvo la Argentina... Una cosa así; no te puedo repetir las palabras exactas, pero se lo mostró como que era algo que había hecho un argentino, y que lo leyera por favor... Ella abre el libro y era *El Eternauta* en historieta, y ella no sabía quién era Oesterheld ni qué era esa historieta porque nunca había leído historietas, pero entonces, primero me llamó la atención que este hombre me lo diera; yo pensé que iba a ser una obra con algo que estimulara todo y vitoreara todo el ejército argentino. Cuando lo empiezo a leer, dice, tengo una catarsis interna que me vuelve loca porque me vi en la obra, era lo que estaba pasando con nosotros. Entonces estaba la dualidad de este individuo que me lo ponía como uno de los mejores escritores argentinos de este momento, no me dijo ni que estaba desaparecido ni nada, que seguro que lo sabía, y además, el paralelo que yo encontré en lo que iba leyendo, que leí en una noche desesperada y la volví a leer y la volví a leer, porque me cautivó por el paralelismo que tenía con lo que nos pasaba. Esto es algo que no podía dejar de contárselo'. Y yo no lo puedo creer, es algo que es más fuerte que yo. Yo tengo que ver a esa persona, yo tengo que ponerme en contacto, ni sé el nombre, pero lo tengo que averiguar por la Comisión, porque esto se tiene que saber porque es imposible de creer.

JT: Cuando te pasó todo esto, ¿alguna vez pensaste matarte, terminar...?

EO: Pensé todo, todo, no hubo nada que no pensara. Mi mundo era de un cambio espiritual permanente entre el odio, la desesperación, la angustia, agarrarme a algo, ¿a qué? Yo no soy religiosa pero era profundamente cristiana, me parecía que el cristianismo me daba

respuestas muy claras, no las encontré en los psicólogos, y al final me aferré a eso, pero no de una manera religiosa, sino de una manera filosófica, y me daba caminos a seguir, me parecía que ese era el camino, que yo no podía dejar de seguir peleando por mis hijas, y todo eso está escrito, todo está escrito. Mi historia está escrita toda, toda, toda, porque de alguna manera quiero dejar un testimonio de lo que fue mi vida, porque es una historia que es la historia del país. Yo siempre digo que realmente soy un símbolo de lo que le pasó al país. No puedo entender por qué todavía tengo la lucidez que tengo, la capacidad de análisis, la capacidad de cambio interno, como para poder ir buscando nuevas fórmulas para no destruirme, porque en primer lugar lo hice por mis nietos, porque tenía para darles a ellos una vida lo más normal posible, tenía que darles un referente posible. Creo que lo logré a pesar de que habré fallado en muchas cosas, pero sola todo no lo pude hacer. Fue muy difícil, y los chicos por lo menos son chicos absolutamente transparentes, lúcidos, y que hoy son capaces de pensar con su propia cabeza, que era lo que yo quería que nadie les cambiara, o les metiera cosas en la cabeza, que era el peligro que había en los chicos, los hijos. Yo veo también eso: hay una falta de raciocinio: el mundo cambió, la política cambió, la Argentina ni hablar cómo cambió. Entonces tenemos que tener memoria absolutamente, con objetividad, para que esa memoria no se transforme en una cosa repetitiva y nada más, sino en algo que sirva para los que vienen, que se den cuenta de qué manera cada época tiene sus propios cambios, y que la juventud tiene que darse su tiempo para observar y verlos, para poder comprenderlos y actuar en consecuencia a través de cada uno. Yo soy una convencida de que cada ser humano tiene la obligación de vivir para sí mismo, pero al mismo tiempo para los demás. Eso lo tengo muy claro. Lo que sí pienso es que debe ser a través de un cierto grado de madurez para poder comprender todo lo que se está produciendo alrededor de la generación que les toque vivir porque cada generación es diferente. Entonces, no hay que meterles en la cabeza, no correr el peligro de que a una edad muy adolescente se les diga... porque ellos van a vivir una situación diferente, pero sí tienen que tener un concepto de la barbarie, de los errores y las equivocaciones de uno y otro lado, precisamente para que después lo puedan analizar porque las barbaridades se multiplican en cada generación; desgraciadamente no desaparecen sino que se amplían totalmente.

JT: Vamos a una fantasía final y seguramente dolorosa. Acá esta sentado Héctor Oesterheld. ¿Qué le dirías?

No podría decirle nada, porque creo que el sufrimiento de él tiene que haber sido terrible. Nosotros fuimos en determinada época de la vida un hermoso matrimonio, una hermosa familia, la época del Eternauta fue la época más gloriosa de nuestra vida familiar. Él tenía mucho respeto por mi opinión, pero siempre se sintió un poco más por encima intelectualmente y creía que yo con mi amor de madre todo lo reducía a eso, y no era eso, iba mucho más allá, y pasó lo que pasó... Él lo vio, se enteró, lo tuvo claro... Entonces yo me imagino lo que pudo haber sido para él el día que le fueron a decir dónde entregaban a Martín y él tuvo que decir llévenselo a mi señora, que está en tal lado... Yo pienso que eso tiene que haber sido para él terrible; por eso nunca se comunicó conmigo... No podía. Pero yo no le hubiera dicho nada, porque ya es demasiado lo que vivió...

JT: Lo que murió.

EO: Lo que vivió, cómo murió, viendo semejante... Suponé que hubiera sobrevivido, que lo hubieran dejado vivir, te podés imaginar...

JT: ¿Y vos lo preferís muerto?

EO: Yo no puedo decirlo... Yo creo que es mejor que se haya ido porque creo que la vida de él hubiera sido un infierno imposible de soportar, porque fue casi te diría un abuelo, absolutamente, con su locura de que las chicas tuvieran una vida libre como entiende el intelectual la libertad. Pero la libertad total y absoluta tampoco la podemos tener nunca porque siempre estamos atados a algo, el solo hecho de tener familia e hijos ya te ata, ¿no? Eso era lo que yo siempre le quise hacer entender: que la libertad del hombre parte de uno mismo, de su vida interior. Yo les he escrito muchas cosas a los chicos: No busquemos el pájaro azul afuera, lo tenemos que poner dentro nuestro, cada uno en su circunstancia. Y él sabía que por lo menos se podía respetar mi opinión, y él supo que se equivocó, lo supo al ver el resultado de todo. Entonces yo pienso que la vida para él no hubiera sido vida, no sé en que hubiera terminado. No creo que hubiera podido soportar sobrevivir a sus hijas.

JT: ¿Y qué es la vida para vos después de lo que te pasó?

EO: Para mí la vida es algo que vale la pena vivirla; por eso es que me exijo tanto y me cuido tanto de que la gente valore la vida misma, porque la vida es la que nos da la posibilidad de desarrollar algo hasta el último día que tengamos aliento, y creo que siempre, aun la persona más humilde en su medio puede servir. Yo he hablado con gente en mis andanzas en Derechos Humanos que me han dejado enseñanzas increíbles, gente semianalfabeta, o analfabetos, o gente pobre. Hoy mismo estaba leyendo en el Radar de hoy de *Página 12* el comentario de algunas mujeres que están luchando en General Mosconi. Esas personas pobrecitas, con 7, 8, 9 hijos, que no tienen para comer y que están cortando pasto alrededor de las vías haciendo el trabajo que hacían antes los hombres, y ahora lo hacen allá; y lo que dicen es una muestra de sabiduría increíble que no hay intelectual que pueda desarrollarla. Eso es instinto, es amor a la vida, esa es la que yo defiendo. Entonces, si yo puedo ayudar a alguien, lo quiero ayudar dándole la fuerza para entender que su vida es tremendamente importante, porque lo es, no hay nadie que no tenga una vida importante.

JT: Yo te agradezco de verdad. Para mí fue hermoso. ¿Pero por qué te resistís a llorar?

EO: No. No me resisto; es mi manera de ser; no soy una persona de llorar.

JT: ¿Lloraste mucho?

EO: Cuando he llorado, he llorado sola con la almohada; siempre me vi obligada a disimularlo por el trabajo, por los chicos, por mis padres... Siempre estaba tratando de cuidar de no transmitir el dolor; eso fue una cosa muy terrible que me tocó al quedar sola, porque yo conozco gente que ha tenido el mismo problema que yo... Por ejemplo, tengo dos abuelas a las que les han matado sus tres hijos, pero se han quedado sus maridos, se han sentido unidos en el dolor y de alguna manera acompañados; han tenido hermanas, han tenido hermanos, en fin, familias que de alguna manera los han apuntalado. A mí no me quedó nadie, era yo o yo... Hacer lo que tenía que hacer... Si me mataban, lo dejaba al nene dónde, cómo, y que hubiera sido de él... No le tengo miedo a la muerte, le perdí el miedo, me encanta la vida. Yo soy una persona que disfruto con ver un día de sol, pero no ahora, desde chica. Yo era una chica que ado-

raba la vida, adoraba el sol, la luz, yo no tenía nada especial, pero tenía alegría, era una persona llena de vida interior... y me doy cuenta de mis grandes frustraciones. Mi gran vocación era ser una bailarina clásica y en ese sentido mamá era muy sensible, una mujer de una vida espiritual descomunal, pero no se dio cuenta de que lo mío era auténtico, no era una cosa de la nena que quería tener un tutu y bailar en puntitas de pie. No, no, lo mío partía de algo muy interno, muy fuerte, pero en esa época las cosas no se analizaban así y menos para las chicas, y quedé con muchas frustraciones. Yo tenía una hermana que era una gran pianista, una chica realmente muy linda, que murió... Tenía tres años más que yo, cuatro, y murió de lo que hoy se supone fue una hepatitis infecciosa, la B o la C. Se le convirtió en una hidropesía terrible y murió con 15 años. En aquel entonces, fue en el año 37, no existían ni siquiera los antibióticos; después de la guerra en Europa recién aparecieron los antibióticos. En ese tiempo yo era muy varonera, muy machona, nada de muñecas, y rol femenino ninguno, absolutamente. Claro, yo tenía otras inquietudes. Al no poder ser bailarina, hubiera querido ser una actriz de comedia, por ejemplo; nunca drama, comedia, pero la comedia fina, la comedia donde hubiera mucha música, danza también... Yo necesitaba entregar, volcar cosas, y no pudo ser. De manera que esa frustración yo no la quise para mis hijas, para nada... Por eso me enamoré de mi marido, porque mi marido era el tipo libre de pensamiento, de todo, y, Dios mío, realmente para mí la vida empezó cuando me casé con él, porque vivimos una vida de compartir cosas intelectualmente, era un aprendizaje permanente el que tenía con él y yo me prestaba encantada porque para mí era un esfuerzo grande, pero yo lo hacía con toda felicidad porque yo también recibía de todo eso... Por eso digo que después la dichosa política destruyó todo, y cuando yo me pongo a analizar todo eso y veo el país cómo está, veo que con las ideologías hay que tener mucho cuidado porque destruyen más... Yo no sé qué haría si me encontrara con uno de estos señores de aquella época... A veces me pongo a pensar que para el momento que ellos vivían supuestamente eran los tipos lúcidos de ese momento que buscaban una identidad nacional; el mundo estaba buscando un cambio; no era solamente acá, era en todos lados, y eso yo lo tenía bien claro... La revolución cubana a mí me sacudió por todos lados, o sea, yo tenía claro que era una maravilla lo que se había hecho, era una liberación descomunal, lo sigo

pensando; hoy no tengo claro qué es lo que pasa en Cuba, y no me atrevo a discutirlo. Me da un poco de miedo esa permanencia en el poder, no me gusta, pero no me atrevería a juzgarlo porque no conozco qué es lo que pasa dentro de ese pueblo, pero sí tengo todavía ese respeto por esa gente que murió en aquella época y los que participaron de eso, porque fue hecha con un criterio adulto, no hubo la masacre estúpida de criaturas, de jóvenes, de adolescentes; era gente joven desde luego, pero gente joven ya pensante; pienso que se supo hacer de otra manera, y luchar contra el lobo feroz que tenían al lado. Es realmente para recordar eso, es una imagen que a mí me marcó también para toda la vida. Era joven pero ya era una mujer, o sea, yo participé siempre de todo lo que vivían alrededor mío, de muy chica. La guerra civil española me marcó a fuego porque mis padres lógicamente la vivieron con mucho sufrimiento y padecimiento. Para mí el fusilamiento de García Lorca fue casi como si me hubieran fusilado a mi papá... Es una cosa inexplicable lo que yo sufrí, yo tendría 10 años, y me marcó mucho por el amor que tenían mis padres por la obra de él. Todo ese tipo de cosas a mí me marcaron de una manera casi exagerada; me doy cuenta de que tenía una sensibilidad muy pasional, que lo que me golpeaba, me golpeaba de una manera casi irracional y lo que me alegraba, también. Soy una amante de la vida, lo sigo siendo... Hay un médico que fue también una víctima que escapó de pura casualidad, y él fue uno de los que tuvo que ver mucho con el tema de la genética para las abuelas. Yo lo conocí a través de ahí, y estuve en su casa en Estados Unidos. Él me admira y me quiere mucho; ahora mismo acaba de venir y me dijo: 'Vos tenés que estar trabajando en algún lugar... Y voy a ver si otra vez me meto en algún grupo, pero siempre con mucho cuidado, porque ya me acostumbré demasiado a ser independiente y mi evolución interna no sé si tiene mucho que ver con todo lo que se está haciendo en derechos humanos. No confío mucho pero voy a intentarlo. Sería feliz haciendo algo, no me resisto, al contrario, y pienso que es lo que mis hijas hubieran querido. Pienso que a ellas quizá les guste saber que yo sigo lidiando en esta vida extraña, extrañísima, que me tocó vivir.

JT: Yo te voy a decir algo... Yo hice muchas entrevistas, pero en esta entrevista he quedado perdidamente enamorado de vos porque realmente sos un homenaje a la vida.

EO: Ayyyyy querido, muchísimas gracias, por favor. Muchos me dicen eso, pero no es tal cosa.

JT: Y yo quiero que sepas que te amo profundamente. Te lo digo con mucho respeto.

EO: Muchas gracias.

NOTAS:

- ¹ Hugo Pratt
- ² Hilario Fernández Long – Rector de la Universidad de Buenos Aires 1965-1966
- ³ Perón vuelve al país el 17 de noviembre de 1972 y se instala por 30 días en una casa en la calle Gaspar Campos en Vicente López.
- ⁴ Pedro Eugenio Aramburu fue secuestrado el 29 de mayo de 1970 y muerto por sus captores entre el 30 de mayo y el 1ro. de junio de 1970.
- ⁵ El 12 de junio de 1956 fue fusilado el general Juan José Valle durante el gobierno de Aramburu-Rojas.
- ⁶ El Movimiento del 9 de junio de 1956 pretendía restablecer el estado de derecho, desplazado por el gobierno militar de Aramburu.
- ⁷ Centro de Estudios Legales y Sociales. Es una organización no gubernamental, fundada en 1979, para la promoción y protección de los derechos humanos y el fortalecimiento del sistema democrático y el Estado de derecho en la Argentina, que desarrolla sus actividades especialmente desde el punto de vista técnico-legal.
- ⁸ Emilio Mignone, fundador del CELS.
- ⁹ Juan Sasturain, periodista; abogó por la historieta nacional siguiendo el legado de Oesterheld.
- ¹⁰ Alfredo Scutti, reeditor de *Eternauta*; junto con Solano y la viuda de Oesterheld se disputaron la propiedad de la obra.
- ¹¹ Adolfo Pérez Esquivel: Premio Nobel de la Paz en 1982.
- ¹² SERPAJ – Servicio Paz y Justicia.
- ¹³ CONADEP – Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas.
- ¹⁴ Abuelas de Plaza de Mayo.

FINAL

“¿Estamos en el mundo?
¿Este río es el río
o es una cinta de sueño
que se va hacia la muerte?”

JUAN L. ORTIZ

APÉNDICE

Nació en Buenos Aires, el 31 de agosto de 1932. Entre 1952 y 1956 desarrolla su pasión por los idiomas (inglés, francés, portugués, italiano) y estudia hasta tercer año en la Facultad de Filosofía y Letras.

Entre 1960 y 1963 viaja por el norte del país, Brasil, Bolivia y Perú. Cuando regresa a Buenos Aires en 1964 se casa repentinamente y sufre una internación de casi un año en el neuropsiquiátrico Borda donde conoce a Jacobo Fijman.

Entre 1966 y 1967 el dibujo comienza a ocupar un lugar tan importante en su obra como la misma poesía, al punto que cuatro de sus cinco libros están ilustrados por él. Conoce a Leopoldo Marechal, al que define como su maestro y que prologa "proféticamente" *Visión de los Hijos del Mal*, publicado por la Editorial Sudamericana y por el que recibe el Segundo Premio Municipal de Poesía en 1968. Conoce a la artista plástica y definitiva mujer, Iris Alba. Entre 1969 y 1975 obtiene una Beca del Fondo Nacional de las Artes, con la que publica su quinto libro. También realiza una importante exposición de dibujos y pinturas cuyo catálogo es escrito por Aldo Pellegrini.

A partir de 1970 se dedica al periodismo como crítico literario, escribiendo en las revistas *Siete Días* y *Panorama* y en los diarios *La Opinión* y *El Cronista Comercial*.

En 1972 nace Emiliano, su único hijo. Dicta clases en la Facultad de Filosofía y Letras y se dedica al estudio del rumano.

El último domingo de mayo de 1976, un grupo de paramilitares lo secuestra de su casa. A partir de ese momento integra la lista de los treinta mil desaparecidos.

(Síntesis de la cronología realizada por Emiliano Bustos, para el libro *Despedida de los Ángeles -antología-*, de Editorial Libros de Tierra Firme, Colección Todos Bailan)

OBRAS DE MIGUEL ÁNGEL BUSTOS

1957 *Cuatro Murales*

1959 *Corazón de Piel Afuera* (prólogo de Juan Gelman)

1965 Fragmentos Fantásticos

1967 Visión de los Hijos del Mal (prólogo de Leopoldo Marechal)

1970 El Himalaya o la Moral de los Pájaros

EL DÍA EN QUE LA NOCHE LLEGÓ A SANTIAGO

Cuando la noche llegó a Santiago
cuando la muerte y los asesinos entraron en Santiago
una llave giró en el pueblo y abrió una puerta sombría.

Son las dos de la tarde

Son las tres de la noche más larga y blanca de Chile
pero yo sólo veo muertos y muertos
en pirámides
atravesando los ríos
descendiendo las montañas
entrando en muchedumbres
a la habitación tremenda y negra
donde Víctor Jara temple su guitarra
con la memoria de sus manos muertas.

Sube su canto la tierra celeste
alcanza el cielo más próximo
bebe el fuego verde de la primavera futura.

Porque la muerte ni la derrota son ciertas
sólo son relámpagos de un puente tendido sobre abismos de hueso
iluminando la noche de Santiago.

Mientras Víctor cierra los postigos de su casa en sombras
se embarca en su guitarra
y entra a combatir en el corazón del pueblo.

Miguel Angel Bustos

Sangre de Agosto -

Puede la nieve cubrir la tierra por un siglo
 trazar el frío un jardín de flores azules en el
 mientras el desierto soporta la hambrienta ^{luz del} ~~luz del~~ cielo blanco

Puede el sur ser más bello que el norte de fuego
~~para sus~~ ~~resaca~~ ~~la~~ ~~región~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~morte~~
 de mis hermanos.

No olvido las sombras de los rendidos en el aeropuerto

(las armas en el suelo
 sonrisas como acabados de nacer
 con el coraje intacto
 entregados a un enemigo infame)

y aquella imagen de muerte del capitán de la Marina
 surgida de las cenizas de batallas imaginarias
 prometiendo garantías en nombre de un sistema
inmortal

(Otras escenas iguales en vileza
 forman la historia oficial de mi patria..

Bravos capitanes sucios como éstos
~~asaltan~~ ~~invaden~~ ~~la~~ ~~imaginación~~ ~~de~~ ~~nuestros~~ ~~hijos~~
 para ~~robar~~ ~~en~~ ~~sus~~ ~~almas~~
 un vasto país corrupto.)

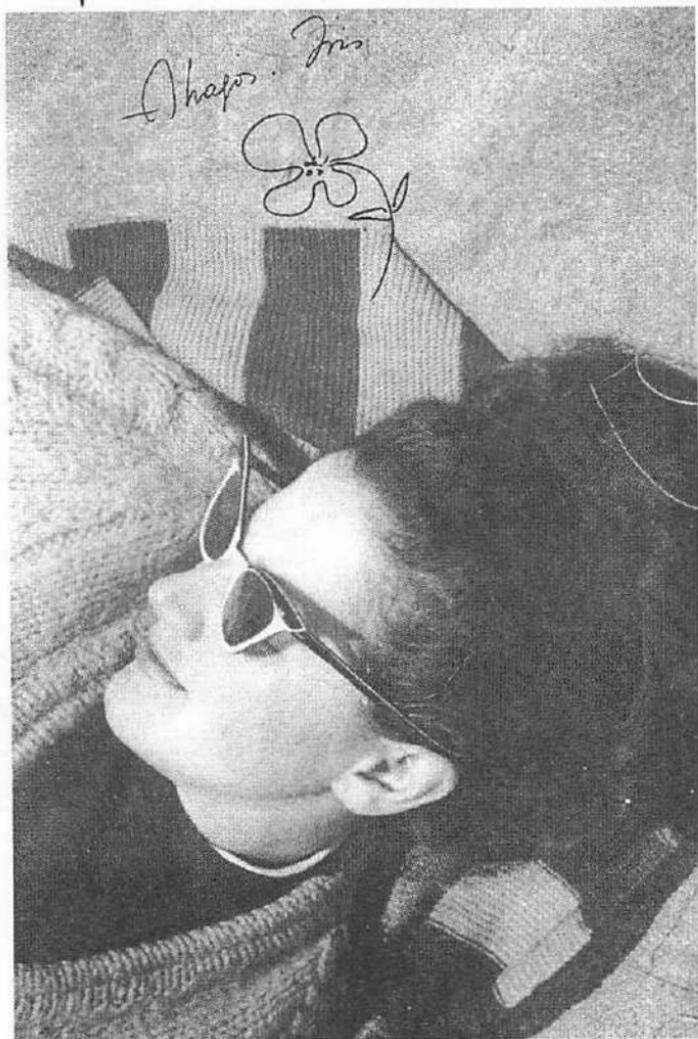
Miguel: hoy, miércoles esperé despertarme con vos llamando a la puerta; no fué, será porque ésta es tu decisión.

Aquí el tiempo tique con ~~obediencia~~ ^{obediencia} el orden de diciembre: viento, sol pleno, noches frías. El mar aún no ha mostrado su naturaleza verde, ni siquiera su naturaleza transparente; el río paus en el color, el océano en la dimensión del horizonte.

Esta vez me toca a mí: como, duermo, camino hasta caer literalmente rendida, leo. También reflexiono - ya sé, vos pensarás, "con los mecanismos equivocados"; y tal vez sea así, tal vez lo único que importa es acertar al mecanismo: las verdades, hasta las ilusiones, son solo viles -; reflexiono y recuerdo esas "loas menores que quedan en el depósito de la memoria porque son acciones de segundo tiempo (Es posible: fue así efra nra, el mar, etc' limpiando tu imagen dentro mío, quizás dejó sólo lo elemental.)

¿Qué hacés, cómo estás, seguís el Hatamiató?

No voy telefónico de dicho ~~signame~~
a renigname a las especulaciones.



Iris Alba esposa de Bustos

Alguien: voy a la tarde te mandé un telegrama, no sé que decidirá, pero de cualquier forma: ¡videte!

Alquilé una casa con dos dormitorios, living-comedor, baños chicos y un jardincito con flores y malezas.

Lo mejor: a dos manzanas vistas, el mar. (Ahora, desde de la ventana, el jardín mira la calle y tapa hacia la plaza enorme y dorada bajo incalculables hilas de juncos de marulio y un cielo de latidos inmensos. ¡Quilómetros, el oleaje lejano, algún sentido rodando sus infinitos juncos de agua en la noche. Ah, qué tal tenía de esta ~~cosa~~ estrategia de este vacío que me casa al mar!)

De hecho ¿qué? Por más que instante, solamente algún gesto, alguna palabra de esos meses se puede al completo y asallador recuerdo que comienza en primavera del 69 y termina en la mirada de "El Submarino amarillo", o tal vez en el hotel punero, cerca de aquella fuente de

perdible, de aquel suavo monstruo... Como si
monstruo, personajes de calante, volvicamos al punto
suicidal de memoria, tal vez vos sea dado...

De nuevo: vidate.

Lucius / Dis



CRONOLOGÍA

1925 Nace el 25 de mayo en Chacabuco, Provincia de Buenos Aires. Hijo de Petronila Lombardi y Pedro Conti, un tendero ambulante, fundador del partido peronista en su pueblo.

“La cosa empezó de esta manera. Yo era alumno de una escuela de pupilos. En aquel tiempo no había cine, y reemplazábamos esa diversión dominical con unas funciones de títeres. Yo me ocupaba de escribir los libretos que, como en todas las seriales, se acababan en el momento de mayor suspenso y se continuaban en el próximo

domingo. Así nació en mí una parte de esa vocación por la literatura. La otra parte se la debo a mi padre. Él siempre fue un gran cuentero y lo es todavía. Es un hombre de pueblo que cuenta y cuenta cosas como toda la gente de pueblo, que a veces no tiene otra cosa que hacer. Mi padre era un viajante, un tendero ambulante y yo salía a recorrer el campo con él; se encontraba con la gente y antes de venderle nada se ponía a charlar y contar cosas. Así recibí ese hábito de contar oralmente”, señaló en la entrevista realizada con Heber Cardoso y Guillermo Boido, *La Opinión*, 15 de junio de 1975.



Aroldo Conti en el Tigre

1944 Luego de trabajar un tiempo como maestro de escuela en la localidad de General Pirán, ingresa en el Seminario Metropolitano Conciliar, de Villa Devoto (ciudad de Buenos Aires).

"Estudié de sacerdote, con sotana y todo. Leía muchos libros misionales, libros escritos por misioneros. Me imaginaba en algún confín del mundo redimiendo infieles. [...] Finalmente, todo eso acabó: tuve una gran crisis religiosa y volví a mi pueblo. Cada persona tiene destinado un paisaje y debe coincidir con él.", dijo el escritor en una entrevista publicada en la revista Gente, Buenos Aires, 1971.

1947 Abandona los estudios en el Seminario para ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

"Un día en el colegio de curas donde estudiaba, se me ocurrió escribir una novela misional, sobre aventuras de misioneros en tierras extrañas. La novela se llamaba 'Luz en Oriente'. No me acuerdo si la terminé. Así fue naciendo la cosa. Después ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras y hubo una época de silencio en la que me dediqué a estudiar y, voluntariamente, dejé todo ese tipo de inquietudes. Por ese camino acabé siendo un triste profesor de escuela secundaria. Hace veinte años que enseño latín. Después se me dio por el teatro. En aquella época estaban en boga los teatros independientes. (...) Por aquellos años conocí el Delta, uno de los metejes de mi vida, me dediqué a construir un barco, me fui metiendo muy adentro de un determinado mundo, fui conociendo la gente de la costa, los isleños, la gente de barcos. Y con toda naturalidad, mientras construía ese barco, surgió 'Sudeste'. Así empezó todo", señala en la entrevista realizada por Heber Cardoso y Guillermo Boido, en La Opinión, Buenos Aires, 15 de junio de 1975.

1952 Obtiene dos becas del Cine Club. Trabaja como asistente de dirección en la película "La bestia debe morir", con dirección de Román Vignoli Barreto y guión de Narciso Ibáñez Menta.

1954 Concluye sus estudios de Filosofía y Letras.

Realiza trabajos como asistente de dirección en la película "La bestia debe morir", del director Román Vignoli Barreto.

"En todos mis libros yo he visto a los personajes como parte de una película; yo necesito encarnarlos, pensarlos como seres vivos, darles cara y cuerpo para poder escribir sus historias.", comentó a la revista Análisis.

1955 Contrae matrimonio con Dora Campos, quién será la madre de sus hijos Alejandra y Marcelo.

1956 Recibe el premio teatral OLAT (Organización Latinoamericana de Teatro) por "Examinado", una obra de un solo acto, que fue seleccionada para ser leída en el Teatro Odeón.

1960 Su cuento "La causa" obtiene una mención en la edición en español de la revista Life.

Se recluye en el Tigre y comienza a fabricar su pequeño barco "El Alejandra".

1962 Publica su primera novela, "Sudeste", por la que obtiene el Primer Premio del concurso organizado por Fabril Editora.

"Aunque oriundo de la ciudad recostada junto a una laguna célebre que le da el nombre, su gran devoción fue para el río, el delta y su gente, esa legión de marginados que viven sus días en morosa y tal vez bucólica intimidad con la naturaleza hasta que irrumpe la violencia. Ya en 'Sudeste' esa tendencia es evidente. La tradición señala que en algún momento, mientras Conti trajinaba en la construcción de su propio barco, surgieron los personajes que pueblan la novela: el Viejo, el Boga, el Cabecita, el largo Fourcade y los otros, los que arriban al final, perversos andrajos de las orillas, las aguas y los negocios sucios. Y si al leer la novela se hace presente, de entrada, el poderoso recuerdo de Hemingway en El viejo y el mar y también el de Fray Mocho en 'Un viaje al país de los matreros', otras influencias más intelectuales, filosóficas, podría decirse, recuerdan a los existencialistas y por sobre todo a Albert Camus en ese Boga que, desde su primitivismo sin fisuras, se deja llevar por la vida, así como va a la deriva por las aguas que conoce al dedillo en sus intrincados laberintos, o se permite ser arrastrado por los sucesos que le van llegando en la imprevisibilidad de los días. Es notable la parquedad de su escritura impregnada de poesía y de ternura, morosamente volcada en situaciones, personajes y circunstancias, sobria como sus rústicos agonistas, acostumbrados a manejarse con monosílabos, a pergeñar los diálogos sobre la base de escuetos gestos, a contemplar en silencio la majestuosidad del ambiente en que están. Pero que no llame a engaño la placidez inicial, casi bucólica, de la historia. En crescendo dramático arriba el estallido último", escribió María Esther de Miguel, en La Nación, el 23 de enero de 2002.

1963 Su novela "Sudeste" aparece en la lista de best-sellers de la revista Primera Plana.

1964 Se publica en Buenos Aires su libro de cuentos "Todos los veranos" (Editora Nueve 64), que recibe el Segundo Premio Municipal.

Se establece en Buenos Aires y comienza a trabajar como docente.

1966 Recibe el Premio de la Universidad de Veracruz (México) por su novela "Alrededor de la jaula" (publicada en Buenos Aires por la editorial Sudamericana, 1967).

1967 El Centro Editor de América Latina publica su libro de relatos "Con otra gente".

Hasta 1976, trabajará como profesor de latín en el Liceo Nacional N° 7, de Buenos Aires. Luego de su desaparición, se le seguirán computando las ausencias y será recién a mediados de 1979 que el Ministerio de Educación enviará al Liceo una notificación por la cual se lo declara "cesante por abandono de tareas".

1971 La novela "En vida" es publicada por el Centro Editor de América Latina. Un jurado integrado por Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez, entre otros, le concede el Premio Barral (España).

Viaja a Cuba como jurado del concurso "Casa de las Américas".

1972 Escribe el guión del film "La muerte de Sebastián Arache y su pobre entierro", dirigida por Nicolás Sarquis y finalizada en 1977.

Rechaza una invitación para participar en la beca Guggenheim.

"Con el respeto que ustedes merecen por el sólo hecho de haber obrado con lo que se supone es un gesto de buena voluntad, deseo dejar en claro que mis convicciones ideológicas me impiden postularme para un beneficio que, con o sin intención expresa, resulta cuanto más no sea por fatalidad del sistema, una de las formas más sutiles de penetración cultural del imperialismo norteamericano en América latina", escribió en una carta a Stephen L. Schlesinger, de la Fundación Guggenheim.

Se une a Marta Scavac, quien había sido su alumna en el Liceo y será su compañera hasta su muerte.



1974 Regresa a Cuba para participar nuevamente como jurado del concurso literario "Casa de las Américas".

1975 Su novela "Mascaró, el cazador americano" recibe el Premio Casa de las Américas.

La editorial Corregidor publica, en Buenos Aires, su libro de cuentos "La balada del Álamo Carolina".

A partir del mes de octubre, comienza a recibir avisos de que su nombre está incluido en una lista de "agentes subversivos", realizada por las Fuerzas Armadas.

1976 En el mes de febrero, nace su hijo Ernesto.

El 5 de mayo es secuestrado por la dictadura militar en su departamento de la calle Fitz Roy. En los días anteriores al secuestro, había colgado en su escritorio un cartel con la frase "Hic meus locus pugnare est et hinc non me removebunt" ("Este es mi lugar de combate y de aquí no me moverán"). Hasta el día de hoy permanece desaparecido.

"A Haroldo Conti, que era un escritor argentino de los grandes, le advirtieron en octubre de 1975 que las fuerzas armadas lo tenían en una lista de agentes subversivos. La advertencia se repitió por distintos conductos en las semanas siguientes y, a principios de 1976, era ya de dominio público en Buenos Aires. Por esos días, me escribió una carta a Bogotá, en la cual era evidente su estado de tensión. 'Martha y yo vivimos prácticamente como bandoleros', decía, 'ocultando nuestros movimientos, nuestros domicilios, hablando en clave'. Y terminaba: 'Abajo va mi dirección, por si sigo vivo'. Esa dirección era la de su casa alquilada en el número 1205 de la calle Fitz Roy, en Villa Crespo, donde siguió viviendo sin precauciones de ninguna clase hasta que un comando de seis hombres armados la asaltó a medianoche, nueve meses después de la primera advertencia, y se lo llevaron vendado y amarrado de pies y manos, y lo hicieron desaparecer para siempre. Haroldo Conti tenía entonces 51 años, había publicado siete libros excelentes y no se avergonzaba de su gran amor a la vida. Su casa urbana tenía un ambiente rural: criaba gatos, criaba palomas, criaba perros, criaba niños y cultivaba en canteros legumbres y flores," escribió el colombiano Gabriel García Márquez, en El País, 21 de abril de 1981.

Seis meses después del secuestro, Martha Scavac se asila en la Embajada de Cuba, en donde vivirá durante un año y medio hasta que se le facilita la salida del país.

1977 Dirigido por Sergio Renán y con guión de Aída Bortnik, se

estrena el film "Crecer de golpe", basado en su novela "Alrededor de la jaula".

1983 El 17 de marzo se estrena, en Buenos Aires, el film de Nicolás Sarquís "La muerte de Sebastián Arache y su pobre entierro", según el argumento de Haroldo Conti, Luis Priamo y Nicolás Sarquís.

2002 Se estrena el telefilm sobre la obra homónima de Haroldo Conti "Los perfumes de la noche", dirigido por Santiago Palavecino.

2003 El 11 de septiembre se estrena, en Buenos Aires, el film "Sudeste", con dirección de Sergio Bellotti y guión de Daniel Guebel, basado en la novela homónima de Conti.



[1973]

A FERNÁNDEZ RETAMAR

Querido compañero:

Hace tiempo que no tengo noticias de ustedes. Es probable que ustedes aún tengan menos de mí. Aprovecho el viaje de Noé para escribir apresuradamente estas líneas y llenar ese vacío en la forma más rápida posible. Estuve 9 meses ausente de Baires escribiendo una novela que terminé en ese corto tiempo y que ya salió para España. Si nos ponemos de acuerdo con Lara, de Planeta, sale en unos meses. Es algo distinto a cuanto hice y en ella influye de alguna manera todo lo que vino después de Cuba, que me abrió los ojos a América. No sé qué tal salió. Los gallegos están entusiasmados. Yo sólo puedo decirte que es la única novela que escribí con alegría y que me dejó realmente satisfecho. Como era de esperar, después de ese esfuerzo descomunal quedé vacío. Tuve que volver a este puto Buenos Aires y hacer frente a una serie de problemas que quedaron demorados. Concreté mi separación, algo muy doloroso y de lo que no me recupero. Hace un par de días encaré una operación que iba postergando y que, ya superada, me tiene algo dolorido. Pero ahí no acaba la cosa. Tendrás ya noticias de la embestida de la derecha del peronismo. Lo que siempre supuse se cumple paso a paso. La derecha, falta de apoyo popular, apoyándose nada más que en la represión, repliega las armas y juega su última carta: Perón. Ahora tiene las armas y 7 millones de votos. Perón no ha cambiado. Mi triste satisfacción es comprobar que yo no estaba equivocado. Durante 18 años esperé este momento. No sé si llegó a ustedes el bando de guerra promulgado por el propio Perón donde proclama la lucha sin cuartel al marxismo. Que tres días antes el Partido Comunista volcara su apoyo a la fórmula Perón-Perón no debe sorprender a nadie. Casi toda la izquierda se tiró de cabeza a eso pensando obligar a Perón a deshacerse de la derecha, cuando él mismo encarna a esa fracción y se supone que se acuesta con ella. Por lo menos de oficio. Pero esa izquierda petulante por empezar nunca

tomó en cuenta la historia. La omite o sencillamente la ignora. Ayer, otro dato, el llamado gobierno popular que encabeza, con fuerte apoyo de los industriales que el 25 de mayo pensaron que el mundo se les venía abajo, el trabajador más rico del mundo y el descamisado que viste mejor prohibió todos los actos en homenaje al Che, esa enorme figura que por una burla trágica se nos pasa de largo justamente a nosotros, sus compatriotas. Abrevio. Las bandas armadas de la maffia peronista tienen piedra libre. Acabo de enterarme por una persona de mi amistad, que corrió su riesgo para informarme, que en una orden que se distribuye entre los comandos de asalto hay una lista de unas 30 personas a liquidar. Yo figuro entre las primeras. Otro es Rodolfo Mattarolo, director de Nuevo Hombre abogado defensor de presos políticos, entrañable amigo de quien les hablé más de una vez.[...]

Nada de esto me sorprende. Me complica un poco más la vida pues voy a tener que buscar la forma de sostenerme con algún trabajo solitario. Hermanos, en resumen estamos peor que nunca. Con un cerco de hierro en los límites y el enemigo dentro de la propia casa. Hace unos días 150 mil personas desfilaban hasta la embajada de Chile pidiendo armas, con la figura del Che a la cabeza. Fue emocionante. Ahora la policía acaba de requisar 18 mil afiches con la misma figura que iban a empapelar a Buenos Aires en su homenaje. Perón cumple.

Un abrazo (a medias, pues no puedo levantar los brazos, pero igualmente cálido). ¿Qué tal los compañeros? ¡Cuánto los extraño!

Haroldo

2 DE ENERO DE 1976

Roberto, hermano:

Espero que esta carta llegue a tus manos en alguna forma y que algunos meses después llegue a las mías tu respuesta. Es increíble cómo la distancia nos separa. Este año que pasó casi no hemos tenido señales de vida de la Casa, salvo las formales. Yo sé que ustedes nos piensan más de una vez y esa idea nos sostiene. Nosotros los pensamos casi a diario y necesitamos repetirnos constantemente que

Cuba está ahí, en nuestra misma América, y que hay una porción de tierra liberada y ahí están nuestros hermanos.

Me dijo Marta que le dijo Gustavo Hernández, de la embajada, que según una carta de Beba yo daba por sentado que este año iba a La Habana. No sé de dónde salió eso pero juro que jamás se me cruzó por la cabeza. Para mí lo que decidan los compañeros está siempre bien porque se hace de acuerdo a los intereses de la Revolución. Así trabajamos aquí noche y día y esto nos salva del individualismo y las decisiones personales tan funestas a menudo. Por otra parte mi mayor alegría es que viaje a allí gente nueva para que eso se conozca cada vez más. Sé lo bien que le hace a los compañeros y ojalá que pudiesen ir todos. Muchos se lo merecen y lo necesitan más que yo, inclusive para salvar sus vidas. Quiero que esto quede claro.

En cuanto a la situación aquí, las cosas marchan de mal en peor. Me acaba de informar muy confidencialmente [...] [un amigo] militar, que se espera un golpe sangriento para marzo. Inclusive los servicios de inteligencia calculan una cuota de 30 mil muertos. Esto coincide con las apreciaciones de nuestros compañeros que evalúan la situación constantemente. Desde el punto de vista de la lucha revolucionaria el aumento de nuestras fuerzas es notable y la preparación magnífica. Ellos lo saben. Calculamos que los que van a sufrir el golpe serán los compañeros de superficie, los niveles medios que se mueven a dos aguas. Nosotros ya nos hemos mudado de casa, por imposición de los compañeros, pero eso no será suficiente. En este mismo momento las Fuerzas Armadas están haciendo un operativo rastrillo a pocas cuadras de aquí. Por otra parte nuestra casa, por lo amplia y desapercibida, sirve a menudo de refugio a compañeros que están con problemas. Ahora mismo habita aquí la hermana de un compañero que cayó los otros días en el ataque al Batallón 601 y hasta hace poco vivía uno de los muchachos del Libre Teatro Libre que huyó de Córdoba después de haber caído su departamento en un allanamiento que observó desde la calle, por suerte. Mi Sra, a pesar de su avanzado estado de gravidez, cumple una tarea agotadora de asistencia y atención por caídos y presos. Hay caídos a diario y esa gente necesita atención, mover a medio mundo para ubicarlos y luego que no los maten. Recién nos enteramos que una caída se salvará con 15 millones de pesos como coima y ayer tuvimos noticias de un compañero de Crisis que desapareció hace 15 días. Está vivo, aunque desecho.

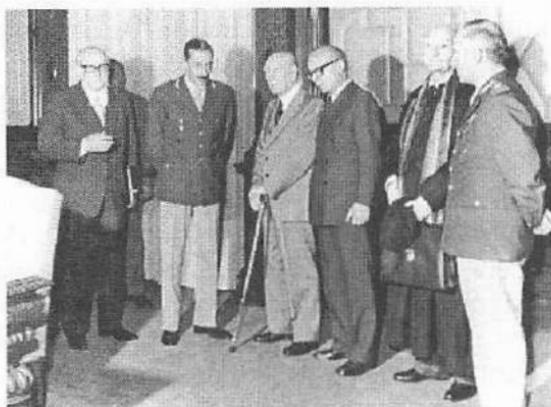
Bueno. Otra cosa, para no alargarme demasiado, hermano. Mascaró está prácticamente agotado. Tuvo gran éxito de lectores pero los diarios y revistas no hablan de él por razones políticas. Soy una especie de contagioso. Sé de algunos órganos donde hubo órdenes expresas de ignorarme. Es curioso recibir notas desde el exterior y no tener una sola en mi país. A propósito, me sería de utilidad recibir cuanto recorte haya de la Habana. Crisis reproduce lo que puede y se proyecta una campaña con ese material para la reedición en marzo.

A propósito de Crisis, que se vende muy bien y es lo único que sobrevive, Federico Vogelius, su director propietario, piensa realizar para marzo una gira por latinoamérica. Naturalmente quisiera entrar en Cuba y establecer relaciones con la Casa para ediciones, etc. Si bien es un hombre rico, es progresista y ayuda mucho. Se puede contar con él ampliamente. No hace todo esto por dinero sino que le interesa apoyar toda actividad cultural. Me pide que vea si se puede arreglar su viaje a través de la Casa. Creo que importa.

Para terminar. Sudamericana saca un libro con colaboraciones de todo el mundo (Cortázar, García Márquez, etc.) cuyos beneficios serán dedicados a los presos políticos. Se vería con agrado y me piden que te pida una colaboración tuya (poesía, relato, lo que sea) y de ser posible la de algún otro notable (Guillén, Carpentier, etc.).

Te abraza

Haroldo



Almuerzo con Videla, 19 de mayo de 1976. Esteban Ratti (Presidente de la SADE), Jorge L. Borges, Ernesto Sabato y el padre Leonardo Castellani. Durante el encuentro el padre Castellani pide por la aparición con vida de H. Conti.

BIOGRAFÍA

Víctor nace el **28 de Septiembre de 1932** de padres campesinos: Manuel, inquilino. Amanda, cantora.

Su infancia transcurre en Lonquén, localidad cercana a la capital y su juventud en Santiago, en la Población Nogales.

A la muerte de su madre ingresa al Seminario Redentorista de San Bernardo. Permanece allí por poco más de un año.

No posee formación musical académica: Su madre le enseña a tocar guitarra. En el Seminario aprende Canto Gregoriano.

En **1953**, a los 21 años, integra el Coro de la Universidad de Chile; participa en el primer montaje de "Carmina Burana" e inicia su trabajo de recopilación e investigación folklórica en terreno.

1956: Ingresa a la Compañía de Mimos de Noisvander.

Entre **1956 y 1962** estudia Actuación y, posteriormente, Dirección en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile. Participa,



Víctor Jara

como alumno, en diversas producciones de la Compañía del Instituto de Teatro de la misma Universidad, Ituch.

En **1957**, se integra al conjunto de Cantos y Danzas Folklóricas "Cuncumén", creado a raíz de unos cursos de temporada dictados por Margot Loyola. Tiene, también, sus primeros contactos con Violeta Parra, quien lo incita a seguir cantando.

Violeta Parra lo incita a seguir cantando

En 1959, con 27 años de edad, tiene su primera experiencia en Dirección Teatral: dirige "Parecido a la Felicidad" de Alejandro Siveking. Viaja con la obra por Argentina, Uruguay, Venezuela y Cuba.

En este mismo año graba para el sello Emi-Odeón, cantando como solista del "Cuncumén", dos villancicos que le fueran entregados por Violeta Parra.

1960: Asiste en la Dirección a Pedro de la Barra en el montaje de "La Viuda de Apablaza" de Germán Luco Cruchaga, para el Ituch. Posteriormente, dirige "La Mandrágora" de Machiavello.

En 1961 y en calidad de Director Artístico del conjunto, viaja con el "Cuncumén" por Holanda, Francia, Unión Soviética, Checoslovaquia, Polonia, Rumania y Bulgaria.

Compone "Paloma Quiero Contarte", canción que marca el inicio de su trabajo de creación musical y poética.

Es, también, Asistente de Dirección de Agustín Siré en el montaje de "La Madre de los Conejos" de Alejandro Sieveking.

1962: Egresada de la carrera de Dirección Teatral y dirige "Animas de Día Claro" de Alejandro Sieveking para la compañía del Ituch.

Graba "Paloma Quiero Contarte" y "La Canción del Minero", contenidas en el Lp "Folklore Chileno" del grupo "Cuncumén" para el sello Emi-Odeón.

Entre 1963 y 1968 se desempeña como Director de la Academia de Folklore de la Casa de la Cultura de Ñuñoa.

Entre 1963 y 1970 forma parte, también, del equipo estable de Directores del Instituto del Teatro de la Universidad de Chile, Ituch.

En el año 1963 es Asistente de Dirección de Atahualpa del Cioppo en el montaje de "El Círculo de Tiza" de Bertol Brecht, para el Ituch. El mismo año dirige: "Los Invasores" de Egon Wolf, para el Ituch; "Parecido a la Felicidad" de Alejandro Sieveking, para Canal 9 de Televisión de la Universidad de Chile; y "Dúo" de Raúl Ruiz, para la Compañía de Los Cuatro.

Entre 1964 y 1967 ejerce como profesor de Actuación en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile.

En el 64, vuelve a montar "Animas de Día Claro" de Alejandro Sieveking con el Ituch y la lleva de gira por la Argentina, Uruguay y Paraguay.

En 1965: Compone la música y dirige la obra "La Remolienda"

de Alejandro Sieveking, para el Ituch. Dirige el montaje de "La Maña" de Ann Jellicoe, para el Ictus. Recibe el premio "Laurel de Oro" como mejor Director del año por el montaje de las dos obras señaladas y el premio de "La Crítica" del Círculo de Periodistas a "La mejor Dirección del Año", otorgado por el montaje de "La Maña".

Entre 1966 y 1969 es Director Artístico del conjunto Quilapayún. Y entre 1966 y 1970, actúa como solista en "La Peña de los Parra".

En 1966 grabo si primer LP

En el año 1966: dirige "La Casa Vieja" de Abelardo Estorino, para el Ituch; Asiste en la Dirección a William Oliver en el montaje de la obra "Marat Sade" de Peter Weiss, también para el Ituch; vuelve a montar y dirigir "La Remolienda" de Alejandro Sieveking, esta vez, para Canal 9 de Televisión de la Universidad de Chile. 1966 es además el año de la aparición de su primer Lp como solista. Lo edita el sello "Arena" con el título "Víctor Jara".

Al año siguiente, 1967, es el sello Emi-Odeón el que edita el Lp "Víctor Jara" y "Canciones Folklóricas de América", junto a Quilapayún. En el ámbito teatral, monta nuevamente "La Remolienda". Es invitado a Inglaterra, en su calidad de Director Teatral, por el Consejo Británico. Recibe el premio de "La Crítica" por su dirección en la obra "Entretenimiento a Mr. Sloane" y el Disco de Plata del Sello Emi-Odeón.

1969 Dirige el montaje de la obra "Viet-rock" de Megan Terry, para el Ituch; y "Antígonas" de Sófocles para la Compañía de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica. Profesor invitado en dicha Escuela de Teatro.

Gana el Primer Premio en el "Primer Festival de la Nueva Canción Chilena" con el tema "Plegaria a un Labrador". Viaja a Helsinki invitado a cantar en un Mitin Mundial de Jóvenes por Vietnam que se realiza en la capital de Finlandia. El sello Dicap edita su Lp "Pongo en tus Manos Abiertas".

1970: Es invitado a la Conversación Internacional de Teatro, en Berlín. Participa en el Primer Congreso de Teatro Latinoamericano de Buenos Aires. Renuncia al Instituto de Teatro de la Universidad de Chile para realizar recitales por todo el país, en el ámbito de la campaña electoral de la Unidad Popular. Emi-Odeón edita un nuevo Lp suyo: "Canto Libre".

Es Embajador Cultural del Gobierno de la Unidad Popular

En el año 1971 trabaja intensamente con el compositor Celso Garrido Lecca en la música para el ballet "Los Siete Estados", de Patricio Bunster, para el Ballet Nacional. Ingresa, junto a Isabel PARRA e INTI-ILLIMANI, al Departamento de Comunicaciones de la Universidad Técnica del Estado. En calidad de Embajador Cultural del Gobierno de la Unidad Popular, realiza una gira de recitales y programas de televisión por México, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Perú y Argentina. Es editado, por el sello Dicap, su Lp "El Derecho de Vivir en Paz". Obtiene el premio "Laurel de Oro" como el mejor compositor del año.

En los años 1972 y 1973, compone la música de continuidad para Televisión Nacional de Chile.

Durante 1972: investiga y recopila testimonios en la población "Hermida de La Victoria" los que forman parte de su Lp "La Población" para el sello Dicap. Realiza una gira musical por la Unión Soviética y Cuba. Es invitado al Congreso de Música Latinoamericana organizado por "La Casa de las Américas", en La Habana. Dirige el homenaje a Pablo Neruda, en el Estadio Nacional, al regreso del poeta a Chile, luego de recibir el Premio Nobel.

Es invitado por los campesinos de Ranquil para crear una obra musical acerca del lugar. Se incorpora a los trabajos voluntarios con ocasión de la huelga de los camioneros que busca paralizar al país.

En 1973: participa en la campaña electoral parlamentaria, realizando conciertos en favor de los candidatos de la Unidad Popular. Dirige y participa como cantante en un ciclo de programas de televisión en contra de la Guerra Civil y Fascismo, acogiendo el llamado hecho, en ese sentido, por Pablo Neruda.

Realiza un gira de conciertos en Perú, patrocinado por el Instituto Nacional de Cultura de Lima. Trabaja en la grabación de sus últimas composiciones para 2 Lps que no alcanzaron a ser editados. Graba el Lp "Canto por Travesura", recopilación del folklore picaresco de Chile, que no alcanzó a salir a la venta.

11 de Septiembre de 1973: Víctor se dirige a la Universidad Técnica del Estado, su lugar de trabajo, donde cantaría en la inauguración de una exposición, desde la cual se dirigiría al país el Presidente Allende. Los militares rodean el recinto universitario ingresando a él el día siguiente, tomando detenidos a todos los profesores y alumnos que se encontraban en su interior.

Víctor Jara es llevado al Estadio Chile y torturado.

Muere acribillado el 16 de Septiembre, pocos días antes de cumplir 41 años.

Su cuerpo es encontrado en la morgue como NN.

TESTIMONIO DE JOAN JARA:

EL GOLPE 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Este es el testimonio de la compañera de Víctor, publicado en el libro "Victor Jara: Un canto inconcluso", acerca del golpe militar y la muerte de Víctor Jara.

Despierto temprano, como siempre. Víctor sigue durmiendo, de modo que me levanto en silencio y llamo a Manuela, que tiene que llegar temprano a la escuela. Bajo a poner la tetera al fuego y pocos minutos después aparece Mónica, frotándose los ojos y bostezando. Todo es normal, dentro de la anomalía en que vivimos. Es una mañana fría, melancólica, nublada.

Manuela y yo desayunamos y salimos para la escuela. Yendo en coche no es lejos, pero resulta difícil llegar en transporte público, aunque lo hubiera. Por suerte nos queda algo de gasolina. Evidentemente somos las únicas personas que están en movimiento. Todos los demás parecen haber decidido quedarse en la cama, con excepción de las empleadas domésticas, naturalmente, que se levantan temprano para hacer cola en la panadería de la esquina. Mónica había vuelto con la noticia de que el coche de Allende ya había bajado a toda prisa por la Avenida Colón, acompañado por su escolta habitual, mucho más temprano que de costumbre. En la cola del pan y en el quiosco la gente decía que se estaba tramando algo.

El Liceo Manuel de Salas está lleno de alumnos. Aquí no hay indicios de huelga. Sólo un mínimo porcentaje de familias no es partidaria de la Unidad Popular. En el camino de vuelta enciendo la radio del coche y me entero de que Valparaíso ha sido acordonado y está teniendo efecto un movimiento de tropas desacomodado. Los sindicatos convocan a todos los trabajadores a reunirse en los lugares de trabajo porque se trata de una emergencia, una alerta roja.

Me doy prisa para contárselo a Víctor. Cuando llego le encuentro levantado y manipulando la radio, con la intención de sintonizar Magallanes u otra emisora partidaria de la Unidad Popular. "Parece que ya empezó", nos decimos.

Aquella mañana Víctor debía cantar en la Universidad Técnica, en la inauguración de una exposición sobre los horrores de la guerra civil y el fascismo, donde hablaría Allende...

Eso no creo que se haga, dije.

No, pero creo que debo ir, de todos modos ¿Por qué no vas al tiro a buscar a la Manuela? Es mejor que estén todas juntas en casa.

Voy a llamar por teléfono para tratar de averiguar qué está pasando.

Mientras volvía a salir del patio, nuestros vecinos empezaban a reunirse. Hablaban en voz alta y ya comenzaban a celebrar. Pasé a su lado sin mirarlos, pero al fijar la vista en el retrovisor vi que una de las "damas" se agachaba y me dedicaba el ademán más grosero del lenguaje chileno.

Al llegar me enteré de que habían dado instrucciones de que los más pequeños volvieran a sus casas, mientras los maestros y los alumnos mayores podían permanecer en el colegio. Recogí a Manuela y en el trayecto de regreso oímos a Allende por la radio. Aunque la recepción era mala, fue tranquilizador oír su voz desde el Palacio de La Moneda... aunque sonó, casi, como un discurso de despedida.

Encontré a Víctor en el estudio, escuchando la radio, y juntos oímos la confusión que se produjo cuando casi todas las emisoras de la Unidad Popular dejaron de emitir a medida que sus instalaciones eran bombardeadas o tomadas por los militares. La música marcial reemplazó la voz de Allende:

"Esta será seguramente la última oportunidad en que me dirijo a ustedes... Yo no voy a renunciar... Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo... Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no puede ser segada definitivamente... No se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos..."

Era el discurso de un hombre heroico que se sabía a punto de morir, pero en ese momento sólo lo escuchamos por fragmentos. A

Víctor le llamaron por teléfono en mitad del discurso. A mí me resultaba difícil escucharlo.

Víctor esperaba mi regreso para salir. Había decidido ir a su lugar de trabajo, la Universidad Técnica, obedeciendo las instrucciones de la CUT. En silencio vertió nuestra última lata de gasolina reservada para una emergencia como aquella en el depósito del coche y mientras lo hacía vi que uno de nuestros vecinos, un piloto de las líneas aéreas nacionales, se asomaba al balcón de su casa y le gritaba algo burlón a Víctor, que le respondió con una sonrisa.

Fue imposible despedirnos como correspondía. Si lo hubiésemos hecho, me habría aferrado a él, y no le habría dejado marchar, de modo que lo hicimos con aire indiferente.

Volveré en cuanto pueda, mamita... tú sabes que tengo que ir... mantén la calma.

Chao...

Cuando volví a mirar, Víctor ya no estaba allí.

Escuchando la radio, entre una marcha militar y otra, oí los comunicados: "Bando número uno", "bando número dos"... las órdenes militares anunciaban que se había dado un ultimátum a Allende para su rendición ante los Comandantes de las tres armas al mando del general Augusto Pinochet... que si a mediodía no se había rendido, el Palacio de La Moneda sería bombardeado.

Mónica estaba preparando el almuerzo; Amanda y Carola Jugaban en el jardín cuando de pronto se oyó el estruendo y el zumbido de un avión a reacción bajando en picada y luego una tremenda



Víctor y Joan Jara

explosión. Era como estar otra vez en la guerra. Salí para meter a las niñas en casa, cerré las persianas de madera y las convencí de que se trataba de un juego... pero los aviones seguían volando en picada y daba la impresión de que los proyectiles que disparaban caían sobre la población de arriba de nuestra casa, en dirección a las montañas. Creo que fue en aquel momento cuando me abandonó toda ilusión que pudiera haber albergado: si luchábamos contra aquello ¿qué esperanza podíamos tener?

Entonces llegaron los helicópteros, rasantes sobre las copas de los árboles del jardín. Los vi desde el balcón de nuestro dormitorio, suspendidos en el aire como siniestros insectos, ametrallando la casa de Allende. En lo alto, hacia la cordillera, otro avión daba vueltas. Oímos el agudo zumbido de su motor durante horas. ¿Sería el avión de control?

Poco después suena el teléfono Corro a contestar y oigo la voz arma de Víctor: casa,

¿Cómo estás, mamita? No he podido llamarte antes. Estoy de la aquí, en la Universidad Técnica. ¿Sabes lo que pasa, verdad?

Le hablé de los bombarderos en picada, pero le dije que todas estábamos bien.

¿Cuándo volverás?

Te llamaré más tarde ahora necesitan el teléfono chao.

No hay nada que hacer, salvo escuchar la radio, los bandos prisa militares entre una marcha y otra. Los vecinos han salido al patio y hablan excitados, algunos encaramados en los balcones, para ver mejor el ataque sobre la casa de Allende... hacen brindis... en una de las casas ondea una bandera.

Oímos la noticia de que el Palacio de La Moneda ha sido bombardeado e incendiado nos preguntamos si Allende habrá sobrevivido... no hay ningún comunicado al respecto... se ha impuesto el toque de queda...

Telefonea Quena para saber cómo estamos y le digo que Víctor ha ido a la Universidad.

¡Qué espanto! exclama y cuelga.

Tenemos que suponer que todos los teléfonos están intervenidos, pero Víctor vuelve a llamar alrededor de las cuatro y media.

Tengo que quedarme aquí... será difícil que vuelva por el toque de queda. A primera hora de la mañana, en cuanto lo levanten, vuelvo a la casa... Mamita, te quiero.

Yo también te quiero... pero me atraganto mientras lo digo, y él ya ha cortado la comunicación.

Aquella noche me acosté pero no pude conciliar el sueño, por supuesto. A todo nuestro alrededor se oían, en medio de la oscuridad, repentinas ráfagas de metrallas. Esperé la llegada de la mañana pensando si Víctor tendría frío, si podría dormir, donde quiera que estuviese, lamentando que no se hubiese llevado al menos una chaqueta, preguntándome si, dado que el toque de queda se había postergado hasta la noche, no habría salido de la Universidad y decidido ir a casa de alguien de las cercanías.

A última hora de la mañana levantaron el toque de queda y las empleadas salieron en tropel a comprar pan pero hoy la cola estaba controlada por soldados que golpeaban a la gente con sus armas y la amenazaban.

Rogaba por que Víctor volviera a casa, anhelaba oír el zumbido del coche al estacionarse debajo de la flor de la pluma. Calculé cuánto tiempo le llevaría el recorrido desde la Universidad... Mientras aguardaba me di cuenta de que no había dinero en la casa, de modo que salí para cubrir a pie el par de manzanas que me separaban de la tiendecita de Alberto, que siempre había colaborado con la JAP y que quizá me cambiaría un cheque. Por el camino, dos camiones pasaron a mi lado a toda prisa. Iban llenos de civiles armados con fusiles y ametralladoras. Comprendí que eran nuestros fascistas locales, salidos de sus ratoneras.

Alberto estaba muy asustado, y con toda razón. En la semana anterior ya habían explotado un par de bombas en la puerta de su tienda. Pero tuvo la bondad de cambiarme el cheque y me preguntó por Víctor. Volví andando a paso largo, y por el camino tropecé con una amiga, la esposa de uno de los miembros de Inti Illimani, que vivía cerca. También ella estaba angustiada y, para colmo, sola, pues el Conjunto se encontraba en Europa. Por acuerdo mutuo volvió conmigo a casa y se quedó varios días. La víspera se había sentido enferma y no había ido a su trabajo en una repartición gubernamental. Ahora sufría atrocemente, pensando qué habría ocurrido allí y qué suerte habrían corrido sus compañeras.

Esperamos juntas, pero Víctor no volvió. Pegada a la televisión, aunque a punto de vomitar por lo que veía, contemplé los rostros de los generales hablando de "erradicar el cáncer del marxismo" del país, oyendo el anuncio oficial de la muerte de Allende, viendo

la filmación de las ruinas del Palacio de La Moneda y de la casa de Allende, repetida hasta el infinito, con primeras planos de su dormitorio, de su cuarto de baño o de lo que quedaba de ellos, con un "arsenal" que parecía patéticamente pequeño considerando que sus guardias habían tenido que protegerle contra ataques terroristas. Sólo a última hora de la tarde me enteré de que la Universidad Técnica había sido reducida, que aquella mañana habían entrado tanques en el recinto y que un gran número de "extremistas" había sido arrestado.

Mi salvación aunque sospechosa porque tenía oídos era el teléfono. Supe que Quena estaba tratando de averiguar qué le había ocurrido a Víctor, y ella estaba en mejores condiciones que yo para hacerlo discretamente. Yo no me atrevía a dar un paso, temerosa de identificar a Víctor ante las autoridades militares. No quería llamar la atención sobre él... quizás había logrado salir de la Universidad antes de que la atacaran. Al menos, eso esperaba.

Transcurrió la noche del miércoles, otra noche fría, glacial para septiembre. La cama era grande y percibí un doloroso vacío a mi lado. Dormí a rachas y soñé con Víctor, en su cuerpo entrelazado con el mío. Desperté en la oscuridad, presa de pánico por él. Recorredé sus pesadillas.

La mañana siguiente tampoco hubo noticias. Traté de telefonar a diferentes personas que podían saber qué había ocurrido en la Universidad Técnica. Nadie estaba seguro de nada. Después, otra vez Quena... había averiguado que los detenidos de la UTE habían sido trasladados al Estadio Chile, donde Víctor había cantado tan a menudo y donde se celebraban los festivales de la canción. Quena no sabía con certeza si Víctor se encontraba entre ellos; la mayoría de las mujeres habían sido puestas en libertad, y le habían transmitido la noticia... pero no estaban plenamente seguras de que Víctor hubiese sido arrestado con los demás, pues las habían separado de los hombres.

Por la tarde suena el teléfono. El corazón me da un vuelco y corro a responder. Una voz desconocida, muy nerviosa, pregunta por la compañera Joan.

Sí, soy yo.

Entonces hay un recado para mí:

Tú no me conoces, compañera, pero tengo un mensaje para ti de tu marido. Acabo de salir del Estadio Chile. Víctor está allí. Me pi-

dió que te dijera que trates de mantener la calma y quedarte en la casa con las niñas, que él dejó el coche en el estacionamiento de la Universidad Técnica y que quizá tú puedas enviar a alguien para que te lo traiga. No cree que le dejen salir del estadio.

Gracias por llamarme, compañero, ¿pero qué quiso decir con eso?

Eso es lo que me pidió que te dijera. Buena suerte, compañera colgó.

Cuando Quena me telefoneó pocos minutos más tarde, le di la noticia. A partir de ese momento se dedicó a hacer todo lo posible para averiguar más, para descubrir cuál sería la mejor forma de salvar a Víctor. Incluso fue a ver al cardenal Silva Henríquez para pedirle que interviniera. A mí me inmovilizaban el terror de identificar a Víctor suponiendo que todavía no supieran quién era, las instrucciones que me había transmitido y mi fe ciega en el poder y la organización del Partido Comunista que, según yo creía, conocería la mejor manera de proteger a personas como él.

En esa etapa yo no tenía una verdadera idea de los horrores que se estaban produciendo. Estábamos privados de noticias y de información, aunque abundaban los rumores. Un dirigente político responsable me telefoneó para decirme que el General Prats avanzaba desde el norte con un ejército: debía de ser el principio de la guerra civil sobre la que nos habían advertido (sólo después supimos que el General Prats estaba encarcelado y que durante la noche del 10 de Septiembre, incluso antes de que empezara realmente el golpe, había habido una purga de todos los oficiales sospechosos de apoyar al gobierno de Allende).

Durante el breve plazo que se levantó el toque de queda el viernes, decidí atravesar Santiago para ir a buscar el coche. Pensé que nos convenía tenerlo por si era necesario marcharnos de prisa. Era mi primera salida fuera de nuestro barrio, y bajo o el sol de mediodía todo parecía artificialmente normal: los autobuses funcionaban, había comida en las tiendas. Lo único anormal era el número de soldados en las calles, en todas las esquinas, pero había mucha gente que trajinaba, caminando de prisa, con el rostro carente de expresión. En el lento trayecto del autobús por la Alameda, pasamos junto al Palacio de La Moneda, mejor dicho su esqueleto, acordonado desde la plaza. Mucha gente paseaba por delante, supongo que curiosa por ver los resultados del bombardeo y el incendio... pero nadie expresaba sus sentimientos, ya fuesen de ira y tristeza o de satisfacción.

La Estación Central y los puestos de alrededor estaban tan concurridos como de costumbre. Me apeé del autobús y vacilé en la esquina de la calle lateral que conducía al Estadio Chile. Me quedé mirando a la multitud que esperaba afuera, a los guardias con sus ametralladoras en posición de disparar. Era imposible acercarse y de todos modos... ¿qué podría haber hecho? Caminé las pocas manzanas que me separaban de la Universidad Técnica. El campus y el nuevo edificio moderno estaban extrañamente desiertos. Después me di cuenta de que los grandes ventanales y puertas de cristal estaban rotos, la fachada dañada y plagada de señales de balas. El estacionamiento delantero, en general lleno, estaba vacío con excepción de nuestra citroneta, que se veía solitaria allí en medio. Seguramente había guardias militares cerca, pero no noté su presencia. Sólo vi a un anciano sentado en un muro, a cierta distancia.

Pongo un pie delante del otro hasta que llego al coche, busco a tientas las llaves y descubro que estoy pisando un charco de sangre que mana por debajo del coche, que donde debería haber una ventanilla no hay nada, que el interior está lleno de vidrios rotos. Pienso que no puede ser el nuestro y empiezo a probar las llaves para ver si encajan. Entonces veo que el anciano se acerca hacia mí.

¿Quién es usted? me grita:

Es mi auto tartamudeo, es el auto de mi marido... lo dejó aquí.

Entonces está bien responde el anciano. Se lo estaba cuidando a don Víctor. Encontré su carnet en el suelo. Será mejor que lo tengas tú me lo entrega.

¿Pero de dónde viene toda esa sangre? ¿De quién es? le pregunto.

Supongo que alguien le dio una puñalada a un ladrón que intentó robarlo. Por aquí se ha derramado mucha sangre últimamente. Será mejor que te vayas cuanto antes. Aquí corres peligro.

Me ayuda a quitar los vidrios rotos de los asientos del coche, para que pueda conducir, e insiste en que me aleje.

Eso ocurrió el viernes. No sé cómo pasé el sábado. La gente me telefoneaba. Yo telefoneaba a la gente. Marta fue a verme. Angel había sido detenido y trasladado al Estadio Nacional. Tuve malas noticias de otros amigos... todos los dirigentes de la Unidad Popular estaban detenidos u ocultos y les buscaban como a criminales. Otros amigos habían desaparecido.

Acostada en la cama el sábado por la noche no puedo decir que durmiendo, con la vista fija en el techo, empezó a cubrirme un tipo

distinto de fría desesperanza. Me incorporé bruscamente, con el corazón en la boca: Víctor no estaba allí.

En cuanto amaneció abrí el armario y empecé a sacar prendas que no había usado durante años: ropas convencionales de Marks & Spencer, que me daría aspecto de extranjera. Me recogí el pelo, me puse gafas oscuras y traté de cobrar fuerzas para ir a la Embajada Británica con el fin de pedirles que ayudaran a Víctor. Era demasiado temprano, por supuesto. Tuve que esperar a que se levantara el toque de queda. Como era domingo, no debía ir a la Embajada, que estaba en el centro, sino a la residencia del Embajador.

El Embajador vivía en una de las grandes mansiones del barrio alto, con verjas de hierro forjado y rejas, cerrada y con guardia policial en el exterior. No había señales de vida. Llamé al timbre y esperé hasta que salió uno de los criados.

Soy británica. Necesito ayuda.

Pensé que me abriría la puerta, pero no fue así. Me dijo que esperara. Esperé. La policía me observaba. Me pregunté si parecería lo bastante inglesa. Entonces se abrió la puerta principal de la mansión y un joven indudablemente británico se acercó a la verja.

Disculpe por todas estas precauciones un tanto dramáticas. Son órdenes superiores. ¿En qué puedo servirla?

En un incoherente y entrecortado inglés que no resultó del todo correcto, le expliqué que mi marido estaba en el Estadio Chile, que temía por su seguridad y que quería saber cómo podían ayudarme.

Observándome a través de la verja herméticamente cerrada, me dijo:

¿Es un súbdito británico? De lo contrario, usted sabe muy bien que no podemos hacer nada.

No, es chileno, pero creo que corre un peligro especial porque es una persona conocida. Por favor, traten de hacer algo para ayudarlo... si saben que la Embajada Británica se interesa por él, quizá podarnos salvarle.

No creo que podamos hacer nada, pero dadas las circunstancias, probablemente lo más aconsejable sea que nuestro Agregado Naval pregunte por él a las autoridades militares. Veré qué podemos hacer, pero no le prometo nada. La llamaré por teléfono si tengo alguna noticia.

Volví a casa preguntándome si había hecho bien, albergando la esperanza de no haber traicionado a Víctor. Si se había desprendido

de su documento de identidad era porque esperaba que no lo reconocieran. A menos que ya estuviese muerto.

El lunes es una laguna en mi memoria. Supongo que hice todos los movimientos que corresponden a estar viva. Por decreto militar, mañana debemos sacar las banderas para celebrar el día de la Independencia de Chile.

Martes 18 de septiembre.

Aproximadamente una hora después de levantarse el toque de queda, oigo el ruido del portón, como si alguien intentara entrar. Todavía está cerrado con llave. Me asomo a la ventana del cuarto de baño y veo a un joven afuera. Parece inofensivo y me decido a abrirle. Me dice con voz baja:

Estoy buscando a la compañera de Víctor Jara. ¿Vive aquí? Por favor, confíe en mí. Soy un amigo me muestra su carnet. ¿Puedo entrar un minuto? Tengo que hablar con usted parece nervioso y preocupado.

Me dice en un susurro: Soy miembro de las Juventudes Comunistas.

Abro la puerta para que entre y nos sentamos en la sala.

Lo siento, tenía que encontrarla... Lamento decirle que Víctor ha muerto... Encontraron su cuerpo en la morgue. Un compañero que trabaja allí lo reconoció. Le ruego que sea valiente y que me acompañe para identificarle. ¿Llevaba calzoncillos azul oscuro? Tiene que venir, porque su cadáver lleva allí casi cuarenta y ocho horas y, si nadie lo reclama, se lo llevarán y lo enterrarán en una fosa común.

Media hora más tarde me encuentro conduciendo como una autómatas a través de las calles de Santiago con el joven desconocido a mi lado. Héctor así se llamaba había estado trabajando en la morgue, el depósito de cadáveres municipal durante la última semana, tratando de identificar cuerpos anónimos que llegaban diariamente. Era un muchacho amable y sensible y había corrido un gran riesgo yendo a buscarme. En su condición de empleado tenía una tarjeta especial y, después de mostrarla en la entrada, me introdujo por una pequeña puerta lateral del edificio, a pocos metros de los portales del Cementerio General.

Estoy en una especie de trance pero mi cuerpo sigue funcionando. Tal vez vista desde afuera parezca normal y dueña de mí misma: mis ojos continúan viendo, mi nariz oliendo, mis piernas andando...

Bajamos un oscuro pasadizo y entramos en una enorme sala. Mi

nuevo amigo me apoya la mano en el codo para sostenerme mientras contemplo las filas y filas de cuerpos desnudos que cubren el suelo, apilados en montones, en su mayoría con heridas abiertas, algunos con las manos todavía atadas a la espalda. Hay jóvenes y viejos... cientos de cadáveres... en su mayoría parecen trabajadores... cientos de cadáveres que son seleccionados, arrastrados por los pies y puestos en un montón u otro por la gente que trabaja en el depósito, extrañas figuras silenciosas con las caras cubiertas con máscaras para protegerse del olor a putrefacción. Me paro en el centro de la sala, buscando a Víctor sin querer encontrarle, y me asalta una oleada de furia. Sé que mi garganta emite incoherentes ruidos de protesta, pero Héctor reacciona instantáneamente:

¡Shhh! No debes decir nada, si no tendremos problemas. Espera un momento. Iré a averiguar dónde debemos ir. Creo que no es aquí.

Nos envían a la planta superior. El depósito está tan repleto que los cadáveres llenan todo el edificio, incluyendo las oficinas. Un largo pasillo, hileras de puertas y, en el suelo, una larga fila de cadáveres, éstos vestidos, algunos con aspecto de estudiantes, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta... y en mitad de la fila descubro a Víctor.

Era Víctor, aunque le vi delgado y demacrado. ¿Qué te han hecho para consumirte así en una semana? Tenía los ojos abiertos y parecía mirar al frente con intensidad y desafiante, a pesar de una herida en la cabeza y terribles moratones en la mejilla. Tenía la ropa hecha jirones, los pantalones alrededor de los tobillos, el jersey arrollado bajo las axilas, los calzoncillos azules, harapos alrededor de las caderas, como si hubieran sido cortados por una navaja o una bayoneta... el pecho acribillado y una herida abierta en el abdomen... las manos parecían colgarle de los brazos en extraño ángulo, como si tuviera rotas las muñecas... pero era Víctor, mi marido, mi amor.

En ese momento también murió una parte de mí. Sentí que una buena parte de mí moría mientras permanecía allí, inmóvil y callada... incapaz de moverme, de hablar.

Tendría que haber desaparecido. Sólo porque su rostro fue reconocido entre cientos de cadáveres anónimos no le enterraron en una fosa común, con lo cual yo nunca habría sabido qué había sido de él. Le di las gracias al trabajador que llamó la atención sobre él y al joven Héctor sólo tenía diecinueve años, que decidió correr el riesgo de ira buscarme, que buscó y encontró mi nombre y mi domicilio en los archivos de "Identificaciones", donde pidió colaboración a

otras personas. Todos habían ayudado. Ahora era necesario reclamar legalmente el cadáver de Víctor. La única forma posible era llevarle inmediatamente desde el depósito hasta el cementerio y enterrarle... tales eran las órdenes.

Me hicieron volver a casa a buscar el certificado de matrimonio. Una vez más, ahora sola, tuve que atravesar Santiago, que ya se había engalanado con banderas para la celebración de las Fiestas Patrias. Todavía no podía decirle nada a mis hijas, el depósito de cadáveres no era lugar para ellas. Pero habían estado llamando mis amigos, muchos alumnos que querían saber cómo estábamos. Uno de ellos insistió en acompañarme, un buen amigo que se tildaba a sí mismo de momio. Por extraña coincidencia, también se llamaba Héctor.

El papeleo, el cumplimiento de todos los trámites, llevó horas. A las tres de la tarde todavía esperaba en el patio que conducía al sótano del depósito, desde donde me dijeron que saldría el cadáver de Víctor. Había allí otras mujeres que hojeaban las inútiles listas fijadas en los muros y que sólo indicaban un número, el sexo, el "sin nombre", encontrado en tal o cual zona. Mientras aguardaba, intermitentemente entraban desde la calle vehículos militares cerrados, con una cruz roja pintada en los costados, que bajaban al sótano para descargar, evidentemente, otra partida de cadáveres, y que al instante volvían a salir en busca de más.

Por fin todo estuvo dispuesto. Con el ataúd sobre un carrito de ruedas, estábamos listos para cruzar hasta el cementerio. Al llegar a la puerta nos encontramos ante un vehículo militar que entraba con más cadáveres. Alguien tenía que ceder el paso... el conductor tocó la bocina y nos hizo ademanes airados, pero permanecemos inmóviles y en silencio hasta que retrocedió para dar paso al ataúd de Víctor.

La caminata hasta el lugar del cementerio donde Víctor sería enterrado debió de llevarnos entre veinte y treinta minutos. El carrito chirriaba, y rechinaba sobre el pavimento irregular. Caminamos y caminamos... mi nuevo amigo Héctor a un lado, mi viejo amigo Héctor al otro. Sólo cuando el ataúd de Víctor desapareció en el nicho que nos habían asignado estuve a punto de desplomarme. Pero estaba vacía de sentimientos o sensaciones y sólo se mantenía viva la idea de que Manuela y Amanda esperaban en casa, preguntándose qué ocurría, dónde estaba yo.

Al día siguiente el diario La Segunda publicó un breve párrafo en el que informaba de la muerte de Victor como si hubiera fallecido plácidamente en la cama: "El funeral fue de carácter privado y sólo asistieron los familiares". Después todos los medios de difusión recibieron la orden de no volver a mencionar a Victor. Pero en la televisión alguien arriesgó su vida insertando unos pocos compases de "la plegaria" sobre la banda sonora de una película norteamericana.

VICTOR JARA: EL ÚLTIMO POEMA

Introducción Joan Jara: "...Cuando más adelante me trajeron el texto del último poema de Victor, supe que él quería dejar su testimonio, su único medio de resistir ahora al fascismo, de luchar por los derechos de los seres humanos y por la paz."

Somos cinco mil
en esta pequeña parte de la ciudad.
Somos cinco mil
¿Cuántos seremos en total
en las ciudades y en todo el país?
Solo aquí
diez mil manos siembran
y hacen andar las fabricas.

¡Cuánta humanidad
con hambre, frío, pánico, dolor,
presión moral, terror y locura !

Seis de los nuestros se perdieron
en el espacio de las estrellas.

Un muerto, un golpeado como jamás creí
se podría golpear a un ser humano.
Los otros cuatro quisieron quitarse todos los temores
uno saltó al vacío,
otro golpeándose la cabeza contra el muro,
pero todos con la mirada fija de la muerte.

¡Qué espanto causa el rostro del fascismo !
Llevan a cabo sus planes con precisión artera
Sin importarles nada.
La sangre para ellos son medallas.
La matanza es acto de heroísmo
¿ Es este el mundo que creaste, dios mío ?
¿Para esto tus siete días de asombro y trabajo?
en estas cuatro murallas solo existe un número
que no progresa,
que lentamente querrá más muerte.

Pero de pronto me golpea la conciencia
y veo esta marea sin latido,
pero con el pulso de las máquinas
y los militares mostrando su rostro de matrona
llena de dulzura.
¿Y México, Cuba y el mundo?
¡Que griten esta ignominia!
Somos diez mil manos menos
que no producen.

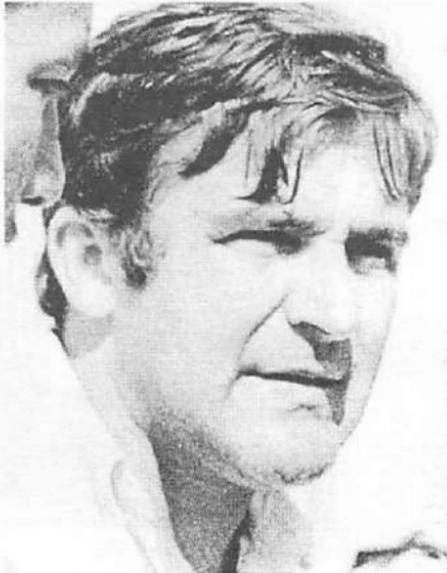
¿Cuántos somos en toda la Patria?
La sangre del compañero Presidente
golpea más fuerte que bombas y metrallicas
Así golpeará nuestro puño nuevamente

¡Canto que mal me sales
Cuando tengo que cantar espanto!
Espanto como el que vivo
como el que muero, espanto.
De verme entre tanto y tantos
momentos del infinito
en que el silencio y el grito
son las metas de este canto.
Lo que veo nunca vi,
lo que he sentido y que siento
hara brotar el momento...

(Victor Jara, Estadio Chile, Septiembre 1973)

BIOGRAFÍA

Francisco Urondo nació en Santa Fe en 1930. Poeta, periodista, académico y militante político, Paco Urondo dio su vida luchando por el ideal de una sociedad más justa. "No hubo abismos entre experiencia y poesía para Urondo." –dice Juan Gelman– "corregía mucho sus poemas, pero supo que el único modo verdadero que un poeta tiene de corregir su obra es corregirse a sí mismo, buscar los caminos que van del misterio de la lengua al misterio de la gente. Paco fue entendido en eso y sus poemas quedarán para siempre en el espacio enigmático del encuentro del lector con su palabra. Fue –es– uno de los poetas en lengua castellana que con más valor y lucidez, y menos autocomplacencia, luchó con y contra la imposibilidad de la escritura. También luchó con y contra un sistema social encarnizado en crear sufrimiento."



Paco Urondo

Su obra poética comprende *Historia antigua* (1956), *Breves* (1959), *Lugares* (1961), *Nombres* (1963), *Del otro lado* (1967), *Adolecer* (1968) y *Larga distancia* (antología publicada en Madrid en 1971). Ha publicado también los libros de cuentos *Todo eso* (1966), *Al tacto* (1967); *Veraneando y Sainete con variaciones* (1966, teatro); *Veinte años de poesía argentina* (ensayo, 1968); *Los pasos previos* (novela, 1972), y en 1973, *La patria fusilada*, un li-

bro de entrevistas sobre la masacre de Trelew del '72. Es autor en colaboración de los guiones cinematográficos de las películas Pajarito Gómez y Noche terrible, y ha adaptado para la televisión Madame Bovary de Flaubert, Rojo y Negro de Stendhal y Los Maías de Eça de Queiroz. En 1968 fue nombrado Director General de Cultura de la Provincia de Santa Fe, y en 1973, Director del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Como periodista colaboró en diversos medios del país y del extranjero, entre ellos, Primera Plana, Panorama, Crisis, La Opinión y Noticias.

Murió en Buenos Aires en junio 1976, enfrentando a la genocida dictadura militar. "Empuñé un arma porque busco la palabra justa", dijo alguna vez.



Urondo y Graciela Murua
(Recien casados)



Claudia. Hija de Paco y
Graciela (desaparecida)

ENTRE SUS OBRAS:

Poesía:

- Historia Antigua (1956)
- Bar "La calesita"
- El ocaso de los dioses
- Breves (1959)
- Lugares (1961)
- Nombres (1963)
- Algo
- Como bola sin manija
- Del otro lado (1967)
- Amarla es difícil
- Dos líneas de fiebre, mareas y pronósticos
- Del otro lado
- Cada día que pasa
- La pura verdad
- Adolecer (1968)
- Larga distancia (1971)
- Poemas póstumos
- Milonga del marginal paranoico
- No puedo quejarme
- Muchas gracias

Prosa y teatro:

- Todo eso (1966, cuentos)
- Al tacto (1967, cuentos)
- Veraneando y Sainete con variaciones (1966, teatro)
- Veinte años de poesía argentina (1968, ensayo)
- Los pasos previos (1972, novela)
- La Patria fusilada (1973, entrevistas)

Sin publicar:

- Cuentos de batalla (1973-1976)
- La verdad es la única realidad

PALABRAS

Dicen que un escritor atraviesa al morir un purgatorio de veinte años en la memoria pública. El plazo está más que cumplido para ese gran poeta que fue —que es— Francisco Urondo, caído en combate contra la dictadura militar un día de junio de 1976, a los 46 de edad. Dejaba un libro inédito, *Cuentos de batalla*, que se perdió en la noche genocida. Como Rodolfo Walsh, como Haroldo Conti, Paco escribió hasta el final, en medio de tareas, urgencias y peligros de la vida clandestina. Para estos pilares de la literatura nacional nunca hubo contradicciones entre la militancia por una patria justa, libre y soberana, y la condición de la escritura. Cuando en este tiempo de la despasión se recuerdan las polémicas de los años sesenta —unos pretendían hacer la Revolución en su escritura; otros, abandonar su escritura en aras de la Revolución—, se percibe en toda su magnitud lo que Paco, Rodolfo, Haroldo nos mostraron: la profunda unidad de vida y obra que un escritor y sus textos pueden alcanzar.

No hubo abismos entre experiencia y poesía para Urondo. "Empuñé un arma porque busco la palabra justa", dijo alguna vez. Corregía mucho sus poemas, pero supo que el único modo verdadero que un poeta tiene de corregir su obra es corregirse a sí mismo, buscar los caminos que van del misterio de la lengua al misterio de la gente. Paco fue entendido en eso y sus poemas quedarán para siempre en el espacio enigmático del encuentro del lector con su palabra.

Buitres de la derrota —que siempre se han cuidado mucho cada centímetro de piel— le han reprochado a Paco su capacidad de arriesgar la vida por un ideal. Paco no quería morir, pero no podía vivir sin oponer su belleza a la injusticia, es decir, sin respetar el oficio que más amaba. El había escuchado el reclamo de Rimbaud: "¡Cambiad la vida!". Estaba convencido de que sólo de una vida nueva puede nacer la nueva poesía. Mi confianza se apoya en el profundo desprecio / por este mundo desgraciado. Le daré / la vida para que nada siga como está, escribió. Fue —es— uno de los poetas en lengua castellana que con más valor y lucidez, y menos autocomplacencia, luchó con y contra la imposibilidad de la escritura. También luchó con y contra un sistema social encarnizado en crear sufrimiento,

para que el mundo entero entrara en la historia de la alegría. Las dos luchas fueron una sola para él. Ambas lo escribieron y en ambas quedó escrito.

Juan Gelman



Paco, con su padre, Graciela y su hija Claudia.



"A menudo hablamos, decimos muchas cosas, pero no hacemos nada y envejecemos en años o en espíritu que es peor. Hay ejemplos a granel, no es necesario recurrir a ellos (...) Por lo tanto, amigo mío, quiero decirte que yo quiero: pensar, decir y sobre todo hacer. Hacer qué me dirás. Es difícil y es fácil de explicarlo. Se sintetiza en una palabra: vivir (...) En una sociedad alimentada a sándwiches económicos habrá que vivir en función a esa madeja económica, pero —y comienzan los peros— esa madera es demasiado densa. Unos la aguantan y su razón de ser es precisamente tejer y destejer el ovillo pero éstos son generalmente simples, muy superficiales. Los que tienen algo dentro, medios enredados viven, se debaten, lloran, gimen, se emborrachan o juegan; viven en una angustia ocasionada por cosas que no quieren hacer y hacen y viceversa y de ellos nace un sentido escéptico de la vida. (...) qué camino nos queda? No será el de los superficiales, no. Me queda uno, el del hombre frustrado, del infeliz, del escéptico. Pero por qué éste es escéptico. Creo padre mío que este hombre se ha equivocado, le dijeron la vida es ésta y aceptó. Yo digo que no, la vida no es una balanza de pesos y acciones. La vida encierra en sí valores que la hacen maravillosa y podrían ser: divinos, poéticos, naturales, humanos y dentro de éste el amor, el odio, la lucha, etc., etc. Lo otro es real, sí, pero es accesorio (lo económico); no pretendo prescindir de lo accesorio pues en este caso es imposible, sólo quiero vivir fundamentalmente sobre esos valores verdaderos o por lo menos esenciales".

Héctor Germán Oesterheld nació en Buenos Aires el 23 de junio de 1919.

Sin lugar a dudas, su obra contribuyó de manera significativa al reconocimiento de la historieta como un medio maduro, serio y altamente creativo. "La historieta si se hace bien puede ser el libro educativo del futuro" dijo Oesterheld alguna vez.

De ascendencia alemana, su padre Fernando, y vasca, su madre Elvira Ana Puyol, se preocuparon por darle una buena formación y desde chico muestra una gran afición a la lectura. Ya adolescente ingresa a la universidad para seguir la carrera de Geología.

Más adelante comienza a trabajar como corrector y en 1943 debuta en el suplemento Literario de La Prensa con su primer cuento "Truila y Miltar", donde ya se aprecian los valores éticos y estéticos que caracterizan el resto de su producción. Durante esos años comparte su carrera universitaria con el estudio de la botánica, la antropología, la zoología y la escritura de cuentos infantiles para diversas editoriales.



Hector Oesterheld con un a de sus hijas

Termina la universidad y se casa con Elsa Sánchez con quien tendrá cuatro hijas: Estela, Diana, Beatriz y Marina.

Luego abandona la geología y se dedica de lleno a su gran pasión: la escritura.

Comienzan sus grandes éxitos: Bull Rockett y Sargento Kirk, sus primeros relatos de aventuras, lo que lo une a dibujantes como Hugo Pratt, Paul Campani y Alberto Breccia. Finalmente crea con su hermano Jorge la

Editorial Frontera que será éxito de crítica y ventas a través de sus revistas "Hora Cero" y "Frontera".

Apenas iniciado el período de posguerra sus narraciones son sumamente originales y políticas.

Todos los géneros y temas son tocados y analizados: el western, el fantástico, la ciencia ficción, la historia argentina y hasta la Segunda Guerra Mundial es revisada por Oesterheld a través de su personaje Ernie Pike dándole expresamente una gran dimensión humana.

Ya en su plenitud creativa aparecen nuevos personajes como Randall, Ticonderoga y finalmente, su gran obra, hoy reconocida como un verdadero clásico de la historieta argentina, El Eternauta, con dibujos de Solano López.

Su capacidad alegórica y anticipatoria sigue impresionando hoy a los que incursionan por primera vez en esta obra de máxima importancia dentro de la ciencia ficción local. Grandes dibujantes colaboran con Oesterheld y de esta manera se forma un circuito de nueva producción apoyada en la creatividad y destreza de su fundador.

A pesar de sus éxitos la editorial sucumbe en pocos años, quizás por la inexperiencia comercial.

Hacia 1963 se inicia un período oscuro y de estrecheces económicas pasando de la cima a casi el olvido durante poco más de cinco años. Durante esa época produjo Mort Cinder, una suerte de reflejo de su estado de ánimo.

Esta situación lo lleva a realizar obras menores, hechas probablemente con la intención de venderlas más fácil y poder escribir.

En 1968 el mundo ha cambiado. Empiezan a vivirse nuevos movimientos sociales y políticos, lo que hace aparecer en escena a un nuevo Oesterheld a través de El Che, historieta sobre la vida del guerrillero argentino que presenta a un autor altamente político y comprometido.

En 1969 la revista Gente publica una nueva versión de El Eternauta, dibujado por Alberto Breccia. Los dibujos eran más experimentales y el contenido también había cambiado, inclinándose hacia un fuerte mensaje político.

Tanto él como sus cuatro hijas comienzan a participar activamente en Montoneros. La violencia política no cesa y Oesterheld se ve llevado a radicalizar sus ideas. Su historieta es altamente política y marginal.



Las cuatro hijas de Elsa y Hector Oesterheld
(Desaparecidas)

Su arte está al servicio de ese objetivo: "La guerra de los Antartes" y "Camote" son sus obras más representativas de ese período.

Con la llegada del Proceso de Reorganización Nacional en 1976, se instala la persecución de todos los militantes políticos. Oesterheld pasa a la clandestinidad y desde allí escribe otra versión de El Eternauta para la Editorial Record. Había retomado lo escrito en 1957 pero dando cuenta de la situación coyuntural que vivía el país. Anticipó en estas nuevas líneas un destino de horror.

Sus hijas, los esposos de sus hijas y sus dos nietos fueron desaparecidos sistemáticamente.

En 1977 Héctor Germán Oesterheld es víctima de la represión militar argentina.

CRONOLOGÍA

1950: Realiza la primer obra, Alan y Crazy (dib. Eugenio Zoppi) para la ed. Abril; le sigue Lord Commando, una historia de guerra.

1951: Ray Kitt, historia de detectives ambientada en Buenos Aires, dib. Pratt, en la revista Cinemisterio.

1952: Bull Rockett (dib. Paul Campani, al que le siguió Solano López y luego otros; desde 1955 fue continuado por otros dibujantes y escenógrafos (1).

Sargento Kirk (dib. Pratt, luego Jorge Moliterni, Porreca y Gisela Dexter) en Misterix, ed. Abril. Le seguirá su Hora Cero Semanal, de su propia producción. En 1973 retoma la revista Billiken (dib. Gustavo Trigo) (2).

1953: Tarpón, historia marinera (dib. Daniel Haupt) en Hazañas. Uma-Uma (dib. Solano López), en Rayo Rojo.

Indio Suárez (dib. Carlos Feixas, luego Carlos Cruz), en Rayo Rojo.

1955: Dragón Blanco (dib. Enrique Cristóbal), en El Zarpa (dib. Ivo Pavore), Western, en Quincenario Dragón Blanco.

1956: Scout River (dib. Luis Dominguez), en Pancho López.

Ray Kent en Pancho López (dib. Eugenio Zoppi) ciencia ficción.

1957: Burt Zane (dib. Ivo Pavone) policial.

Star Kenton (dib. Walter Casadei), ciencia ficción.

OESTERHELD POR OESTERHELD

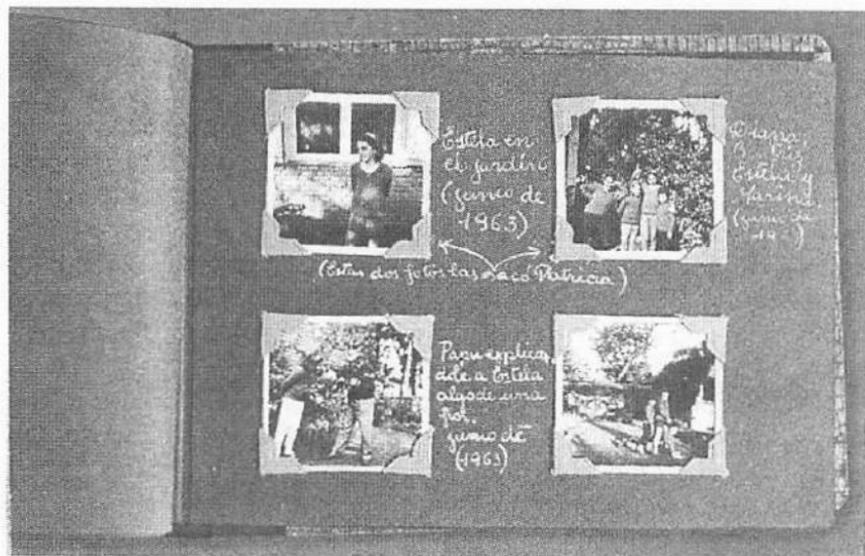
Lo conocí a Héctor en el club de Arquitectura cuando yo tenía diecisiete años: él no era muy guapo pero me llamó la atención su personalidad: era callado, introverso pero muy peculiar: decía lo justo en el momento indicado y tenía un gran sentido del humor. En ese momento había dejado de lado los estudios y eso le traía problemas en su casa, ya que era indolente, medio vago. Cuando nos pusimos de novios la cosa iba en serio: ¡casamiento o nada! Esto hizo que retomara los estudios a todo vapor.

La primera publicación de "Truila y Miltar" lo publicaron sorpresivamente. El padre de un amigo de la secundaria, el señor José Santos Rollano –director de la sección literaria de *La prensa*– leyó el cuento y lo mandó a publicar sin decirle nada a nadie y es así que cuando apareció el 3 de enero de 1943. ¡Nos quedamos todos helados!. No pudimos creer lo que veíamos.

Sabiendo que Héctor estaba sin trabajo el señor Rollano le ofreció ingresar como corrector en *La prensa*; esto le permitió estudiar de día y trabajar de noche.

Faltándole una materia para recibirse de geólogo, comenzó a trabajar en el Banco Industrial de la República Argentina, luego Banco Nacional de Desarrollo, en el laboratorio de minería. La especialidad de él era oro y platino.

Tardamos cuatro años en casarnos: el sueldo no alcanzaba. Luego de recibido el banco le duplicó el salario –1947– y fue posible dar el gran paso. En esta época ya escribía cuentos infantiles en *Códex* y libritos de divulgación científica para *Abril*. Es aquí donde nació el seudónimo Sánchez Puyol –Sánchez por mí y Puyol por su madre–



necesario, ya que no podía trabajar en el banco y firmar los libros con su propio nombre.

En las dos editoriales las cosas andaban muy bien y Héctor estaba entusiasmadísimo. Pasado el tiempo le propusieron en Abril hacer historietas.

Tuvimos cuatro hijas: Estela en 1952; Diana el año siguiente; en 1955 Beatriz y en el '57 Marina. Cuatro chicas que tuvieron una infancia increíble, maravillosa, formando parte de lo que era mi casa; un semillero de arte joven.

Los motivos por los cuales Héctor dejó Abril y formó su propia editorial no los conozco. Él era muy reservado en sus decisiones. Creo que en Abril a pesar de la excelente relación que tenía con los directivos, no le daban la libertad necesaria para hacer la historieta que él quería; como en toda gran editorial no querían correr riesgos. Pero Héctor tenía otra visión, él decía que la historieta, a diferencia de la literatura convencional, era muy popular y por eso había que hacerla bien, para que tuviera un fin educativo, un sentido histórico, científico y artístico. Fue un precursor. Cuando decidió largarse con su editorial los muchachos Hugo Pratt, Ivo Pavone y Guillermo Letteri, fueron muy explícitos: "Donde vos vayas vamos nosotros". Así nació Frontera. Todo funcionaba en la casa de Beccar que habíamos alquilado en el '53, cuando esperá-

bamos a Diana. Yo viví intensamente —como decía Hugo “¡A lo Celta!”— esta aventura.

Luego vino la estafa de los imprenteros. Héctor era muy confiado, siempre creía en todos; yo estaba con los pies más en la tierra. Se vendieron los títulos a Ramírez y luego de un grupo, El Atlántico, que también terminó estafándolos. Los muchachos empezaron a trabajar en Europa y nosotros nos quedamos con la sensación de haber dado todo por nada. Nos iba de mal en peor; después de Yago y Mort Cinder, Héctor comenzó a escribir para Quinterno, para Atlántida, viajó a Chile pero nada resultaba lo suficientemente rentable.

Héctor era un creador y en esas condiciones no podía trabajar. Yo creo que él debió irse a EEUU, no a Europa. Hoy hubiera sido un gran novelista. Quedó su fama, su nombre, su obra, pero no fue nada de lo que él pudo llegar a ser.

Comenzó a trabajar en Columba y, al mismo tiempo empezó a participar en reuniones políticas. Yo ya le había dicho, cuando hicieron con los Breccia la biografía del Che, que tuviera cuidado, que lo podían tildar de comunista, y así fue. Ya en el '75 se incorpora a Editorial Record y después las cosas empezaron a complicarse; las chicas militaban en la JP al igual que muchos jóvenes de aquel tiempo. Héctor era un libre pensador y frente a los cambios políticos que se vivían y a la tremenda compenetración que tenía con los jóvenes, terminó involucrándose en la militancia, primero como observador, dado que al peronismo nunca había adherido, y luego comprometiéndose cada vez más.

Lamentablemente ya no pude hablar más con él, no lo vi más desde el '74. Todos cuentan historias pero la realidad en mi casa la viví yo y fue terrible. Deseo que todos recuerden no solo la desaparición de Héctor, quiero que entiendan que en esa locura perdí a toda mi familia: mis cuatro hijas, dos yernos, dos nietos desaparecidos que ya no tengo esperanzas de contactar. No guardo resentimientos, pero exijo una toma de conciencia para que algo tan desgraciado no vuelva a ocurrir con nadie.

Prefiero recordarlos en los momentos felices. Héctor era una suerte de profesor distraído: recuerdo que una vez se fue todo trajeado para el centro, pero con las pantuflas puestas; me viene a la memoria su amistad con Borges, salían juntos, se telefoneaban, pero me quedó la intriga de saber donde iban, de qué hablaban.

Un día yo volvía de hacer unas compras y lo encontré observando fijamente un centro de mesa con flores. Me dijo que yo también observara, que le dijera qué veía. Le dije que veía eso, un centro de mesa con flores que además estaban medio mustias. Me dijo que aprendiera a mirar, que lo que iba a ver difícilmente pudiera volver a verlo en mi vida. Le hice caso y ahí vi una pequeña crisálida, que se estaba transformando en mariposa. Fue verdad, nunca más vi una cosa igual.

Elsa Sánchez de Oesterheld.

BIOGRAFÍA

Por Felipe Pigna

¿Quién fue Rodolfo Walsh? Un periodista, un escritor, un militante, un intelectual que fue más allá de ese papel? "Fui lavacopas, limpiavidrios, comerciante de antigüedades y criptógrafo", decía él, queriendo alivianar esa imagen deshumanizada con la que se mira a los grandes humanos. Sin embargo, para entender la vida de Walsh es necesario dividirla en dos partes. "Operación Masacre" cambió mi vida. Haciéndola descubrir, además de mis perplejidades íntimas, existía un amenazante mundo exterior", dijo el hombre,

refiriéndose al libro que inició el movimiento periodístico-literario de la novela testimonial.

Después de la frustración por la impunidad de la que gozaron los autores de los fusilamientos, Walsh ya no piensa en pedir justicia, sino observar que, además de permitir obtener datos y establecer la mecánica de sucesión de ciertos hechos, la investigación se ocupa de hechos límites que movilizan y ponen en cuestión compromisos, actos, ideas. La masacre de José León Suárez fue la perfecta culminación de un sistema; el caso Rosendo García desnuda la esencia del vandorismo; el asesinato de Satanowsky pro-



Rodolfo Walsh

yecta luz sobre el funcionamiento de los servicios de informaciones y su conexión con los grandes diarios.

Antes de "Operación Masacre" Walsh se había criado en el seno de una familia conservadora, de ascendencia irlandesa. Estudió en un colegio de monjas irlandesas y estuvo interno en una congregación de curas también irlandeses. "Tengo una hermana monja y dos hijas laicas", se reía. A los 17 años comenzó a trabajar en la Editorial Hachette como traductor y como corrector de pruebas, y a los 20 comenzó a publicar sus primeros textos periodísticos. En 1953 publicó su primer libro de cuentos, "Variaciones en rojo", con el que había ganado el Premio Municipal de Literatura de Buenos Aires.

Cuando se produjeron los fusilamientos de José León Suárez, Walsh estaba trabajando en la compilación de cuentos de la Editorial Hachette. Una tarde de 1956, jugando al ajedrez en un bar de la Plata escuchó la frase "Hay un fusilado que vive". Nunca se le fue de la mente. A fines de ese año, comenzó a investigar el caso con la ayuda de la periodista Enriqueta Muñiz, y se encontró con un gigantesco crimen organizado y ocultado por el Estado. Walsh decidió recluirse en una alejada isla del Tigre con el seudónimo de Francisco Freyre, y con la única compañía de un revolver. El 23 de diciembre Leonidas Barletta, director de Propósitos, denunció, a pedido de Walsh, la masacre de José León Suárez y la existencia de un sobreviviente, Juan Carlos Livraga.

El resto es historia conocida.

WALSH EN CUBA

Antes de partir a Cuba, publicó el Caso Satanowsky, en donde evidenció que matones de la SIDE asesinaron al abogado Marcos Satanowsky debido a oscuros intereses en torno a la propiedad del diario La Razón, y en cuya investigación da con los culpables.

En Cuba fundó la agencia Prensa Latina junto con su colega y compatriota Jorge Mascetti. Había decidido que no sería nunca más un simple observador privilegiado del mundo, sino que quería formar parte activamente de él: como jefe de Servicios Especiales en el Departamento de Informaciones de Prensa Latina, usó sus conocimientos de criptógrafo aficionado para descubrir, a través de unos cables comerciales, la invasión a Bahía de Cochinos, instrumentada por la CIA.

A Cuba fue Walsh a respirar un poco de aire libre. Sus experiencias amorosas con prostitutas cubanas fueron para él también actos de liberación. "... Después de vestirnos le digo cuánto es?, porque ella tiene que seguir trabajando, y ella dice "lo que quieras", pero cuando le doy cinco pesos se sonríe un poco y dice "tan poco?". Entonces invento cualquier argumento, porque no estoy resuelto a darle más, porque ahora no quiero ser engañado, ya la jauría del remordimiento y la vergüenza galopa a mis espaldas. Apenas salimos me desahogo de ella lo más pronto que puedo, y es entonces cuando empiezo a preguntarme si me habrán visto, si ella era linda o era un monstruo, y qué habrían dicho en la agencia si me vieran con una muchacha tan negra. Sí, me siento culpable de este gran acto de liberación..."

WALSH ESCRITOR

Rodolfo Walsh tuvo una tortuosa relación con la literatura, luego de haberse definido como marxista. (Soy lento, he tardado quince años de pasar del mero nacionalismo a la izquierda) Después de publicar *¿Quién mató a Rosendo?* dijo: "las cosas cambiaron realmente en 1968, cuando la política lo ocupó todo. Entonces empecé a ser un escritor político. Mis ideas sobre la novela han cambiado"

A Walsh le faltaba la novela para consagrarse como escritor. Pero después de Operación Masacre, y de su estadía en Cuba, decidió que ya en Argentina no podía desvincularse la literatura de la política. El ya había decidido. "Empiezo a asimilar lo básico del marxismo y mi 'nivel de conciencia' es hoy bastante mayor. No aceptaría hoy incluir una cita de un bufón como Manucho (Manuel Mujica Láinez) en la contratapa de un libro (se refiere a *Un kilo de oro*), ni vacilaría en rechazar una beca en USA, etc."

La novela era, para Walsh, algo así como la representación de los hechos. "Yo prefiero su simple presentación. (...) ¿Eso quiere decir que la novela es lo difícil de decir, lo que se resiste a ser dicho? Lo que me compromete más a fondo? Otra variante que he pensado es que la novela es la última forma del arte burgués, y por eso ya no me satisface".

Ese mismo año, en Madrid Perón le presenta a Raimundo Ongaro, Secretario General de la CGT de los Argentinos, y el 1 de mayo apa-

rece el semanario CGT, que funda y dirige por expreso pedido de Perón... En 1969 empieza a militar en el Peronismo de Base. "No le entiendo nada -dijo Ongaro luego de leer unos escritos suyos- ¿Escribe para los burgueses?" "Me molestó porque sé que tiene razón" escribió Walsh, luego de este hecho.

WALSH MILITANTE

En 1973 comienza a militar en la organización Montoneros con el grado de Oficial 2º y el alias de Esteban. Crea un sector del Departamento de informaciones de Montoneros, y será su responsable. Junto a su amigo, el poeta Francisco Paco Urondo, participa como fundador y redactor de Noticias. Este diario presentaba los puntos de vista de Montoneros. A principios de 1974 deja constancia por escrito sus diferencias de concepción, tácticas y estrategia con la cúpula de Montoneros, en un último intento de cambiar el rumbo, que, de seguir así, llevaba a una segura derrota. No es escuchado. "Nosotros le decíamos traidores a ellos, a los Vandor, a los Matera, a los Remorino. Pero los traidores éramos nosotros. Porque Perón siempre los apoyó a ellos."

Bajo el golpe de Estado encabezado por Jorge Videla, crea la Agencia Clandestina de Noticias (ANCLA). "Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo, oralmente. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez las estarán esperando. Millones quieren ser informados. El terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. Derrote el terror. Haga circular esta información."

El 29 de setiembre de 1976 muere en un enfrentamiento su hija Vicki. Tenía 26 años, una hija y era militante de Montoneros. Muere también su amigo Paco Urondo en Mendoza, perseguido por fuerzas militares conjuntas.

El 24 de marzo al cumplirse un año de la dictadura, envía su famosa "Carta Abierta de un escritor a la Junta militar" a las redacciones de los diarios, y nadie la publica. El 25 de marzo, entre las 13.30 y las 16, Walsh es secuestrado por un grupo de Tareas de la ESMA, comandado por el oficial de Inteligencia García Velasco. Sobrevivientes de la ESMA le acercaron a su hija Patricia Walsh una versión de lo sucedido. Según esa versión Rodolfo debía ser tacleado

por el oficial de Marina y ex rugbier Alfredo Astiz, quien falló en su intento. Esto generó una momentánea confusión que permitió a Rodolfo gatillar el revólver calibre 22 que guardaba en la entrepierna. Así hirió a uno de sus agresores, que quedó rengo (a fines del 77 ese hombre fue galardonado con una medalla en una ceremonia secreta de la ESMA)

El 25 de marzo de 1977 asesinan al hombre que decidió para siempre ser "fiel al compromiso de dar testimonios en tiempos difíciles".

Fuentes:

"Ese hombre y otros papeles personales". Seix Barral. Edición a cargo de Daniel Link.

"Textos de y sobre Rodolfo Walsh". Alianza Editorial. Edición a cargo de Jorge Lafforgue.

Revista V de Vian. Notas de Rodolfo Baschetti y Osvaldo Aguirre.

LIBROS PUBLICADOS POR RODOLFO WALSH:

Variaciones en Rojo. Hachette 1953; De la Flor 1985. Operación Masacre, un proceso que no ha sido clausurado. Sigla, 1957 Operación Masacre y el expediente Livraga. Con la prueba judicial que conmovió al país, Continental Service, 1964 Caso Satanowsky, Verdad, 1958. De la Flor agrega en 1986 un prólogo de Horacio Verbitsky. Los oficios terrestres, Jorge Alvarez, 1965 Una granada. La batalla. Jorge Alvarez, 1965. De la Flor, 1988 Un kilo de oro. Jorge Alvarez, 1967 ¿Quién mató a Rosendo? Tiempo Contemporáneo, 1969 Un oscuro día de Justicia. Siglo XXI, 1973 Recopilaciones póstumas

Obra literaria completa. México. Siglo XXI, 1981 Rodolfo Walsh y la prensa clandestina 1976-1978. Ediciones de la Urraca, 1985. Cuento para tahúres y otros relatos. Puntosur, 1987. Reeditado por De la Flor en 1996. Yo también fui fusilado, Vuelve la secta del gatillo y la picana y otros relatos. Los libros de Gente Sur, 1990 La máquina del bien y del mal. Clarín - Aguilar, 1992. Cuentos. Biblioteca Página/12, 1993 Rodolfo Walsh vivo. De la Flor 1994. Compilación y prólogo de Rodolfo Baschetti. El violento oficio de escribir. Obra periodística (1923-1977) Espejo de la Argentina/ Planeta, 1995 Ese hombre y otros papeles personales. Seix Barral, 1996. Recopilación a cargo de Daniel Link Semanario CGT. Página/12-

Univ. De Quilmes. 4 libros de 86 páginas Textos de y sobre Rodolfo Walsh. Alianza Editorial, 1999.

TEXTOS DE LILIA FERREIRA

LOS CABALLOS DE WALSH

Corrector de pruebas, traductor, criptógrafo, jugador de tableros, periodista, escritor y militante político, parece imposible resumir en pocas páginas la vida de Rodolfo Walsh. Sus oficios terrestres dibujan una trayectoria iluminada por la coherencia entre sus ideas, sus actos y su obra. Luego de un largo silencio, y a 20 años de la desaparición de Walsh, Lilia Ferreyra, su última compañera, ofrece en esas páginas una semblanza íntima y conmovedora, que arroja nueva luz sobre uno de los más rigurosos, solidarios y ejemplares escritores que tuvo la Argentina.

Conocí a Rodolfo en 1967. Hacía un año que yo había llegado a Buenos Aires desde Junín para estudiar química. Trabajaba en el laboratorio de una fábrica, vivía en una pensión, y todos los meses al cobrar el sueldo me compraba un libro o me iba a comer a un restaurante con mantel en la mesa. En Junín había cursado un profesorado en literatura y me interesaban los nuevos escritores argentinos. Así en la primera semana de un mes de ese año '67 entré en una librería de la calle Corrientes y me compré *Un kilo de oro*, libro de cuentos de Rodolfo Walsh, sobre quien sólo había leído una crítica elogiosa en alguna revista. Sentada en un café con mi nuevo libro entre las manos, se me acercó un amigo y me señaló a un hombre que fumaba y leía en otra mesa: "Ese es Walsh". Vi su perfil, y la incipiente pelada como tonsura de monje, el marco negro de sus anteojos, la concentración de su lectura y el gesto de divertida sorpresa con que me miró cuando ese amigo le pidió que autografiara mi ejemplar. Se paró y me sorprendió que sólo alcanzara un poco más del metro setenta de estatura, porque su talle largo presagiaba piernas más largas. Me saludó con una sonrisa y salió rápido. Después supe que estaba en infracción: poco tiempo antes se había se-



parado de su tercera mujer, Pirí Lugones, quien siguió siendo una de las mejores amigas y compañera de esos años, desaparecida por la dictadura en diciembre de 1977. En el acuerdo de una separación sin bienes y gananciales, se habían repartido los cafés de la calle Corrientes: los de la vereda izquierda hacia el río eran de Pirí; a Rodolfo le correspondían los de la derecha. La tarde en que lo conocí, Rodolfo había cruzado la calle hacia la esquina prohibida del café La Paz.

Al mes siguiente y siguiendo el ritual con el cobro de mi sueldo, fui a un restaurante con mantel y ahí estaba nuevamente Rodolfo – no por rituales como el mío sino por costumbres de hombre que vivía solo en un pequeño ambiente con kitchenette– y me invitó a compartir su mesa. Quería conocer a su joven lectora y, con ese interés por las historias de vidas de la gente, empezó a escuchar mi pequeña historia y a descubrir hilos cruzados con su propia vida. Su madre y sus tíos también habían vivido en Junín, llevados como muchos irlandeses por el trabajo en los talleres del ferrocarril Buenos Aires al Pacífico que habían construido los ingleses. Su tío Willy había sido maquinista como mi abuelo, y se había ido a Europa para alistarse con los aliados en la Segunda Guerra Mundial, de donde nunca regresó. A Rodolfo le interesaban las migraciones de la gente, el ir y venir por nuevos territorios, la aventura de conocer otras for-

mas de vidas, las razones que podían impulsar esos cambios. Su propia vida había estado signada por esos cambios.

Había nacido el 9 de enero de 1927 en la isla de Choelechoel, Río Negro. Descendiente de una familia de irlandeses, vivió sus primeros años junto con sus tres hermanos varones y una hermana que luego sería monja, en el sur de la provincia de Buenos Aires, donde su padre, Miguel Esteban Walsh, era mayordomo de una estancia. Uno de los cuentos inéditos que el grupo de tareas de la ESMA secuestró de nuestra casa en San Vicente en la noche del 25 de marzo de 1977 se llama "El 27". Rodolfo empezó a escribirlo a fines del '76 cuando decidimos dar otro rumbo a nuestra vida. En ese relato – una nueva migración a través de la memoria – reaparecen imágenes de su infancia, en la que se recorta la figura de su padre en el escenario de lo que Rodolfo llamaba la cultura de la tierra, "que hemos perdido". Como una cámara que va despegando el zoom, los primeros párrafos describen a ese hombre apoyado en la tranquera, con el horizonte quieto a sus espaldas y el pañuelo rojo anudado al cuello que flota en un vientecito del atardecer. Su padre no había sido un intelectual. Hombre de pocas palabras y lecturas, tenía el saber de las siembras y las cosechas, y dos grandes pasiones: los caballos, con los que hablaba, y el juego, que desesperaba a su esposa, Dora Gil. Trataba de contrarrestar su influencia leyendo a sus hijos novela tras novela en las noches de verano. Quizá pensando que en su vocación no sería suficiente para inducirles a la lectura, decidió que su marido también tenía que leer. Una noche, después de varias disputas conyugales, Miguel cedió y aceptó la apuesta. La victoriosa Dora, que quiso cambiar el mundo con un solo gesto, puso en sus manos *El jugador* de Dostoievski. El padre lo leyó en tres días; la tercera noche dejó la novela sobre una mesa y salió de la habitación sin decir palabras. Jamás volvió a leer otro libro, y siguió jugando hasta la última apuesta: un galope a campo traviesa con su caballo que rodó al pisar una vizcachera y lo mató.

Los años de la infancia reaparecen también en las memorias que estaba escribiendo Rodolfo sobre su relación con la literatura y la política, y con la dimensión afectiva de su existencia, que tituló "Los caballos". La vocación de su madre por la lectura lo ayudó a descubrir su propia vocación como narrador cuando era un chico que contaba todas las noches a sus compañeros de colegio un capítulo de *Los miserables*, de Victor Hugo, que Dora le había leído du-

rante unas vacaciones de verano. Como jugador, fue diestro en el tablero de ajedrez y dominaba la partida de tute cabrero, remate y codillo. Pero otro fue su apuesta con la vida.

En 1937 Rodolfo ingresó como pupilo en un colegio irlandés para huérfanos y pobres. Es el escenario de su relato "el 37" y de sus cuentos del ciclo de los irlandeses: "Irlandeses detrás de un gato", "Los oficios terrestres" y "Un oscuro día de justicia". La primera vez que fui a su casa me leyó el borrador de este cuento. La última página estaba aún en la vieja Underwod negra con que escribía. Sentí la emoción al leer los párrafos finales de esa historia del pequeño Collins y su tío Malcom, que vino a pelearse a puñetazos con el celador Giety para salvar a su sobrino del dolor y la humillación, fue derrotado y quedó como "un héroe tendido en la mitad del camino". Pregunté quién era Malcolm: ¿Perón y el avión negro del 64? ¿El Che Guevara? Podía haber algo de ambos, respondió pero a él le interesaba la esperanza que muchos hombres podían depositar en un solo hombre para animarse a enfrentar la adversidad, aunque cuestionaba esa concepción mítica del héroe. Como dijo años después a Ricardo Piglia, creía que este cuento "era el pronunciamiento más político de toda la serie de los irlandeses y muy aplicable a situaciones muy concretas nuestras: al peronismo y a las expectativas revolucionarias que aquí se despertaban o se despertaron con respecto a los héroes revolucionarios, inclusive con respecto al Che Guevara, que murió en esos días". Su reflexión sobre las posibilidades de una acción individual, la fuerza de una causa colectiva, el líder y el proceso histórico que lo gesta, la vanguardia y el riesgo de convertirse en patrulla perdida, fue constante en todos esos años. Creo que, por la connotación política que tiene y por la íntima conexión entre la escritura y su vida, el cuento "Un oscuro día de justicia" anticipa el rigor crítico con que Rodolfo asumió su compromiso militante y refleja algunas claves de los cambios que se estaban gestando. En 1967 se abre un nuevo rumbo para Rodolfo y para muchos de sus amigos, que en realidad eran pocos.

En diciembre de ese año viajó a Cuba para participar junto con Paco Urondo, Milton Robert, Ricardo Piglia y otros argentinos en el Congreso de Intelectuales que se realizó en La Habana en enero del '68. Regresó por Europa – que no conocía y al llegar a Madrid consiguió una entrevista con Perón. Creo que a través de Jorge Antonio, porque en 1970 al pasar otra vez por Madrid rumbo a La Habana,

fuimos a la casa de Jorge Antonio (donde tenía una foto del che colgada en la pared detrás de su escritorio), para que generara un nuevo encuentro con el general. Pero esta vez no tuvo éxito. Al día siguiente sonó el teléfono en la habitación del hotel y escuché una voz finita y muy amable que pregunto por el señor Walsh. Era José López Rega, que quería transmitirle las disculpas del general por no poder recibirlo. Los tiempos habían cambiado vertiginosamente.

En 1968 Puerta de Hierro era un lugar más tranquilo y Perón también quería conocer al autor de *Operación Masacre*. Al terminar la charla, en la que la voz de Perón ocupó todo el tiempo – “domina el arte de la conversación”, dijo Rodolfo–, el general le presenta a Raimundo Ongaro, secretario general de la Federación Gráfica Bonaerense, quien le propone un nuevo encuentro en Buenos Aires para participar en lo que después se llamó la CGT de los Argentinos. En marzo del '68, Rodolfo entra por primera vez a la sede de Paseo Colón 731. Iba casi todos los días. Estaba impactado por ese encuentro con el mundo sindical de la militancia peronista. Le conmovía el entusiasmo, la decisión de esos hombres y mujeres, la contundencia de los discursos, sobre todo la deslumbrante oratoria de Ongaro, que recogió en su grabador para colaborar en la redacción del programa del 1º de Mayo. Pero algo le preocupaba. Sabía que estaba iniciando un camino que le iba absorber casi todo su tiempo y nuevamente iba a tener que postergar su proyecto de escribir la novela que nunca escribió. Una tarde volvió a casa entusiasmado con la posibilidad que le había planteado Ongaro de hacer un periódico. “Para saber cómo hacerlo necesito dos amigos”, dijo. Eran Rogelio García Lupo y Horacio Verbitsky.

A Rogelio lo había conocido en 1945 en un acto de la Alianza Libertadora Nacionalista, agrupación a la que pertenecieron siendo muy jóvenes y por muy poco tiempo. Años después compartieron en La Habana la fundación de la agencia Prensa Latina y cuando Rodolfo investigó el caso Satanowsky, Rogelio colaboró con él en la comisión parlamentaria que se constituyó para seguir el caso. Compartían la complicidad de divertirse inventando situaciones inverosímiles. En una cena con un periodista que hacía mucho tiempo que vivía afuera del país y que estaba interesado en la cuestión militar, Rogelio presentó a Rodolfo como el mayor Wilkinson, militar nacionalista de origen inglés, quien explicó con solvencia imperturba-

ble las líneas internas del Ejército. Cuando la broma rozó los límites de la burla, reveló el fraude.

No le gustaba el humor que humilla al amigo desprevenido. Pero le gustaba hacerme reír interpretando oficios para los que se sabía poco dotado, como el orador o el músico. Una noche en San Vicente, después de escuchar por onda corta el noticiero de la BBC de Londres y sacar datos que él traducía para Cadena Informativa, cambiamos la frecuencia y sintonizamos una emisora local que transmitía música sinfónica. Rodolfo tomó la batuta invisible, dirigió la orquesta invisible y saludó al público invisible de plateas, palcos, paraísos, y el borde de la cama donde yo estaba sentada golpeando con mis manos el único aplauso de esa multitud. "Alguna vez vas a contar estas cosas y se van a reír de mí", dijo riéndose de sí mismo.

Una cierta tendencia a la desmesura –como la de Mauricio, su personaje del cuento "Foto", que probaba el filo del mundo y rebotaba y se lanzaba otra vez al asalto– le valió a Rodolfo ser bautizado "capitán Delirio" por un amigo. Aceptó el apodo de capitán (una de sus proyectos, si la época le permitía, era tener un lanchón con castillito de popa para que viviéramos navegando por el Delta transportando cargas), pero no le gustó lo de delirio: "Soy solo un hombre que se anima, quizás un poco más que algunos otros", dijo.

A Horacio lo había conocido un par de años antes y le había sorprendido la inteligente rapidez de ese joven de poco más de veinte años y el conocimiento que tenía de todas las facetas del oficio periodístico, que Rodolfo no dominaba. Su única experiencia en una redacción había sido en la agencia de agencias Prensa Latina. Así que una tarde, entró Horacio al pequeño ambiente de la calle donde vivíamos –que entonces no se llamaba Perón– con su hijo de año y medio en brazos. Rodolfo no necesito explicar demasiado el proyecto para que Horacio empezara a hablar de diagramación, papel, tipografías y de todo aquello que se necesita para hacer un diario, que yo escuchaba por primera vez. Lo que nunca escuche, ni esa tarde ni los meses que siguieron, ni a él ni a ninguno de los compañeros que colaboraron en el *Semanario CGT*, fue hablar de dinero por ese trabajo, ni cargos políticos para compensar el tiempo que demandaba. Sí largas y a veces muy alteradas discusiones políticas que se prolongaban en alguna pizzería de Paseo Colón. Indudablemente era otra época. La historia de su vida y su obra están soldadas con la historia del tiempo en que vivió.



Walsh con Lilia Fereyra

En el *Semanario CGT* escribió la serie *¿quién mató a Rosendo?*, donde investigó la responsabilidad del entonces secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica, Augusto Vandor, en la muerte de dos militantes peronistas de base, Blajakis y Zalazar, y de un dirigente de la UOM durante un tiroteo en una pizzería de Avellaneda. Para esta investigación, Rodolfo escuchó durante largas horas las historias de vida de los hermanos Rolando y Raimundo Villafior, que lo ayudaron a tener una comprensión más profunda de las contradicciones del peronismo. “La norma es tener fe en los hechos que siempre superan las expectativas”, había escrito años atrás para un proyecto de investigación. Le interesaba conocer quienes eran las víctimas y los victimarios para no describirlos desde esa única identidad. En la reconstrucción de los hechos que investigó quería escribir sobre la trayectoria que había llevado a esos hombres a la fatalidad de un enfrentamiento y también conocer las razones políticas que lo habían generado.

“Escribir es escuchar”, dijo alguna vez. Esta actitud de Rodolfo es un rasgo más de la coherencia entre sus palabras y sus actos de la que fui testigo en los diez años de nuestra unión hasta que nos separó su muerte. Así escuchaba y grababa a los compañeros de la CGT de los Argentinos para después escribir las notas del *Semanario CGT*, así escuchaba y grababa a los compañeros de la Villa 31 para

escribir el boletín villero, así escucho y grabó al coronel Moori Koenig para escribir el cuento "Esa mujer". En 1956 escucho: "Hay un fusilado que vive" y *Operación Masacre* cambio su vida.

Escucho a mi memoria. La preocupación de Rodolfo por los errores de una política que llevaban a la derrota no era solo un ejercicio teórico de pensamiento político. Desde su lugar como integrante de la Organización Montoneros, los expresó en sus documentos críticos y sus efectos se reflejaban en la forma en que vivíamos. En diciembre de 1976, convencido de la necesidad de un repliegue, decidió que debíamos iniciar nuestra expedición al sur para salir del territorio cercado, Buenos Aires. "Nos quitaron el río pero están las lagunas del sur de la provincia. Necesito vivir ceca del agua", dijo. En un mapa buscó la más próxima y la señaló con el dedo: San Vicente. Encontramos una casita y durante semanas hicimos una mudanza hormiga, silenciosa y clandestina, para no llamar la atención. Al poco tiempo nos enteramos de que se había vendido la casita vecina. Un domingo, mientras cortábamos el pasto, vimos que se estacionaba un enorme camión de transporte de carne. Cuando las puertas se abrieron bajó la vida. Un perro salió ladrando y chicos, padre y madre, cuñados y sobrinos, fueron desembarcando muebles y herramientas. Comieron un asado y la fiesta duró todo el día. Apoyado en el alambrado y mirando el espectáculo, Rodolfo comprobó una vez más la inevitable ruptura entre la clandestinidad obligada de una vanguardia y la vida de la gente que intente representar, cuando se bifurca el camino que en algún momento histórico pudo ser común.

El 25 de marzo de 1977, entre las dos y las tres de la tarde, Rodolfo caminó por la avenida San Juan desde Entre Ríos hasta Sarandí, con su disfraz de jubilado, camisa beige, pantalón marrón, sombrero de paja, anteojos con armazón de metal dorado. Llevaba en un bolsillo la vieja cédula con el nombre de Norberto Freire que había usado exactamente dos décadas atrás para la investigación de *Operación Masacre*. En un viejo portafolio había guardado copias de la carta a la Junta, que había terminado de escribir la noche anterior, y el boleto de compra de la casita de San Vicente, que le dio el dueño de la inmobiliaria minutos antes de que partiera el tren hacia Constitución y que por eso no tuvimos tiempo de dejarlo en la casa. El Grupo de Tareas 3 de la Escuela de Mecánica de la Armada lo estaba esperando para secuestrarlo. Alfredo Astiz era el encargado

de tacklearlo. Rodolfo pasó frente a ellos y en un primer momento no lo reconocieron. Alguien lo identificó. Imagino que Rodolfo percibió el vértigo de los secuestradores porque se dio vuelta. Un subcomisario al que llamaban 220 por el voltaje de su picana, empezó a disparar. Rodolfo corrió entre los autos y sacó la pistola Walther PPK calibre 22 que compró para mí como regalo de defensa y de cumpleaños en mayo del '74. "Yo tiraba y tiraba y él seguía de pie al lado del árbol, hasta que al fin cayó", contó el policía. En la ficción, Rodolfo se hubiera burlado de la mala puntería del feroz subcomisario. En esa tarde inevitable fueron demasiadas las balas que la banda de más de diez hombres descargó contra él, mientras Jorge Eduardo Acosta, jefe de los grupos de tareas, esperaba el resultado del operativo para comunicárselo a su jefe, Emilio Eduardo Massera. El cuerpo acribillado de Rodolfo llegó muerto a la ESMA, quedó esa noche tirado en un pasillo, y dicen que después lo desaparecieron junto al río y con el fuego. Tenía 50 años.

Rodolfo nunca dejó de sorprenderme, sobre todo en los primeros tiempos de nuestra convivencia. En el primer fin de semana que me llevó a Lorerey, la casita que alquilaba en el río Carapachay, nos encontramos con la resaca de una crecida y nos pusimos a limpiar un poco, dispersando en el pasto bajo el sol los pocos muebles que había. Entusiasmada con la actividad doméstica porque me permitía disimular la timidez, vi un espejo muy empañado que colgaba sobre una chimenea en desuso y me abalancé con el trapo en la mano. Un grito detuvo mi gesto en el aire. Durante años Rodolfo había esperado que el tiempo y la humedad del río fueran nublando el espejo. Al atardecer encendió la lámpara de querosén y entendí su paciencia por la belleza. Iluminadas por la luz amarillenta, las imágenes se esfumaban en el espejo empañado como una ventana hacia el sueño o el misterio. Pero no escribió ahí los cuentos policiales que deslumbraron en los '50 y que Rodolfo ya no le gustaban en los '60.

Una de las últimas películas que vimos fue *Dersu Uzala*. Al volver del cine, representamos en el mínimo departamento de 2,60 por 3 la escena del reencuentro entre el capitán del ejército soviético y el viejo hombre de la tundra rusa. Aspirando el grito, yo llamaba: "¡Capitaaaaaán!" y él me respondía: "¡Derzuuuu!", con voz lejana, a un metro de distancia. Ese juego de voces que se buscan me había ayudado tiempo atrás a encontrarlo, la tarde que se perdió al internarse en el monte detrás de la casita en el río Carapachay para pro-

bar el filo de su nuevo machete. En estos veinte años, muchas veces soñé la intensa alegría de ese reencuentro.

DOS LECTORES

En el año 82 viajé a España desde México, donde estaba exiliada. En Madrid conocí a Martín Grass, sobreviviente de la Esma, con quien hablamos durante una larga noche sobre la historia del horror en ese centro clandestino. Mi primera pregunta fue ¿qué pasó con Rodolfo? Escuché la descripción pausada, casi cuidadosa, de la imagen brutal de la muerte que vió en el sótano de la Esma: el cuerpo acribillado de Rodolfo, con el pecho cortado por una diagonal de impactos, tirado en el cemento frío. Martín lo reconoció y se estremeció. Había visto otros muertos por las balas, pero nunca un cuerpo al que le hubieran disparado con tanto odio, quizá porque querían agarrarlo con vida y Rodolfo se resistió para impedirlo. ¿Y qué hicieron con él?, pregunté. No sabía; suponía que quizá lo hubiesen quemado, porque difícilmente preparaban un vuelo para tirar sólo un cuerpo al río. En estos casos, en la Esma solían desaparecerlos con lo que ellos llamaban un "asadito".

—¿Y con todos los escritos de Rodolfo que estaban en la casa de San Vicente?

—Llevaron todo a la Esma. Allí pude leer los documentos críticos sobre la política de Montoneros que escribió como aportes internos de la organización.

Sentí que después de casi cinco años desde su desaparición, aquella imagen de Rodolfo tecleando de noche o de día, escribiendo las historias, corrigiendo los textos que sólo yo había leído, porque eran los escritos inéditos que había ido acumulando en los años de clandestinidad, esa imagen tan nítida en mi memoria comenzaba otra vez a corporizarse. No habían destruído esos papeles. Con ansiedad, intenté que Martín recordara qué otros textos había leído. Estaba la carpeta con sus memorias, los borradores de los cuentos "El 27", "El Aviador y la bomba", "Ñancahuazú". Veía el esfuerzo en su cara y su mirada pedía disculpas.

—¿Y el cuento terminado, pasado en limpio, "Juan se iba por el río"? Empezaba así: "Juan Antonio lo llamó su madre. Duda era su apellido. Su mejor amigo, Ansina, y su mujer, Teresa." Es su último

cuento, el que escribió desglosando el material de la novela que ya había decidido no escribir. Es la historia del argentino derrotado del siglo XIX; del último argentino antes de la grandes inmigraciones. Del hombre del pueblo que había sido llevado de guerra en guerra, de tropa en tropa; que sobrevive a su tiempo y ya viejo, recorre la memoria de su vida y de la época en que vivió. Que luchó junto con su amigo el negro Ansina en batallas que no eran las suyas, como la noche antes de Cepeda, cuando los hicieron formarse para escuchar la arenga del General Mitre, quien los exhortó a combatir por la Patria y entonces el negro lo mira a Juan y le dice: "En la patria de ellos, yo me cago".

Martín se sonrió y dijo: Yo leí ese cuento; lo leí allí en la Esma.

Una alegría extraña, una excitación indecible me sacudió. Había empezado a contarle el cuento y Martín me interrumpió para continuar el relato. No era la única depositaria de esa memoria. Había otro lector y con ese lector recordamos escenas del cuento: Juan mirando pasar la cureña con el féretro de San Martín cuando sus restos fueron repatriados, entre batallones de antiguas tropas; Juan sentado en un banquito a la orilla del río, entre el recuerdo de su pasado y el deseo de poder llegar alguna vez al otro lado del Plata, donde en la lejanía había podido ver en días claros las casitas blancas de la Colonia; la gran bajante del Río de la Plata, la mortandad de los peces, y el final, Juan montado en su caballo, cruzando el lecho seco hacia ese horizonte que se esfumaba...

Le conté a Martín que cuando Rodolfo me leyó el último párrafo le había preguntado si Juan llegaba al otro lado del río. "No sabemos" dijo. Hasta allí acompañó a su personaje; no quiso definir su destino. Por eso Juan no se fué, no llegó; el verbo no cerraba la acción, Juan se iba.

En esa la larga noche, supe que el final abierto del cuento también había sido para mí una metáfora de esos meses del 77 en que creí que Rodolfo podía estar vivo; una esperanza, el deseo de ganarle a la muerte, al destino; una esperanza a su vez aterradora por la tortura sin límite en el tiempo con que vejaban a los prisioneros para quebrarles "la dignidad que ustedes mismos han perdido", como acusó Rodolfo a la Junta Militar.

Afuera amanecía sobre Madrid, la ciudad donde dos sobrevivientes, uno de la Esma y otro en el exilio, estuvimos hilvanando una memoria que pudo haberse perdido. Ya era de día cuando los

dos únicos lectores de "Juan se iba por el río" nos despedimos con un abrazo.

¿Dos únicos lectores?

ESA CARTA

Poco antes de la medianoche, terminó de pasar en limpio la última copia de la Carta y se masajeó los dedos. Desde hacía algún tiempo le habían empezado a doler las articulaciones. "Artrosis –dijo– Pero todavía le pego a las teclas". Nos reímos y empezamos a ensobrar las diez copias dactilografiadas con carbónico de ese texto que había comenzado a escribir tres meses atrás.

Pocas semanas antes de cumplir 50 años –había nacido el 9 de enero del 27– quiso definir dos apuestas para el 24 de marzo del 77, aniversario del primer año de gobierno de la Junta Militar: terminar el cuento "Juan se iba por el río" y difundir un documento que denunciara los crímenes de la dictadura.

Un largo verano

Había tiempo para ganar esa apuesta. Durante años, Rodolfo trató de programar las horas de escritura en un plan de trabajo que pocas veces pudo cumplir. Era una de sus obsesiones. "En la hipótesis de seguir escribiendo, lo que más necesito es una cuota generosa de tiempo. Soy lento, he tardado quince años en pasar del mero nacionalismo a la izquierda; lustros en aprender a armar un cuento, a sentir la respiración de un texto; sé que me falta mucho para poder decir instantáneamente lo que quiero, en su forma óptima; pienso que la literatura es, entre otras cosas, un avance laborioso a través de la propia estupidez", remataba su breve autobiografía en 1965. En el 67, la escritura del cuento "Un oscuro día de justicia" y el proyecto de una novela –cada una en carpetas distintas– se entrecruzaban con las extensas notas para la revista *Panorama* ("con el mismo cuidado y la misma preocupación con que se podía trabajar un cuento o el capítulo de una novela; es decir, dedicarle a una sola nota el trabajo de un mes"). Entre el 68 y el 70, el periódico CGT y la investigación de "Quién mató a Rosendo" arrasó con los cronogramas minuciosamente anotados que, sin embargo, intentó infructuosamente recuperar en 1971 para preparar una nueva edición (o tercera versión) de "Operación Masacre" y la publicación en

forma de libro del "Caso Satanowsky". Pero su participación en los grupos del Peronismo de Base y los vertiginosos tiempos políticos aceleraron su compromiso militante y en 1973 se integró a la organización Montoneros. El proceso histórico acortaba los días y cada vez fue más difícil proteger las horas destinadas a la reflexión de su escritura. Pero seguía escribiendo desde la identidad colectiva de ser parte de una organización: informes políticos, despachos de AN-CLA, los documentos críticos, Cadena Informativa. Las carpetas con sus otros textos personales nos seguían acompañando en cada mudanza clandestina. Aunque Rodolfo siempre encontraba algún resquicio para volver sobre ellos, generalmente quedaban guardados en algún bolso o en algún cajón.

En diciembre del 76, iniciamos "la expedición al sur". Rodolfo había colgado un mapa de la provincia de Buenos Aires en la pared del mínimo departamento donde vivíamos en la Capital. "Hay que seguir la ruta de las lagunas porque nos quitaron el Tigre. Necesito vivir cerca del agua". Observó el mapa y encontró la más próxima: la Laguna de San Vicente. Llegamos en tren y preguntamos en la estación dónde estaba la laguna. Después de merodear por calles de tierra la encontramos. Los grandes juncuales la habían reducido casi a un charco. Nos sentamos sobre unas piedras y, sin desanimarse, Rodolfo empezó a imaginar en voz alta la recuperación de la laguna, achicando el juncal y limpiando las orillas. Los árboles, el silencio y la placidez de la siesta no lo hicieron dudar de la elección de San Vicente como la primera estación en el largo camino hacia el sur. Cuando nos mudamos a la casita, empezó a sentir que el tiempo podía alargarse. Nos despertábamos temprano y la noche tardaba en llegar.

Habíamos salido del "territorio cercado", Buenos Aires. Habíamos encontrado el lugar y el momento para un futuro posible. Y Rodolfo disponía de casi tres meses para escribir la Carta y ganar la apuesta. Los papeles dispersos empezaron a ordenarse y las carpetas con los distintos temas ocuparon su lugar en los estantes. Los hilos de investigaciones pasadas se cruzaban en nuevas tramas: nombres y grupos que habían formado parte de estructuras parapoliciales o paramilitares, fichas con legajos artesanales, carpetas con los recortes periodísticos sobre muertos en enfrentamientos, presuntos tiroteos. Temas que habían sido procesados y difundidos por la Agencia Clandestina de Noticias. Los primeros borradores se

referían casi exclusivamente a describir y denunciar los mecanismos del terror.

Sin dejar de pertenecer a la organización Montoneros, Rodolfo pudo finalmente organizar el tiempo de trabajo: cuando no era necesario cumplir con una cita, escribía a la noche y, a la mañana, releía y corregía.

Catilinarias

En la primera semana de enero, tomamos el Cañuelas en Constitución para volver a San Vicente. Eran las cuatro de la tarde y el sol abrasaba los descampados de barrios del sur. Pocos árboles, techos de chapa, calles de tierra reseca. Pegado a la ventanilla, Rodolfo empezó a hablar sobre la discriminación del agua, del poder sobre el agua, de los que disponen el dispendio del agua para unos y la escasez del agua para otros, del césped y los jardines privilegiados, tan verdes, tan prolijamente regados. El ómnibus frenó en una parada y subió un canillita voceando la tapa de *Crónica*. En las primeras páginas leímos que en un "intento de fuga", habían muerto Dar-do Cabo y otros siete compañeros, que estaban presos desde abril del 75. El aire se hizo más sofocante. "Fusilados".

"La lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal", había dicho en junio del 76 el teniente coronel Hugo Ildebrando Pascarelli. ¿Qué significaba? Rodolfo creía en la existencia de perversos e imbéciles pero no en demonios. Era necesario desentrañar las razones más profundas del golpe militar. Los primeros borradores sobre la represión pasan a formar parte de una reflexión más estratégica y define la nueva estructura de la carta: la interrupción del proceso democrático, el plan político y económico, y la necesidad del aniquilamiento de cualquier forma de resistencia para aplicarlo.

Pero esa carta ¿debía tener un autor? Preocupado con algunos, indignado con otros, Rodolfo no podía concebir el silencio de los intelectuales. En 1968, en el Programa del 1º de Mayo había escrito: "El campo del intelectual es por definición la conciencia. Un intelectual que no comprende lo que pasa en su tiempo y en su país es una contradicción andante, y el que comprendiendo no actúa, tendrá un lugar en la antología del llanto, no en la historia viva de su tierra". Rodolfo era un militante revolucionario, pero elige escribir la carta desde su lugar como intelectual y con su propia identidad.



"Vuelvo a ser Rodolfo Walsh", dice. Y titula el texto: "Carta de un Escritor a la Junta Militar".

Después de varios borradores, fue encontrando el tono, el ritmo, la tensión de las frases. Con el café de la mañana o la ginebra de la tarde, declamaba en latín frases de las Catilnarias que había traducido minuciosamente en un cuaderno Avon en los años 60. Quería trabajar ese estilo. "Como las invectivas latinas; la palabra escrita con la contundencia de la palabra oral". Como una piedra en el agua, el concepto se ampliaba en la concisión de tres cláusulas: "Lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades". En las noches, me leía cada párrafo atisbando mi gesto de duda, rechazo o aprobación ante un adjetivo o una palabra de más o de menos que debilitara un concepto o alterara su ritmo. "... Estos episodios no son desbordes de algunos centuriones alucinados sino la política misma que ustedes planifican en sus estados mayores, discuten en sus reuniones de gabinete, imponen como comandantes en jefe de las 3 Armas y aprueban como miembros de la Junta de Gobierno". La precisión y contundencia de un golpe de timbal.

Apuntes sobre la Carta

Elige como primer tema defender el proceso democrático, sin hacer ninguna concesión al gobierno de Isabel Martínez: "El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para nueve meses más tarde...". En unos pocos párrafos resume el planteo general de la Carta. No quería que ese documento quedara circunscripto exclusivamente a la denuncia de la represión. El golpe militar había quebrado la posibilidad de reencauzar legítimamente el proceso democrático y ese proceso era una apuesta al futuro.

"Invirtiendo ese camino han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina".

En los párrafos siguientes describe la magnitud del terror. Cada uno de ellos es la síntesis de un riguroso seguimiento de información. Entre otras fuentes, guardaba los recortes de los listados de recursos de hábeas corpus presentados que sólo publicaba el diario *La Prensa*. "Más de siete mil recursos de hábeas corpus han sido contestados negativamente este último año...".

Una noche captó en la banda de alta frecuencia que utilizaban los organismos represivos, un radiograma dirigido a todas las unidades militares prohibiendo informar sobre la aparición de cadáveres. "Entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres...". Cuatro líneas que condensan varias horas de empecinada búsqueda de la clave para descifrar ese radiograma en código. Autodidacta de la criptografía (que practicó con éxito en Cuba, cuando en 1960 descubrió la clave de los mensajes cifrados desde Guatemala) nos enseñó a mí y a otros compañeros, entre ellos a Horacio Verbitsky y a Pirí Lugones, a entender la lógica de esa técnica de camuflaje lingüístico.

Una tarde volvió de la Capital, donde se había encontrado con un miembro de la organización, preocupado por las objeciones que

le había hecho al planteo estratégico de la Carta: el texto debía enfocar exclusivamente la represión directa y no estaba muy convencido de que la firmara con su nombre. En nuevas reuniones, Rodolfo consiguió imponer su visión de lo que debía ser el eje medular de su denuncia y lo ubica como enunciado de la última parte: "Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurrir. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada." La piedra basal de la flexibilización laboral y las privatizaciones que ya insinuaba el Fondo Monetario Internacional. La razón más profunda del terror que implantó la dictadura militar para que impregnara a las generaciones futuras.

El final del verano

Al llegar el mes de marzo, anticipó el triunfo de la apuesta –los borradores de la carta y el cuento avanzaban satisfactoriamente– y decidió festejarlo el sábado 26 con un asado que íbamos a compartir con su hija Patricia, su marido Jorge y sus nietos: María, de tres años, a quien llamaba "demonio negro" y Mariano, recién nacido. La hija de Vicki, Victoria, "el gusano rojo de la pradera", estaba con sus abuelos paternos (su padre, Emiliano Costa, estaba preso).

Faltaban pocas semanas y Rodolfo tenía otras urgencias: Cadena Informativa, los cuentos, sus memorias y la discusión sobre las propuestas de repliegue. Y también recuperar "la cultura de la tierra", aprender a manejar la guadaña para cortar los yuyos, eliminar los hormigueros, mimetizarse cada día más con el vecindario de ese barrio que no tenía luz eléctrica.

En la primera semana de marzo partimos junto a unos pocos vecinos rumbo a la municipalidad de San Vicente para reclamar la instalación de la luz. Como en ese lugar Rodolfo era un maestro de inglés jubilado, lo habían elegido para que fuera uno de los que hablara con los empleados encargados del tema. Los hombres iban acompañados por sus mujeres, así que yo me quedé con las vecinas charlando bajo el sol del mediodía en la puerta de la municipalidad, y ellos entraron. Al rato, la calle se conmocionó con la llegada de tropas de ejército. Algunos se apostaron en las veredas y otros



entraron al edificio. Nos quedamos paralizadas en el lugar y no pudimos correr. Nunca supimos en qué consistió ese procedimiento. Al cabo de media hora, Rodolfo y los vecinos salieron hablando con risas algo nerviosas. Pero me miró y se sonrió: no se habían fijado en él. Como un vecino más, lo habían dejado a un costado con los otros y con cierta condescendencia les habían dicho que se fueran.

No conseguimos la luz pero regresamos a la casita. Al atardecer, encendimos las lámparas de querosén y Rodolfo siguió corrigiendo la Carta con las duras teclas de la Olympia portátil.

En la medianoche del jueves 24 de marzo de 1977 festejamos haber ganado la apuesta. El viernes 25, un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada lo emboscó en la esquina de San Juan y Sarandí. Pero no alcanzaron a evitar el disparo más certero de su mejor arma: media hora antes, Rodolfo había descargado en un buzón de Buenos Aires las primeras copias de la Carta de un Escritor a la Junta Militar.

1° DE OCTUBRE DE 1976

CARTA A VICKI

POR RODOLFO WALSH

PUBLICADO DIGITALMENTE: 12 DE JULIO DE 2004

Querida Vicki

La noticia de tu muerte me llegó hoy a las tres de la tarde. Estábamos en reunión... cuando empezaron a transmitir el comunicado. Escuché tu nombre, mal pronunciado, y tardé un segundo en asimilarlo. Maquinalmente empecé a santiguarme como cuando era chico. No terminé ese gesto. El mundo estuvo parado ese segundo. Después les dije a Mariana y a Pablo: -Era mi hija. Suspendí la reunión. Estoy aturdido. Muchas veces lo temía. Pensaba que era excesiva suerte, no ser golpeado, cuando tantos otros son golpeados.

Si, tuve miedo por vos, como vos tuviste miedo por mí, aunque no lo decíamos. Ahora el miedo es aflicción. Se muy bien por qué cosas has vivido, combatido. Estoy orgulloso de esas cosas.

Me quisiste, te quise. El día que te mataron cumpliste 26 años. Los últimos fueron muy duros para vos. Me gustaría verte sonreír una vez más. No podré despedirme, vos sabés por qué.

Nosotros morimos perseguidos, en la oscuridad. El verdadero cementerio es la memoria. Ahí te guardo, te acuno, te celebro y quizá te envidio, querida mía.

5/10. Hablé con tu mamá. Está orgullosa en su dolor, segura de haber entendido tu corta, dura, maravillosa vida. Anoche tuve una pesadilla torrencial, en la que había una columna de fuego, poderosa pero contenida en sus límites, que brotaba de alguna profundidad.

Hoy en el tren un hombre decía: -Sufro mucho. Quisiera acostarme a dormir y despertarme dentro de un año. Hablaba por él, pero también por mí.

13/10

CARTA A EMILIANO COSTA, YERNO DE RODOLFO WALSH, EN ESE MOMENTO DETENIDO.

Emiliano:

Al morir Vicki, la niña quedó en manos del Ejército. Después se la dieron a tu padre. Vicki quería que estuviera con nosotros. Hoy eso no parece posible sin desatar un conflicto familiar cuyas proyecciones son difíciles de calcular.

En consecuencia estamos proponiendo a tu padre un acuerdo que sin modificar esa situación de hecho, reconozca a los familiares de Vicki que son los que antes de su muerte tuvieron mayor trato con la niña -y por lo tanto se encariñaron más con ella- el derecho a verla y a retirarla dos días a la semana. Yo garantizo que ese acuerdo se cumpla.

De este modo podría ver a la niña regularmente, la memoria de la madre no le sería borrada y aquellos que la quieren podrían seguir viéndola.

Como por un lado temo que tu familia pueda oponer reparos, y por otro estimo que tu opinión es la que más puede pesar en la solución del problema, te escribo para pedirte que me apoyes en esta proposición. Por lo demás, te acompaño en tu dolor como se que me acompañas en el mío.

Te mando esta carta por dos vías. Una de ellas es tu padre, que está autorizado a leerla.

Espero tu respuesta. Un abrazo. CAPITAN

29 DE DICIEMBRE DE 1976

CARTA A MIS AMIGOS

POR RODOLFO WALSH

PUBLICADO DIGITALMENTE: 8 DE JUNIO DE 2004

Hoy se cumplen tres meses de la muerte de mi hija, María Victoria, después de un combate con las fuerzas del Ejército. Sé que la mayoría de aquellos que la conocieron la lloraron. Otros, que han sido mis amigos o me han conocido de lejos, hubieran querido hacerme llegar una voz de consuelo. Me dirijo a ellos para agradecerles pero también para explicarles cómo murió Vicki y por qué murió.

El comunicado del Ejército que publicaron los diarios no difiere demasiado, en esta oportunidad, de los hechos. Efectivamente, Vicki era Oficial 2° de la Organización Montoneros, responsable de la Prensa Sindical, y su nombre de guerra era Hilda. Efectivamente estaba reunida ese día con cuatro miembros de la Secretaría Política que combatieron y murieron con ella.

La forma en que ingresó en Montoneros no la conozco en detalle. A la edad de 22 años, edad de su probable ingreso, se distinguía por decisiones firmes y claras. Por esa época empezó a trabajar en el Diario "La Opinión" y en un tiempo muy breve se convirtió en periodista. El periodismo no le interesaba. Sus compañeros la eligieron delegada sindical. Como tal debió enfrentar en un conflicto difícil al director del diario, Jacobo Timerman, a quien despreciaba profundamente. El conflicto se perdió y cuando Timerman empezó a denunciar como guerrilleros a sus propios periodistas, ella pidió licencia y no volvió más.

Fue a militar a una villa miseria. Era su primer contacto con la pobreza extrema en cuyo nombre combatía. Salió de esa experiencia convertida a un ascetismo que impresionaba. Su marido, Emiliano Costa, fué detenido a principios de 1975 y no lo vio más. La hija de ambos nació poco después. EL último año de mi hija fue muy duro. El sentido del deber la llevó a relegar toda gratificación individual, a empeñarse mucho más allá de sus fuerzas físicas. Como tantos muchachos que repentinamente se volvieron adultos, anduvo a los saltos, huyendo de casa en casa. No se quejaba, sólo su sonrisa se volvía un poco más desvaída. En las últimas semanas varios de sus compañeros fueron muertos: no pudo detenerse a llorarlos. La embargaba una terrible urgencia por crear medios de comunicación en el frente sindical que era su responsabilidad.

Nos veíamos una vez por semana; cada quince días. Eran entrevistas cortas, caminando por la calle, quizás diez minutos en el banco de una plaza. Hacíamos planes para vivir juntos, para tener una casa donde hablar, recordar, estar juntos en silencio. Presentíamos, sin embargo, que eso no iba a ocurrir, que uno de esos fugaces encuentros iba a ser el último, y nos despedimos simulando valor, consolándonos de la anticipada pérdida.

Mi hija estaba dispuesta a no entregarse con vida. Era una decisión madurada, razonada. Conocía, por infinidad de testimonios, el trato que dispensan los militares y marinos a quienes tienen la des-

gracia de caer prisioneros: el despellejamiento en vida, la mutilación de miembros, la tortura sin límite en el tiempo ni en el método, que procura al mismo tiempo la degradación moral, la delación. Sabía perfectamente que en una guerra de esas características, el pecado no era hablar, sino caer. Llevaba siempre encima la pastilla de cianuro -la misma con la que se mató nuestro amigo Paco Urondo, con la que tantos otros han obtenido una última victoria sobre la barbarie.

El 28 de septiembre, cuando entró en la casa de la calle Corro, cumplía 26 años. Llevaba en sus brazos a su hija porque en último momento no encontró con quién dejarla. Se acostó con ella, en camisión. Usaba unos absurdos camisones largos que siempre le quedaban grandes.

A las siete del 29 la despertaron los altavoces del Ejército, los primeros tiros. Siguiendo el plan de defensa acordado, subió a la terraza con el secretario político Molina, mientras Coronel, Salame y Beltrán respondían al fuego desde la planta baja. He visto la escena con sus ojos: la terraza sobre las casas bajas, el cielo amaneciendo, y el cerco. El cerco de 150 hombres, los FAP emplazados, el tanque. Me ha llegado el testimonio de uno de esos hombres, un conscripto: "El combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba, nos llamó la atención porque cada vez que tiraban una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella se reía."

He tratado de entender esa risa. La metralleta era una Halcón y mi hija nunca había tirado con ella, aunque conociera su manejo, por las clases de instrucción. Las cosas nuevas, sorprendentes, siempre la hicieron reír. Sin duda era nuevo y sorprendente para ella que ante una simple pulsación del dedo brotara una ráfaga y que ante esa ráfaga 150 hombres se zambulleran sobre los adoquines, empujando por el coronel Roualdes, jefe del operativo.

A los camiones y el tanque se sumó un helicóptero que giraba alrededor de la terraza, contenido por el fuego.

"De pronto -dice el soldado- hubo un silencio. La muchacha dejó la metralleta, se asomó de pie sobre el parapeto y abrió los brazos. Dejamos de tirar sin que nadie lo ordenara y pudimos verla bien. Era flaquita, tenía el pelo corto y estaba en camisión. Empezó a hablarnos en voz alta pero muy tranquila. No recuerdo todo lo que dijo. Pero recuerdo la última frase, en realidad no me deja dormir. -

Ustedes no nos matan -dijo-, nosotros elegimos morir. Entonces ella y el hombre se llevaron una pistola a la sien y se mataron enfrente de todos nosotros."

Abajo ya no había resistencia. El coronel abrió la puerta y tiró una granada. Después entraron los oficiales. Encontraron una nena de algo más de un año, sentadita en una cama, y cinco cadáveres.

En el tiempo transcurrido he reflexionado sobre esa muerte. Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren como ella, tenían otro camino. La respuesta brota desde lo más profundo de mi corazón y quiero que mis amigos la conozcan. Vicki pudo elegir otros caminos que eran distintos sin ser deshonrosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su lúcida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella, vivió para otros, y esos otros son millones. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace de ella.

Esto es lo que quería decirle a mis amigos y lo que desearían que ellos transmitieran a otros por los medios que su bondad les dicte.

CARTA ABIERTA DE RODOLFO WALSH A LA JUNTA MILITAR

1. La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.

El primer aniversario de esta Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno en documentos y discursos oficiales, donde lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades.

El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva, y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para nueve meses más tarde. En esa perspectiva lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez sino la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron.

Legítimo en su origen, el gobierno que ustedes ejercen pudo legitimarse en los hechos recuperando el programa en que coincidieron en las elecciones de 1973 el ochenta por ciento de los argentinos y que sigue en pie como expresión objetiva de la voluntad del pueblo, único significado posible de ese "ser nacional" que ustedes invocan tan a menudo.

Invirtiendo ese camino han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina.

2. Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror.

Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional. El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio.¹

Más de siete mil recursos de hábeas corpus han sido contestados negativamente este último año. En otros miles de casos de desaparición el recurso ni siquiera se ha presentado porque se conoce de antemano su inutilidad o porque no se encuentra abogado que ose presentarlo después que los cincuenta o sesenta que lo hacían fueron a su turno secuestrados.

De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aún en las cumbres represivas de anteriores dictaduras.

La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos. El potro, el torno, el despelleja-

miento en vida, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana y el "submarino", el soplete de las actualizaciones contemporáneas.²

Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.

3. La negativa de esa Junta a publicar los nombres de los prisioneros es asimismo la cobertura de una sistemática ejecución de rehenes en lugares descampados y horas de la madrugada con el pretexto de fraguados combates e imaginarias tentativas de fuga.

Extremistas que panfletean el campo, pintan acequias o se amontonan de a diez en vehículos que se incendian son los estereotipos de un libreto que no está hecho para ser creído sino para burlar la reacción internacional ante ejecuciones en regla mientras en lo interno se subraya el carácter de represalias desatadas en los mismos lugares y en fecha inmediata a las acciones guerrilleras.

Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, 55 en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, 30 por el atentado en el Ministerio de Defensa, 40 en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, 19 tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela forman parte de 1.200 ejecuciones en 300 supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos.

Depositarios de una culpa colectiva abolida en las normas civilizadas de justicia, incapaces de influir en la política que dicta los hechos por los cuales son represaliados, muchos de esos rehenes son delegados sindicales, intelectuales, familiares de guerrilleros, opositores no armados, simples sospechosos a los que se mata para equilibrar la balanza de las bajas según la doctrina extranjera de "cuenta-cadáveres" que usaron los SS en los países ocupados y los invasores en Vietnam.

El remate de guerrilleros heridos o capturados en combates reales es asimismo una evidencia que surge de los comunicados militares que en un año atribuyeron a la guerrilla 600 muertos y sólo

10 ó 15 heridos, proporción desconocida en los más encarnizados conflictos. Esta impresión es confirmada por un muestreo periódico de circulación clandestina que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977, en 40 acciones reales, las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos, y la guerrilla 63 muertos.³

Más de cien procesados han sido igualmente abatidos en tentativas de fuga cuyo relato oficial tampoco está destinado a que alguien lo crea sino a prevenir a la guerrilla y los partidos de que aún los presos reconocidos son la reserva estratégica de las represalias de que disponen los Comandantes de Cuerpo según la marcha de los combates, la conveniencia didáctica o el humor del momento.

Así ha ganado sus laureles el general Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, antes del 24 de marzo con el asesinato de Marcos Osatinsky, detenido en Córdoba, después con la muerte de Hugo Vaca Narvaja y otros cincuenta prisioneros en variadas aplicaciones de la ley de fuga ejecutadas sin piedad y narradas sin pudor.⁴

El asesinato de Dardo Cabo, detenido en abril de 1975, fusilado el 6 de enero de 1977 con otros siete prisioneros en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército que manda el general Suárez Masson, revela que estos episodios no son desbordes de algunos centuriones alucinados sino la política misma que ustedes planifican en sus estados mayores, discuten en sus reuniones de gabinete, imponen como comandantes en jefe de las 3 Armas y aprueban como miembros de la Junta de Gobierno.

4. Entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países, por su magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas.⁵

Veinticinco cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte quizás del cargamento de torturados hasta la muerte en la Escuela de Mecánica de la Armada, fondeados en el Río de la Plata por buques de esa fuerza, incluyendo el chico de 15 años, Floreal Avellaneda, atado de pies y manos, "con lastimaduras en la región anal y fracturas visibles" según su autopsia.

Un verdadero cementerio lacustre descubrió en agosto de 1976 un vecino que buceaba en el Lago San Roque de Córdoba, acudió a la comisaría donde no le recibieron la denuncia y escribió a los diarios que no la publicaron.⁶

Treinta y cuatro cadáveres en Buenos Aires entre el 3 y el 9 de abril de 1976, ocho en San Telmo el 4 de julio, diez en el Río Luján el 9 de octubre, sirven de marco a las masacres del 20 de agosto que apilaron 30 muertos a 15 kilómetros de Campo de Mayo y 17 en Lomas de Zamora.

En esos enunciados se agota la ficción de bandas de derecha, presuntas herederas de las 3 A de López Rega, capaces de atravesar la mayor guarnición del país en camiones militares, de alfombrar de muertos el Río de la Plata o de arrojar prisioneros al mar desde los transportes de la Primera Brigada Aérea⁷, sin que se enteren el general Videla, el almirante Massera o el brigadier Agosti. Las 3 A son hoy las 3 Armas, y la Junta que ustedes presiden no es el fiel de la balanza entre "violencias de distintos signos" ni el árbitro justo entre "dos terrorismos", sino la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y sólo puede balbucear el discurso de la muerte.⁸

La misma continuidad histórica liga el asesinato del general Carlos Prats, durante el anterior gobierno, con el secuestro y muerte del general Juan José Torres, Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruíz y decenas de asilados en quienes se ha querido asesinar la posibilidad de procesos democráticos en Chile, Bolivia y Uruguay.⁹

La segura participación en esos crímenes del Departamento de Asuntos Extranjeros de la Policía Federal, conducido por oficiales becados de la CIA a través de la AID, como los comisarios Juan Gattei y Antonio Gettor, sometidos ellos mismos a la autoridad de Mr. Gardener Hathaway, Station Chief de la CIA en Argentina, es semillero de futuras revelaciones como las que hoy sacuden a la comunidad internacional que no han de agotarse siquiera cuando se esclarezcan el papel de esa agencia y de altos jefes del Ejército, encabezados por el general Menéndez, en la creación de la Logia Libertadores de América, que reemplazó a las 3 A hasta que su papel global fue asumido por esa Junta en nombre de las 3 Armas.

Este cuadro de exterminio no excluye siquiera el arreglo personal de cuentas como el asesinato del capitán Horacio Gándara, quien desde hace una década investigaba los negociados de altos jefes de la Marina, o del periodista de "Prensa Libre" Horacio Novillo apu-

ñalado y calcinado, después que ese diario denunció las conexiones del ministro Martínez de Hoz con monopolios internacionales.

A la luz de estos episodios cobra su significado final la definición de la guerra pronunciada por uno de sus jefes: "La lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal".¹⁰

5. Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

En un año han reducido ustedes el salario real de los trabajadores al 40%, disminuido su participación en el ingreso nacional al 30%, elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para pagar la canasta familiar¹¹, resucitando así formas de trabajo forzado que no persisten ni en los últimos reductos coloniales.

Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas, alargando horarios, elevando la desocupación al récord del 9%¹² prometiendo aumentarla con 300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificados de subversivos, secuestrando cuerpos enteros de delegados que en algunos casos aparecieron muertos, y en otros no aparecieron.¹³

Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40%, el de ropa más del 50%, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si esas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médi-

cos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la "racionalización".

Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convirtió en una villa miseria de diez millones de habitantes. Ciudades a media luz, barrios enteros sin agua porque las industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes sólo pavimentan los barrios militares y adornan la Plaza de Mayo, el río más grande del mundo contaminado en todas sus playas porque los socios del ministro Martínez de Hoz arrojan en él sus residuos industriales, y la única medida de gobierno que ustedes han tomado es prohibir a la gente que se bañe.

Tampoco en las metas abstractas de la economía, a las que suelen llamar "el país", han sido ustedes más afortunados. Un descenso del producto bruto que orilla el 3%, una deuda exterior que alcanza a 600 dólares por habitante, una inflación anual del 400%, un aumento del circulante que en solo una semana de diciembre llegó al 9%, una baja del 13% en la inversión externa constituyen también marcas mundiales, raro fruto de la fría deliberación y la cruda ineptia.

Mientras todas las funciones creadoras y protectoras del Estado se atrofian hasta disolverse en la pura anemia, una sola crece y se vuelve autónoma. Mil ochocientos millones de dólares que equivalen a la mitad de las exportaciones argentinas presupuestados para Seguridad y Defensa en 1977, cuatro mil nuevas plazas de agentes en la Policía Federal, doce mil en la provincia de Buenos Aires con sueldos que duplican el de un obrero industrial y triplican el de un director de escuela, mientras en secreto se elevan los propios sueldos militares a partir de febrero en un 120%, prueban que no hay congelación ni desocupación en el reino de la tortura y de la muerte, único campo de la actividad argentina donde el producto crece y donde la cotización por guerrillero abatido sube más rápido que el dólar.

6. Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S.Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete.

Un aumento del 722% en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: "Llena de asombro que ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos".¹⁴

El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el "festín de los corruptos".

Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional.

Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aún si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas.

Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

Rodolfo Walsh. - C.I. 2845022
Buenos Aires, 24 de marzo de 1977.

- ¹ Desde enero de 1977 la Junta empezó a publicar nóminas incompletas de nuevos detenidos y de "liberados" que en su mayoría no son tales sino procesados que dejan de estar a su disposición pero siguen presos. Los nombres de millares de prisioneros son aún secreto militar y las condiciones para su tortura y posterior fusilamiento permanecen intactas.
- ² El dirigente peronista Jorge Lizaso fue despellejado en vida, el ex diputado radical Mario Amaya muerto a palos, el ex diputado Muñiz Barreto desnucado de un golpe. Testimonio de una sobreviviente: "Picana en los brazos, las manos, los muslos, cerca de la boca cada vez que lloraba o rezaba... Cada veinte minutos abrían la puerta y me decían que me iban hacer fiambre con la máquina de sierra que se escuchaba".
- ³ "Cadena Informativa", mensaje Nro. 4, febrero de 1977.
- ⁴ Una versión exacta aparece en esta carta de los presos en la Cárcel de Encausados al obispo de Córdoba, monseñor Primatesta: "El 17 de mayo son retirados con el engaño de ir a la enfermería seis compañeros que luego son fusilados. Se trata de Miguel Angel Mosse, José Svagusa, Diana Fidelman, Luis Verón, Ricardo Yung y Eduardo Hernández, de cuya muerte en un intento de fuga informó el Tercer Cuerpo de Ejército. El 29 de mayo son retirados José Pucheta y Carlos Sgadurra. Este último había sido castigado al punto de que no se podía mantener en pie sufriendo varias fracturas de miembros. Luego aparecen también fusilados en un intento de fuga".
- ⁵ En los primeros 15 días de gobierno militar aparecieron 63 cadáveres, según los diarios. Una proyección anual da la cifra de 1500. La presunción de que puede ascender al doble se funda en que desde enero de 1976 la información periodística era incompleta y en el aumento global de la represión después del golpe. Una estimación global verosímil de las muertes producidas por la Junta es la siguiente. Muertos en combate: 600. Fusilados: 1.300. Ejecutados en secreto: 2.000. Varios: 100. Total: 4.000.
- ⁶ Carta de Isaías Zanotti, difundida por ANCLA, Agencia Clandestina de Noticias.
- ⁷ "Programa" dirigido entre julio y diciembre de 1976 por el brigadier Mariani, jefe de la Primera Brigada Aérea del Palomar. Se usaron transportes Fokker F-27.
- ⁸ El canciller vicealmirante Guzzetti en reportaje publicado por "La Opinión" el 3-10-76 admitió que "el terrorismo de derecha no es tal" sino "un anticuerpo".
- ⁹ El general Prats, último ministro de Ejército del presidente Allende, muerto por una bomba en setiembre de 1974. Los ex parlamentarios uruguayos Michelini y Gutiérrez Ruiz aparecieron acribillados el 2-5-76. El cadáver del general Torres, ex presidente de Bolivia, apareció el 2-6-76, después que el ministro del Interior y ex jefe de Policía de Isabel Martínez, general Harguindeguy, lo acusó de "simular" su secuestro.
- ¹⁰ Teniente Coronel Hugo Ildebrando Pascarella según "La Razón" del 12-6-76. Jefe del Grupo I de Artillería de Ciudadela. Pascarella es el presunto responsable de 33 fusilamientos entre el 5 de enero y el 3 de febrero de 1977.
- ¹¹ Unión de Bancos Suizos, dato correspondiente a junio de 1976. Después la situación se agravó aún más.
- ¹² Diario "Clarín".
- ¹³ Entre los dirigentes nacionales secuestrados se cuentan Mario Aguirre de ATE, Jorge Di Pasquale de Farmacia, Oscar Smith de Luz y Fuerza. Los secuestros y asesinatos de delegados han sido particularmente graves en metalúrgicos y navales.
- ¹⁴ Prensa Libre, 16-12-76.

Martes 14 de marzo de 1972

Entre el sábado y el lunes, lectura de la novela de Paco. Agitó muchas cosas entre ellas el siempre latente problema de la escritura.

Aunque es evidente que no me considero ya un novelista, que no me veo consagrando mi vida a escribir novelas, ni siquiera una novela, también es cierto que hay cosas que podría decir que me gustaría decir que sería útil que fueran dichas.

Pienso que mi vida como muchas vidas ilustra cosas que esas cosas serían más claras para algunos de los demás para aquellos a quienes quiero entre los demás si yo encontrara una forma verídica sincera de sintetizar esa vida y esa experiencia.

¿Cuál sería el método? Imagino de pronto una especie de inventario de todas las cosas los lugares las ideas sobre todo las personas que se han acumulado en mi memoria. Tal vez si hiciera ese inventario encontraría luego el hilo conductor que lo justificara literariamente pero sobre todo su razón de ser histórica política.

Porque si yo muriera mañana una parte de mi vida —esta parte de mi vida— podría parecer insensata y ser reclamada por algunos que desprecio e ignorada por otros a los que podría amar. Desde luego esa reivindicación personal no es lo que más importa (aunque no sea totalmente capaz aún de renunciar a ella) lo que importa es el proceso que ha pasado por mí la historia de cómo yo cambié y cambiaron los demás y cambió el país. Lo que importa es cómo pudo nacer aquí en este lugar dejado lo que está naciendo. Importan también los otros, los responsables, los chantas: yo me entiendo por ahora.

Imagino también un inventario de las cosas que quiero y las cosas que odio: ya lo dije.

Las cosas que quiero: Lilia mis hijas el trabajo oscuro que hago los compañeros el futuro los que no obedecen los que no se rinden los que piensan y forjan y planean los que actúan el análisis claro la revelación de lo escondido el método cotidiano la furia fría los títulos brillantes de mañana la alegría de todos la alegría general que ha de venir un día la gente abrazándose la pareja en su amor la esperanza insobornable la sumersión en los otros.

Las cosas que odio o que desprecio la traición la estupidez Frondizi la televisión Jacobo los yanquis de la Esso o los ingleses de

la Shell porque estos hijos de puta son cuñas del mismo palo Bernardo Neustadt los mercenarios los discursos de los generales las turrillas y los pavos de la publicidad oliendo a la colonia que mata los comunistas del partido los falsos profetas de la izquierda acalambrada la camiseta peronista el bigote peronista el odio de los oligarcas la cultura de La Prensa la senilidad de Borges la convicción de Gleizer o de Aizcorbe los que matan a la gente los torturadores los farsantes los radicales del pueblo sobre todo si son jóvenes y una lista inmensa inacabable que se podría tratar de perfeccionar.

¿Qué hago yo con todo eso? Empiezo a juntarlo empiezo a mirarlo empiezo a estudiarlo empiezo a ver si se deja escribir. Y si no se deja mala suerte será como la primera nenita que no se dejó cuando yo tenía ocho años y ella tal vez seis. Porque si no es sobre eso no vale la pena escribir sobre nada.

PRESENTACIÓN MUY BREVE	13
TEXTO IRIS ALBA	15
DECLARACIONES DE MIGUEL ÁNGEL BUSTOS A	
LA REVISTA ANÁLISIS	23
ENTREVISTA A MARTA SCAVACK DE CONTI	27
ENTREVISTA A GRACIELA MURÚA	61
ENTREVISTA JOAN JARA	99
ENTREVISTA LILIA FERREYRA	121
ENTREVISTA A ELSA OESTERHELD	141
ENTREVISTA A E. OESTERHELD - 2DA. PARTE	165
ENTREVISTA A E. OESTERHELD - 3RA. PARTE	183
FINAL	203
APÉNDICE	205
MIGUEL ÁNGEL BUSTOS	207
HAROLDO CONTI	215
VICTOR JARA	225
FRANCISCO URONDO	243
HÉCTOR OESTERHELD	249
RODOLFO WALSCH	257

Se terminaron de imprimir, 1000 ejemplares,
en el mes de febrero de 2008,
En Artes Graficas Candil
sito en la calle Ing. Estévez 2184, Buenos Aires
Tel/fax: 4918-6426 e-mail: agcandil@ciudad.com.ar